

UNAS POCAS NOCHES EN SAN DESVELO

HISTORIAS BAJO LA GARÚA



Para las pocas personas especiales en este plano.

Unas pocas noches en San Desvelo

Autor: Thilo Wilts

© 2026 Thilo Wilts

Todos los derechos reservados.

Primera edición, 2026

Publicación independiente.

Esta es una obra de ficción. Los personajes y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o distribuirse sin la autorización previa y por escrito del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Capítulo 1: Las 2:17

El reloj marca las 2:17.

En el colectivo aún permanece el calor del día. Está metido en los asientos, en las barras de metal y en el delgado piso sobre el viejo motor diésel. En cada subida, el calor le ha atravesado las suelas al conductor nocturno. Ahora, en la carretera llana hacia San Desvelo, el motor lo devuelve poco a poco al interior.

Las ventanas están abiertas. Desde el Pacífico entra una brisa leve y salada, no lo bastante fresca como para cambiar nada. Solo mueve las cortinas de las ventanillas traseras y arrastra hacia fuera el olor a diésel. A veces entra el olor seco de los cerros. Polvo, piedra y algo quemado, aunque no se ve ningún fuego a lo largo de la carretera.

Del espejo retrovisor cuelga un rosario. En un punto, las cuentas están unidas con un fino alambre de cobre. En los baches más grandes, la pequeña cruz de madera golpea el parabrisas. A su lado hay pegada una imagen descolorida del Señor de los Milagros. El violeta se ha vuelto casi gris en los bordes. Una esquina de la imagen se ha desprendido del vidrio y se mueve con la corriente de aire sin llegar a caerse.

En la cara interior del parabrisas, unas letras blancas pintadas a mano dicen SAN DESVELO. Debajo aparecen los nombres de los lugares de la ruta. La pintura es más gruesa donde el pintor repasó una segunda vez. Algunas letras se han desteñido con el sol. Otras, de noche, vuelven a hacerse visibles por un instante bajo la luz de los camiones que vienen de frente.

La carretera que llega desde el norte a San Desvelo está casi por completo a oscuras. Los faros muestran el asfalto, el arcén derecho y, de vez en cuando, un mojón bajo. Más allá no empieza nada que pueda distinguirse de noche. Solo hay algunas farolas anaranjadas junto a la vía. Unas están encendidas. Otras no. Su luz atraviesa durante unos segundos las ventanillas y los rostros de los últimos cinco pasajeros antes de que vuelvan a convertirse en siluetas.

Una mujer duerme con la frente apoyada en el vidrio. A su lado, un joven sostiene una bolsa de plástico entre los pies. Al otro lado va sentado un hombre mayor, con una chaqueta sobre las rodillas aunque hace calor dentro del vehículo. Los otros dos pasajeros están más atrás. En el retrovisor, el conductor nocturno solo ve manos, rodillas y, de vez en cuando, un ojo cuando pasan bajo una farola.

De los viejos parlantes sale una cumbia metálica. El parlante izquierdo, sobre la puerta, falla en los tonos graves. El derecho, en cambio, reproduce cada raspadura del casete. El conductor nocturno no conoce el nombre de la canción, pero sí el punto en el que el cantante entra demasiado pronto en el estribillo. Ya ha ocurrido dos veces. El casete gira en bucle desde que el bus salió de la última ciudad.

En el retrovisor, el conductor nocturno ve que el hombre de la ventana lo está mirando. Durante un instante le devuelve la mirada en el espejo. Cuando vuelve los ojos a la carretera, se da cuenta de que no sabe cuándo giró la cabeza el hombre.

En el horizonte oscuro aparecen primero las luces rojas de señalización aérea del Cerro Dormido. Tres puntos que no parpadean al mismo tiempo. Poco después, más al sur, aparecen las luces de la estación meteorológica. Están más altas y parecen más cercanas, aunque todavía faltan varios kilómetros de carretera hasta San Desvelo.

Conoce el orden. Primero el cerro. Después la estación meteorológica. Luego las primeras casas bajas en las afueras de Las Palmeras. De día, antes se ven también las laderas claras, muros antiguos y el desvío hacia un depósito abandonado. De noche no queda nada de eso. Solo las luces rojas indican que la ciudad está donde debe estar.

Cuando las primeras casas se hacen visibles a lo lejos, uno de los pasajeros golpea dos veces la barra de metal junto al conductor.

—Aquí.

Levanta el pie del acelerador. El colectivo no reduce la velocidad de inmediato. El viejo diésel sigue tirando un trecho, como si hubiera que convencerlo.

—¿Las Palmeras?

—Un poco antes.

Examina el borde de la carretera. Un terraplén bajo. Detrás, terreno oscuro. Ninguna casa. Ninguna entrada iluminada. Ningún desvío que pueda reconocer.

—Aquí no hay nada.

El hombre se pone de pie y se coloca la chaqueta. Es el que hasta ahora la llevaba sobre las rodillas. Debajo viste una camisa clara. Los botones de arriba están abiertos. No lleva ninguna bolsa.

—Lo sé.

Sigue frenando poco a poco. La grava golpea la chapa bajo el vehículo. A la derecha empieza una franja estrecha de tierra apisonada. Detrás hay unos postes entre los que ya no queda ningún alambre tendido.

El hombre mira hacia fuera por la puerta abierta, aunque la puerta aún está cerrada.

Detiene el colectivo junto a la carretera. El motor funciona de manera irregular al ralentí. La puerta se abre con una sacudida metálica y se atasca a medio camino. El hombre la empuja con el hombro hasta abrirla más.

Fuera no se mueve nada. De pronto, la cumbia suena demasiado fuerte. Él baja un poco el volumen.

—¿Mañana también aquí?

El hombre baja. Sus zapatos pisan la grava. Permanece muy cerca del colectivo, como si primero tuviera que esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—Si todo sale bien.

—¿Y si no?

El hombre mira hacia atrás un instante. Bajo la luz de la puerta, su rostro no parece preocupado ni sorprendido, solo cansado.

—Entonces no.

Se aleja de la luz. Después de dos pasos solo se distingue por la camisa clara. Luego, ni siquiera por eso.

La puerta se cierra de golpe.

Al arrancar de nuevo, el viejo diésel tartamudea. Él acelera más de lo necesario. La cruz de madera golpea dos veces el vidrio. De los parlantes sigue saliendo la cumbia metálica.

Nadie pregunta adónde ha ido el hombre. El joven de la bolsa de plástico sigue mirando un rato por la ventanilla trasera. La mujer apoyada en el vidrio continúa durmiendo. El conductor nocturno mira el retrovisor y luego otra vez la carretera.

El reloj marca las 2:17.

Las primeras casas de Las Palmeras están muy separadas. Algunas son de ladrillo sin revocar; otras, de bloques de concreto que aún conservan en los bordes las marcas oscuras del encofrado. De los techos sobresalen fierros para los pisos que algún día se construirán. Entre las casas hay lotes vacíos con muros bajos, calaminas y montones de arena que de día son más claros que la carretera.

La calle del barrio está llena de polvo. El bus traquetea por baches que la última lluvia dejó abiertos. La Municipalidad mandó echar grava en dos puntos. Allí la calzada está ahora más alta

que el resto, y el agua ha abierto nuevos surcos a los lados. Al volante mantiene una velocidad baja, no por los pasajeros, sino por el eje delantero.

En un muro aún cuelga un cartel de las últimas elecciones municipales. El sol y el polvo han dejado casi blanco el rostro del candidato. Solo quedan su cabello oscuro y una parte del nombre. Una esquina del cartel se ha soltado y golpea los ladrillos con cada ráfaga de viento.

MÁS FUTURO PARA—

El resto está arrancado.

Debajo del cartel, una manguera negra de agua recorre el suelo y desaparece por una abertura del muro. Una botella de plástico cubre una unión para protegerla. El colectivo pasa por encima. La manguera cede y vuelve a levantarse detrás del vehículo.

En algunas casas parpadea detrás de las ventanas la luz de viejos televisores de tubo. Por un instante, las habitaciones se ven azules, luego verdes y después vuelven a quedar oscuras. Delante de una casa hay tres sillas de plástico, una junto a otra. No hay nadie sentado. Ante otra, un mototaxi sin rueda delantera descansa sobre un bloque de madera. La lona sobre el asiento se mueve con el viento.

Desde una de las casas retumba un noticiero con tal volumen que, por un momento, tapa incluso el viejo motor diésel del bus. Una voz de hombre habla de un tramo cerrado de la Panamericana. Los camiones esperan allí desde la tarde. Un representante de la Policía de Carreteras pide a los conductores que tomen el desvío. La imagen de la ventana cambia a un mapa que no se alcanza a ver desde el asiento del conductor. Luego la casa queda atrás.

Una ventana está abierta. Unas cortinas marrón oscuro ondean hacia fuera. En la habitación de atrás no hay nadie, aunque el televisor sigue encendido.

Él continúa.

En una curva a la derecha, el carrito de un vendedor ambulante está pegado al muro de la casa. JUGOS Y NARANJADA todavía se lee en letras rojas descoloridas. Bajo el toldo torcido cuelgan mallas con limones y mandarinas; sobre la superficie de trabajo hay una pesada prensa de naranjas, con pulpa seca pegada al cono.

El vendedor no está, ni tampoco su banco. Debajo del carrito hay dos cajas vacías de Inca Kola y un balde con agua turbia. En el retrovisor, la prensa permanece un instante bajo la luz de los pilotos traseros antes de desaparecer en la curva.

Las casas se acercan unas a otras. La calle se ensancha. En un cruce se alza un poste con tres haces de cables distintos. Uno cuelga tan bajo que los camiones tienen que invadir el carril contrario. En el poste de concreto hay una pegatina nueva de la compañía eléctrica sobre dos avisos de advertencia más antiguos. Debajo del poste, alguien ha pintado un número negro en el muro. Él no conoce ese número. Lleva allí años.

Poco después, el bus se detiene frente al Archivo Municipal.

El edificio está iluminado por fuera. Funcionan dos lámparas blancas sobre el portal principal. La tercera parpadea a intervalos regulares. Sobre la puerta central dice MUNICIPALIDAD DISTRITAL DE SAN DESVELO. Las letras de metal oscuro proyectan sombras estrechas sobre la fachada. Debajo del letrero cuelga una placa más pequeña con los horarios, ilegibles de noche.

A la izquierda, una puerta más estrecha conduce al Archivo Municipal. En el vidrio hay una pegatina de inventario cuyo número es demasiado pequeño para leerlo desde la calle. A la derecha está el salón comunal. Delante de su puerta hay una reja metálica móvil cerrada con una cadena.

Tres entradas. Un edificio.

Tira del freno de mano. La palanca no encaja hasta el segundo intento. Luego se vuelve hacia los pasajeros que quedan.

—Último paradero.

Nadie se mueve.

La mujer de la ventanilla trasera ha abierto los ojos, pero aún no ha levantado la cabeza. El joven sigue sujetando la bolsa de plástico entre los pies. Uno de los dos pasajeros del último asiento mira hacia la ventana del salón comunal, como si esperara a alguien allí.

—San Desvelo —dice el conductor nocturno, algo más alto—. Hoy no sigo más allá.

Una mujer del asiento trasero levanta la cabeza.

—¿No va hasta el Mercado?

—Mañana.

—Ya es mañana.

Él la mira durante un instante.

—Entonces más tarde.

El joven sentado a su lado se ríe en voz baja. No del conductor nocturno. Tal vez de la respuesta. Tal vez porque está cansado. La mujer toma su bolso y se pone de pie.

—Vamos —les dice a los demás—. El hombre quiere dormir.

Bajan uno tras otro. Primero la mujer. Luego el joven de la bolsa de plástico. Después los dos del último asiento. Él no los cuenta desde el volante. Solo oye los escalones bajo sus zapatos y el breve traqueteo de la puerta cuando alguien la empuja demasiado.

El último pasajero se detiene un momento en la puerta.

—¿A qué hora vuelve?

—A las seis.

El hombre mira hacia la calle. En dirección al Mercado no se ve ninguna luz. En la otra dirección, la fachada iluminada de la Municipalidad queda detrás de él.

—Entonces falta poco.

—Si usted lo dice.

La puerta se cierra con un golpe metálico.

Se queda solo en el colectivo.

Son las 2:17.

Apaga el motor. El diésel da todavía dos golpes desiguales y enmudece. La cumbia se corta en medio de una canción. El cantante empieza una palabra que no termina.

Durante un instante solo oye los chasquidos del motor bajo el piso. El metal se contrae. Una tubería aún vibra. Luego oye la ciudad.

Un perro.

Una motocicleta lejana.

En algún lugar se cierra de golpe una puerta metálica.

Desde una ventana sobre el archivo llega durante unos segundos el zumbido de un tubo fluorescente. Luego todo queda en silencio. La iluminación exterior sigue encendida.

Baja. El asfalto frente a la Municipalidad se ha hundido en un punto. El agua de lluvia dejó allí un borde oscuro, aunque la depresión está seca. Junto a la entrada hay un tacho de basura con el escudo de la ciudad. La parte superior fue pintada de verde alguna vez. Debajo vuelve a aparecer el azul anterior.

Junto al Archivo Municipal está el parque. Ninguna farola está encendida. Los postes se alinean a lo largo de los caminos, pero las esferas de vidrio de arriba están oscuras. Falta una. Los árboles forman superficies negras entre los muros bajos y las bancas de concreto. Algunas raíces han

levantado los adoquines. De día la gente los rodea. De noche, uno solo ve las elevaciones cuando tropieza con ellas.

De camino, al pasar junto al parque, siente hambre. Piensa en café. En un pan francés con mantequilla. Nada grande. Algo caliente que no huela a diésel.

Tal vez todavía haya alguien en el lado este del Mercado. A veces los primeros comerciantes abren temprano. A veces los últimos cierran tarde. En el Mercado no siempre se sabe cuál de las dos cosas ocurre.

Cada mañana toma el mismo camino. Pasa junto al archivo. Atraviesa la calle estrecha detrás de la ferretería. Luego gira a la izquierda.

La ferretería está cerrada. Delante de la persiana metálica hay sacos de arena cubiertos con una lona. Debajo no se acumula agua. En el muro cuelga un letrero con precios de cemento. Hay tres precios escritos uno sobre otro. El más antiguo apenas se distingue. El más reciente tampoco, porque alguien intentó borrarlo.

Detrás de la ferretería gira a la izquierda.

El Mercado Municipal aparece oscuro ante él. Las grandes rejas metálicas están cerradas. Un candado cuelga de la entrada central. Sobre la entrada, un letrero de letras verdes dice MERCADO MUNICIPAL DE SAN DESVELO. La M de MUNICIPAL está suelta de un lado y se mueve ligeramente con el viento. Se separa del muro el ancho de un dedo y vuelve a caer. Una y otra vez.

Se detiene frente a las rejas cerradas.

Cerrado. Como ayer.

Detrás de las rejas hay mesas de madera vacías, lonas de plástico y cajas apiladas. Una con la inscripción PUESTO 28 está delante del puesto 17. En el concreto se pegan escamas de pescado y cartón pisoteado; una canaleta húmeda conduce a un desagüe que un trozo de alambre mantiene abierto.

Huele a agua de pescado y aceite viejo. Por debajo, débil pero nítido, está el olor del café recién hecho. En el lado norte del Mercado hay un pequeño despacho de café empotrado en el muro exterior, una abertura con tapa de lata y mostrador. Ahora está cerrado.

El diésel sigue adherido a su ropa y tiene sal en los labios. Aun así piensa en el vaso de cartón que el hombre del despacho de café a veces le llena demasiado.

El olor no viene a través de las rejas. Lo conduce al lado sur del Mercado.

En el lado sur del Mercado está el callejón estrecho. Lo conoce. Cada noche pasa de largo. De día hay allí furgonetas de reparto, carretillas y cajas que nadie atribuye a nadie. De noche el paso queda libre.

Y cada noche oye el mercado.

Una mujer grita el precio de los limones. Alguien responde con el precio del jurel. Metal contra metal. Un cuchillo golpea una tabla de madera con tajos rápidos y regulares. Arrastran cajas de plástico por el suelo. Una voz de hombre grita:

—¡Bonito! ¡Bonito fresco!

Se detiene ante el callejón.

El Mercado está cerrado.

El candado sigue colgado de la reja central y detrás no se mueve nada. Sin embargo, desde el interior llegan los golpes rápidos y regulares de un cuchillo contra la madera.

Alguien pide una caja, una mujer se ríe y una voz vuelve a decir el precio de los limones.

Entonces entra en el callejón.

Después de tres pasos, las voces desaparecen.

También el cuchillo.

Se detiene. Detrás queda la calle. Delante, el callejón se extiende hasta la parte posterior del edificio. Es más estrecho de lo que parecía desde fuera. A la izquierda, el muro trasero del Mercado, concreto áspero con manchas oscuras de humedad. A la derecha, una hilera de depósitos cerrados. Sobre las puertas pasan tuberías sujetas con alambre en varios puntos. Las puertas metálicas están marcadas con números.

14.

15.

16.

La puerta siguiente no tiene número.

Donde debería estar el número hay un rectángulo más claro en la pintura. Todavía se ven los agujeros de los tornillos de una placa antigua. Intenta recordar si ayer la puerta tampoco tenía número. Recuerda las puertas. No la ausencia del número.

Sobre una entrada trasera arde una sola bombilla amarilla. Debajo hay un balde de la Municipalidad repintado y una escoba sin palo. Al final del callejón esperan un contenedor de basura cerrado y dos cajas vacías de pescado.

Aquí no hay café. Tampoco pan ni ningún puesto abierto.

Da media vuelta.

Sus pasos suenan más fuertes entre las puertas metálicas que en la calle. Cuando pasa junto a la puerta sin número, no mira. Solo al llegar a la entrada del callejón vuelve a detenerse.

Al salir del callejón, vuelve a oír el mercado a sus espaldas.

Detrás de él empiezan otra vez los sonidos: el precio de los limones, metal contra metal, el cuchillo sobre la tabla.

La voz del hombre ha desaparecido. En cambio, el aceite caliente sisea y, por un instante, vuelve a oler el café.

Sigue caminando.

Mañana, piensa. Mañana comprará algo.

Eso piensa todas las noches.

De regreso al colectivo, la Municipalidad sigue visible detrás del parque oscuro. Las dos lámparas blancas sobre el portal principal continúan encendidas. La tercera parpadea. Nadie se mueve en la calle. La motocicleta que oyó antes ha enmudecido.

Entre las estrellas blancas parpadean las luces rojas del Cerro Dormido y de la estación meteorológica. Durante unos segundos forman una secuencia: cerro, estrella, estación meteorológica, estrella.

Luego el ritmo vuelve a desplazarse.

Se detiene un instante. Las estrellas parecen muy lejanas. Las luces rojas no. No sabe por qué.

Después sigue caminando.

Desde el Pacífico, la garúa entra en la ciudad, una fina neblina costera que vuelve gris el aire sin llegar a caer como lluvia.

Al principio solo está entre las casas al final de la calle, una capa gris y baja que se desliza sobre el suelo sin viento. Se acumula sobre el metal, los vidrios y los cables hasta que todo queda húmedo sin que caiga una sola gota.

La conoce como una película sobre las herramientas y la ropa, como bordes ondulados en los expedientes del archivo y concreto resbaladizo en el Mercado. Hoy llega temprano.

Pronto llena las cunetas, las entradas y cada depresión de la calle. Primero desaparecen las ruedas de un mototaxi estacionado; por encima quedan la lona y los pasamanos, al parecer sin vehículo.

Pronto apenas ve sus propios zapatos. Siente el suelo a través de las suelas gastadas. Polvo. Piedritas. Una irregularidad en el camino. Delante del parque hay un adoquín levantado. Más allá empieza el asfalto más liso frente a la Municipalidad.

Conoce la calle. No necesita verla.

Frente al Archivo Municipal, el colectivo emerge de la niebla. Primero, las ventanillas superiores. Luego, las letras blancas del parabrisas. SAN DESVELO aparece sobre una superficie gris en la que falta la parte inferior del vehículo. Cuando se acerca, surge la carrocería oscura. Por último, las ruedas.

La tercera lámpara de la Municipalidad sigue parpadeando.

Abre la puerta. La cruz de madera sobre el retrovisor se mueve ligeramente, aunque dentro del bus no corre aire. Sube y cierra la puerta detrás de sí.

Dentro del colectivo aún hace calor. El motor está apagado, pero el calor sigue bajo los asientos. Ha quedado el olor de los pasajeros: tela, polvo, un poco de jabón, las mandarinas de la bolsa de plástico del joven. Debajo, diésel.

Camina hasta el fondo. Sobre un asiento hay una tira pequeña de papel, quizá el resto de un boleto. No la recoge. Se tumba en el último asiento y se pone la chaqueta bajo la cabeza.

A través del parabrisas ve las lámparas exteriores de la Municipalidad. La luz no llega hasta el parque. La garúa ya alcanza los peldaños del colectivo.

El reloj del tablero marca las 2:17.

Cuatro horas más de sueño, piensa.

Se vuelve de cara al respaldo.

Luego se duerme.

Capítulo 2: El zumbido

El Toyota rojo tomó en segunda la última curva antes de la antigua cantera.

Bajo las ruedas crujía el polvo claro de la carretera. A la izquierda, la ladera caía hacia la oscuridad; a la derecha, la pared de roca pasaba muy cerca del vehículo. Las ramas secas de unos arbustos bajos rozaban las puertas. Algo golpeó contra el plástico dentro de la guantera. Entonces la tapa se abrió de golpe. Rafael volvió a cerrarla.

Rafael conocía los ruidos del Toyota: el crujido del tablero en las subidas, los golpes en la guantera en esta carretera. Inés conocía, sobre todo, el punto en que un ruido se convertía en un problema. Hasta entonces, seguía conduciendo.

—La cinta adhesiva roja está en la guantera —dijo ella.

Rafael abrió la tapa. —Ya no.

—Entonces atrás.

La carretera pasaba junto a la antigua cantera. A la luz de los faros aparecieron durante unos segundos las paredes claras y cortadas de la ladera. Unos escalones anchos subían y terminaban en la oscuridad. En el borde había una faja transportadora oxidada, con la estructura hundida de un lado.

Antes, los camiones cargaban aquí grava para la Panamericana. Desde que cerraron la cantera, el acceso no llevaba a ninguna parte.

Una vez al mes lo nivelaban.

La entrada estaba bloqueada por dos bloques de concreto. Entre ellos, un sendero estrecho conducía al terreno. De uno de los bloques aún colgaba un letrero metálico doblado. De la inscripción solo quedaban algunas palabras.

PELIGRO

Debajo, en letra más pequeña:

QUEBRADA

El resto había desaparecido bajo el óxido y una costra gris parduzca.

—Ayer había una luz allí —dijo Rafael.

—¿Dónde?

—Arriba.

Inés miró un instante hacia la cantera.

—Hoy no.

Siguió conduciendo.

Después de la cantera, la carretera se hizo más empinada. A cada metro de altura, el aire se volvía más fresco. Por la ventanilla lateral abierta entraba en el vehículo el viento del Pacífico. Rafael se subió el cierre de la chaqueta.

—¿La ventana? —preguntó Inés.

—No se puede.

—Está abierta.

—Por eso.

Inés cerró la suya.

Rafael cogió el termo que tenía entre los pies. El emoliente ya estaba apenas tibio y olía a cebada y canela.

—¿Quieres?

Inés negó con la cabeza sin apartar la vista de la carretera.

—Mañana vuelvo a preguntar —dijo Rafael.

El Toyota subió lentamente la montaña hacia la estación meteorológica.

Rafael sujetaba el termo con ambos pies para que no se volcara en las curvas. Inés cambiaba pronto a una marcha más baja. Mientras el vehículo subía, no miraba la ciudad. Rafael lo hacía casi siempre. Desde aquí arriba era más fácil calcular las distancias que abajo, entre muros, techos y calles oscuras sin nombre.

Abajo estaba San Desvelo.

Las farolas anaranjadas marcaban las calles principales y algunos cruces grandes. Entre ellas, las manzanas de casas, los patios y los callejones sin asfaltar quedaban a oscuras. Al norte, Las Palmeras se extendía a lo largo de la carretera de acceso. Allí las casas estaban más separadas y había largos tramos oscuros entre las pocas farolas.

Más al sur estaba Centro. Alrededor del Mercado Municipal y de la Municipalidad ardían más luces, aunque apenas quedaba gente en la calle. El Alto se extendía por la parte baja de la ladera. Desde aquí, las casas parecían amontonadas unas sobre otras. Algunas lámparas estaban encendidas en techos y patios interiores.

Muy pocos autos recorrían la ciudad. Sus faros avanzaban lentamente por las calles y desaparecían detrás de las manzanas. No había ningún barrio más luminoso que los demás. Ninguna franja de bares o discotecas.

La Municipalidad estaba iluminada por fuera. El Archivo Municipal a la izquierda, el salón comunal a la derecha. Tres entradas para un edificio que llevaba años usando la misma impresora. Junto a la Municipalidad estaba el parque. Desde arriba se veía casi por completo oscuro. No se distinguían los caminos entre los árboles.

Rafael se inclinó hacia el vidrio.

—Ahí abajo todavía anda uno.

—¿Dónde?

—Junto al archivo.

Un par de faros pasó lentamente frente a la fachada iluminada.

—Es tarde —dijo Rafael.

—Nosotros también estamos fuera.

—Nosotros trabajamos.

—Tal vez él también.

El Toyota llegó al portón de la estación meteorológica.

Rafael bajó. Allí arriba el aire era mucho más fresco que en San Desvelo. El viento recorría la ladera sin obstáculos. El cerrojo metálico del portón estaba atascado.

—Piedra —dijo Inés desde la ventanilla abierta.

Rafael miró hacia abajo. Delante del marco había una piedra plana. La apartó de una patada.

—Ayer no estaba.

—Hoy sí.

Abrió el portón.

La estación meteorológica constaba de un edificio blanco y bajo, dos contenedores, un mástil con instrumentos de medición y varias antenas que de noche parecían finas líneas negras contra el cielo.

El viento había llevado hasta allí arriba la sal del mar. Había bordes blanquecinos en los tornillos de los soportes exteriores. Bajo la pintura, algunas superficies metálicas se habían abombado,

aunque no se veía agua en ninguna parte. Donde el polvo se había acumulado en las esquinas, la garúa lo había convertido en una costra fina y dura.

El contenedor trasero era más antiguo que el resto de la estación. En una pared lateral colgaba un letrero descolorido. El sol había borrado casi por completo las letras del plástico. Solo el año seguía leyéndose con claridad.

1998

Encima quedaba el contorno de un logotipo azul. Debajo aún se distinguían partes de dos líneas.

SERVICIO NACIONAL DE METEOROLOGÍA

PROGRAMA COSTERO DE VIGILANCIA

El resto se había desteñido. Inés le había explicado que el contenedor perteneció a un programa de medición de El Niño. Debajo del letrero, el soporte de un sensor de lluvia seguía vacío.

—¿Un sensor de lluvia aquí arriba? —había preguntado Rafael.

—Precisamente por eso —había respondido Inés.

Junto al soporte había pegado un segundo letrero, más pequeño. Estaba rasgado en una esquina y sujeto con dos tornillos distintos. Mostraba un mapa de las laderas al este de San Desvelo. Unas finas líneas azules marcaban las quebradas. Varias flechas rojas apuntaban hacia los barrios situados más abajo.

Del encabezado todavía se leía:

SISTEMA DE ALERTA TEMPRANA – LLUVIAS Y HUAICOS

El soporte seguía vacío. Una sola lámpara ardía sobre la puerta de la estación. Pequeños insectos claros rodeaban el vidrio. Inés estacionó el Toyota junto a la caseta del generador. Más abajo, la niebla cubría las primeras calles de San Desvelo. Rafael sacó la bolsa de herramientas del asiento trasero y dejó el termo sobre el techo del Toyota.

—Si vuelve a ser el software, esta vez escribiré una sola palabra en el informe —dijo Rafael.

—La última vez también fueron solo tres.

—Y tú las convertiste en doce.

Inés abrió la estación. —Sensor tres. Viento. Primero revisar, después ponerle nombre.

Dentro olía a café frío, polvo y plástico caliente. Dos monitores iluminaban la sala principal. Junto a la puerta, en la pared, estaba el tablero eléctrico. Sobre su puerta de metal gris había varias etiquetas de inventario pegadas unas sobre otras. Abajo aún se distinguía el borde de un antiguo logotipo del Ministerio del Ambiente. Encima había una placa de inventario de la Municipalidad de San Desvelo. El código de barras más reciente cruzaba ambos en diagonal. Junto al tablero, una canaleta de cables subía hasta el techo. El último tramo estaba cerrado con cinta aislante negra. Rafael lo miró.

—Ahí está.

Inés dejó su bolso.

—¿Qué?

—La cinta adhesiva roja.

Ella miró la canaleta.

—Esa es negra.

—Por eso no estaba en la guantera.

En una repisa había fusibles de repuesto, dos filtros empaquetados y la carcasa de un viejo instrumento de medición. Al lado había una caja en cuya tapa alguien había escrito con plumón:

ANEMÓMETRO – REPUESTO SOLICITADO

Debajo figuraban tres fechas. La más antigua era de hacía ocho meses.

—¿Todavía no llega el repuesto de Lima? —preguntó Rafael.

—Ocho meses, cuatro llamadas y una derivación.

—Entonces está administrativamente en camino.

Inés no respondió.

Inés colgó su chaqueta en la silla. El sensor tres llevaba una hora registrando el mismo valor. La dirección del viento permanecía constante. La velocidad tampoco cambiaba. Inés abrió el programa de diagnóstico.

—Voy arriba —dijo Rafael.

Cogió la linterna y salió. Inés se sentó frente a la computadora. El sensor tres estaba conectado. La intensidad de la señal y la alimentación eran normales. No había pérdida de paquetes. Fuera, la escalera crujió.

—La carcasa está seca —gritó Rafael.

—¿El cable?

—Bien.

—¿El contacto?

—Limpio.

—¿El rotor?

Una breve pausa.

—Gira.

Inés abrió el administrador de procesos.

—Puedes bajar.

—Aún no he terminado.

—Ya encontré la falla.

Poco después regresó Rafael. Tenía polvo claro en el pantalón y marcas oscuras del metal en las manos. En una manga, la costra húmeda de polvo se había corrido formando una franja clara. Inés señaló el monitor.

—El proceso sigue activo.

Rafael se inclinó.

—Ese es de la semana pasada.

—Sí.

—¿Por qué sigue activo?

—Porque nadie lo cerró.

Inés terminó el proceso. La dirección del viento cambió. La velocidad bajó, volvió a subir y bajó otra vez.

—Entonces era el software.

—Sí.

—¿Vas a poner «error de software»?

—Voy a poner «error de software».

Rafael dejó la linterna sobre la mesa. Inés comenzó el informe.

Antes de anotar la causa, dejó correr los valores una vez más. El sensor tres cambiaba ahora con las ráfagas. El sensor dos mostraba una velocidad parecida, solo con el retraso habitual. Las marcas de tiempo coincidían. Inés abrió el registro de eventos, buscó un reinicio y no encontró ninguno.

Rafael se limpió las manos con un trapo y guardó el destornillador, el alicate y el medidor en la bolsa. Luego miró las dos pantallas, aunque desde su sitio apenas podía leer los números.

—¿Estable? —preguntó.

- Estable.
- Entonces subimos por gusto.
- Revisamos el sensor.
- Y cerramos un proceso.

Inés colocó el cursor en el campo Causa. Durante unos segundos solo se oyeron el ventilador de la computadora, el tecleo y el viento contra la pared exterior.

Entonces oyeron el zumbido. Era tenue. Rafael levantó la cabeza. El zumbido continuó. Un tono metálico y grave, uniforme y apenas más fuerte que el viento en las paredes de la estación.

- ¿El generador?

Inés escuchó.

- No.

Salieron.

El termo seguía sobre el techo del Toyota. Se habían acumulado pequeñas gotas sobre la pintura roja. Debajo, el polvo se había oscurecido y formaba bordes estrechos alrededor de cada gota.

Abajo, San Desvelo se extendía entre el cerro y la oscuridad del Pacífico. La niebla había alcanzado más calles. Las luces anaranjadas se veían borrosas dentro de ella. La Municipalidad seguía iluminada. El parque de al lado permanecía oscuro. El zumbido venía de las antenas. Los mástiles metálicos estaban casi inmóviles en el viento débil. Ningún cable golpeaba un mástil. Ninguna cubierta se movía. Rafael se acercó.

Rafael fue primero a la caseta del generador. Apoyó la mano en la puerta y luego en la pared lateral. La chapa vibraba débilmente, pero con un ritmo más rápido que el tono. Inés abrió el pequeño tablero exterior junto al edificio. Las luces de control ardían sin parpadear. Acercó el medidor a dos contactos y esperó a que la lectura se estabilizara.

- Normal —dijo.

Rafael revisó los tensores inferiores de los dos mástiles más cercanos. Tiró de cada uno por separado, apoyó los dedos en las uniones roscadas y esperó. Un alambre emitió un breve tono agudo. El zumbido de fondo no cambió. En la base del mástil occidental, el cable de tierra estaba bien sujeto. El revestimiento estaba quebradizo, pero no roto.

Inés apagó la iluminación exterior de la estación. Durante un instante desaparecieron el edificio, el Toyota y las partes bajas de las antenas. El zumbido continuó. Volvió a encender la luz.

- ¿Ya estaba antes?

- No.

Él se detuvo delante de la primera antena. Allí el zumbido no era mucho más fuerte. Aun así, Rafael sentía el tono en los dientes.

- Desagradable.

Caminaron entre las antenas. El tono desapareció entre dos mástiles y regresó tres metros más allá, dentro del esternón. Rafael se detuvo ante el mástil oriental.

- Aquí. Dos pulsos lentos y luego una pausa más larga.

Inés esperó un ciclo completo. —No es el viento. Podría ser tensión, pero no en todos los mástiles al mismo tiempo.

Inés no respondió. La pintura se había desprendido al pie del mástil oriental. Debajo del tornillo inferior corría una fina huella rojiza de óxido. Al lado había una pegatina antigua, medio cubierta de polvo y sal.

ESTACIÓN 04

VIGILANCIA EL NIÑO

Rafael pasó los dedos sobre la pegatina antigua. Desde el Toyota llegaba una cumbia amortiguada. Cuando abrió la puerta del conductor, el zumbido desapareció bajo la música; al bajar el volumen, volvió a estar inmediatamente debajo.

—No se ha ido —dijo Inés—. Solo lo estás tapando.

Rafael cerró la puerta. El tono regresó en dos pulsos graves, seguidos por la misma pausa larga. Grave.

Pausa.

Rafael retiró el termo del techo. Para entonces, el emoliente estaba frío.

—Para el sensor vas a poner «error de software» —dijo. Luego miró las antenas—. ¿Y para esto?

—Para esto no tenemos ni lectura ni causa.

—Entonces tampoco hay formulario.

Volvieron a la estación. Los valores seguían corriendo en el monitor. Dirección del viento, temperatura, humedad del aire. Los números cambiaban. Inés abrió el informe. En el campo Causa escribió:

Error de software.

En el campo Medida adoptada escribió:

Proceso cerrado, sensor revisado, valores estables.

En el campo Observaciones dejó parpadear el cursor.

—¿Vas a poner lo del zumbido? —preguntó Rafael.

Inés miró hacia la ventana. —No sin una lectura o una causa.

—Entonces se queda fuera.

Dejó el campo vacío y guardó el informe. Fuera, las antenas seguían zumbando.

Capítulo 3: La primera porción

Maritza Huamán descorre el cerrojo del costado de su carrito y baja la superficie de trabajo.

La bisagra suelta un breve chasquido. Suave, seco, en el mismo punto de cada mañana. Maritza empuja la superficie hacia abajo con ambas manos hasta que los dos soportes metálicos encajan. Entonces revisa primero el izquierdo y después el derecho. El izquierdo aguanta de inmediato. El derecho tiene que levantarlo y volver a empujarlo una segunda vez.

La garúa se extiende baja sobre la costa. No está suspendida sobre el estacionamiento, sino dentro de él. Entre el muro de concreto, los carritos de venta cerrados y los edificios bajos al otro lado de la vía costera solo queda un espacio gris que huele a sal, polvo húmedo y aceite viejo.

Desde el muro de concreto al borde del estacionamiento, en las mañanas despejadas Maritza alcanza a ver las embarcaciones que están más al norte, por encima de la línea del agua. Algunas descansan sobre bloques de madera; otras, directamente sobre la grava oscura. Hoy solo ve la proa azul de un bote antiguo. El resto desaparece en el gris.

En un costado de la proa todavía se distingue una letra blanca. Maritza no sabe cuál. Nunca ha estado lo bastante cerca. Algunos días parece una P; otros, una R. Hoy no parece nada.

Coloca la gran conservadora azul debajo del carrito. El plástico se ha aclarado en las esquinas. En la tapa hay una etiqueta medio desprendida del pescadero del Mercado Municipal. Solo se lee la última cifra del teléfono. Maritza empuja la conservadora lo bastante atrás para que nadie la golpee con el pie, pero no tanto como para tener que agacharse después.

Al lado van los limones. Una malla con cebollas rojas. Una bandeja de plástico con ají limo. El choclo y el camote ya están cocidos, listos en dos recipientes con tapas blancas. Coloca el saco de cancha junto a la rueda izquierda, donde el concreto está un poco más alto y no se empoza el agua.

Lo ordena todo en la misma secuencia.

Pescado a la izquierda.

Limones delante.

Cebollas a la derecha del cuchillo.

El ají detrás.

Los platos debajo de la superficie de trabajo, junto a la lata del sencillo.

Maritza no necesita una lista. Solo tendría que colgarla donde ahora está el trapo, y el trapo le hace falta con mayor frecuencia.

Maritza saca un limón de la bandeja.

Su mano queda suspendida sobre la tabla. Acaba de hacer esto.

No. El limón está entero.

Maritza vuelve a dejarlo.

Durante la noche se ha acumulado humedad en el borde metálico del carrito. Maritza la seca con el delantal. El delantal fue blanco alguna vez. En la parte delantera quedan manchas pálidas de limón y agua de pescado que ya no desaparecen ni después de lavarlo.

Pasa dos dedos por el borde. Ninguna astilla de óxido. Bien.

Oficialmente, el estacionamiento pertenece al malecón de La Playa. Así lo dice un letrero descolorido junto a la entrada, debajo del escudo de la Municipalidad. Del malecón solo quedan el muro de concreto, tres farolas y una fila de jardineras cuadradas en las que no crece nada desde hace años. En una hay una botella de plástico vacía. En la siguiente, dos piedras claras que alguien ha colocado ordenadamente una junto a otra.

La farola detrás del carrito de Maritza todavía está encendida. Su luz anaranjada termina unos metros antes del muro. Las otras dos están apagadas. Maritza no sabe si están averiadas o si deben encenderse más tarde. Va cambiando.

Abre la conservadora, comprueba con dos dedos el filete de arriba y lo huele. Firme, frío, salado. No tiene que ser más que eso.

El filete va sobre el lado claro de la tabla de cortar. Maritza gira la tabla los lunes; hoy es jueves.

Coge el cuchillo. Detrás del muro no se ve el Pacífico. Se oye. El agua retrocede sobre la grava y arrastra piedras pequeñas. El sonido llega en largas oleadas, nunca con el mismo volumen, pero con suficiente regularidad para que Maritza no tenga que prestarle atención.

Más abajo, una caja de plástico golpea dos veces el concreto. Las gaviotas se responden unas a otras; un mototaxi zumba a través de la garúa en dirección a Centro. Después solo queda otra vez el mar.

Maritza apoya la punta del cuchillo en el filete. El primer corte siempre es el más lento. Después, su mano sabe cuán firme está la carne y qué ancho deben tener los trozos. Demasiado grandes, y el limón no llega a tiempo al centro. Demasiado pequeños, y el pescado se pierde entre la cebolla y el choclo.

Entonces, pasos.

Cuatro pisadas regulares.

Un arrastre.

Otras cuatro pisadas.

Maritza empieza a cortar el pescado.

Efraín tose en la niebla. Así lo reconoce cada mañana. Por los pasos y por la tos seca, que casi siempre empieza poco antes del muro de concreto y no termina hasta que él ha seguido más al sur.

Efraín camina por la playa, apenas fuera de su campo de visión. En los días despejados aparece primero su sombrero y al final el bastón, que él no llama así. Hoy solo avanza la medida de sus pasos detrás del muro.

Maritza empuja los primeros trozos de pescado con el lado plano del cuchillo hacia un tazón de metal. No los cuenta. Por el peso sabe cuándo hay suficiente para las primeras porciones.

Los pasos se acercan.

Cuatro pisadas.

Un arrastre.

—Demasiado frío —grita una voz desde el otro extremo del estacionamiento.

Maritza no levanta la vista. Abajo, los pasos se detienen un momento.

—Para ti —grita Efraín desde la niebla.

Óscar aparece entre la farola y el carrito. La garúa ha dejado pequeñas gotas en su cabello. Lleva una chaqueta doblada bajo el brazo. Las suelas de sus zapatos están oscuras por el polvo húmedo.

—Para todos —dice Óscar.

Efraín tose. Luego los pasos continúan.

Óscar deja su chaqueta sobre el muro de concreto. Siempre la coloca en el mismo sitio, entre una grieta y una mancha clara que queda de una antigua capa de pintura. Maritza nunca le ha preguntado por qué.

—¿Café?

—No.

—¿No tienes?

—Vendo ceviche.

—Ayer tenías café.

—Ayer tenía café.

Óscar asiente, como si eso hubiera aclarado algo.

Maritza sigue cortando. El cuchillo golpea la tabla de manera uniforme; la velocidad le importa menos que el ritmo.

Óscar espera hasta que el filete esté cortado. Sabe que ella no responde mientras lo hace, porque de lo contrario tendría que repetir la pregunta.

—¿Soy el primero? —pregunta.

Maritza detiene el cuchillo.

Normalmente Óscar no pregunta eso. Normalmente llega, ve el primer plato que falta, ve las monedas en la lata y comenta que el otro volvió a ser más rápido. A veces asegura que a la mañana siguiente vendrá más temprano. Nunca lo hace.

Maritza mira los platos de plástico junto a la conservadora. Están encajados unos dentro de otros. Transparentes, delgados, con un borde blanco. Ella misma contó la pila la noche anterior, antes de cerrar el carrito.

Diecinueve.

Uno para el primer cliente.

Uno para Óscar.

Los demás para la mañana.

Maritza toma la pila y cuenta.

Dieciocho.

Cuenta otra vez.

Dieciocho.

Óscar la observa. Pasa el peso de un pie al otro.

—¿Qué?

Maritza vuelve a colocar los platos. Abre la pequeña lata bajo la superficie de trabajo. La tapa se engancha un instante en la esquina derecha. La levanta con el pulgar.

Vacía.

El interior de la lata está seco. No hay dinero. Ningún borde húmedo. Solo dos arañazos en el fondo y una mancha oscura que ya no sale.

—Sí —dice ella.

Óscar frunce el ceño.

—¿Sí qué?

—Eres el primero.

Él mira el carrito. Luego el muro de concreto. Después mira hacia atrás, a la vía costera, como si allí pudiera haber alguien que le confirmara el puesto.

—No.

Maritza saca una cebolla roja de la malla. Examina la cáscara exterior. Suficientemente seca. Coloca la cebolla sobre la tabla.

—Hoy sí.

—Yo nunca soy el primero.

—Ahora lo eres.

—Quizá nadie tenía hambre.

Maritza parte la cebolla por la mitad. La piel seca se desprende y queda pegada a su mano. La quita contra el borde de la tabla.

—Todos los días hay alguien con hambre.

Óscar mira hacia la playa. La garúa está aún más densa sobre el agua. Incluso ha desaparecido la proa azul del bote. Detrás del muro solo hay gris, y desde ese gris se oye el mar.

—Tal vez venga más tarde.

Maritza empieza a cortar la cebolla en tiras finas.

—Entonces será el segundo.

Óscar lo piensa. No parece gustarle el resultado.

—Eso no se puede.

—¿Por qué?

—Porque yo soy el segundo.

Maritza aparta las cebollas.

—¿Sin mucho ají?

—Menos que anteayer. Ayer fue demasiado.

—Anteayer también.

Maritza corta un pedacito de ají. Óscar se sienta en el muro de concreto húmedo.

Maritza exprime el primer limón. Antes lo hace rodar una vez sobre la tabla bajo la palma de la mano. Luego el segundo. El olor de las cáscaras queda afilado en el aire húmedo. Durante un instante tapa la sal, el diésel y el agua del balde bajo el carrito.

Añade sal al pescado, el ají y parte de la cebolla. Con una cuchara grande de metal da vuelta a todo dentro del tazón. Tres veces de abajo arriba. Luego una vez por el borde. No más.

Óscar mira la lata vacía.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué?

—El primero.

Maritza sigue trabajando. Levanta la tapa del choclo, examina la superficie y vuelve a cerrarla.

—Desde siempre.

—No.

—Entonces desde antes de que tú fueras el segundo.

Óscar frota con el pulgar una zona húmeda del muro.

—¿Alguna vez lo has visto?

—¿A quién?

—Al primero.

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y el dinero?

—Está ahí.

—¿Siempre?

—Cuando falta el plato.

Maritza lo dice sin mirar la lata. Así es todas las mañanas. Falta un plato. El dinero exacto está en la lata. A veces en monedas. Una vez, en un billete doblado con una sola moneda debajo. Nunca de más. Nunca de menos.

Nunca ha oído llegar al primer cliente. Ninguna tos. Ningún paso. Ningún motor. Ningún golpe de la superficie de trabajo antes de que ella misma descorra el cerrojo. El plato que falta forma parte de la secuencia de la mañana, igual que la tos de Efraín y la pregunta de Óscar sobre el café.

Hoy falta el plato.

El dinero no.

Óscar vuelve a mirar hacia la playa. Abajo, Efraín regresa hacia el norte. Maritza oye primero el arrastre de su pie derecho.

Luego los pasos.

Cuatro pisadas.

Un arrastre.

Cuatro pisadas.

—¿Ya estás de vuelta? —grita Óscar.

—Tengo hambre —responde una voz desde la niebla.

Óscar mira a Maritza.

—Tiene hambre.

—Entonces que suba.

—¡Hay ceviche! —grita Óscar.

—¡Ya sé!

Maritza coge el recipiente del camote. La tapa se suelta con una leve succión. Los trozos siguen firmes y son de un amarillo oscuro en las caras cortadas.

—Lo sabe.

—Pasa por aquí todas las mañanas.

—Pero nunca compra nada.

—Dice que el pescado por la mañana es malo para el estómago.

Óscar mira el tazón.

—¿Es cierto?

—No.

—Bien.

Maritza pone dos trozos de camote en un plato de plástico. Al lado añade choclo y un puñado de cancha. Luego toma la cuchara de metal y sirve el ceviche. Se asegura de que la cebolla no quede solo encima. Al final vierte por encima un poco de leche de tigre del tazón.

Coloca el plato delante de Óscar.

Él mira dentro.

—Es poco.

—Es lo normal.

—Ayer había más.

—Ayer tenías hambre.

—Hoy también.

Maritza extiende la mano. Óscar mete la mano en el bolsillo del pantalón. Las monedas tintinean. Saca dos, las mira y vuelve a guardar una.

En ese momento Maritza oye algo a su espalda.

Un breve raspado.

Plástico sobre concreto.

El raspado está demasiado cerca para venir de la playa y es demasiado breve para ser una rueda o una caja.

Se vuelve.

Sobre el muro hay un plato.

Óscar todavía tiene el dinero en la mano.

Maritza mira el plato. Está exactamente donde no está la chaqueta de Óscar, apenas a la izquierda de la grieta. En el fondo queda un resto de leche de tigre. Unas tiras finas de cebolla roja se adhieren al borde. Entre ellas hay dos granos de maíz y un pedacito de culantro.

Una cucharita de madera descansa atravesada encima. Al lado, la mitad de un limón completamente exprimido. El plato no está bien apoyado. Un lado descansa sobre una protuberancia húmeda del concreto y se inclina un poco hacia delante.

Óscar se pone de pie. Su chaqueta queda sobre el muro.

—¿Eso estaba ahí?

Maritza no responde.

Mira primero hacia la vía costera. No hay nadie. Los carritos cerrados permanecen inmóviles en la garúa. La farola anaranjada sigue encendida. Después mira por encima del muro.

Gris.

El mar arrastra piedras sobre la grava.

Los pasos de Efraín están más al norte. Cuatro pisadas. Un arrastre. Demasiado lejos.

Maritza se acerca al muro y recoge el plato. El fondo sigue húmedo. No por la garúa. El líquido está turbio y huele a limón, pescado y ají.

Deja el plato sobre la superficie de trabajo.

La parte de abajo está fría. Maritza cuenta la pila: diecisiete. En la lata hay ahora monedas, contadas exactamente, con una sola gota de agua sobre una de ellas.

Óscar alterna la mirada entre el dinero y el plato. Esta vez no contradice nada.

—Entonces soy el segundo.

Maritza vuelve a colocar las monedas.

—Sí.

Óscar se sienta otra vez en el muro. Aparta un poco la chaqueta para que no toque el lugar usado.

—Bien.

Coge su porción.

Maritza toma el cuchillo. Limpia una vez la hoja con el trapo, aunque no hay nada en ella. Luego coloca el siguiente limón sobre la tabla.

Abajo, en la playa, Efraín tose.

—¡Maritza!

Ella mira hacia la niebla.

—¿Qué?

—¡Mañana compro!

Maritza corta el limón por la mitad.

—Eso dices siempre.

Efraín se ríe.

Sus pasos se alejan hacia el norte.

Cuatro pisadas.

Un arrastre.

Cuatro pisadas.

Óscar come. Primero la cancha, luego el pescado. Siempre lo hace así, aunque cada vez dice que la cancha se pone blanda si permanece demasiado tiempo en el plato.

Maritza vacía y enjuaga el plato usado. Lo deja debajo del carrito, separado de la pila limpia, y saca la siguiente porción.

Habían sido diecisiete. Ahora son dieciséis.

La secuencia vuelve a estar en orden.

Pescado a la izquierda.

Limones delante.

Cebollas a la derecha del cuchillo.

El ají detrás.

Dinero en la lata.

El segundo sobre el muro.

La garúa sigue extendida sobre la costa. No se ve el Pacífico.
Se oye.

Capítulo 4: El muestrario

Pinturas y Decoraciones Vílchez abría a las nueve. Ernesto Vílchez abría a las ocho y cincuenta y siete. Levantó la reja metálica frente a la vitrina, la empujó por encima de su cabeza y esperó a que los resortes asumieran el peso. Tuvo que empujar el último tramo hacia arriba con ambas manos. La reja se atascó. Volvió a empujar. Saltó dentro del soporte. Ernesto abrió la puerta de vidrio y entró en la tienda.

El aire olía a pintura, disolvente y polvo de la calle. Durante la noche se había acumulado humedad en la cara interior de la vitrina. A través del vidrio lechoso, las casas de la acera de enfrente solo se distinguían como superficies claras. Ernesto encendió la luz. Dos tubos fluorescentes parpadearon. El de delante quedó oscuro. Apagó la luz. Volvió a encenderla. Ahora ardían los tres.

Pinturas y Decoraciones Vílchez estaba ordenada. Las latas de pintura se alineaban por tamaño en los estantes metálicos. Las de un litro arriba, las de cuatro litros en el centro, los baldes grandes abajo. Las etiquetas miraban hacia delante.

Casi todas.

En el segundo estante, la última lata de una fila estaba torcida. Ernesto la había sacado tres días antes para comprobar la fecha de fabricación y después no la había empujado del todo hacia dentro.

En los estantes superiores estaban las pinturas para interiores. Debajo, la pintura para fachadas y la imprimación para concreto y ladrillo sin revocar. En las filas inferiores había baldes con revestimientos contra la humedad y el salitre, las eflorescencias salinas de la mampostería que desprendían el revoque de las paredes húmedas. Al lado había latas más pequeñas de esmalte para rejas metálicas, portones de calamina y los tanques negros de agua de los techos.

Algunas etiquetas estaban descoloridas en los bordes. El sol solo entraba directamente en la tienda al final de la tarde, pero llevaba años cayendo siempre sobre el mismo lugar.

Junto a la caja, las brochas estaban ordenadas por ancho en cajas planas de cartón. Una descansaba atravesada sobre las demás. Ernesto se la había mostrado a un cliente el lunes.

En la pared colgaban cartas de colores de pequeños ganchos metálicos.

Marfil.

Hueso.

Perla.

Arena.

Niebla.

Las cartas de colores para fachadas estaban más pálidas que las demás. Algunos clientes se las llevaban fuera, las sostenían contra la pared de la casa y las devolvían días después. Entonces olían a polvo y tenían las esquinas dobladas.

La carta de Blanco Humo colgaba del gancho de Blanco Tiza.

Ernesto lo sabía.

Desde febrero.

Debajo del mostrador había seis cajas de cinta de pintor. Cinco estaban empujadas contra la pared, perfectamente alineadas. La sexta sobresalía tres dedos. Se podía pasar junto a ella sin problemas. Por eso estaba allí. En la parte baja de la pared detrás del mostrador, el salitre había levantado la pintura en pequeñas escamas. Ernesto había pintado encima el invierno anterior. Desde entonces, la mancha había crecido.

Pasó detrás del mostrador y dejó su bolso sobre la silla. Una fina capa de polvo cubría la caja registradora. Pasó dos dedos por encima. Luego se limpió los dedos en el pantalón. Sobre la caja colgaba el calendario de un proveedor de materiales de construcción de Chimbote. La imagen mostraba una casa de varios pisos, con la fachada completamente revocada, marcos de ventana blancos y un jardín. El calendario tenía seis años.

Ernesto todavía lo usaba para apuntar números de teléfono en el reverso de las hojas. Fuera pasó un mototaxi. El motor se hizo más fuerte en el cruce y desapareció en dirección al Mercado. Ernesto sacó la pequeña radio de debajo del mostrador y la puso junto a la caja. Giró el dial. Una voz de hombre hablaba del tiempo en Lima. Siguió girando. Cumbia. Dejó esa emisora.

A las nueve y doce, el primer cliente compró cinta de pintor e imprimación para una pared frontal sin revocar.

—Una mano de imprimación, dos de pintura —dijo Ernesto.

El hombre miró el precio. —Con una basta.

—Entonces basta con una. —Después de que el hombre se marchó, Ernesto empujó la sexta caja hasta alinearla con la pared. Contempló la fila recta y volvió a sacar la caja tres dedos.

A las diez y treinta y siete llegó Lucía Salazar. Ernesto la conocía de vista. Vivía en El Alto, en una de las casas sobre la escalera antigua. Su madre había comprado a veces esmalte y brochas pequeñas en su tienda. Lucía entró y cerró la puerta detrás de sí.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco papel tapiz para un dormitorio.

—Por supuesto.

Ernesto salió de detrás del mostrador.

—¿Sabe ya más o menos qué quiere?

—Busco un diseño concreto. Mi madre tenía antes ese papel tapiz en su dormitorio.

—Entonces veamos primero los muestrarios. ¿Recuerda los colores?

Lucía dejó el bolso sobre el mostrador.

—El fondo era amarillo pálido. Hojitas verdes, flores blancas.

Ernesto puso delante de ella el muestrario azul oscuro. —¿De qué época?

Lucía recordó cómo su madre había colocado el papel. A finales de los ochenta, quizá a principios de los noventa.

—Con eso podemos buscar —dijo Ernesto.

Pasó páginas de franjas amarillas, círculos, girasoles y pequeños veleros. Lucía descartó un amarillo por demasiado claro y el siguiente por demasiado anaranjado.

—Ocre —dijo Ernesto.

—Entonces no era ocre.

Siguió pasando páginas.

Lucía recorrió con un dedo el borde de una página.

—A mi madre le gustaban las flores —dijo Lucía.

Ernesto recordó las brochas pequeñas que ella compraba y el verde para un espejo de baño.

—El espejo era espantoso —dijo Lucía.

—Yo solo vendí la pintura. —Ella se rio.

Ernesto siguió pasando páginas.

Después de unas cuantas, cerró el libro.

—El diseño no está aquí.

—¿Tiene otros libros?

—Sí. Y existencias más antiguas.

Señaló la puerta abierta detrás de la zona de venta.

—Si tiene tiempo, podemos mirar atrás.

Lucía retiró el bolso del mostrador.

—Tengo tiempo.

Ernesto cogió el manojó de llaves del gancho.

—Entonces intentémoslo.

El primer cuarto de papeles tapiz estaba justo detrás de la tienda. Un largo tubo fluorescente ardía en el techo. Su luz era más fría que la de la zona de venta y daba a las baldosas blancas un ligero tono verde. Los rollos estaban de pie en armazones de madera. Ernesto había fijado pequeñas etiquetas en los bordes superiores.

FLORES.

GEOMÉTRICO.

INFANTIL.

RAYAS.

Un rollo de flores rojas estaba colocado al revés. El diseño miraba hacia la pared. Ernesto pasó de largo. Lucía se detuvo ante uno de los armazones.

—No sabía que tenía tantos papeles tapiz.

—La mayoría de los clientes no lo sabe.

—¿No vende muchos?

—Ya no. Por el salitre, ahora la gente casi siempre elige pintura.

—¿La pintura ayuda contra eso?

—No.

Lucía lo miró.

—Entonces, ¿por qué eligen pintura?

—Porque se desprende con más facilidad.

Lucía esperó.

—Que el papel tapiz —añadió Ernesto.

—Ah.

—Y las paredes rara vez están rectas.

—La mía está recta.

Ernesto la miró.

—Por supuesto.

—No me cree.

—No he visto su pared.

—Entonces tampoco puede saber que no está recta.

—Es cierto.

—¿Entonces?

—No le creo a ninguna pared de San Desvelo.

Lucía sonrió.

—¿Y por qué conserva todos estos rollos?

Ernesto sacó un muestrario de un estante.

—Una parte todavía pertenece a mi padre.

—¿El negocio?

—Los papeles tapiz.

—¿Su padre aún vive?

—No.

Lucía miró los armazones.

—Entonces son suyos.

Ernesto hojeó el muestrario.

—Sí. Ahora ya lo son.

Le mostró una página. Flores amarillas sobre fondo verde.

Lucía negó con la cabeza.

—Justo al revés.

—Amarillo con verde.

—Sí.

—Y blanco.

—Exacto.

Ernesto devolvió el libro al estante.

—Sigamos, entonces.

En el segundo cuarto, los diseños eran más antiguos: flores marrones, geometría verde, franjas anaranjadas y anchas. Lucía reconoció el barato papel de semicírculos del salón de su tía, que en la memoria familiar había sido carísimo.

—Entonces dejémoslo caro —dijo Ernesto.

—Viene de visita en agosto.

—Entonces era importado.

Lucía se rio y siguieron adelante.

La puerta del tercer cuarto estaba cerrada con llave. Ernesto no sabía por qué; su padre siempre la había cerrado y él había heredado la costumbre.

El tubo fluorescente de dentro ya estaba encendido. Su luz caía con claridad sobre las dos puertas, pero apenas alcanzaba los armazones de en medio.

—¿La lámpara funciona bien? —preguntó Lucía.

Ernesto miró hacia arriba. —Está encendida.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Entonces debería preguntarle a un electricista.

Siguieron avanzando. Todavía se distinguían los extremos superiores de los rollos. Más abajo, los colores se fundían unos con otros. Un rollo estaba apoyado en un armazón. Detrás había otros dos en el suelo. Ernesto se detuvo ante un estante y sacó unos centímetros de papel.

Fondo amarillo.

Flores verdes.

Lo sostuvo de modo que Lucía pudiera ver el diseño.

—¿Parecido?

Ella se acercó.

—No. Las flores eran blancas.

—Y más pequeñas.

—Sí.

Ernesto volvió a introducir el rollo.

Lucía miró los rollos del suelo.

—Aquí atrás ya no está todo tan ordenado.

—No.

—Debería dedicarle una tarde.

—Sí.

—¿Lo hará?

Ernesto miró hacia el cuarto siguiente.

—Tal vez.

Siguieron adelante. En el cuarto espacio, el aire era distinto. Lucía lo notó después de dos pasos. Se frotó el pulgar y el índice.

—Aquí está seco.

Ernesto siguió caminando.

—Sí.

—Mucho más seco que delante.

—Sí.

—¿Tiene ventilación aquí?

—No.

Lucía miró las paredes.

—¿Aire acondicionado?

—No.

—Entonces es extraño.

Ernesto se detuvo un instante. Miró los armazones.

—Es mejor para el papel.

—Eso no lo explica.

—No.

Siguió. Lucía lo acompañó más despacio. Allí también ardía un tubo fluorescente. La puerta por la que habían entrado estaba iluminada. También la siguiente, al otro extremo. El espacio intermedio estaba casi por completo en sombras. A izquierda y derecha había armazones. En el suelo yacían rollos. Lucía no podía decir cuántos. Algunos estaban paralelos. Otros, unos encima de otros. Un rollo se había abierto y extendía una ancha franja de papel sobre las baldosas. El diseño no se distinguía en la penumbra. Más atrás parecía haberse volcado un armazón.

—¿Ha pasado algo aquí?

Ernesto miró hacia la oscuridad.

—No que yo sepa.

—Ese armazón de ahí.

—Sí.

—¿Se ha caído?

Ernesto contempló la forma oscura.

—Eso parece.

—¿Cuándo?

—Antes.

Lucía lo miró.

—¿Antes de qué?

Ernesto pasó por encima de un rollo.

—Antes de hoy.

Lucía se quedó quieta un momento. Luego lo siguió.

—De verdad debería ordenar esto.

—Mañana.

—Seguro que dice eso a menudo.

Ernesto no volvió la mirada.

—Sí.

Llegaron a la puerta siguiente. En el quinto cuarto, Lucía miró de inmediato al techo. El tubo fluorescente estaba encendido. Brillante. Podía distinguir cada insecto muerto dentro de la

cubierta de plástico. La luz apenas llegaba al suelo. Los armazones se alzaban como superficies negras a los lados. Entre ellos había rollos. Algunos alcanzaban el estrecho cono de luz de la puerta. Ernesto se detuvo.

—Espere.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo que ver.

Lucía miró el cuarto.

—No veo nada.

—Yo tampoco.

Ernesto entró. Después de pocos pasos solo se distinguía su espalda. Luego sus hombros.

Después, algo oscuro se movió entre los armazones.

—¿Señor Vilchez?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Lucía miró hacia la oscuridad.

—¿Dónde es aquí?

El papel raspó las baldosas.

—Atrás.

—Eso no me ayuda.

—A mí sí.

Lucía guardó silencio. Oyó cómo movían un rollo. Luego otro.

—¿Ha encontrado algo?

—Papeles tapiz.

—¿El mío?

Una pausa.

—No.

Ernesto volvió. No llevaba nada en la mano. Lucía miró detrás de él.

—¿Todavía sabe dónde estamos?

—En el almacén.

—Quiero decir en qué cuarto.

Ernesto se detuvo.

—En este.

Lucía lo miró.

—Sabe a qué me refiero.

—Sí.

—¿Y?

Ernesto pasó junto a ella hacia la puerta siguiente.

—El papel está más atrás.

Lucía se volvió hacia él.

—¿Cómo lo sabe?

Ernesto introdujo una llave en la cerradura.

—Porque no está aquí.

En el cuarto siguiente solo se distinguían la entrada y la puerta posterior. En un papel desenrollado se repetían farolas anaranjadas entre rectángulos oscuros que parecían casas de San Desvelo.

Al lado había un rollo con pequeños buses. En cada bus, un reloj diminuto marcaba la misma hora, demasiado pequeña para leerla.

—¿Conoce estos diseños? —preguntó Lucía.

—No.

—¿De dónde vienen?

Ernesto miró el papel. —No de la zona de venta.

Antes de la puerta siguiente, Lucía preguntó cuántos cuartos quedaban. Ernesto no lo sabía. Para él, la tienda estaba delante y el almacén detrás; nunca había necesitado mayor precisión.

—Ese parece San Desvelo.

—Tal vez.

—¿Lo ha vendido?

—No.

—¿De dónde viene?

Ernesto miró el papel.

—De aquí.

Lucía levantó la cabeza.

—Me refiero a antes.

—Antes no estaba aquí.

—¿Dónde estaba?

Ernesto lo pensó.

—Antes.

Lucía lo miró. Ernesto siguió caminando. Ella lo acompañó. A su derecha había un rollo inclinado entre dos armazones. Bajo la luz débil alcanzó a ver pequeños buses. Buses oscuros sobre fondo gris beige. En la parte delantera de cada bus había un pequeño rectángulo blanco. Un reloj. Los números eran demasiado pequeños.

—Los buses —dijo Lucía.

Ernesto no se detuvo.

—Sí.

—¿Qué hora marcan los relojes?

—La misma.

—¿Cuál?

—La de los relojes.

Lucía se detuvo.

—¿Por qué habla así?

Ernesto se volvió hacia ella.

—¿Así cómo?

Lucía abrió la boca. No dijo nada. Ernesto esperó.

—No importa —dijo ella.

—Bien.

Siguieron adelante. Ernesto se detuvo ante la puerta siguiente. Lucía miró por encima de su hombro. Un rectángulo claro.

—¿Cuántos cuartos quedan?

Ernesto sostenía la llave en la mano.

—No lo sé.

—Es su negocio.

—Delante.

—¿Y esto?

Ernesto miró hacia el cuarto oscuro que quedaba atrás.

—Detrás.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es.

—No una buena.

Ernesto abrió la cerradura.

—No.

Entraron. La luz del tubo fluorescente caía sobre la entrada. Más atrás iluminaba la puerta siguiente. Entre ambas estaban los armazones. Lucía distinguía sus contornos. Había papeles tapiz en el suelo. Algunos estaban enrollados. Otros no. Ernesto avanzó despacio. Lucía se mantuvo muy cerca detrás de él.

—Si no lo encontramos, regresamos.

—Sí.

—¿Ahora?

—Si no lo encontramos.

—¿Y si lo encontramos?

—También.

Lucía miró su espalda.

—Bien.

—Sí.

Un trozo estrecho de papel sobresalía de una pila de rollos hacia el cono de luz de la siguiente puerta.

Amarillo.

Una hoja verde.

El borde de una flor blanca.

Ernesto se detuvo. Sacó el rollo. Otros se movieron. Uno cayó al suelo. Luego otro. Ernesto esperó. No cayó nada más. Recogió el rollo y se lo llevó a Lucía.

—¿Este?

Desenrolló un tramo.

Fondo amarillo.

Pequeñas hojas verdes.

Flores blancas.

Lucía pasó la mano por el papel.

—Es este.

—¿Está segura?

—Sí.

—Bien.

Ernesto giró el rollo. En el borde inferior había una etiqueta amarillenta. Limpió el polvo con el pulgar.

1974

Junto al año había un sello ovalado del distribuidor. La tinta azul casi había desaparecido. Solo se distinguían dos palabras.

DISTRIBUIDORA ALCÁZAR.

LIMA.

Lucía miró el número.

—Este no puede ser mi papel tapiz.

—Ha dicho que lo es.

—Pero la fecha no encaja.

—Entonces la fecha no encaja.

—O yo me equivoco.

—Entonces necesita otro papel.

Lucía miró las flores blancas.

—No.

Él volvió a enrollar el papel.

—Bien.

Se colocó el rollo bajo el brazo.

—¿Regresamos ahora? —preguntó Lucía.

—Delante.

—¿Qué hay delante?

—Regresar.

Lucía lo miró.

—Eso no tiene sentido.

Ernesto caminó hacia la puerta.

—No.

Ella lo siguió.

En el sexto cuarto, las tiras de papel seguían en el suelo. Ernesto pasó por encima de dos rollos.

Lucía se detuvo detrás de él.

—Antes estaban colocados de otra manera.

—¿Cuáles?

—Los rollos.

Ernesto miró el suelo.

—Ahora están así.

—Eso ya lo veo.

—Entonces lo sabemos.

Lucía guardó silencio. Siguieron adelante. En el quinto cuarto, el zapato de Ernesto raspó el papel. Lucía miró a un lado.

—Antes había un rollo delante de la puerta.

Ernesto se detuvo.

—Ahora no.

—No.

—Quizá usted lo movió.

—Quizá.

—¿Lo hizo?

Ernesto miró hacia el cuarto que quedaba atrás.

—Estuve aquí.

Lucía esperó.

—Eso ya lo sé.

—Bien.

Siguió caminando. En el cuarto espacio, Lucía se detuvo un momento. Volvió a frotarse el pulgar y el índice.

—¿Aquí está más húmedo otra vez?

Ernesto pasó el pulgar por el borde de madera de un armazón.

—Un poco.

—Antes no lo había notado.

—Antes caminábamos en la otra dirección.

Lucía lo miró.

—¿Qué tiene eso que ver?

Ernesto pensó un momento.

—Probablemente nada.

Lucía asintió despacio.

—Bien.

—Sí.

Siguieron adelante. En el tercer cuarto, Lucía volvió a distinguir con mayor claridad los extremos superiores de los rollos. Miró hacia el tubo fluorescente.

—De verdad debería mandar revisar la iluminación.

Ernesto siguió su mirada.

—Sí. Probablemente tiene razón.

—¿Conoce a algún electricista?

—Mi cuñado.

Lucía lo miró.

—¿Es electricista?

—No.

Ernesto se detuvo. Frunció el ceño.

—Entonces no conozco a ninguno.

Lucía soltó una risa breve.

Ernesto la miró. Después sonrió también.

—Preguntaré en el Mercado.

—Probablemente sea mejor.

—Sí.

En el segundo cuarto, Lucía volvió a recordarle a Ernesto lo de su tía. Él insistió en que el papel había sido importado y caro. En el primer cuarto, ella señaló el rollo rojo que estaba al revés en el armazón.

—¿Quiere que le dé la vuelta?

—Déjelo así. Si no, no volveré a encontrarlo.

Entonces estuvieron otra vez en la tienda. La radio tocaba cumbia. Un mototaxi pasó delante de la vitrina. Durante un instante, su techo azul se distinguió a través del vidrio empañado. Ernesto dejó el rollo sobre el mostrador.

—¿Cuántos metros necesita?

—Doce. La pared mide casi cuatro metros de ancho y unos dos y medio de alto.

—¿Solo una pared?

—Sí. Detrás de la cama.

Ernesto sacó la cinta métrica.

—Con este diseño tenemos que calcular algo de reserva. Las tiras deben coincidir.

—¿Es difícil?

—No mucho. Solo que no debe cortar cada tira por separado sin presentar antes el diseño.

—Nunca he colocado papel tapiz.

Ernesto la miró.

—Entonces eso es exactamente lo que no debe hacer.

Lucía se rio.

—Bien. ¿Qué hago en su lugar?

Ernesto desenrolló una parte del papel sobre el mostrador.

—Corta la primera tira. Coloca la segunda al lado. Alinea el diseño. Luego corta.

—¿Y si corto mal?

—Para eso tiene la reserva.

Midió el rollo. Luego una segunda vez.

—Nueve metros.

Lucía miró el papel.

—¿Solo nueve?

—Nueve metros y algo.

—No alcanza.

—No.

—¿Hay otro rollo?

Ernesto miró la puerta abierta detrás de la zona de venta.

—Tal vez.

Lucía siguió su mirada.

—¿Quiere volver atrás?

—Necesita doce metros.

—Podría elegir otro papel.

Ernesto miró el diseño amarillo.

—¿Quiere otro?

Lucía pasó los dedos sobre una de las flores blancas.

—No.

—Entonces buscaré.

—El papel es de 1974.

—Eso dice la etiqueta.

—Ya no se fabricará.

—No.

—Entonces es bastante improbable que tenga un segundo rollo.

Ernesto cogió el manojito de llaves.

—Es cierto.

—¿Y aun así va a buscarlo?

—Acabo de encontrar uno.

Lucía miró hacia la puerta.

—Eso también es cierto.

—Espere aquí.

Ernesto volvió a atravesar los cuartos. En el cuarto, la tira de papel desenrollada estaba ahora enrollada bajo un armazón. Más atrás encontró otra vez, entre dos rollos oscuros, un fondo amarillo, una hoja verde y una flor blanca. Ese rollo también llevaba la etiqueta de 1974.

Cuando regresó, Lucía sostenía en la mano la carta de color Blanco Humo. La había colgado del gancho correcto.

—¿Lo sabía?

—Desde febrero.

—¿Y no hizo nada?

—Todavía no.

Lucía asintió. —Eso lo conozco.

Lucía examinó el segundo rollo y miró hacia la puerta abierta del almacén. Ernesto no sabía de dónde habían salido los dos rollos. Midió doce metros, envolvió el papel en papel marrón y lo ató con un cordel.

Recomendó pegamento universal y una imprimación. El papel tenía por lo menos cincuenta años, la pared mostraba salitre y Ernesto seguía sin creerle a ninguna pared de San Desvelo.

—La casa lleva cuarenta años en pie —dijo Lucía.

—El salitre probablemente más.

Lucía preguntó cuánto tiempo ayudaría la imprimación.

—Más que sin ella.

Se llevó el pegamento y la imprimación. Si el papel no se adhería, volvería, aunque no al día siguiente.

—Bien —dijo Ernesto—. Mañana pensaba ordenar atrás.

Lucía miró hacia la puerta. Ernesto se corrigió: —Pensaba proponérmelo.

Se despidió y salió. La puerta de vidrio se cerró detrás de ella. Ernesto miró las cartas de colores. Blanco Humo colgaba ahora del gancho correcto. Retiró la carta. Volvió a colgarla con Blanco Tiza. Luego cogió el rollo empezado y fue hacia atrás.

Primer cuarto.

Segundo.

Tercero.

Cuarto.

Quinto.

Sexto.

En el cuarto siguiente se detuvo. El tubo fluorescente ardía con fuerza. La luz caía sobre las dos puertas. Entre ambas, los armazones quedaban en la oscuridad. Ernesto fue hasta el estante del que había sacado el segundo rollo. Estaba vacío. Del borde de madera colgaba una pequeña etiqueta amarillenta. Ernesto se inclinó.

VÍLCHEZ - DORMITORIO.

La leyó otra vez. Luego miró el papel que llevaba en la mano.

Fondo amarillo.

Pequeñas hojas verdes.

Flores blancas.

Colocó el rollo empezado en el compartimento vacío. Encajó exactamente. Ernesto regresó.

Sexto cuarto.

Quinto.

Cuarto.

Tercero.

Segundo.

Primero.

En la zona de venta, la radio seguía tocando cumbia. Junto al interruptor de la luz, una esquina del papel tapiz se había despegado de la pared. Debajo, el revoque estaba blanco y granulado.

Ernesto volvió a presionar la esquina con el pulgar. Permaneció pegada un instante. Luego volvió a soltarse. Ernesto la miró. En el segundo estante, la última lata de pintura seguía torcida. Mañana.

Capítulo 5: Dos sillas

Por encima de El Alto, las casas se hacían más escasas.

Primero terminaban las calles asfaltadas. Después, también los caminos se volvían más estrechos. Los muros de concreto daban paso a ladrillos sin revocar, los ladrillos a calaminas y las calaminas, finalmente, a espacios abiertos de tierra clara y roca oscura. Los cables eléctricos seguían a las casas un trecho más arriba por la ladera. Luego también ellos terminaban.

La casa de Aurelio Quispe estaba por encima de los últimos postes. Era baja y estaba hecha de adobe, ladrillos y zonas en las que ya no se distinguía con precisión qué material había estado primero. El techo plano de calamina estaba lastrado con piedras del tamaño de un puño. En el lado oeste, Aurelio había tendido una lona entre dos postes de madera. Debajo colgaban de cuerdas manojos de plantas secas.

Ruda.

Romero.

Muña.

Hojas de eucalipto.

Algunos manojos estaban atados con hilo fino de algodón. Otros, con las tiras de plástico blanco que Aurelio cortaba de antiguos sacos de arroz. Sobre una tabla estrecha de madera junto a la pared de la casa había frascos. La mayoría tenían rótulo.

MANZANILLA.

ANÍS.

MUÑA.

HIERBA LUISA.

Tres frascos no decían nada. Aurelio sabía qué contenían. Al menos dos de ellos. Delante de la casa había un patio pequeño de tierra apisonada. Un muro bajo de piedras apiladas lo delimitaba hacia la ladera. Detrás estaba San Desvelo.

Cada tarde, Aurelio colocaba dos sillas delante de su casa. La primera era de madera. Años atrás había reparado el asiento con una cuerda de plástico trenzada. Algunas de las tiras originalmente azules eran ahora casi blancas. La segunda era una silla verde de plástico. Una grieta recorría el respaldo desde el borde superior hasta la mitad. Aurelio colocaba la silla de madera a la izquierda. La de plástico a la derecha. Luego entraba en la casa.

En la cocina había una olla de aluminio sobre una cocinilla de gas. El agua ya humeaba. Aurelio tomó un puñado de hierba luisa, frotó brevemente las hojas entre los dedos y las echó en la olla. Esperó. Luego vertió la infusión en dos tazas. Una blanca con el borde desportillado. Una azul con el logotipo de una farmacia de Chimbote. Aurelio llevó ambas fuera. Dejó la blanca junto a la silla de madera. La azul junto a la de plástico. Luego se sentó.

Debajo de él estaba El Alto.

Las casas sin revocar descendían por la ladera. Sobre los techos planos había tanques negros de agua. Algunos estaban conectados a tuberías delgadas que bajaban por las paredes exteriores. En un techo colgaba ropa entre dos fierros. Las camisas ya apenas se movían. Un mototaxi subía lentamente por una de las calles empinadas. El motor se hizo más fuerte. Luego más débil. Luego más fuerte otra vez. Aurelio observó cómo el techo azul desaparecía entre las casas.

Más abajo empezaba Centro.

Las calles se hacían más rectas. Las casas estaban más juntas. Entre los techos se distinguía la fachada clara de la Municipalidad. Al lado, el parque formaba un rectángulo oscuro. El techo del

Mercado ocupaba casi toda una manzana. Desde allí arriba, Aurelio veía las calles alrededor del mercado, pero no el callejón estrecho de su lado sur. Al norte de Centro se extendía Las Palmeras. Casas bajas. Calles polvorientas. Árboles aislados entre muros. Muy al norte, un auto avanzaba por la carretera hacia San Desvelo. Aurelio lo siguió un rato con la mirada. Todavía estaba muy lejos.

Al sur estaba Los Pinos.

El barrio era más nuevo que el resto de la ciudad. Las calles eran más anchas y todavía había terrenos vacíos entre las casas. Estructuras de concreto gris se alzaban junto a casas ya revocadas. De algunos techos sobresalían fierros de construcción hacia el cielo. En tres obras aún había luz. Bajo una bombilla desnuda, dos hombres se movían entre sacos de cemento. Más atrás funcionaba una mezcladora de concreto. Su molienda uniforme se oía hasta la ladera. A veces el metal golpeaba contra el metal. Después volvía el silencio. Los Pinos crecía casi siempre al anochecer. Aurelio no sabía por qué.

Delante de él estaba el Pacífico.

La garúa se había abierto sobre el agua. En el horizonte se extendía una franja estrecha y despejada entre el cielo gris y el mar. Allí estaba el sol. Bajo. Naranja. Aurelio tomó la taza blanca y bebió. Detrás de él, algo se movió entre las plantas secas. No miró hacia atrás. El viento hizo golpear un manojo de ruda contra la pared de la casa. Entonces Aurelio oyó pasos en el camino. Lentos. Irregulares. Alguien subía la ladera. Aurelio volvió a beber. Al cabo de unos minutos apareció una mujer entre las últimas casas de El Alto. Se detuvo, apoyó las manos en las rodillas y respiró. Luego siguió. Cuando llegó al patio, tenía el rostro enrojecido.

—¿Don Aurelio?

Aurelio dejó la taza junto a su silla.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Espero no molestarlo.

—No. Recupere primero el aliento. La última parte del camino es peor de lo que parece desde abajo.

La mujer sonrió, agotada.

—Mi madre dijo que eran solo diez minutos.

—Desde su casa, quizá.

—Vive en Las Palmeras.

Aurelio miró la ciudad abajo.

—Entonces su madre tiene una relación poco común con las distancias.

La mujer se apartó unos cabellos de la frente.

—Llevo años diciéndoselo.

Aurelio señaló la silla verde de plástico.

—Siéntese.

La mujer se sentó. La silla crujió bajo su peso.

—Soy Daniela Rojas.

Aurelio pensó un momento.

—Teresa Rojas es su madre.

—Sí.

—La de los marcos amarillos en las ventanas.

—Antes eran amarillos. Mi hermano los pintó de blanco hace dos años.

—Entonces eso no lo he visto.

Daniela miró las dos tazas.

—Mi madre estuvo aquí hace unas semanas, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo contó.

—No mencionó que enviaría a su hija.

Daniela recogió del suelo la taza azul.

—Porque yo no quería venir.

Aurelio asintió.

—Y ahora está aquí.

Daniela sostuvo la taza con ambas manos.

—Desde hace tres noches casi no duermo.

—Entonces cuénteme primero por qué.

—Pensé que mi madre ya se lo había contado.

—Su madre me contó muchas cosas.

Daniela sonrió brevemente.

—Eso suena a ella.

—Cuáles de ellas quiere contarme usted misma debería decidirlo usted.

Daniela lo miró un instante.

Luego bebió un sorbo.

—¿Qué es esto?

—Hierba luisa.

—¿Solo hierba luisa?

—¿Qué esperaba?

—No lo sé.

Aurelio miró su taza.

—Entonces la hierba luisa probablemente está bien.

Daniela asintió.

—Bien.

Miró hacia San Desvelo.

En los techos de El Alto se encendieron las primeras lámparas.

—Me despierto muy temprano —dijo—. Antes de que amanezca.

—¿Desde hace tres noches?

—No. Empezó hace más tiempo. Quizá tres semanas. Pero al principio podía volver a dormirme.

—Y ahora ya no.

—No.

—¿Sabe qué hora es cuando se despierta?

Daniela negó con la cabeza.

—No miro el reloj. Mi teléfono está en la cocina.

—¿Se despierta todas las noches?

—Casi todas.

—¿Y siempre por el mismo ruido?

Daniela miró dentro de la taza.

—Sí.

Aurelio esperó.

—Alguien barre mi patio.

Aurelio dejó la taza.

—¿Desde hace tres semanas?

—Más o menos.

—¿Todas las noches?

—Casi.
—¿Siempre antes de que amanezca?
—Sí.
—¿Ha mirado?

Daniela soltó una risa breve.

—Claro que he mirado.
—¿Y?
—Nadie.
—¿Ha buscado fuera?
—Mi patio no es grande. Desde la puerta veo hasta el muro.
—¿Huellas?
—De una escoba.

Aurelio la miró.

—No me refería a eso.

Daniela entendió.

—No. Ninguna huella de pies.
—¿Tampoco las tuyas?
—Sí, las mías sí.

Aurelio asintió despacio.

—Bien.

Daniela frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso de bueno?
—El suelo no lo olvida todo.

Daniela miró sus zapatos.

El polvo se adhería a las suelas.

—¿Y qué significa que no haya otras huellas?
—Que nadie con zapatos ha cruzado su patio.
—Eso también habría podido averiguarlo yo.
—Lo ha averiguado.

Daniela levantó la mirada.

Aurelio siguió mirando la ciudad.

—Mi madre dice que usted sabe de estas cosas.
—¿De qué cosas?
—Precisamente por eso no quería venir.

Aurelio volvió a coger su taza.

—Entonces inténtelo de otra manera.

Daniela pensó.

—De cosas que se oyen aunque no haya nadie.
—Eso está mejor.
—¿Y?
—A veces.

Daniela esperó.

—¿A veces qué?
—A veces sé de esas cosas.
—¿Y de mi patio?
—Todavía no.

Daniela suspiró; su madre se sentiría decepcionada.

—Eso rara vez le dura mucho —dijo Aurelio. Daniela tuvo que sonreír.

Debajo de ellos tocó la bocina un mototaxi. Desde Los Pinos llegó el chillido breve de una sierra para metal. Después volvió a quedar solo la molienda uniforme de la mezcladora. Daniela miró hacia el sur.

—Allí construyen rápido.

Aurelio siguió su mirada.

—Los Pinos.

—Mi prima vive allí. Cerca de la tiendita con el toldo verde.

—La conozco.

—La visité la semana pasada.

Aurelio bebió.

Daniela se inclinó un poco hacia delante.

—Esa casa aún no estaba allí.

—¿Cuál?

Ella señaló al sur. Aurelio siguió su brazo. Entre dos obras iluminadas se alzaba una casa estrecha de tres pisos. Era más alta que la mayoría de las casas de Los Pinos. La fachada estaba sin revocar. Gris oscuro. No se veía vidrio en los vanos de las ventanas. Del techo no sobresalían fierros de construcción.

—Esa —dijo Daniela.

Aurelio examinó la casa.

—Lleva allí más tiempo.

Daniela lo miró.

—No.

—Creo que sí.

—La semana pasada allí había un terreno vacío.

Aurelio intentó recordar. Conocía las tres luces de obra. La mezcladora de concreto. La calle más ancha que corría hacia el sur entre las casas. También conocía la casa. Al menos le resultaba familiar.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó Daniela.

Aurelio guardó silencio. Abajo, el metal golpeó contra el metal.

—No lo sé —dijo.

Daniela volvió a mirar la casa.

—Entonces tampoco sabe si lleva allí más tiempo.

—No.

—Pero lo pensaba.

—Sí.

—¿Por qué?

Aurelio contempló la fachada oscura.

—Porque la conozco.

Daniela lo miró.

—¿De dónde?

Aurelio bebió.

—De allí.

Daniela esperó. Luego negó levemente con la cabeza.

—Bien.

Volvió a mirar el Pacífico. El sol tocaba ya el horizonte. Su borde inferior desapareció en el agua. Daniela preguntó por qué Aurelio se sentaba todas las tardes sobre la ciudad.

—Porque desde aquí arriba veo mucho.

Ella miró la casa nueva. —Pero no lo bastante para saber cuándo se construyó algo.

Aurelio no lo negó.

—No.

El sol siguió descendiendo. El naranja se oscureció. Debajo de ellos, las casas de El Alto estaban ya parcialmente en sombra. En Centro se encendieron más luces. La Municipalidad estaba iluminada por fuera. El parque de al lado se hizo más oscuro. En el Cerro Vigía, la estación meteorológica formaba una pequeña silueta negra contra el cielo. Las luces rojas seguían apagadas. Daniela dejó la taza en el suelo.

Daniela describió el recorrido del barrido: a lo largo del muro, alrededor del viejo tanque de agua, hasta la puerta. Si ella permanecía acostada, continuaba. Por la mañana, el patio estaba limpio.

Su madre lo consideraba una ventaja. Aurelio podía entenderlo; Daniela aun así quería saber quién entraba de noche en su patio.

—Eso también lo entiendo —dijo él.

—No puede comprender siempre las dos partes.

—No tengo que decidir mientras las dos tengan razón.

Daniela quiso responder, pero entonces se irguió. Sobre el techo de la casa de tres pisos ardió de pronto un círculo de luz amarilla. No se distinguía ninguna lámpara ni persona.

—¿Eso ya estaba ahí?

Aurelio miró durante más tiempo del necesario para responder. —Antes no lo vi.

Observaron un momento más la casa. El círculo de luz permaneció. La mezcladora siguió funcionando. Para entonces, la mitad del sol había desaparecido. Daniela volvió a mirar el Pacífico.

El barrido llegaba ya hasta la puerta, pero no llamaba ni dejaba nada en el umbral.

—Entonces se queda fuera —dijo Aurelio.

—Lo dice como si fuera tranquilizador.

—Al menos es un límite.

Cuando el sol desapareció, Aurelio levantó su taza.

—¿Y ahora? —preguntó Daniela.

—Ahora esperamos.

—¿A qué?

—A ver si la tarde hace algo más.

La pared de la casa se calentó. Aurelio lo sintió primero en la nuca, un calor seco como el de un sol bajo. Su sombra y la de Daniela cayeron hacia el oeste, en dirección al Pacífico.

Detrás de ellos solo estaban el cielo gris azulado, la ladera y el camino al cerro. Aun así, la luz venía de allí y dibujaba cada hoja de las plantas secas sobre el adobe.

Daniela se puso de pie. —¿Qué hay detrás de la casa?

—Piedras, tierra y cimientos antiguos.

—¿De casas?

—De antes. —Aurelio no podía decir cuánto antes.

Después de quizá treinta segundos, la luz desapareció. El calor se fue y las sombras se disolvieron. En el cerro parpadearon los primeros puntos rojos de la estación meteorológica.

—¿Eso fue normal? —preguntó Daniela.

Aurelio negó con la cabeza. Había muchas historias sobre el cerro, pero si uno buscaba lo suficiente, podía forzar cualquier aparición dentro de alguna de ellas.

—Eso no suena muy chamánico.

—Entonces probablemente sea útil.

Por primera vez desde la luz, Daniela sonrió. Abajo, en Los Pinos, la mezcladora seguía funcionando. El metal golpeó contra el metal. La luz del techo de la casa de tres pisos había desaparecido. Aurelio se puso de pie. Fue hasta la lona junto a la casa y retiró de la cuerda un manojo de ruda. Lo olió. Luego lo dejó sobre la pequeña mesa de madera junto a Daniela.

—Llévese esto.

Daniela miró la planta.

—¿Para dormir?

—No. Su madre encargó ruda la semana pasada.

Daniela levantó el manojo.

—Podría habérmelo dicho desde el principio.

—Lo había olvidado.

—¿Y para dormir?

Aurelio volvió a sentarse.

—Cuando oiga barrer, quédese acostada.

Daniela lo miró.

—Eso ya lo hago algunas veces.

—Entonces siga haciéndolo.

—¿Y si llega hasta la puerta?

—Quédese acostada.

—¿Por qué?

Aurelio miró San Desvelo abajo. Las farolas de Centro se encendieron. Puntos anaranjados entre las casas.

—Quiere dormir.

—Sí.

—Entonces intente dormir.

Daniela guardó silencio.

—¿Ese es su consejo?

—Para hoy.

—¿Y mañana?

Aurelio miró la ladera detrás de su casa.

—Si mañana sigue barriendo, mañana sigue barriendo.

Daniela frunció el ceño. Aurelio lo notó.

—Vuelva dentro de tres días.

—¿Por qué tres?

—Porque una noche puede ser casualidad.

—¿Y dos?

—También.

—¿Y tres no?

Aurelio se encogió de hombros.

—Por algún sitio hay que empezar.

Daniela lo miró un instante. Luego asintió.

—Bien. Tres días.

Se puso de pie.

—Mi madre preguntará qué me ha dicho.

—Dígale que tiene que dormir.

—Para eso he subido toda la ladera.

—Y ha tomado hierba luisa.

Daniela levantó el manojo de ruda.

- Ruda.
- Esa es para su madre.
- Mejor todavía.

Aurelio sonrió.

Daniela dejó la taza azul junto a la silla.

- Gracias.
- Buenas noches.
- Buenas noches, don Aurelio.

Se detuvo en el borde del patio. Miró hacia el sur.

- La casa sigue ahí.

Aurelio siguió su mirada. La casa de tres pisos se alzaba oscura entre las obras.

- Sí.
- Si mañana ya no está, vendré antes.

Aurelio la miró. Daniela sonrió. Luego bajó la ladera. Aurelio observó cómo desaparecía entre las últimas casas de El Alto. El auto del norte ya había llegado a San Desvelo. Sus faros recorrían Las Palmeras.

En Los Pinos seguían ardiendo las tres luces de obra. Aurelio recogió del suelo la taza azul. Llevó ambas tazas dentro. Después regresó. Cogió la silla de madera. La llevó dentro. Luego tomó la silla verde de plástico. La levantó. Se detuvo. Cada tarde, Aurelio colocaba dos sillas delante de su casa. Cada tarde volvía a guardar una. Aurelio miró el espacio vacío junto a la pared. Luego volvió a colocar la silla verde. Las patas delanteras se hundieron un poco en la tierra apisonada.

Aurelio miró la ladera. Podría haber subido. Hasta los cimientos antiguos había quizá cuarenta minutos. Hasta el camino bajo el cerro, más. Tenía una linterna. En la casa había dos pilas nuevas.

Aurelio miró el Pacífico. Mañana el sol volvería a ponerse allí. Si la luz regresaba, la vería. Entró en la casa. Sobre San Desvelo se encendieron más luces.

En el Cerro Dormido parpadeaban los puntos rojos de la estación meteorológica. Abajo, en Los Pinos, la mezcladora enmudeció. Durante unos segundos hubo silencio. Después el metal golpeó contra el metal. Muy lejos, sobre el Pacífico, quedaba una estrecha franja anaranjada. Allí donde el sol ya se había puesto.

Capítulo 6: Diez minutos

El bus venía del norte.

Desde hacía casi dos horas, la carretera atravesaba el mismo paisaje. Tierra clara. Colinas oscuras. Entre ellas, extensiones donde no crecía nada y en las que, aun así, había una casa cada pocos kilómetros. Javier había intentado dormir. No lo había conseguido.

El aire acondicionado sobre su asiento le soplaba aire frío en la frente, aunque ya había cerrado dos veces la pequeña boquilla. En algún lugar más adelante se reproducía un video en un teléfono. Una mujer se reía siempre en los mismos puntos. Detrás de Javier, alguien hacía crujir una bolsa de plástico.

Al otro lado del pasillo, una mujer dormía bajo una manta marrón de lana. A sus pies había un gran bolso a cuadros cuyo cierre estaba atado con una cuerda. En el regazo sostenía un recipiente de plástico cerrado.

Javier apartó la cortina.

A la izquierda estaba el Pacífico.

A veces se veía justo al lado de la carretera. Luego volvía a desaparecer detrás de colinas planas o edificios bajos. La garúa había borrado el horizonte. El mar y el cielo estaban hechos del mismo gris.

Javier miró el teléfono.

18:14.

Todavía casi tres horas. Volvió a guardarlo en el bolsillo del pantalón. El bus redujo la velocidad. Delante aparecieron las primeras casas. Muros sin revocar. Pequeños talleres con portones de calamina. Un hombre sostenía levantado el asiento de un mototaxi mientras otro iluminaba el motor con una linterna.

El bus pasó junto a un grifo. Después vinieron más casas. Farolas. Una pollería. Una tienda de repuestos cerrada. En un cruce, tres perros esperaron a que pasara el bus. Luego cruzaron juntos la calle.

Javier volvió a mirar el teléfono.

18:19.

El bus giró a la derecha. El altavoz crujó.

—San Desvelo.

El conductor habló tan bajo que varios pasajeros levantaron la cabeza al mismo tiempo. Sobre el retrovisor colgaba una pequeña imagen del Señor de los Milagros. Golpeaba el parabrisas en cada irregularidad.

—San Desvelo. Paramos diez minutos. Quienes sigan hacia el sur, por favor dejen su equipaje en el bus.

El ayudante avanzó por el pasillo.

—San Desvelo. Conexión hacia Puerto Esperanza y Valle Chico afuera, en el segundo andén.

Quienes sigan a Chimbote se quedan en el bus.

Una mujer mayor, dos filas delante de Javier, se puso de pie de inmediato.

—Señora, espere un momento, por favor. Todavía estamos avanzando.

—Ya sé. Solo me voy levantando.

—Cuando el conductor frene, caerá sobre el señor de delante.

La mujer miró al hombre dormido en el asiento anterior.

—Ni se va a enterar.

El ayudante tuvo que sonreír.

—Entonces quédese al menos aquí y no empiece a caminar todavía.

—Tengo setenta y dos años. Ya no salgo corriendo a ninguna parte.

El ayudante siguió. La mujer permaneció de pie. El bus avanzó unos cien metros más y entró en una pequeña plaza. El terminal constaba de una superficie techada de concreto, un edificio bajo y dos andenes. Sobre una de las ventanillas colgaba un letrero con horarios de salida.

CHIMBOTE
SAN DESVELO
PUERTO ESPERANZA
ICA
LIMA

Varios horarios habían sido cubiertos con pintura blanca y escritos de nuevo con lapicero. Junto a la conexión a Ica figuraba dos veces la misma hora. Una estaba tachada. El bus se detuvo. Las puertas se abrieron. Entró aire cálido y húmedo. Antes de que Javier pudiera bajar, apareció un hombre en la puerta del bus. Sostenía delante una caja plana de cartón.

—Agua, galletas, caramelos.

El ayudante levantó una mano.

—Solo dos minutos.

—Necesito uno.

El hombre recorrió las primeras filas. Varios pasajeros compraron agua. La mujer mayor se llevó dos paquetes de galletas y regateó el precio, aunque el ayudante ya esperaba detrás de ella. Javier bajó. Necesitaba algo de beber.

Detrás del vidrio del quiosco había Inca Kola, Coca-Cola y agua; sobre el refrigerador daban un partido de fútbol. Javier compró una Inca Kola pequeña y fría. El vendedor le advirtió por el estómago; Javier aceptó el riesgo.

Junto al bus, el conductor fumaba al lado de la bodega de equipaje abierta. El ayudante acomodaba cajas, sacos y bolsos a cuadros. Una mujer revisó la etiqueta de un saco para Puerto Esperanza y recordó que la última vez había llegado hasta Ica.

Javier bebió. Al otro lado de la calle, una vía ancha corría hacia el norte entre casas bajas. Detrás estaba la ciudad. Desde allí no se distinguía mucho. Techos. Cables eléctricos. Algunas farolas. Más al este, el terreno ascendía. Las casas subían por las partes bajas de las laderas.

Javier estaba a punto de regresar al bus cuando vio al hombre. Estaba al otro lado de la calle. Chaqueta azul. Pantalón oscuro. Las manos en los bolsillos. Javier apartó la botella de la boca. El hombre no lo miraba. Solo estaba allí, mirando calle abajo. Javier conocía esa postura. No supo de inmediato de dónde. Entonces el hombre giró un poco la cabeza. Javier dio dos pasos hacia delante.

—¿Mauricio?

En ese momento, el tráfico consistía en una motocicleta y una vieja camioneta. Ambas pasaron entre ellos. Cuando la calle quedó libre otra vez, el hombre ya se alejaba.

—¡Mauricio!

Ninguna reacción. Javier miró hacia el bus. El conductor seguía fumando. Diez minutos. Cruzó la calle. El hombre de la chaqueta azul estaba quizá a cincuenta metros. Dobló en la siguiente esquina. Javier lo siguió.

—¡Mauricio! ¡Espera!

Llegó a la esquina. La calle siguiente descendía ligeramente. A la izquierda había casas pequeñas. A la derecha, un muro detrás del cual se veían varias palmeras. El hombre estaba más adelante. Javier aceleró. Podía ser Mauricio. Era absurdo. Mauricio vivía en Trujillo. Al menos vivía allí tres años atrás. Desde entonces, Javier no había vuelto a hablar con él. Pero la chaqueta. Durante años, Mauricio había llevado la misma chaqueta azul. Un cortaviento sencillo con una franja clara en los hombros.

El hombre volvió a doblar. Javier lo siguió. Ahora olía el mar. Se detuvo un instante. La calle terminaba en una vía costera. Javier se volvió. El terminal ya no se veía.

—Mierda.

Sacó el teléfono del bolsillo.

18:22.

Tres minutos. Siguió caminando.

La vía costera estaba húmeda. La garúa cubría como una película fina los autos estacionados y los muros. Al otro lado de la calle había un estacionamiento. Detrás, el Pacífico. Javier miró a la izquierda. El hombre de la chaqueta azul caminaba por el borde del estacionamiento.

—¡Mauricio!

El hombre no se detuvo. Más adelante había un carrito de ceviche. Una mujer colocaba platos de plástico en una repisa. Junto al carrito, un hombre estaba sentado en el muro bajo de la playa. Otra persona estaba de espaldas a la calle. Javier caminó más deprisa.

Cuando llegó al estacionamiento, el hombre de la chaqueta azul había desaparecido. Javier se detuvo. Miró entre los autos. Nada. La mujer del carrito de ceviche dejó una cuchara de metal en un plato. Javier se acercó.

—Disculpe.

Maritza levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Acaba de pasar un hombre por aquí? Chaqueta azul, más o menos de mi estatura.

Maritza pensó un momento.

—¿Viejo o joven?

—Cuarenta años. Quizá un poco más.

—¿Delgado?

—Normal.

—Eso no ayuda mucho.

Javier miró hacia el otro extremo del estacionamiento.

—Tiene que haber estado aquí hace un momento. Lo he seguido desde el terminal.

—¿Desde el terminal?

—Sí.

Maritza miró un instante calle arriba.

—Entonces sí que es rápido.

—Por eso pregunto. ¿Lo ha visto?

—He visto a dos hombres. Uno está abajo, en la playa. El otro estuvo con Óscar.

El hombre del muro levantó su plato de plástico.

—Yo soy Óscar.

—Bien —dijo Javier—. ¿Y el hombre que estaba con usted?

Óscar terminó de masticar.

—¿Qué chaqueta?

—Azul.

—No.

—¿No lo ha visto?

—El que estuvo conmigo no tenía chaqueta.

Maritza sacó un limón de la bandeja.

—Además, eso fue hace media hora.

Javier la miró.

—Me refiero a ahora mismo.

—Entonces no. Ahora mismo estaba cortando pescado.

—Ha pasado justo al lado del carrito.

Maritza se encogió levemente de hombros.

—Entonces no lo he visto. Cuando corto, miro mis manos.

—Claro.

Javier dio un paso atrás. Maritza partió el limón.

—¿Le debe dinero?

—¿Qué? No.

—Entonces es mejor.

Óscar asintió.

—Depende de cuánto.

A pesar de su impaciencia, Javier tuvo que reírse un instante.

—Creo que lo conozco.

—Entonces llámelo —dijo Maritza.

Javier volvió a mirar el estacionamiento.

—No hemos hablado desde hace tres años.

Maritza se detuvo.

—Ah.

—¿Qué significa «ah»?

—Que quizá llamarlo sea más difícil.

—Un poco.

—¿Ceviche?

—No, gracias. Mi bus sale enseguida.

Maritza miró hacia la calle.

—Entonces yo no me quedaría aquí parado.

Javier sacó el teléfono.

18:27.

Se quedó inmóvil.

—Mierda.

—El terminal está por ahí arriba —dijo Óscar, señalando con la cuchara hacia la calle.

—Ya sé.

—Bien. Algunos van primero hacia Centro.

Javier guardó el teléfono.

—Gracias.

Maritza volvió a coger el cuchillo.

—Si encuentra al hombre, dígame que camine más despacio.

Javier la miró un instante.

—¿Por qué?

—Para que usted no pierda el bus.

Javier echó a correr y tomó el mismo desvío, según creía. A los cien metros pasó junto a una bodega que no recordaba.

La mujer detrás de la reja le explicó el camino: recto, a la derecha en la farmacia verde. Siete u ocho minutos a pie.

—Del terminal al mar fueron tres.

—Entonces fue rápido o tomó otra calle. —No conocía una ruta más corta. En San Desvelo había cuatro farmacias; Javier debía fijarse en la verde.

Se puso en marcha.

A los veinte metros empezó a correr. Todavía llevaba la botella de Inca Kola en la mano. Pasó junto a una farmacia verde, se dio cuenta, regresó y giró a la derecha. Un taxi tocó la bocina. Javier levantó la mano sin volverse. La calle subía ligeramente. Sus zapatos golpeaban con fuerza el asfalto. Pasó por un taller. Un pequeño restaurante. Un muro con un cartel electoral descolorido. Entonces vio el terminal. El bus se había ido.

Javier redujo el paso. Entró en la plaza. El andén estaba vacío. Donde había estado el bus interprovincial quedaba una mancha oscura sobre el concreto. El hombre del quiosco seguía viendo el partido. Javier fue hasta la ventanilla.

—Mi bus se ha ido.

El hombre lo miró un instante.

—¿El que iba al sur?

—Sí.

—Ya salió.

—¿Cuándo?

El hombre miró el televisor.

—Hace diez minutos. Quizá un poco más.

—Eso no puede ser.

—Sí. Vendí dos botellas más y después salió.

Javier dejó la Inca Kola sobre la repisa.

—El conductor dijo que parábamos diez minutos.

—Siempre dice eso.

—No estuve fuera diez minutos.

El hombre señaló con el control remoto el reloj de la pared.

18:41.

Javier sacó el teléfono.

18:41.

—Bajé a las seis y veinte.

—Entonces estuvo fuera veinte minutos.

—No. A las seis y veintidós estaba en la costa.

—¿Cómo lo sabe con tanta precisión?

—Miré el teléfono.

El hombre asintió despacio.

—Bien. Entonces a las seis y veintidós estaba en la costa.

—Y a las seis y veintisiete seguía allí.

—Eso son cinco minutos.

—Exacto.

—Y ahora son las seis y cuarenta y uno.

Javier guardó silencio. El hombre cogió la botella de Inca Kola de la repisa y miró dentro.

—Casi llena.

- ¿Qué?
- Casi no ha bebido.
- ¿Qué tiene eso que ver?
- Nada. Solo me llamó la atención.

Volvió a dejar la botella. Javier se pasó una mano por el cabello.

- ¿El conductor preguntó por mí?
- Sí. Incluso vino hasta aquí.
- ¿Y qué le dijo?
- Que había comprado una Inca Kola.
- ¿Nada más?
- No sabía más.
- Y entonces simplemente se fue.
- Esperó un poco más.
- ¿Cuánto?

El hombre pensó.

- Tres o cuatro minutos.
- ¿Después de los diez minutos?
- Creo que sí.

Javier miró el andén vacío.

- Fantástico.
- No estaba contento.
- Yo tampoco.
- Entonces al menos están de acuerdo.

Javier lo miró. El dueño del quiosco sonrió ligeramente.

- Perdón.
- No pasa nada.

En el televisor hubo un gol. El comentarista gritó. El dueño del quiosco se volvió un instante.

- Era fuera de juego.

Javier no miró.

- ¿Cuándo sale el siguiente?
- ¿Hacia el sur? Mañana temprano. Mejor pregunte en la ventanilla. La señora está cerrando.

Javier cogió su botella.

- Gracias.
- Si mañana vuelve a tener diez minutos, quédese junto al bus.

Javier se alejó.

- Eso ya lo he entendido.

Al otro lado de la plaza, una mujer estaba bajando la reja metálica de la boletería. Javier aceleró.

- ¡Disculpe! Solo un momento.

La mujer sujetó la reja.

- Si quiere comprar un pasaje, tendrá que volver mañana.
- Justamente de eso se trata. ¿Cuándo sale el siguiente bus hacia el sur?
- Siete y diez.
- ¿A Ica?
- Pasa por allí.
- ¿Y hoy de verdad no sale nada más?
- Hoy no.

Javier miró el andén vacío.

—He perdido mi bus.

—Eso me imaginé.

—¿Por qué?

—Porque pregunta por el siguiente.

Javier tuvo que reírse.

—Sí. Perdón. He tenido un día largo.

—Y ahora tendrá uno más largo.

—¿Puedo al menos comprar ya un pasaje para mañana?

La mujer levantó un poco la reja medio cerrada y señaló la ventanilla oscura detrás de ella.

—La computadora está apagada. La caja está cerrada. Y hace cinco minutos que ya no estoy trabajando.

—Entiendo.

—Desde las seis habrá alguien aquí.

—¿Usted?

—Por desgracia.

—Entonces nos vemos mañana.

—Si no pierde el bus antes.

Javier la miró. La mujer sonrió.

—El del quiosco me lo contó.

—Eso fue rápido.

—San Desvelo no es Lima.

Bajó la reja. Javier permaneció allí un momento más.

—¿Hay algún hotel por aquí?

La mujer miró a través de la reja.

—Hotel no. Dos hospedajes y un hostel. Para una noche, el hostel basta.

—¿Dónde lo encuentro?

—Suba por la avenida hasta el Archivo. El edificio grande e iluminado. Allí, a la izquierda.

Después verá el letrero.

Javier asintió.

—¿Cuánto tiempo?

La mujer lo miró. Javier levantó la mano.

—Ya sé. Pregunta tonta.

—No. Quince minutos.

—¿Más o menos?

—En su caso, calcularía veinte.

Javier la miró un instante. Entonces la mujer se rio.

—Era broma.

—Sí.

—No parece que le haya hecho gracia.

—Quizá mañana.

—Mañana se va.

—Es verdad.

Javier cogió la mochila. Caminó hacia Centro. El hostel tenía tres pisos. El letrero colgaba vertical en la fachada. Cuatro de las seis letras estaban encendidas. En la entrada había dos sillas de plástico. Detrás del mostrador, un hombre mayor leía un periódico.

—Buenas noches. ¿Tiene una habitación para una noche?

El hombre dobló el periódico.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Con baño privado?

—Si tiene.

—Tengo. El agua caliente cuesta más.

—¿Cuánto más?

El hombre dijo el precio. Javier pensó un instante.

—¿Funciona el agua caliente?

El hombre puso ambas manos sobre el periódico.

—Esta mañana funcionaba.

—¿Y esta noche?

—Eso se lo puedo decir cuando se haya duchado.

Javier sonrió, cansado.

—Bien. Me quedo con la habitación de suministro teórico de agua caliente.

El hombre sacó un formulario.

—Documento.

Javier le dio el DNI. El hombre copió el número.

—¿Motivo del viaje?

—Trabajo.

—¿Trabaja en San Desvelo?

—No. Voy hacia el sur.

El hombre levantó la vista del formulario.

—Entonces viaja.

—Por trabajo.

—Ah.

Volvió a apoyar el lapicero.

—Viaje de negocios.

—Si eso cabe mejor en la línea.

—Todo cabe en la línea. Escribo pequeño.

Javier se inclinó un poco. En el formulario decía:

MOTIVO DEL VIAJE

—¿De verdad tengo que indicar eso?

—No.

—Entonces, ¿por qué pregunta?

El hombre miró el formulario.

—Porque si no, la línea queda vacía.

—¿Y eso sería malo?

—No.

—Bien.

El hombre esperó. Javier también. Al final, el hombre escribió algo.

—Habitación doce.

Le dio a Javier una llave con un pesado llavero de madera.

—Segundo piso. Al final del pasillo, a la derecha.

—¿Hay wifi?

—Sí.

—¿La contraseña?

—desvelo1987. Todo en minúsculas.

—¿Por qué 1987?

El hombre volvió a tomar su periódico.

—Porque 1986 lo olvidaba todo el mundo.

Javier se detuvo un instante.

—¿Qué?

El hombre levantó la vista.

—La contraseña. Antes era desvelo1986. La gente siempre escribía 1987.

—¿Por qué?

—Ni idea. Así que la cambiamos.

Javier asintió despacio.

—Claro.

—El wifi sigue siendo malo.

—Eso casi me tranquiliza.

La habitación estaba suficientemente limpia: cama, mesa pequeña, dos perchas de plástico, un televisor con iluminación desigual y un caño que goteaba. El colchón cedió bajo Javier y se quedó allí.

A las 18:58 abrió la aplicación de mapas. Su posición saltó de la vía costera a Centro y dos cuadras más allá antes de quedarse en el hostel.

El mapa mostraba más de un kilómetro entre el terminal y el estacionamiento. Javier apuntó sus horas: 18:20 bajó, aproximadamente 18:22 costa, 18:27 carrito de ceviche, 18:29 regreso, 18:41 terminal.

Doce minutos de vuelta, aunque la mujer de la bodega había calculado siete y él había corrido.

Desde la ventana, Javier vio una carretilla, dos mujeres delante de una farmacia y un mototaxi en el cruce. Detrás de las casas, la ciudad ascendía hacia la garúa.

A la mañana siguiente salió del hostel a las 6:12. El agua caliente había funcionado.

—La habitación doce casi siempre tiene suerte —dijo el hombre detrás del mostrador. Javier anunció que volvería dentro de aproximadamente una hora.

El hombre deslizó la llave bajo el mostrador. —Entonces debería estar aquí antes de las siete.

—Pensé que quizá quisiera saber cómo salió el experimento.

Ahora el hombre sonrió.

—La habitación doce casi siempre tiene suerte.

Javier dejó la llave sobre el mostrador.

—Volveré una vez más.

—No hay problema. La dejo aquí.

—Necesito aproximadamente una hora.

—Entonces estará de vuelta antes de las siete.

Javier lo miró.

—Sí.

El hombre deslizó la llave bajo el mostrador.

—Bien.

Fuera, la garúa cubría las calles. Centro ya estaba despierto. Delante del Mercado descargaban cajas. Una mujer barría el agua fuera de una entrada. Un hombre cargaba dos sacos sobre los hombros y maldecía a alguien a quien Javier no podía ver.

Javier caminó hacia el sur. Se detuvo en el terminal. El horario sobre la ventanilla se leía mejor con la luz de la mañana. Junto a la conexión a Chimbote, alguien había escrito una nueva hora de salida en un trozo de papel y la había pegado con cinta transparente sobre la anterior. Una esquina ya se había soltado.

Javier sacó el teléfono.
Abrió el cronómetro.

00:00.00

Pulsó Inicio.
La pantalla marca 00:01.
Por un instante, Javier cree haber visto ya el uno antes de que su pulgar tocara la pantalla.
Vuelve a mirar. El tiempo sigue corriendo.
Entonces echó a andar.
Ni rápido.
Ni despacio.
A la derecha en la farmacia verde.
Recto.
Junto a la bodega.
La mujer de la tarde anterior no estaba allí.
Siguió.
Cuando llegó a la vía costera, el teléfono vibró en su mano.
Javier lo miró.

06:04.31

Fue hasta el estacionamiento.
El carrito de ceviche estaba cerrado. Una lona cubría la superficie de trabajo.
Desde la playa llegaban pasos. Javier miró hacia abajo. Un hombre caminaba junto al agua. Más atrás, un segundo.
Javier pulsó Detener.

06:12.08

Guardó el tiempo.
Luego dio media vuelta.

En el terminal:

05:48.72

Javier estaba delante del andén. La gente esperaba el bus hacia el sur. Una mujer sostenía a un niño dormido en brazos. Dos hombres bebían café en vasos de plástico. Junto a ellos había tres bolsos a cuadros y una caja de cartón atada con cuerda. El dueño del quiosco colocaba botellas en el refrigerador.
Javier volvió a ponerse en marcha.
El mismo recorrido.

06:09.44

De vuelta.

05:51.03

Otra vez.

06:11.87

Javier se detuvo en el estacionamiento. La lona del carrito de ceviche se movía ligeramente con el viento. Miró el lugar donde había estado el hombre de la chaqueta azul. Luego el teléfono.
Seis minutos once.

Abrió las notas y escribió:

Terminal – estacionamiento: 6:12

Estacionamiento – terminal: 5:48
Terminal – estacionamiento: 6:09
Estacionamiento – terminal: 5:51
Terminal – estacionamiento: 6:11

Debajo escribió:

Ayer: aprox. 20 minutos

Javier miró la frase.
Borró «aprox.».

Ayer: 20 minutos

Guardó el teléfono. Desde el mar, la garúa avanzaba sobre el estacionamiento. Durante un instante, el carrito de ceviche fue solo una forma oscura. Javier esperó. No ocurrió nada. Al cabo de un rato regresó al terminal.
Esta vez no cronometró el trayecto.

Capítulo 7: El formulario

La primera llamada llegó a las seis y cuarenta y ocho. Teresa Valdivia llevaba tres minutos en el Archivo Municipal. Había abierto la puerta lateral, desconectado la alarma y dejado el manojito de llaves junto a la fotocopidora.

Desde hacía cuatro años, la máquina mostraba cada mañana ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2, aunque no existía ninguna bandeja 2. El técnico de Chimbote le había aconsejado ignorar el mensaje. Aquella mañana, la pantalla permaneció vacía hasta que Teresa pulsó el botón de encendido.

LISTA

—Por fin —dijo.

Entonces sonó el teléfono gris de la oficina delantera. El cable en espiral se había retorcido tantas veces sobre sí mismo que Teresa solo podía llevar el auricular hasta el borde del escritorio.

—Municipalidad de San Desvelo, buenos días.

Un hombre habló de prisa y, cuando ella le pidió que repitiera, solo elevó la voz. Teresa lo dejó empezar otra vez y anotó su nombre y dirección: Felipe Rojas, Los Pinos, Mz. H, Lote 14.

—Esa sección no existe —dijo.

Felipe lo negó.

—No digo que usted no esté allí. Digo que la sección no existe.

El reloj marcaba las 6:49. Teresa le pidió que fuera a la Municipalidad. Cuando él aseguró que ya estaba allí, ella miró por la ventana hacia la calle vacía.

—Si estuviera aquí, lo vería.

Teresa colgó. Miró su nota.

El teléfono volvió a sonar.

Teresa levantó el auricular.

—Archivo Municipal.

En el otro extremo nadie dijo nada.

Teresa esperó.

Entonces oyó papel. No un crujido. Alguien pasó una página.

Teresa miró el formulario que tenía delante.

Pasó una página.

En el otro extremo hubo silencio.

Teresa colgó.

Felipe Rojas. Los Pinos. Mz. H. Lote 14.

Debajo había escrito:

Martes.

Teresa tachó la palabra.

Entonces el teléfono volvió a sonar.

Contestó.

—Municipalidad de San Desvelo, buenos días.

Una mujer.

Teresa escuchó.

—No.

Siguió escuchando.

—No, señora, hoy es miércoles.

La mujer respondió.

Teresa miró el calendario junto al teléfono.

Miércoles.

—Sí. Segura.

Una pausa.

—Porque ayer fue martes.

Teresa cerró los ojos.

—No, no quiero hablar con su marido.

La mujer le pasó el auricular de todos modos.

Un hombre habló.

Teresa lo dejó terminar.

—Don Ricardo, escúcheme, por favor. No puedo explicarle por qué sus obreros han ido hoy a la obra. Eso no es responsabilidad mía.

Él siguió hablando.

—No. Tampoco soy responsable de los obreros.

Algo más.

—¿Del tiempo?

Teresa miró hacia la ventana.

—No. De eso tampoco.

Colgó.

El teléfono sonó por tercera vez.

Teresa no contestó.

Siguió sonando.

Se levantó y fue hasta la fotocopidora.

En la pantalla decía:

ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2

Teresa lo miró.

—Bien.

El teléfono seguía sonando.

—Ahora todo vuelve a ser normal.

A las siete y doce, las tres primeras personas estaban delante de la entrada principal de la Municipalidad. A las siete y veinte eran ocho. Teresa abrió a las siete y media. Normalmente, la Municipalidad abría a las ocho. La gente llegaba antes de todos modos. Algunos porque el bus de El Alto pasaba a una hora conveniente. Otros porque creían que quien estaba primero ante la puerta también tenía que ser atendido primero. No era cierto. Teresa abrió la puerta.

—Todavía no hemos abierto.

Nadie se fue.

—A las ocho.

Un hombre mayor levantó una carpeta.

—Solo tengo que preguntar algo.

—Entonces a las ocho.

—Tardará un minuto.

—Entonces a las ocho puede preguntar durante un minuto.

El hombre miró a los demás. Una mujer detrás de él dijo:

—Yo estoy antes que él.

—Los dos están antes de las ocho —dijo Teresa.

Volvió adentro. La puerta quedó abierta. Al cabo de unos segundos, todos la siguieron. Teresa se detuvo.

—No.

La gente también se detuvo.

—¿Qué cosa no? —preguntó el hombre mayor.

—Fuera.

—Pero la puerta está abierta.

—Para que entre aire.

El hombre miró hacia la puerta.

—Ahora estamos dentro.

Teresa señaló hacia fuera.

—Entonces vuelvan a salir.

Nadie se movió. Teresa miró a la mujer de la segunda fila.

—Señora Milagros.

—Sí.

—Ayúdeme.

Milagros se volvió hacia los demás.

—Ha dicho que salgamos.

—Gracias.

—Pero yo me quedo.

Teresa inhaló. En la parte trasera del edificio se abrió una puerta. Alberto Salinas, responsable de los expedientes de construcción, los números de los terrenos y otras tres cosas que nadie podía enumerar por completo, apareció en el pasillo con una taza de café. Se detuvo.

—¿Qué ha pasado?

Teresa señaló a la gente.

—Los Pinos.

Alberto bebió.

—¿Qué pasa con Los Pinos?

Varias personas empezaron a hablar al mismo tiempo. Alberto levantó la mano libre.

—No.

Las voces enmudecieron.

—Uno.

De inmediato volvieron a empezar tres.

—Eso es más de uno.

Teresa cogió su nota del escritorio.

—Dicen que en Los Pinos es martes.

Alberto la miró.

—¿Hoy?

—Sí.

—Hoy es miércoles.

—Eso también se lo he dicho.

El hombre mayor de la carpeta dio un paso al frente.

—Para ustedes.

Alberto lo miró.

—¿Cómo dice?

—Para ustedes es miércoles.

—¿Y para usted?

—Martes.

Alberto dejó la taza en el escritorio de Teresa.

—¿Dónde vive?

—Los Pinos.

—Eso lo había entendido.
 —Entonces, ¿por qué pregunta?
 Alberto volvió a coger la taza.
 —Porque esperaba que dijera El Alto.
 El hombre abrió la carpeta.
 —Ayer solicité la recepción de la obra.
 Sacó un formulario.
 —Aquí.
 Alberto lo cogió.
 El sello de recepción indicaba martes.
 —Bien.
 —No.
 —¿Qué tiene eso de malo?
 —Lo entregué hoy.
 Alberto miró el formulario.
 Luego al hombre.
 —¿A quién?
 —A usted.
 —Ayer yo no estaba aquí.
 —Ya sé.
 —Entonces no me lo entregó a mí.
 —Hoy.
 Alberto miró a Teresa.
 Teresa recogió su bolso de la silla.
 —Voy a hacer café.
 —Ya tienes café.
 —Ese es tuyo.
 Se fue.
 Alberto volvió a mirar el formulario.
 —Acompañeme.
 —Yo estaba primero —dijo Milagros.
 —Usted también viene.
 —¿Y yo? —preguntó alguien.
 Alberto miró hacia el pasillo.
 —¿Qué le ocurre?
 —Mi hija estuvo ayer en la escuela.
 —Eso suena bien de entrada.
 —Hoy también está en la escuela.
 —Mejor todavía.
 —Pero dice que tuvo la misma clase.
Alberto guardó silencio. El hombre añadió:
 —La profesora dice lo mismo.
 Alberto cogió su taza.
 —Bien.
 —¿Bien?
 —No.
 Señaló las sillas del pasillo.
 —Siéntese.

A las ocho y cuarenta, la Municipalidad había registrado doce quejas de Los Pinos. A las nueve eran veintiuna. Teresa había pegado una hoja en la puerta de entrada.

ASUNTOS DE LOS PINOS – OFICINA 3

Debajo escribió:

SOLO LOS PINOS

Una mujer de Centro se detuvo delante.

- Tengo un problema con mi recibo del agua.
- Oficina 2 —dijo Teresa.
- Pero antes vivía en Los Pinos.
- ¿Ahora?
- Centro.
- Oficina 2.
- Mi hermana sigue viviendo allí.

Teresa la miró.

- ¿Su hermana tiene un problema?
- Seguro.
- Entonces que venga.

Los primeros informes se contradecían de distintas maneras. Un muro terminado durante la noche, dos recibos por una sola entrega de cemento, ochenta sacos en lugar de cuarenta y una hora de clase que algunos niños recordaban dos veces. Junto a las declaraciones de la profesora, Teresa escribió: comprobar calendario. No sabía cuál.

También recibió una hoja el hombre cuyo perro había regresado por la mañana. Teresa clasificó provisionalmente los avisos en construcción, escuela, entregas y particulares.

Después tomó una hoja en blanco y escribió LOS PINOS – INCIDENTES. Tachó INCIDENTES, lo substituyó por DESVIACIONES y también tachó eso.

Alberto salió de la oficina 3. —Necesitamos un formulario.

- Esto es un formulario.
- Está vacío.
- Todos los formularios estuvieron vacíos alguna vez.

Acordaron llamarlo AVISO DE UNA IRREGULARIDAD. Sonaba a desagüe o electricidad, es decir, a algo de lo que una administración podía ser responsable.

Debajo de Nombre y dirección, Teresa escribió primero Fecha del incidente. Luego añadió dos campos separados:

Fecha según el propio recuerdo:

Fecha según la Municipalidad:

Alberto siguió leyendo hasta la última línea.

Daños materiales: SÍ / NO / NO ESTÁ CLARO

- «No está claro» no es una respuesta.
- Hoy sí.

Alberto se rio brevemente. Entonces volvió a sonar el teléfono.

A las diez y veintitrés, el Toyota rojo de la estación meteorológica se detuvo delante de la Municipalidad. Rafael bajó por el lado del copiloto. Inés permaneció al volante y miró el grupo de gente ante la entrada.

—Son muchos.

Rafael sacó una bolsa negra del asiento trasero.

—Tal vez estén pagando impuestos.

Inés lo miró.

—¿Todos al mismo tiempo?
—Quizá alguien hizo una buena campaña.

Apagó el motor. Rafael esperó.

—¿Qué?
—Nada.
—Tienes cara de...
—¿De qué?
—Como si quisieras decir algo.
—Iba a decir que llevas la bolsa.

Rafael miró la bolsa.

—La llevo.
—Bien.

Inés bajó. El aire estaba húmedo. Sobre Centro todavía había garúa, aunque detrás de la capa gris el sol ya debía de estar lo bastante alto para calentar los techos. Durante la bajada desde el Cerro Vigía habían podido ver la ciudad casi todo el tiempo.

Al principio no se habían fijado en Los Pinos.

Por qué iban a hacerlo. Estaba donde siempre. Calles anchas. Terrenos claros. Estructuras sin terminar. Tanques negros de agua sobre las casas acabadas. Inés no había encendido la radio hasta llegar al primer cruce de Centro. El noticiero local no hablaba de Los Pinos.

No había ningún noticiero local.

La emisora de Chimbote hablaba de un accidente de tráfico, del precio del pescado y de una manifestación ante un edificio regional. Entonces Rafael había mirado el teléfono. Siete llamadas perdidas. Cuatro de la Municipalidad. Dos de un número desconocido. Una de su madre. Primero había devuelto la llamada a su madre. No necesitaba nada. Después, a Teresa. Ahora atravesaban la entrada principal.

Teresa estaba sentada detrás de su escritorio y sellaba formularios. A su lado había una pila. Rafael dejó la bolsa.

—Has llamado.

Teresa estampó un sello.

—Cuatro veces.
—Estábamos arriba.
—Ya lo sé.

Sello.

—Por eso llamé a la estación meteorológica.

Sello.

—Estábamos fuera.

Teresa levantó la vista.

—Rafael.
—Sí.

—Ahora voy a explicarte algo, y después no me dices «error de software».

Rafael acercó la silla de enfrente.

—Eso depende de lo que expliques.

Inés permaneció de pie. Teresa la miró.

—Dile tú que no lo diga.
—Lo dirá de todos modos.
—Bien.

Teresa cogió el formulario de arriba.

—Un hombre construyó ayer un muro.

Rafael esperó.

—¿Eso es todo?

—No. Hoy el muro está terminado.

—Entonces trabajó bien.

Teresa dejó el formulario. Inés se sentó.

—¿No recuerda haberlo hecho?

Teresa la miró.

—Exacto.

Rafael alternó la mirada entre ambas.

—Quizá estaba borracho.

Teresa cogió la hoja siguiente.

—Cuarenta sacos de cemento.

—¿También borracho?

—Llegaron ochenta.

—Eso es un problema de entrega.

Hoja siguiente.

—La misma clase dos veces.

—Horario escolar.

Siguiente.

—Turno duplicado.

—Planificación de personal.

Siguiente.

—Una mujer cocinó arroz el martes por la noche y el miércoles por la mañana encontró la misma olla sin cocinar en la cocina.

Rafael abrió la boca.

Teresa levantó un dedo.

—No lo digas.

Él cerró la boca. Inés cogió el formulario.

—¿Solo Los Pinos?

—Hasta ahora.

—¿Desde cuándo?

Teresa la miró. Luego le acercó el formulario recién diseñado. Inés leyó los dos campos de fecha.

—Ah.

—Sí.

Rafael le quitó la hoja de la mano.

—Fecha según el propio recuerdo.

—Sí.

—Fecha según la Municipalidad.

—Sí.

—No es un buen formulario.

Teresa se recostó.

—Entonces haz uno mejor.

Rafael lo dejó.

—No.

—Bien.

Inés hojeó los informes.

—¿Qué dice la gente?

—Cosas distintas.

—¿Hay algún momento en común?

—El martes por la noche. Quizá de madrugada. Algunos dicen que se fueron a dormir y que hoy es martes. Otros dicen miércoles. Algunos recuerdan ambos días.

—¿Y los relojes?

—Normales.

—¿Los teléfonos?

—Normales.

—¿Los calendarios?

—Normales.

—¿Las computadoras?

—Normales.

—¿La electricidad?

—Normal.

Rafael volvió a levantar la bolsa.

—Entonces no es una falla de sensor.

Teresa lo miró.

—Gracias.

—Todavía no hemos medido nada.

—Eso nunca te había detenido.

Inés se puso de pie.

—Vamos hasta allí.

Teresa asintió.

—Bien.

—¿Qué tenemos que medir? —preguntó Rafael.

Inés lo miró.

—Todo para lo que tengamos un aparato.

—¿Temperatura?

—Sí.

—¿Humedad del aire?

—Sí.

—¿Viento?

—Sí.

—¿Y si alguien cocinó arroz dos veces?

Teresa cogió el sello.

—Para eso ahora tenemos un formulario.

Selló la hoja siguiente.

La avenida hacia Los Pinos no estaba cerrada. Dos vallas estaban junto a la calzada. La primera era roja y blanca. La segunda, amarilla. Entre ambas había espacio para dos autos. Un empleado de la Municipalidad estaba sentado al lado en una silla de plástico y bebía de una botella de agua.

Inés se detuvo. El hombre se puso de pie.

—¿Adónde van?

Rafael señaló el logotipo de la estación meteorológica en la puerta.

El hombre lo miró.

—¿El tiempo?

—Sí.

—Hoy está seco.

—Gracias.

Inés siguió conduciendo.

Rafael se volvió.

—¿Qué hace allí?

—Controlar.

—¿Qué?

—A nosotros.

—Nos ha dejado pasar.

—Entonces todo estaba en orden.

La calle se ensanchó. Los Pinos no comenzaba en un letrero. Comenzaba donde las casas estaban más separadas. Donde de pronto había veredas que volvían a terminar después de tres terrenos. Donde las calles tenían nombres ya incluidos en los mapas de la Municipalidad, aunque en algunas todavía no había ni una sola casa terminada.

Allí la garúa era más fina. Entre las estructuras sin terminar había polvo claro. En un terreno funcionaba una mezcladora de concreto. Un hombre empujaba una carretilla. Dos obreros discutían delante de un muro. Inés avanzó despacio.

—Parece normal —dijo Rafael.

—Sí.

—Quizá eso sea bueno.

—Quizá.

Se detuvieron en la escuela. Había padres delante de la entrada. Un profesor hablaba con una mujer. Los niños corrían por el patio. Rafael sacó de la bolsa el medidor portátil.

Temperatura.

18,4 grados.

Humedad del aire.

86 por ciento.

Inés lo anotó.

—Viento.

Rafael levantó el aparato.

—Casi nada.

—La cifra.

—Cero coma ocho.

Siguieron. En el cruce siguiente:

18,5 grados.

85 por ciento.

Viento cero coma siete.

En el borde de una estructura sin terminar:

18,4

86 %

Cero coma nueve.

Rafael miró la pantalla.

—Esto es aburrido.

—Bien.

—Siempre dices «bien» cuando quieres decir «aburrido».

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que dijiste «bien» queriendo decir «bien»?

Inés lo pensó.

—El café de ayer.

—Dijiste que estaba fuerte.

—Eso era bueno.

Siguieron caminando. Delante de una casa pequeña, una mujer estaba sentada en una silla de plástico. A su lado había una olla. La mujer los miró.

—¿Son de la Municipalidad?

—De la estación meteorológica —dijo Inés.

—Entonces llegan tarde.

Rafael se detuvo.

—¿Para el tiempo?

—Para ayer.

Inés se acercó.

—¿Qué pasó ayer?

La mujer señaló la olla.

—Arroz con pollo.

Rafael miró dentro. La olla estaba vacía.

—¿Estaba bueno?

La mujer lo miró.

—Mucho.

—Entonces no entiendo el problema.

Inés le dio una patada leve en el zapato. La mujer lo notó.

—Lo cociné dos veces.

—¿Por qué? —preguntó Inés.

—Porque la primera vez había desaparecido.

—¿El arroz?

—El martes.

Rafael no dijo nada más. La mujer se alisó el delantal.

—Cociné. Mi marido llegó a las siete. Comimos. Después vio el partido. Yo me acosté a las diez.

—¿Y luego?

—Luego me levanté.

—¿El miércoles?

—No.

—¿El martes?

—Sí.

—¿Cómo lo supo?

La mujer señaló la calle.

—Pasó el camión del gas.

Inés esperó.

—Pasa los martes —explicó la mujer.

—Quizá pasó un día más tarde.

—Gritó «martes».

Rafael miró a Inés. La mujer se puso de pie.

—Esperen.

Entró en la casa. Rafael se inclinó hacia Inés.

—Quizá grita «martes» todos los días.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Publicidad.

—«Martes» no es publicidad.

—Depende.

La mujer regresó. Llevaba dos papelitos en la mano. Recibos de gas. Les dio los dos a Inés. El mismo número en ambos. La misma hora. Martes, 8:13.

—Pagué dos veces —dijo la mujer.

—¿Recibió gas dos veces? —preguntó Rafael.

—No.

—Entonces debería hablar con el vendedor.

—Ya lo hice.

—¿Y?

—Dice que solo pagué una vez.

—Quizá...

La mujer levantó una mano.

—No le he preguntado a usted.

Rafael asintió.

—Bien.

Inés le devolvió los recibos.

—¿Podemos volver a hablar con usted más tarde?

—Si no es martes.

—Hoy es miércoles.

La mujer volvió a sentarse.

—Eso dicen ustedes.

Cogió la olla.

—De todos modos no voy a cocinar nada.

Hasta el mediodía, Inés y Rafael habían registrado veintisiete puntos de medición sin anomalías. La temperatura, la humedad, la presión atmosférica, la radio, el GPS y los relojes de sus teléfonos se comportaban igual que en Centro.

A la sombra de un muro sin terminar, oyeron tres martillazos en una obra, dos más y luego otros tres.

—Estamos midiendo lo que no es —dijo Rafael.

Inés dejó el cuaderno sobre el tablero. —¿Qué falta?

—La memoria. O el avance de la obra.

Fotografiaron dos veces la estructura de enfrente y anotaron las 12:17. Querían regresar dentro de una hora. Detrás de ellos, el martillo empezó de nuevo la misma secuencia.

A las trece y veintisiete regresaron. La estructura seguía allí. Rafael detuvo el Toyota. Inés bajó. Se quedó en medio de la calle.

—Teléfono.

Rafael lo sacó. Abrió la foto. Planta baja. Columnas. Fierros de construcción. Miró la casa. Planta baja. Columnas. Un muro de ladrillos en el segundo piso. Rafael se acercó.

—¿Eso estaba ahí?

Inés le quitó el teléfono. Sostuvo la imagen delante del edificio.

—No.

En la obra no trabajaba nadie. Había un balde junto a una pila de ladrillos. Una pala descansaba contra el muro. Rafael fue hasta la entrada.

—¿Hola?

Ninguna respuesta. No entró. Inés rodeó el terreno. En la parte trasera, el muro estaba más alto. Miró la foto.

—Eso no es una hora.

—Quizá había mucha gente.

—¿Cuánta?

—Mucha.

—¿Cuánta gente es mucha?

Rafael miró el muro.

—Más de dos.

Inés regresó al Toyota. Cogió el cuaderno.

12:17 – Foto

13:27 – Muro del 2.º piso parcialmente cerrado

Rafael estaba a su lado.

—No pongas «cerrado».

—¿Por qué?

—Levantado con ladrillos.

—Parcialmente levantado con ladrillos.

—Sí.

Inés cambió la palabra.

—¿Mejor?

—Sí.

—¿Por qué?

Rafael miró el edificio.

—Porque «cerrado» suena como si alguien hubiera tapado algo.

Inés dejó de escribir. Al otro lado de la calle apareció un hombre con un saco de cemento al hombro. Rafael se acercó.

—¿Trabaja aquí?

El hombre se detuvo.

—Al lado.

—¿Sabe quién trabaja en esa casa?

—Los Hermanos Peña.

—¿Han estado hoy aquí?

—¿Hoy?

Rafael e Inés se miraron.

—Sí —dijo Rafael.

El hombre dejó el saco en el suelo.

—Por la mañana.

—¿Y al mediodía?

—No.

—¿Cuántos obreros?

—Tres.

—¿Levantaron ladrillos arriba?

El hombre miró la estructura.

—Eso parece.

—¿Los vio?

—No.

—¿Los oyó trabajar?

—Yo estaba trabajando.

Rafael asintió.

—Claro.

El hombre volvió a levantar el saco.

—Si buscan a los Peña, están comiendo en casa de su madre.

—¿Dónde?

—Los Pinos.

—¿Dónde exactamente?

El hombre señaló hacia el sur.

—Allí.

Rafael siguió su dedo.

—Gracias.

El hombre continuó. Rafael miró a Inés.

—Muy útil.

—Mucho.

Volvieron a fotografiar la casa. Luego siguieron conduciendo.

Por la tarde, Los Pinos empezó a ponerse al día. Nadie lo llamaba así. Todavía no. Los primeros avisos llegaron a las catorce horas. Un medidor de electricidad mostraba un consumo que, según el propietario, no debería haberse producido hasta el día siguiente.

Un camionero entregó arena en una obra donde la arena ya estaba.

Un jefe de obra encontró en su cuaderno recepciones que no había firmado. La firma era suya. La comparó con la de su DNI. Luego con la de un contrato antiguo. Después firmó cinco veces en una hoja en blanco. No pudo distinguir ninguna diferencia.

A las quince y doce, Teresa llamó a la estación meteorológica. Inés contestó.

—Sí.

Teresa habló. Inés miró a Rafael.

—¿Cuántos?

Teresa respondió.

—¿Desde cuándo?

Otra respuesta.

—Bien. Vamos para allá.

Colgó.

—¿Qué? —preguntó Rafael.

—La diferencia temporal se está reduciendo.

—¿Qué diferencia temporal?

—La de ellos.

—¿Cómo mide Teresa la memoria?

—Con el formulario.

Rafael guardó silencio.

—Claro.

Regresaron a la Municipalidad. Ahora había menos gente delante del edificio. A cambio, en la oficina 3 había tres pilas de formularios. Teresa había creado categorías.

DUPLICADO

FALTANTE

ADELANTADO

La cuarta pila no tenía letrero. Rafael la señaló.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

—Entonces encaja.

Teresa lo ignoró. Inés se sentó.

—Explica.

Teresa cogió una hoja de la pila **DUPLICADO**.

—Esta mañana, la mayoría estaba separada por entre doce y catorce horas.

- ¿Cómo llegas a esa cifra?
- Hora de dormir. Inicio del trabajo. Recibos. Teléfonos.
- Eso es impreciso.
- Sí.
- Bien.

Teresa miró a Rafael.

- Puedes irte.
- Estoy aquí por trabajo.
- Ese es el problema.

Inés cogió varios formularios. Las horas indicadas eran, efectivamente, distintas.

Doce horas.

Nueve.

Siete.

A las trece horas, un hombre había informado que su esposa recordaba una conversación que, según él, no debía tener lugar hasta las dieciséis.

- ¿Cómo sabía que debía tener lugar? —preguntó Rafael.

Teresa cogió el formulario.

- Cita médica.
- Ah.
- El médico recuerda la conversación.
- ¿Y el hombre?
- Ahora también.

Inés levantó la vista.

- ¿Ahora?
- Volvió hace veinte minutos.

Teresa cogió una segunda hoja.

- Ahora recuerda las dos.
- ¿La conversación que todavía no ha ocurrido?
- Ya ocurrió.
- ¿Cuándo?

Teresa miró el reloj.

15:38.

- Dentro de veintidós minutos.

Nadie habló. En el salón comunal de al lado movieron una mesa. La madera raspó las baldosas. Rafael se sentó.

- Tenemos que llamar a alguien.
- ¿A quién? —preguntó Teresa.

Él no respondió de inmediato. Gobierno regional. Policía. Defensa Civil. Autoridad sanitaria. Rafael tenía números para todos. No sabía cuál marcar.

- La Policía ya estuvo aquí —dijo Teresa.
- ¿Y?
- No hay delito.
- ¿La autoridad sanitaria?
- ¿Qué les digo?
- Confusión.
- ¿En todo un barrio?
- Sí.

Teresa le acercó el formulario.

—Llama.

Rafael miró los dos campos de fecha. Luego a Inés.

—¿Qué dirías tú?

—Que observamos una incoherencia temporal sin explicación en Los Pinos.

—Eso suena peor.

—¿Es mejor?

—No.

—Entonces encaja.

Rafael cogió el teléfono. No marcó. Fuera pasó un bus. Inés siguió hojeando. Entonces se detuvo.

—Teresa.

—Sí.

—¿Dónde está la Mz. H?

—Los Pinos.

—Eso ya lo sé.

—Sector sur.

—Lote 14.

Teresa pensó.

—Felipe.

—La primera llamada.

—Sí.

Inés le mostró el formulario.

—Aquí dice número de casa 198.

Teresa lo cogió.

—Sí.

—¿Hay una casa allí?

—Por supuesto. ¿Alberto?

Teresa llamó. No hubo respuesta. Llamó más fuerte.

—¡Alberto!

Su voz llegó desde el pasillo trasero.

—¿Qué?

—Mz. H, lote 14.

Una pausa.

Entonces Alberto apareció en la puerta.

—¿Qué pasa con eso?

—Número de casa 198.

Alberto miró el formulario.

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—No conozco todos los números de las casas.

—Tú administras los terrenos.

—Terrenos. No puertas.

Teresa le dio la hoja. Alberto leyó. Su rostro no cambió. Volvió a leer.

—¿Qué? —preguntó Rafael.

Alberto fue hasta el archivador.

—Nada.

Abrió un cajón. Buscó. Lo cerró. Abrió el siguiente.

—Alberto.

—Espera.
Sacó una carpeta.

LOS PINOS – MANZANAS F-J

La dejó sobre la mesa. Pasó páginas.

F.

G.

H.

Su dedo bajó por las líneas.

Lote 10.

11.

12.

13.

15.

Alberto retrocedió.

13.

15.

—Falta el catorce —dijo Inés.

—Sí.

—¿En el registro?

—Sí.

—Pero el hombre vive allí.

—Por lo visto.

Teresa miró a Alberto.

—Esta mañana dijiste que el sector no existía.

—El sector existe.

—Dijiste...

—Esperaba que dijera El Alto.

Teresa guardó silencio.

Alberto cogió el formulario.

—Vamos hasta allí.

Rafael se puso de pie.

—Nosotros también.

—¿Por qué?

Rafael levantó la bolsa.

—El tiempo.

Alberto miró a Teresa.

—¿Siempre es así?

—Hoy está bien.

La Mz. H estaba en el límite sureste de Los Pinos. Allí las calles solo estaban parcialmente asfaltadas. Algunos bordillos ya estaban colocados, aunque detrás solo había tierra clara. Los postes eléctricos seguían la calle. De uno colgaba un cable tan bajo que una furgoneta de reparto tuvo que invadir el carril contrario. El lote 14 estaba entre dos casas. El terreno estaba vacío. Felipe Rojas esperaba delante. Llevaba un pantalón gris y una camisa a la que le faltaba el botón inferior.

—Ahí —dijo.

Alberto bajó.

—¿Qué hay ahí?

—Mi casa.

Miraron el terreno. Tierra clara. Algunas piedras. Un arbusto seco crecía junto al muro del fondo.

—¿Vive aquí? —preguntó Rafael.

Felipe lo miró.

—No.

—Pero usted dijo...

—Esta mañana.

Felipe entró en el terreno.

—Esta mañana mi casa estaba aquí.

Alberto lo siguió.

—Don Felipe.

—Ya sé cómo suena.

—Bien.

—Me levanté a las seis. Mi esposa preparó café. Encendí la radio.

—¿Qué emisora? —preguntó Inés.

Felipe la miró.

—¿Qué?

—¿Qué emisora?

—Ni idea. Música.

—Siga.

—Luego miré por la ventana.

Señaló la calle.

—Allí estaba el camión del gas.

—Martes —dijo Rafael.

Felipe asintió.

—Martes.

Avanzó unos pasos. Se detuvo.

—Aquí estaba la cocina.

Bajo sus zapatos había polvo.

—Allí, la puerta.

Señaló.

—Y allí, nuestro dormitorio.

Teresa había llegado en su propio auto. Estaba junto a la calle tomando notas. Alberto la miró.

—No tienes que apuntarlo todo.

—Sí.

Felipe siguió.

—Llamé a Teresa.

—A las seis y cuarenta y ocho —dijo ella.

—Sí.

—¿Desde dónde? —preguntó Inés.

Felipe sacó el teléfono.

—Desde aquí.

Abrió el registro de llamadas.

Teresa.

6:48.

—¿GPS? —preguntó Rafael.

—¿Qué?

—Historial de ubicaciones.

Felipe le dio el teléfono. Rafael abrió el mapa. El punto azul estaba sobre el lote 14.

—Ahora —dijo Inés.

—Sí.

—¿Ayer?

Rafael buscó. No había datos.

—Desactivado.

Devolvió el teléfono. Alberto estaba en el borde del terreno.

—¿Dónde está su esposa?

Felipe miró el espacio vacío donde, según él, había estado la cocina.

—En casa de su hermana.

—¿Por qué?

—Porque nuestra casa ha desaparecido.

Nadie dijo nada. Felipe guardó el teléfono.

—Esta mañana todavía estaba.

—¿Y cuándo desapareció? —preguntó Teresa.

—No lo sé.

—Usted estaba aquí.

—Sí.

—¿Todo el tiempo?

—No. Fui a la Municipalidad.

Teresa miró su nota.

—No vino.

—Sí fui.

—Lo habría visto.

Felipe la miró.

—Hablamos por teléfono.

—Sí.

—Luego fui.

—No.

Felipe se frotó el rostro.

—Bien.

—¿Qué cosa está bien?

—Escribe que no fui.

Teresa escribió. Felipe lo vio.

—De verdad lo estás escribiendo.

—Tú lo dijiste.

—Dije que lo escribieras porque no me crees.

Teresa sostuvo el lapicero sobre el papel.

—¿Quieres que lo tache?

Felipe miró el terreno.

—No.

Inés fue hasta el muro del fondo. Por allí pasaba una tubería de agua. Nueva. Una conexión azul de plástico sobresalía del suelo. Se arrodilló.

—Rafael.

Él se acercó.

—Agua.

—Sí.

—Para un terreno vacío.

—Quizá la dejaron preparada.
Alberto lo oyó.
—No.
Se acercó.
—Las conexiones se instalan después de la licencia de construcción.
—¿Había una?
Alberto miró el terreno vacío.
—El lote 14 no existe en el registro.

Teresa dejó de escribir. Desde el norte de Los Pinos llegaba ruido de obras. Un martillo. Metal. Una mezcladora de concreto. Luego, un sonido grave. Rafael levantó la cabeza.
—¿Qué fue eso?
Felipe miró hacia la calle.
—Un camión.
El sonido había desaparecido. Inés permaneció quieta.
—¿Lo oíste?
—Sí.
—¿Un zumbido?
Rafael esperó.
Nada.
—Quizá.
Teresa alternó la mirada entre ambos.
—¿Qué zumbido?
Rafael levantó la bolsa.
—El tiempo.
Teresa escribió algo.
—No escribas eso —dijo él.
—Demasiado tarde.

Poco antes del anochecer, Inés y Rafael estaban de nuevo ante la estructura. El segundo piso estaba casi cerrado. No terminado. Pero el muro que a las trece horas solo estaba parcialmente levantado llegaba ahora hasta debajo de las columnas de concreto.
La foto del teléfono mostraba otra cosa. Rafael la sostuvo junto al edificio.
—Eso son por lo menos dos días.
—Quizá uno.
—¿Con tres personas?
—No.

No había nadie en la obra. La pala seguía apoyada en el mismo sitio. El balde estaba junto a los ladrillos. Solo la pila era más pequeña. Inés se acercó al muro. Puso una mano sobre un ladrillo.
—Seco.
—Por fuera.
Raspó con la uña una junta de mortero. El mortero estaba firme.
—Eso no es de hoy.
Rafael estaba detrás de ella.
—La foto sí.

El sol no se veía detrás de la garúa. Aun así, la luz se hizo más débil. Sobre Los Pinos se encendieron las primeras lámparas de obra.
Una.
Luego una segunda.
Más al sur, tres al mismo tiempo. Inés miró el reloj.

Sonó su teléfono. Teresa.

—Sí.

Inés escuchó.

—¿Cuánto?

Rafael observó su rostro.

—¿Segura?

Pausa.

—Vamos para allá.

Colgó.

—¿Qué?

—Dos horas.

—¿Qué son dos horas?

—La diferencia.

Rafael miró Los Pinos.

—¿Cómo lo sabe?

—Los formularios.

—Claro.

Inés fue hacia el Toyota.

—Rafael.

Él se detuvo. El sonido grave había regresado. No era fuerte. Estaba debajo del ruido de las obras. Debajo de los motores. Debajo de las voces.

El zumbido regresó en dos pulsos graves separados por una pausa breve.

Rafael miró hacia la obra.

—La mezcladora.

La mezcladora no funcionaba. Caminaron unos metros. El sonido permaneció.

—Un generador —dijo Rafael.

—¿Dónde?

Él no respondió. El zumbido volvió.

El zumbido regresó en dos pulsos graves separados por una pausa breve.

Inés miró hacia el noroeste. La garúa cubría Centro. Detrás, la costa solo se distinguía como una claridad gris.

—¿Conoces ese sonido? —preguntó.

Rafael escuchó.

—Sí.

—Las antenas.

—Sí.

Estaban entre las casas sin terminar de Los Pinos. No había ninguna antena de la estación meteorológica cerca. El zumbido enmudeció. Un obrero gritó algo desde una obra. Alguien respondió. Un perro cruzó la calle. Rafael abrió la bolsa negra.

—El aparato es para mañana.

—¿Cuál?

—El de intensidad de campo.

—¿Lo tienes aquí?

—No.

Inés lo miró.

—Entonces, ¿por qué dices «el aparato»?

—Porque tenemos uno.

—Arriba.

—Sí.

—En el cerro.

—Sí.

—Bien.

Rafael cerró la bolsa.

—Ahora vuelves a decir «bien».

Inés subió al auto.

A las diecinueve y cincuenta y tres se cortó la electricidad en San Desvelo. En el hostel, Javier lo notó primero por el ventilador. Estaba tumbado en la cama leyendo sus notas. El ventilador giró más despacio. Las aspas se hicieron visibles por separado. Luego se detuvieron. La luz se apagó. El televisor enmudeció.

Javier se quedó sentado a oscuras.

Desde la calle llegó un sonido colectivo. No un grito. Más bien el breve suspiro de muchas personas que se dan cuenta al mismo tiempo de que algo no funciona.

Javier fue hasta la ventana.

Centro estaba oscuro. Las farolas se habían apagado. El Archivo Municipal había desaparecido. El parque de al lado ya estaba oscuro de todos modos. Ahora también había desaparecido la fachada iluminada. Más al norte, El Faro estaba negro junto a la costa. Javier no alcanzaba a ver la antena de Radio Desvelo. Solo sabía aproximadamente dónde estaba. Al este, las casas de El Alto desaparecían en la ladera. Encima estaba el Cerro Dormido.

Oscuro.

Javier miró hacia el sur.

Los Pinos estaba iluminado.

No mucho. No de una manera extrañamente intensa. Las lámparas de obra estaban encendidas. Ventanas. Farolas. Algunas bombillas desnudas en las estructuras sin terminar. Pero, como todo lo demás estaba oscuro, el barrio parecía una ciudad propia. Javier apoyó la mano en el vidrio de la ventana.

Contó.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete.

Ocho.

Regresó la electricidad. El ventilador detrás de él empezó a girar. El televisor no volvió a encenderse. Javier siguió mirando hacia el sur. Los Pinos era otra vez solo una parte de San Desvelo. Cogió el teléfono.

19:53.

En sus notas escribió:

Corte de electricidad. Aprox. 8 segundos.

Luego:

Los Pinos tenía electricidad.

Miró la frase. Por primera vez en días no añadió una hora.

En el Cerro Vigía, el generador arrancó al cabo de tres segundos. Los monitores de la estación meteorológica quedaron negros. Luego volvieron a iluminarse. Inés estaba sentada ante la computadora principal. Rafael permanecía junto a la puerta.

—Tres segundos —dijo.

—Sí.

—El generador.

—Sí.

En el monitor, el programa de medición volvió a iniciarse.

Dirección del viento.

Temperatura.

Humedad del aire.

La interrupción de los datos era visible.

Tres segundos.

Inés abrió el registro del suministro eléctrico externo.

Falla de red.

19:53:11.

Restablecimiento.

19:53:19.

—Ocho segundos —dijo.

Rafael se acercó.

—El generador arrancó a los tres.

—Sí.

—Bien.

Inés lo miró.

—Los Pinos.

Rafael fue hasta la ventana. Desde allí arriba, San Desvelo se extendía debajo de ellos. Centro. El Alto. Las Palmeras más al norte. La Playa junto a la costa. Los Pinos al sur.

—¿Qué?

—Estaba encendido.

—Energía de emergencia.

—¿Todo un barrio?

Rafael guardó silencio. Inés abrió los datos meteorológicos guardados. Las mediciones avanzaban.

19:53:10.

19:53:11.

Luego, dos conjuntos de datos. Inés movió el ratón.

—Rafael.

Él regresó. En la pantalla había dos líneas con la misma marca de tiempo.

19:53:12

Temperatura 17,9.

Humedad del aire 88.

Viento 1,2.

Debajo:

19:53:12

Temperatura 18,3.

Humedad del aire 84.

Viento 0,7.

Siguiente marca de tiempo. De nuevo dos. Luego otra vez. Rafael acercó una silla.

—¿Dos sensores?

—No.

—¿Copia de seguridad?

—No.

—Error de software.

Inés lo miró. Él levantó las manos.

—Tenía que decirlo.

Los conjuntos de datos duplicados continuaron.

19:53:13.

19:53:14.

19:53:15.

Luego los valores empezaron a acercarse.

17,9 y 18,3.

18,0 y 18,2.

18,1 y 18,2.

19:53:18.

Ambos conjuntos mostraban los mismos valores.

19:53:19.

Solo quedaba una línea. Rafael se inclinó hacia el monitor.

—Guárdalo.

—Se guarda automáticamente.

—Aparte.

Inés exportó los datos. Dos veces. Luego a una memoria USB. Rafael la observó.

—¿Desconfías de la computadora?

—Hoy sí.

—Bien.

Inés no dijo nada. Fuera empezó el zumbido.

El zumbido regresó en dos pulsos graves separados por una pausa breve.

Los dos miraron hacia la ventana.

A la mañana siguiente, en Los Pinos volvía a ser miércoles. Al menos eso decía la gente. La escuela abrió. El camión del gas no pasó. La mujer de la olla preparó café. El jefe de obra no encontró firmas nuevas en su cuaderno. Los ochenta sacos de cemento eran cuarenta. Nadie sabía cuándo habían desaparecido los demás. Teresa guardó los formularios en una caja. En un costado escribió:

LOS PINOS

Debajo:

TEMPORAL

Miró la palabra. Alberto estaba a su lado.

—¿Provisional?

—Relativo al tiempo.

—Eso se escribe de otra manera.

—Ya sé.

—Entonces escríbelo de otra manera.

Teresa cerró la caja.

—Después.

Alberto cogió una pila de expedientes de construcción.

—¿Mz. H?

Teresa levantó la vista.

—¿Qué pasa?

—Lote 14.

Fueron al archivo. La carpeta seguía sobre la mesa.

LOS PINOS – MANZANAS F-J

Alberto la abrió.

F.

G.

H.

Lote 10.

11.

12.

13.

14.

15.

Se detuvo. Teresa se acercó.

—Ayer faltaba.

—Sí.

Alberto sacó la hoja.

LOTE 14

Propietarios:

ROJAS, FELIPE / MENDOZA, CARMEN

Uso:

VIVIENDA

Número de casa:

198

Teresa cogió la hoja.

—Eso no estaba.

—No.

—Tú lo viste.

—Sí.

—Yo también.

—Sí.

Se miraron.

Alberto cogió la carpeta.

—Vamos hasta allí.

En el lote 14 había una casa. Dos pisos. La fachada estaba revocada en un color claro. En el muro lateral se veían los ladrillos. Había rejas metálicas delante de las ventanas. Sobre el techo plano estaba un tanque negro de agua. Junto a la puerta de entrada colgaba una pequeña Virgen detrás de un vidrio. Felipe Rojas estaba en la calle. Su esposa Carmen a su lado. Ninguno de los dos dijo nada. Teresa estacionó. Alberto bajó.

—Don Felipe.

Felipe lo miró.

—Sí.

—¿Esta es su casa?

Felipe miró el edificio.

—Sí.

—¿Estaba aquí ayer?

Carmen respondió.

—Por supuesto.

Felipe la miró.

—No.

Carmen se volvió hacia él.

—¿Qué cosa no?

—Ayer había desaparecido.

—Felipe.

—Tú estabas en casa de tu hermana.

—Porque me llamaste.

—Porque la casa había desaparecido.

Carmen miró a Teresa.

—No ha dormido desde ayer.

Felipe fue hasta la puerta. Sacó una llave. Abrió.

—Miren.

Alberto se quedó fuera.

—¿Qué?

—Todo.

A través de la puerta abierta se veía una cocina pequeña. Una mesa. Cuatro sillas. Un refrigerador. Un calendario en la pared. Teresa se acercó. El calendario marcaba miércoles. Felipe estaba en la entrada.

—Esta es mi casa.

—Sí —dijo Alberto.

—Ayer no estaba aquí.

—Sí.

Carmen lo miró.

—Deje de darle la razón.

Alberto la miró.

—Disculpe.

Felipe se rio. Una sola vez. Luego entró. Teresa se detuvo delante de la pequeña Virgen. Se había acumulado humedad detrás del vidrio.

—Licencia de construcción —dijo Alberto.

—¿Qué?

—Si está en el registro, tiene que haber un expediente.

Regresaron.

El expediente estaba en el Archivo. No en la carpeta de Los Pinos. En el archivo antiguo. Alberto lo encontró a las once y seis. Una carpeta marrón y delgada. En la portada decía:

ROJAS / MENDOZA

Debajo:

VIVIENDA – LOTE 14

Teresa la cogió.

—¿Por qué en el archivo antiguo?

Alberto abrió la carpeta. Plano de construcción. Conexión de agua. Electricidad. Licencia. Sello. Firma. Teresa se inclinó.

—No.

Alberto miró la fecha.

17 JUN 1987

Permanecieron en silencio dentro del archivo. Desde la oficina delantera se oía la fotocopidora. Una hoja. Otra. Luego una señal acústica. Teresa cogió la licencia.

—Los Pinos no existía.

—No.

—No en 1987.

—No.

—Felipe tenía...

Hizo el cálculo. Alberto no la ayudó.

—¿Cuatro?

—Cinco.

—¿Y Carmen?

—Ni idea.

Teresa miró la firma.

F. ROJAS

—Es la suya.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer tuve seis formularios suyos.

Fueron a la oficina delantera. La caja estaba junto al escritorio de Teresa. Ella la abrió. Sacó el aviso de Felipe. Colocó las dos firmas una al lado de la otra. Alberto se inclinó.

—Parecidas.

—Es la misma.

—No soy experto.

—Yo tampoco.

—Entonces no escribas «la misma».

Teresa cogió un lapicero. En una nota nueva escribió:

Comprobar firmas.

Debajo:

Comprobar 1987.

Alberto lo vio.

—¿Qué exactamente?

Teresa dejó el lapicero.

—Todo.

Durante tres días no ocurrió nada. Eso no era extraño en San Desvelo. Maritza vendía ceviche. Ernesto Vilchez abría su negocio a las ocho y cincuenta y siete. El conductor nocturno llegaba a San Desvelo. En el Mercado vendían limones. Los Pinos seguía construyendo. A una velocidad normal. Javier no viajó hacia el sur. Compró dos veces un pasaje. Dejó vencer el primero. Devolvió el segundo. La mujer de la ventanilla lo reconoció.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Quiere que mañana directamente no le venda ninguno?

—Tal vez.

—Así ahorramos papel.

Javier sonrió.

—Le aviso.

Seguía alojado en el hostel. Habitación doce. El agua caliente funcionó dos de los tres días. Ya no medía caminos. Al menos no todos. Ahora sus notas contenían otras cosas.

Corte de electricidad 19:53.

Los Pinos siguió iluminado.

¿Miércoles dos veces?

¿Mauricio?

Había borrado la última palabra tres veces. La había vuelto a escribir tres veces. La cuarta mañana, Javier caminó hacia el norte. No inició el cronómetro. Atravesó Centro. Pasó junto al Mercado. Siguió en dirección a El Faro. Las casas estaban más cerca de la calle. Los talleres abrían. Un hombre lavaba con una manguera la vereda delante de su casa, aunque la garúa lo mantenía todo húmedo.

Javier siguió caminando. Después de El Faro, las construcciones se hicieron más escasas. La vía costera corría entre el Pacífico y un terreno ligeramente ascendente. Más adelante había un Toyota rojo. Javier no conocía el auto. Solo que, para entonces, conocía casi todos los que estacionaban regularmente entre el terminal y Centro. Ese Toyota no era uno de ellos.

Una mujer caminaba despacio por el borde de la carretera. Llevaba un aparato en la mano. Un hombre estaba junto al Toyota mirando un segundo aparato. Javier redujo el paso. La mujer dio cinco pasos. Se detuvo. Dio media vuelta. Regresó. El hombre levantó la cabeza.

—¿Más fuerte?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Tres.

—¿Tres qué?

—Más que allí.

—Eso no es una unidad.

—Entonces ven y léelo tú mismo.

Javier se detuvo a unos metros. El hombre lo notó.

—Mañana.

Javier miró detrás de él. No había nadie.

—¿Cómo dice?

—Si quiere preguntar qué hacemos: quizá mañana sepamos más.

Javier se acercó.

—Quería preguntar qué están midiendo.

El hombre miró hacia la mujer.

—Casi.

La mujer regresó.

—Interferencias de radio.

Javier miró el aparato.

—¿Cuáles?

—Eso intentamos averiguar.

—¿De una emisora?

—Tal vez.

Javier miró la vía costera hacia el norte. En la garúa se distinguía la antigua antena de transmisión. Solo la parte inferior. La punta desaparecía en el gris.

—¿Radio Desvelo?

Rafael lo miró.

—Usted no es de aquí.

- No.
- ¿Cómo conoce el nombre?
- Por el hostel.
- ¿El hostel habla de la emisora?
- El wifi tiene un nombre parecido.

Inés miró a Javier.

- ¿Cómo se llama el wifi?
- Hostal Desvelo.
- Eso no es parecido.
- La contraseña.

Rafael esperó. Javier dijo:

- desvelo1987.

Inés mantuvo quieto el medidor.

- ¿1987?
- Sí.

Rafael la miró.

- ¿Qué?
- Nada.

Javier lo notó.

- Conocen ese año.
- Mucha gente conoce 1987 —dijo Rafael.
- Tuvo bastante éxito internacional.

Inés lo miró.

- ¿Qué?
- El año.
- Déjalo.

Rafael volvió a levantar el aparato. Javier permaneció allí.

- ¿Están midiendo el tiempo?

Inés se volvió hacia él. Rafael también levantó la vista.

- No —dijo él.

Javier asintió.

- Bien.

Siguió caminando. Después de cinco pasos, Inés gritó:

- ¿Por qué ha dicho «tiempo»?

Javier se detuvo. Se volvió.

- Porque yo medí el tiempo.

Rafael miró la carretera. Luego a Javier.

- ¿Por trabajo?
- No.
- Entonces, ¿por qué?

Javier regresó.

- Perdí mi bus.

Rafael esperó.

- Eso pasa.
- Ya sé.
- A mí tres veces.
- Rafael —dijo Inés.
- Una vez en Chiclayo. El siguiente no llegó hasta la tarde.

Javier sacó el teléfono.

—Estuve fuera veinte minutos.

—Entonces perdió el bus.

—Para mí fueron unos diez.

—También así se puede perder un bus.

—El conductor había anunciado una pausa de diez minutos.

Rafael pensó un instante.

—Justo.

Inés extendió la mano.

—Muéstreme.

Javier abrió sus notas. Le dio el teléfono. Inés leyó.

Terminal – estacionamiento: 6:12

Estacionamiento – terminal: 5:48

Terminal – estacionamiento: 6:09

Estacionamiento – terminal: 5:51

Terminal – estacionamiento: 6:11

Debajo:

Primer recorrido: 20 minutos

Le dio el teléfono a Rafael. Él leyó.

—¿Recorrió el trayecto cinco veces?

—Sí.

—¿La misma mañana?

—Sí.

—¿Por qué?

Javier lo miró.

—Porque la primera vez tardé veinte minutos.

—Quizá tomó una calle equivocada.

—Eso también dijo mi esposa.

Rafael asintió.

—Suena razonable.

—No estoy casado.

Rafael levantó la vista del teléfono. Javier se lo quitó.

—Quería saber si estaba escuchando.

Inés se rio. Rafael no.

—Estaba escuchando.

—Le dio la razón a mi esposa inventada.

—Quizá aun así la habría tenido.

Javier guardó el teléfono.

—¿Qué están midiendo?

Inés levantó el aparato.

—Una señal.

—¿De qué tipo?

—De banda ancha. Débil. No constante.

—¿Y?

—Y no sabemos de dónde viene.

Rafael señaló hacia el sur.

—La oímos por primera vez en la estación meteorológica.

—¿La oyeron?

—Un zumbido.

Javier lo miró.

—¿Cómo?

Rafael lo pensó.

—Grave.

Inés dijo:

—Pausa.

Rafael asintió.

—Grave.

—Pausa.

Javier esperó.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y por eso recorren esto con aparatos?

Rafael miró el bolsillo del pantalón de Javier.

—Usted recorrió cinco veces el mismo camino.

Javier asintió.

—Bien.

—Bien.

Inés caminó unos pasos hacia el norte. El medidor que llevaba en la mano reaccionó. Se detuvo.

—Rafael.

Él se acercó. Javier los siguió. En la pantalla se movía una barra. Inés giró despacio. Hacia la ciudad. La barra bajó. Hacia la costa. Subió. Más al norte. Un poco más alta. Rafael miró la antena. La garúa cubría densamente la ligera elevación. El antiguo estudio solo se distinguía como una silueta.

—Ahí —dijo Javier.

—Lo vemos —dijo Rafael.

—Me refería al zumbido.

Inés levantó la cabeza. Ahora lo oía.

Grave.

Pausa.

Grave.

Pausa.

No era fuerte. Estaba debajo del Pacífico. Debajo del viento. Debajo de un camión que pasaba más al sur por El Faro. Rafael apagó su aparato. El zumbido permaneció. Javier lo miró.

—¿Por qué lo apaga?

—Porque ahora sé que no es el aparato.

Inés siguió caminando. La barra subió. Un paso. Otro. Luego se detuvo. Delante de ellos, la vía costera continuaba hacia el norte. Sobre la ligera elevación estaba Radio Desvelo. El edificio era bajo. El revoque estaba manchado. La punta de la antena desaparecía en la garúa. El portón estaba cerrado. Rafael miró su medidor.

—Con eso me basta.

—¿Para qué? —preguntó Javier.

—Para volver mañana.

Inés miró el antiguo estudio.

—¿Por qué mañana?

—Porque quiero traer el aparato mejor.

Javier miró la emisora.

—Voy con ustedes.

Rafael negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque usted no trabaja en la estación meteorológica.

—Sé medir.

—Usted mide veredas.

—Hasta ahora.

Inés alternó la mirada entre ambos.

—Mañana. A las ocho.

Rafael la miró.

—Inés.

—¿Qué?

—Él no trabaja con nosotros.

—Entonces tampoco puede redactar un informe.

Rafael lo pensó. Javier esperó.

—Bien —dijo Rafael.

Inés apagó el medidor. El zumbido permaneció.

Capítulo 8: El parque

Aurelio conocía el parque desde hacía años: una pequeña plaza entre la Municipalidad y Centro, con árboles, muros bajos, demasiadas palomas y senderos que durante el día usaban niños y hombres con vasos de plástico.

Desde el Cerro Dormido leía San Desvelo según sus luces. Las Palmeras, Centro, El Faro, Los Pinos. Solo el parque seguía siendo, noche tras noche, una mancha oscura. Durante cuatro años, Aurelio lo había notado y no había hecho nada al respecto.

—Mañana llegan nuevas.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Por la mañana?

El hombre había mirado a Aurelio.

—Si el proveedor viene por la mañana.

Aurelio había comprado tres pilas. Después había ido al Mercado y había comprado ruda. La mujer del puesto le había dado dos manojos.

—Esta no está bonita.

Aurelio había mirado las hojas.

—No tiene que estar bonita.

—La gente las quiere bonitas.

—Yo no.

—Por eso te la doy.

También le había metido una ramita en la bolsa.

—Esta va de regalo.

—¿Por qué?

—Porque es todavía más fea.

Aurelio había pagado. Ahora estaba sentado en una banca frente al parque. La banca no formaba parte del parque. Estaba en la vereda, delante de una tienda de uniformes escolares cerrada. Aurelio había dejado a su lado la bolsa con la ruda. Las pilas estaban dentro.

Eran las veinte y veintitrés. Lo sabía porque la farmacia de la esquina tenía un reloj digital sobre la entrada. La pantalla alternaba entre la hora y la temperatura.

20:23

Luego:

19 °C

Luego otra vez:

20:23

Aurelio miró hacia el parque. Las luminarias de la calle estaban encendidas. Delante de la Municipalidad había luz. El Archivo, al otro lado del parque, también estaba iluminado. En una de las ventanas superiores todavía ardía un tubo fluorescente.

El parque estaba oscuro. Aurelio vio la primera luminaria. Estaba quizá veinte metros después de la entrada. Un poste delgado. Arriba, una lámpara redonda. Apagada. Más al fondo, Aurelio sabía que había una segunda. No podía verla. Los árboles la tapaban. Esperó. Sus ojos se acostumbrarían a la oscuridad. Aurelio siguió esperando. Al cabo de unos minutos distinguía mejor el muro de la entrada.

El tronco del primer árbol.
Un basurero.
Detrás, nada.

Desde el cerro, la oscuridad del parque había parecido pequeña. Una mancha entre las calles. Desde allí era más grande. Aurelio miró entre los árboles. Esperó a que sus ojos se acostumbraran. No lo hicieron.

Un hombre caminó por la calle. Llevaba una bolsa de plástico en cada mano. Poco antes del parque cruzó a la otra vereda. Aurelio lo siguió con la mirada. El hombre pasó por delante de la Municipalidad y, en el siguiente cruce, volvió al lado anterior.

Aurelio miró hacia el parque. Una muchacha venía desde el Mercado. Quizá tenía dieciséis años. Miraba su teléfono. El camino más corto habría atravesado el parque. Lo rodeó. Aurelio recogió del suelo la bolsa con la ruda y la puso al otro lado de la banca. Luego esperó.

Teresa salió del Archivo a las veinte y treinta y siete. Había colocado la caja con los formularios de Los Pinos en el estante 7. No en el archivo principal. Tampoco en la sala de expedientes de construcción. El estante 7 estaba en el pequeño espacio intermedio detrás de la fotocopidora. Allí guardaban las cosas cuyo lugar aún no había decidido nadie. Un reloj de control averiado. Tres mapas antiguos de calles. Una caja con llaves. Una impresora sin cable. Y ahora, Los Pinos. Teresa había rotulado la caja.

LOS PINOS

Debajo todavía decía:

TEMPORAL

No había cambiado la palabra. El lunes lo pensaría. Tal vez. Teresa cerró con llave la puerta del Archivo. Tiró dos veces de la manija. Luego dio tres pasos. Se detuvo. El parque estaba ante ella. Teresa miró hacia dentro. Sabía que allí había seis luminarias. Cuatro figuraban en el inventario de la Municipalidad. Dos no. Lo sabía porque el año anterior había habido una queja. Un hombre se había caído en uno de los senderos. Había afirmado que estaba mal iluminado. La Municipalidad había ordenado revisar la iluminación. Cuatro luminarias. Eso decía el inventario. El electricista había encontrado seis.

Teresa había vuelto a leer el formulario. Luego la factura. Habían reemplazado tres bombillas. También un fusible. Teresa misma había archivado la factura. Miró hacia el parque. Ninguna de las seis luminarias estaba encendida.

—Claro —dijo.

Sacó el teléfono del bolso. No para llamar a nadie. Abrió las notas.

Revisar la iluminación del parque.

Teresa miró la frase. Luego el parque. Añadió:

6 luminarias.

No sabía por qué. Cuando llegara el electricista, las contaría él mismo. Teresa guardó el teléfono. Al otro lado de la calle había un hombre sentado en una banca. Cabello largo. Una bolsa a su lado. Teresa conocía su cara. No su nombre. Lo había visto alguna vez en la Municipalidad. O en el Mercado. Quizá en ambos. El hombre miraba hacia el parque. Teresa siguió su mirada.

La primera luminaria estaba apagada. La segunda no podía verla. La tercera debía estar junto a la fuente. Tampoco distinguía la fuente. Teresa sabía que allí había una fuente. Había archivado la factura de la reparación de la bomba. Dos veces. La fuente estaba allí. Teresa no la veía. Permaneció quieta.

Javier salió del Hostal a las veinte y cuarenta y uno. Quería ir al quiosco de la terminal. No por una Inca Kola. El hombre también vendía empanadas. Javier no había comido nada por la tarde. Bajó por la calle. Pasó junto al Archivo. Entonces vio el parque. Javier conocía el parque. Había pasado varias veces por allí durante los últimos días. De día. Una vez por la mañana. Dos veces por la tarde. No lo había medido. No había motivo para hacerlo.

Ahora se detuvo en el cruce. El camino a la terminal rodeaba el parque. Javier miró el mapa de su teléfono. El punto azul estaba en el cruce. Amplió la imagen. Un sendero cruzaba el parque en diagonal. Javier miró hacia la entrada. Podía verla. Al otro lado, entre dos edificios, distinguía la calle. Ciento cincuenta metros. Quizá menos. Por el parque serían dos minutos. Rodeándolo, cuatro. Javier guardó el teléfono. Luego volvió a sacarlo. Abrió el cronómetro.

00:00.00

Tenía el pulgar sobre Iniciar. Javier miró hacia el parque. La entrada era visible. La salida también. En medio no veía nada. Esperó. Un auto pasó detrás de él. Por un instante, la luz de los faros iluminó la entrada. Apareció el primer árbol. Un tramo de sendero. El muro bajo. Luego el auto pasó. La oscuridad regresó. No poco a poco. De inmediato. Javier miró el cronómetro.

00:00.00

No lo pulsó. Al cabo de unos segundos cerró la aplicación. Se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón. Permaneció de pie en el cruce.

Maritza había olvidado el último recipiente en el Mercado. Solo lo había notado en el estacionamiento. El carrito había quedado casi vacío. Se acabó el pescado. Se acabó el choclo. Casi se acabó la cancha. Se había llevado tres trozos de camote. Óscar había comido dos. El tercero estaba en un recipiente de plástico dentro de su bolsa. Maritza había regresado al Mercado. El hombre de la entrada lateral la había visto.

—Cerrado.

—Ya sé.

—¿Entonces por qué vienes?

—Porque olvidé algo.

—Entonces, mala suerte.

Maritza lo había mirado. El hombre había abierto la puerta.

—Cinco minutos.

—Necesito dos.

—Entonces te sobran tres.

Había recogido el recipiente. Ahora iba a casa. El parque quedaba en su camino. No exactamente. Pero lo bastante cerca. Maritza vio primero a Teresa. Estaba delante del Archivo. Luego vio al hombre de la banca. Aurelio. Maritza conocía su nombre. Había comido ceviche en su puesto dos veces. Una vez solo había querido camote y choclo.

—¿Sin pescado? —había preguntado Maritza.

—Sí.

—Entonces no es ceviche.

—Está bien.

Maritza le había dado camote y choclo. Aun así, había pagado el precio completo. Ahora Aurelio estaba sentado en una banca y miraba hacia el parque. Maritza disminuyó el paso. También miró. Al mediodía, el parque era distinto. A esa hora se sentaban allí hombres con vasos de plástico. Los niños recorrían los senderos en bicicleta. A veces un anciano vendía gelatina roja en la entrada. Había palomas. Demasiadas. Maritza conocía el parque. Miró entre los árboles. Intentó

recordar dónde estaban las bancas. Una junto a la fuente. Dos junto al sendero ancho. Una bajo el árbol grande. ¿O eran dos?

Maritza avanzó más despacio. ¿Dónde estaba la fuente? En el centro. Claro. Intentó imaginar el camino hasta allí. Entrada. De frente. Luego a la izquierda. No. A la derecha. Maritza se detuvo. Conocía el parque. Había pasado por allí cien veces. Quizá más. Miró hacia la oscuridad. Los senderos habían desaparecido. No de verdad. Maritza sabía que estaban allí. Solo que no podía recordar por dónde iban.

Al otro lado de la calle había un hombre en el cruce. El hombre de la terminal. Javier. Maritza lo reconoció. También él miraba hacia el parque. —Ah —dijo Maritza en voz baja. Nadie la oyó. Dejó en el suelo la bolsa con el recipiente. Luego siguió mirando.

Inés y Rafael habían comido en una pequeña chifa cerca del Mercado. Rafael había pedido lomo saltado. Inés, arroz chaufa. Al final, cada uno había comido del plato del otro.

—El tuyo está mejor —había dicho Rafael.

—Entonces pídelo la próxima vez.

—No.

—¿Por qué?

—Entonces seguramente querré el tuyo.

—Es lo mismo.

—No.

—Sí.

Rafael había tomado un trozo de carne del plato de ella. Inés le había golpeado los dedos con el tenedor. Sin fuerza. El dueño lo había visto y se había reído. Ahora regresaban en dirección a El Alto. Inés vivía allí. Después, Rafael quería seguir hasta el Cerro Vigía.

—Puedes dormir en mi casa —dijo Inés.

—Mañana tengo el turno de la mañana.

—De todos modos, mañana estarás arriba.

—Exacto.

—Entonces vas por la mañana.

—Entonces tengo que levantarme más temprano.

—Diez minutos.

—Doce.

—¿Cómo lo sabes?

Rafael la miró.

—Ahora medimos trayectos.

Inés guardó silencio. Rafael lo notó.

—Eso estuvo mal.

—Sí.

—Perdón.

—Bien.

—Ahora no quieres decir «bien».

—No.

Pasaron por delante de la Municipalidad. Rafael redujo la velocidad.

—Hay una lámpara averiada.

Inés miró por la ventana.

—¿Cuál?

Rafael señaló hacia el parque.

—Esa.

Inés miró.

—¿Cuál?

El Toyota disminuyó la velocidad. Rafael volvió a mirar.

—Todas.

—Entonces hay varias averiadas.

—Normalmente, la electricidad no funciona así.

—Sí.

—No todas al mismo tiempo.

—Sí.

—Inés.

—Un corte de electricidad.

—La calle tiene electricidad.

—Otra línea.

—¿Seis luminarias?

—¿Cómo sabes que son seis?

Rafael guardó silencio. El Toyota siguió avanzando. Inés volvió la cabeza.

—Detente un momento.

Rafael se detuvo al borde de la calle. El motor seguía encendido.

—¿Qué?

Inés abrió la ventana. Escuchó. Un mototaxi. Música desde una casa. Vajilla. Más lejos, un perro.

El motor del Toyota.

—Apágalo.

Rafael apagó el motor.

—¿Y ahora?

Inés escuchó.

—Nada.

—Bien.

—No.

Rafael la miró. Inés observaba el parque.

—Precisamente eso.

Desde el Cerro Vigía, Inés llevaba el zumbido en la cabeza. Por la tarde quizá lo había oído en Los Pinos, más tarde en la avenida y una vez cuando se apagó un refrigerador. Delante del parque había desaparecido por completo.

Teresa estaba delante del Archivo, Javier en el cruce, Maritza en la vereda, Inés y Rafael en el Toyota rojo, Aurelio en la banca. Seis personas miraban hacia la oscuridad.

El parque no hizo nada. Ninguna luz, ninguna rama, ningún paso. Aurelio veía algo que no devolvía la luz. Teresa contaba luminarias; Javier, una distancia; Maritza, senderos; Rafael, posibles líneas eléctricas. Inés no oía nada.

Entonces repararon unos en otros, sin comunicarse.

Una mujer venía desde el Mercado. Llevaba una bolsa de compras en cada mano. Pasó junto a Javier. Luego junto a Maritza. Cruzó la calle. Caminó a lo largo del parque. No miró hacia dentro. En el siguiente cruce dobló.

El momento había pasado.

Rafael encendió el Toyota. El motor arrancó. Inés cerró la ventana. Teresa sacó el teléfono del bolso. Leyó su nota.

Revisar la iluminación del parque.

Debajo:

6 luminarias.

Se fue. Javier volvió a mirar hacia la entrada del parque. Luego lo rodeó en dirección a la terminal. Maritza recogió su bolsa. Se fue a casa. El Toyota rojo dobló en dirección a El Alto. Aurelio permaneció sentado. La farmacia mostraba:

20:49

Luego:

19 °C

Luego otra vez:

20:49

Aurelio esperó. La calle volvió a la normalidad. Pasó un mototaxi. Dos hombres discutían de fútbol delante de una bodega. Una mujer llamaba a su hijo desde una ventana. Desde la pollería llegaba el olor a grasa y carbón. Aurelio recogió la bolsa con la ruda. Se levantó. Cruzó la calle. Se detuvo en la entrada del parque. Desde allí podía ver el primer sendero.

Tres metros.

Quizá cuatro.

Luego, nada.

Aurelio entró. Detrás de él ardía la luminaria de la calle. Delante, el parque estaba oscuro.

Siguió caminando.

Capítulo 9: La marea baja

Efraín iba a la playa de noche cuando no podía dormir. Ocurría a menudo. No todas las noches. Pero sí con la frecuencia suficiente para que los perros de El Faro lo conocieran. El perro negro de la casa de la familia Córdova a veces todavía levantaba la cabeza cuando Efraín pasaba. El amarillo de la esquina con la vía costera llevaba meses sin hacerlo. Efraín no sabía cómo se llamaba. Lo llamaba Amarillo.

—Buenas —dijo Efraín.

Amarillo siguió durmiendo. Eran las dos y catorce. Efraín llevaba una vieja chaqueta deportiva, un pantalón gris y sandalias. En la mano derecha sostenía una pequeña bolsa de plástico. La bolsa estaba vacía.

Al cabo de unos pasos, Efraín oyó un leve rasguño detrás de él.

Amarillo había levantado la cabeza.

El perro no miraba a Efraín.

Miraba el lugar justo a su lado.

Efraín siguió caminando.

La mirada de Amarillo siguió aquel espacio vacío.

La mayoría de las veces, la bolsa ya no estaba vacía cuando regresaba. El mar traía cosas. No cosas buenas. Pero cosas. Cuerdas. Bidones. Botellas. Una vez, un chaleco salvavidas naranja que estaba casi nuevo. Efraín lo había guardado en su casa durante tres meses. Luego se lo había llevado su sobrino.

—¿Para qué? —había preguntado Efraín.

—Para el bote.

—No tienes bote.

—Todavía no.

Efraín le había dado el chaleco salvavidas. Su sobrino seguía sin tener bote. Las calles de El Faro estaban vacías. El barrio quedaba más cerca del mar que Centro y de noche olía distinto. Más húmedo. A sal, concreto viejo y a veces pescado, aunque las pequeñas embarcaciones estaban desde hacía mucho más al sur. Muchas casas de El Faro eran bajas. De un piso. Algunas de dos. En ciertas fachadas, el aire había oscurecido el revoque. Las rejas metálicas de las ventanas estaban oxidadas en los bordes inferiores. Sobre varios techos había tanques negros de agua.

Efraín conocía casi todas las casas. No a las personas. Las casas. Sabía cuál había sido verde. Cuál había tenido un balcón antes de que el propietario lo tapiara. Cuál llevaba doce años en venta. En una esquina había una pequeña Virgen detrás de un vidrio. Alguien había colocado flores frescas por la tarde.

Blancas.

Efraín se detuvo. Miró las flores. Luego siguió caminando.

Cuatro pisadas.

Un arrastre.

Cuatro pisadas.

El arrastre venía del pie izquierdo. Desde hacía años. Una vez, un médico le había dicho que debía hacer ejercicios. Efraín le había preguntado cuáles. El médico se los había mostrado. Efraín los había hecho durante tres días. Después, no más. El pie funcionaba. Solo hacía más ruido.

Al final de la calle estaba el malecón. Efraín pasó por encima de una parte baja. También habría podido usar la escalera. Estaba veinte metros más allá. Efraín la usaba al regresar. A veces. La arena estaba fría. Se quitó las sandalias y las metió en la bolsa de plástico. Luego caminó hacia el agua. Después de unos treinta metros se detuvo. El agua no estaba allí.

Efraín miró a la izquierda. Luego a la derecha. Podía oír el oleaje. Más lejos. Dio unos pasos más. La arena bajo sus pies se volvió húmeda. Por lo general, el agua llegaba hasta allí. No con cada marea alta. No todos los días. Pero sí con bastante frecuencia. Efraín miró hacia el Pacífico. La noche y la garúa convertían el mar en una superficie cuyo final no podía distinguirse. El oleaje estaba allí. Solo que demasiado lejos.

—Ya —dijo Efraín.

No sabía por qué. Siguió caminando. Podría haber dado media vuelta a los veinte metros. También a los treinta. A los cincuenta volvió a detenerse. El mar se había retirado. No lo suficiente para dar miedo. Solo lo suficiente para que Efraín se hubiera quitado el calzado. Miró hacia El Faro. Las casas estaban detrás del malecón. Algunas ventanas estaban iluminadas. Más al norte, la antena de Radio Desvelo se alzaba sobre la costa llana. La punta no se veía entre la garúa. Más abajo, una luz roja ardía en la antena.

Encendida.

Apagada.

Encendida.

Apagada.

Efraín volvió a mirar hacia el agua. Entonces advirtió el primer muro.

Apenas sobresalía de la arena. Quizá veinte centímetros. Al principio, Efraín había pensado que era una piedra alargada. Luego se acercó. Ladrillos. Ladrillos antiguos. Oscurecidos por el agua. La garúa se había vuelto más tenue. Sobre el Pacífico, la luna aparecía como una mancha opaca; en los ladrillos mojados quedaba un resplandor pálido. En algunos lugares había conchas marinas adheridas. Efraín caminó junto al muro. Se extendía recto hacia el norte. Luego doblaba. Un ángulo recto.

—Casa —dijo Efraín.

Una casa. O algo que alguna vez lo había sido. Conocía las historias. Todos en El Faro conocían historias. Antes, el mar había estado más afuera. O más adentro. Dependía de a quién se le preguntara. Los ancianos hablaban de casas en la playa. De una calle que el agua se había llevado. De un pequeño oratorio. De un depósito para redes. De tres casas. De veinte. El padre de Efraín había dicho que eran tonterías.

—El mar no se lleva casas.

—¿Por qué no?

—Porque las casas no pertenecen al mar.

Efraín quizá tenía nueve años entonces. No había entendido la respuesta. Hoy tampoco la entendía. Siguió caminando. Detrás del primer muro había un segundo. Luego un tercero. La arena era más plana allí. En pequeñas depresiones se acumulaba agua. Efraín vio una hilera de piedras oscuras. La siguió. Corría paralela al primer muro.

Una calle. Tal vez. Efraín se detuvo. Delante de él había un callejón angosto. No completo. A la izquierda, restos bajos de muros. A la derecha, cimientos. En medio, arena firme. Se dio vuelta. Detrás del malecón estaba El Faro. La calle actual que iba desde la costa hacia el barrio seguía aproximadamente la misma dirección. Efraín volvió a mirar el callejón.

—No.

Entró. El antiguo El Faro era más bajo. Ese fue el primer pensamiento de Efraín. No sabía por qué lo llamaba El Faro. Quizá porque estaba debajo de El Faro. Quizá porque no tenía otro nombre. Las casas habían sido más pequeñas. Más estrechas. Los muros estaban más cerca unos de otros. Algunas habitaciones apenas eran más anchas que los brazos extendidos de Efraín. En unos cimientos distinguió tres zonas. Una habitación delantera. Un pequeño patio interior. Detrás, algo que podría haber sido una cocina. En la pared había manchas negras. Efraín se arrodilló.

Hollín. O algas. Pasó el dedo por encima. Negro. Lo olió. Nada. Efraín se limpió el dedo en el pantalón.

Más al sur encontró un peldaño de ladrillo. Encima no había nada. Apoyó un pie sobre él. El peldaño resistió. A su lado había un fragmento de cerámica azul. Efraín lo recogió. Un azulejo. No muy grande. En la superficie había un dibujo blanco. Una flor. O una estrella. Le dio vuelta. Tenía cemento adherido. Efraín volvió a dejarlo. Conocía azulejos así. Su abuela había tenido unos parecidos en la cocina. No los mismos. Parecidos. Más afuera quedaba el resto de una pared. En un pequeño nicho había algo claro. Efraín se acercó.

Una concha marina. Debajo, un trozo de cera. Se inclinó. El nicho apenas era más grande que su mano. En la pared del fondo quedaba adherido un fragmento de pintura azul. Efraín miró hacia el barrio actual de El Faro. Desde allí no podía ver la pequeña Virgen de la esquina. Volvió a mirar el nicho.

—Ya —dijo.

Esta vez más bajo. Siguió caminando. Solo se veía una parte del barrio antiguo. La arena cubría la mayor parte y dejaba al descubierto únicamente algunos muros, habitaciones y callejones. Un muro aparecía y volvía a desaparecer. Una habitación empezaba y terminaba bajo un banco de arena. Un callejón seguía recto durante diez metros y se perdía en el agua negra.

Efraín encontró una base de ladrillo con un agujero en el centro. Quizá para un poste. Quizá para otra cosa. A su lado había una botella rota de Inca Kola. Eso lo puso menos nervioso. La recogió. Vieja. Pero no muy vieja. La metió en la bolsa de plástico. Luego se detuvo. Delante de él había una pequeña plaza. Efraín tardó unos segundos en reconocerla. Cuatro cimientos rodeaban un espacio libre. En el centro había un brocal redondo de ladrillo. Un pozo. Efraín se acercó. El pozo estaba lleno de arena. Sobre el borde había un delgado trozo de metal. Lo tomó. Una cuchara. De aluminio. El mango estaba doblado. Efraín la observó. Luego no la metió en la bolsa. Volvió a dejarla.

El Faro actual no tenía una plaza. No de verdad. Había un cruce más ancho delante de la bodega. A veces se estacionaban mototaxis allí. Por la tarde, un hombre vendía salchipapas. Los domingos, una mujer instalaba una mesa con ropa usada. Efraín miró hacia atrás. Desde allí, el cruce quedaba aproximadamente encima de la pequeña plaza. No exactamente. Tal vez. Dio tres pasos a la izquierda. Volvió a mirar.

—Más o menos.

Aproximadamente. Eso lo tranquilizó. Aproximadamente estaba bien. Aproximadamente significaba que las cosas podían parecerse. Siguió caminando.

Cuanto más avanzaba Efraín hacia el norte, más claros se volvían los cimientos. Allí el mar se había llevado más arena. Encontró los restos de una casa con un patio interior angosto. Por el suelo corría un canal. Al final había un pequeño agujero en el muro. Un desagüe. Efraín sonrió.

—Claro.

No sabía qué había esperado. Que las casas antiguas no usaran agua. En el siguiente callejón había una pila de piedra. A su lado, tres vasijas de barro rotas. Efraín también conocía vasijas así. No de los museos. De las cocinas. Su tía había guardado chicha en un recipiente parecido. Otra vasija era menos profunda. Quizá para comida. Quizá para agua. Sobre un muro quedaban restos de pintura roja. No color ladrillo. Pintura. Un rojo intenso. Al lado, amarillo. Efraín pasó el dedo por encima. La superficie era áspera.

Miró hacia el barrio actual de El Faro. Gris. Beige. Ladrillos sin revocar. Fachadas oscuras. Tanques negros de agua. El Faro de la arena había sido distinto. No más bonito. A Efraín no le gustaba esa palabra. Pero más colorido. La pared de una casa debía haber sido azul. Un azul intenso del que solo quedaban pequeñas superficies entre la sal y las algas. En otros cimientos había azulejos verdes adheridos.

Efraín encontró una pared con una línea blanca pintada. Encima quedaban restos de letras.

...ERÍA

Se acercó.

—¿Panadería?

Tal vez. O dulcería. O algo distinto. Efraín no podía saberlo. Junto a las letras había un dibujo descolorido. Dos espigas amarillas.

—Panadería —decidió Efraín.

Miró a través de la pared ausente. Allí podría haber habido un espacio de ventas. Detrás, un horno. O ningún horno. Efraín no era panadero. Siguió caminando. En una esquina había una base baja de ladrillo. Encima había azulejos azules y blancos. En el centro tenía una hendidura. Efraín se detuvo. Conocía aquello. Había visto algo así en Trujillo. También en pueblos más pequeños. Allí había habido una imagen. Un santo. Una Virgen. Quizá una cruz. El nicho estaba vacío. En el borde inferior había cera adherida. Mucha cera. Efraín se sentó en el muro bajo de enfrente.

Pensó en su abuela. En la cocina de azulejos azules. En el olor de la chicha. En la pequeña figura del Señor de los Milagros que su tía sacaba cada año de un armario. En flores de plástico. En velas. En pan dentro de bolsas delgadas de papel. En paredes que alguna vez habían sido turquesas y después verdes, sin que nadie quitara por completo el color anterior.

El Faro actual tenía concreto. Rejas. Portones de garaje. Cables. Tanques de agua. Las casas estaban más separadas. Las calles eran más anchas. El barrio antiguo bajo la arena había sido más estrecho. La gente había vivido más cerca. Quizá demasiado cerca. Efraín miró el nicho vacío.

—Aquí todos habrían oído todo —dijo.

El mar respondió. Más lejos.

La botella estaba sobre un muro. Efraín no la vio hasta que casi pasó de largo. Vidrio marrón. Una etiqueta antigua. Pilsen Callao. Efraín se detuvo.

—Ah.

Tomó la botella. Vacía. La sostuvo contra la luz de la ciudad. La etiqueta estaba seca. Efraín pasó el pulgar por encima. Papel. No estaba reblandecido. Sin algas. Sin conchas marinas. Miró el muro. Luego el mar. La botella estaba fría. Efraín la sostuvo en la mano. Muy fría. No como una botella que hubiera pasado la noche en la playa. Como una botella sacada de un refrigerador. La volvió a dejar. Exactamente en el mismo lugar. Luego corrigió su posición. La etiqueta volvía a mirar hacia el mar. Efraín siguió caminando.

Después de seis pasos se detuvo. Miró atrás. La botella estaba sobre el muro. Efraín no regresó.

—Está vacía —dijo. Luego siguió caminando.

La luz roja de la antigua antena se encendió. Su mancha apareció en la arena mojada y permaneció un latido más después de que la luz se apagara.

Efraín observó varios cambios. El reflejo llegaba siempre tarde. Puso el pie en el rojo que se desvanecía: agua fría, nada más.

Cuando se dio vuelta, sus propias huellas no empezaban hasta el muro de la botella. Entre el malecón y aquel hallazgo se extendía arena lisa e intacta.

Fría.

Agua.

Nada más.

La mancha roja desapareció. Efraín retiró el pie.

—Ya.

Se dio vuelta. Ahora quería regresar. Sus huellas atravesaban la arena. Efraín las vio. La huella izquierda era más profunda en el borde exterior. Se debía al arrastre. Siguió las huellas. Pasó junto al nicho vacío. La pared roja. Los azulejos verdes. La pequeña plaza. Las huellas llevaban al pozo. Desde allí, al callejón. Luego, al muro de la botella. Efraín se detuvo. La botella seguía allí. La etiqueta miraba hacia el mar.

Efraín miró sus huellas. Se alejaban del muro. Hacia él. Pasó al otro lado. No había huellas. Efraín se quedó quieto. Miró en dirección al malecón. La arena estaba lisa. Húmeda. Intacta. Sus huellas empezaban en el muro de la botella.

Efraín retrocedió dos pasos. Luego volvió a avanzar. Ahora había huellas allí. Claro. Se dio vuelta. Más atrás, la primera hilera seguía empezando en la botella. Efraín miró hacia el agua. El oleaje estaba más cerca.

—Ya —dijo.

No sabía a quién. Esta vez usó la escalera.

Cuando Efraín llegó al malecón, eran las cinco y siete. Había pasado casi tres horas en la playa sin darse cuenta. Las primeras olas volvían a recorrer los callejones descubiertos. Don Lucho estaba sentado delante de su casa fumando.

—El agua estaba muy lejos —dijo Efraín.

—Es marea baja.

Efraín le habló del nicho y de las casas. Don Lucho dijo que su madre había conocido una iglesia o capilla allí abajo. Quizá también solo casas. Más de las que hoy se alzaban en el agua.

—Hoy no hay casas en el agua.

Don Lucho apagó el cigarrillo con el pie. —Entonces, menos.

Cuando le ofreció café, Efraín se negó. Debajo del muro, el barrio antiguo volvía a desaparecer bajo el agua.

Efraín no fue a casa, sino hacia el sur. La costa se volvió más clara sin que apareciera el sol. Detrás de El Faro olía primero a concreto húmedo, luego a pescado.

Entre la garúa oyó a Maritza abrir su carrito. Óscar se quejaba del frío. Efraín respondió que solo afectaba a la gente normal.

Maritza le ofreció ceviche.

—Mañana compro.

—Eso dices todas las mañanas.

—Entonces, alguna mañana compraré de verdad una porción.

Siguió caminando. Maritza puso dos trozos de camote en un recipiente, y la mañana comenzó.

Capítulo 10: Los puntos de medición

El sol estaba sobre San Desvelo desde poco después de las siete. No detrás de la garúa. No como una mancha clara en una superficie gris. Simplemente estaba allí. El cielo sobre Centro era azul pálido y estaba vacío. El sol caía sobre las paredes de ladrillo sin revocar de los pisos superiores y sobre los techos planos de los que sobresalían varillas de construcción. En una azotea, dos sábanas ondeaban entre un tanque negro de agua y una estructura de esteras de bambú. Un hombre en camiseta vertía agua de un balde sobre el concreto delante de su casa. El agua se oscureció de inmediato. Luego volvió a aclararse lentamente.

San Desvelo estaba construida para el sol y, aun así, parecía sorprendida cuando este aparecía. A las ocho y doce, la cruz verde de la Botica de la avenida Grau marcaba veinticuatro grados. Rafael había visto la cifra camino a la Cafetería. La había recordado. No había ningún motivo. Rafael estaba en la Cafetería a las ocho y doce. Inés llegó a las ocho y veintisiete.

Rafael llegó a la estación meteorológica con dos vasos de café. Inés ya estaba ante la computadora comparando las series de mediciones de Los Pinos con las de Centro.

—Llegas tarde.

—Traigo café.

—Eso no cambia la hora.

Rafael dejó delante de ella el vaso sin azúcar y se quedó con el dulce. Para Inés, las cifras solo eran explicaciones si también podían comprobarse en el lugar; para Rafael, eran primero una dirección.

La Cafetería estaba a dos calles del Mercado. Sobre la entrada se leía, en letras rojas descoloridas, JUGOS – MENÚ – CALDO DE GALLINA, aunque hacía años que ya no servían caldo de gallina.

El local era angosto.

La parte inferior de las paredes estaba revestida con azulejos blancos. Encima, la pintura alguna vez había sido verde claro. En cada mesa había un recipiente de plástico con servilletas y palillos de dientes. Al lado, dos botellitas de ají, una roja y una verde.

Sobre el mostrador, América Televisión estaba encendida sin sonido.

Un hombre de traje hablaba de algo que una franja roja resumía en la parte inferior de la pantalla.

Nadie miraba.

Rafael tenía un cuaderno sobre la mesa. Al lado había un pequeño medidor gris. Inés lo tomó.

—Este es nuevo.

—No.

—Nunca lo había visto.

—Entonces es nuevo para ti.

Inés le dio vuelta al aparato.

—¿Qué mide?

—Campos electromagnéticos.

—¿Por qué tenemos esto?

—Ya lo teníamos.

—¿Por qué?

—Para la estación.

—¿Desde cuándo?

—Inés.

—Solo pregunto.

—Desde 2019.

—¿Y cuántas veces lo has usado?

Rafael lo pensó.

—Tres veces.

—Qué bueno que lo tenemos.

La mujer trajo el café. Inés le dio las gracias. Tomó azúcar. Dos sobres. Rafael la observó.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás mirando.

—Siempre miro.

—Eso suena desagradable.

La puerta de la Cafetería se abrió. Javier entró. Se detuvo un momento en la entrada y entrecerró los ojos. Detrás de él, la calle estaba bañada por la luz blanca de la mañana. Pasó un mototaxi. Techo azul, laterales amarillos. En la parte trasera decía DIOS ES AMOR con letras adhesivas blancas. Javier cerró la puerta.

—¿Qué pasa afuera? —preguntó Inés.

Javier miró hacia atrás.

—Sol.

—Ya sé.

—¿Entonces por qué preguntas?

—Pareces haber visto algo.

—Así fue.

—¿Qué?

—Sol.

Rafael apartó la silla libre.

—Siéntate.

Javier se sentó.

Miró primero a Rafael.

Luego a Inés.

Luego el reloj de la pared.

—¿Llego tarde?

—No —dijo Inés.

—Sí —dijo Rafael.

Javier asintió.

—Bien.

Inés bebió café.

—Hoy está haciendo eso.

—¿Qué? —preguntó Javier.

—Dar horas.

Javier miró a Rafael.

—Está bien.

Inés dejó la taza.

—Claro.

Rafael deslizó el cuaderno hasta el centro de la mesa. En la página había un mapa rudimentario de San Desvelo. No de toda la ciudad. Solo líneas. Centro. La Playa. El Alto. Cerro Vigía. El Faro. Al norte de este, Rafael había dibujado un círculo.

RADIO

Javier miró el mapa.

- ¿Dónde está Los Pinos?
- No es relevante.
- ¿Por qué?
- Porque hoy vamos a medir el zumbido.

Javier lo miró.

- El zumbido también estaba en Los Pinos.

Rafael guardó silencio. Luego tomó el lapicero. Dibujó otro círculo al sur de Centro.

LP

Inés miró a Javier.

- Bien.
- ¿Qué?
- Llevo años diciéndole que sus mapas son malos.
- No son malos.
- Falta un barrio.
- Ya no.

Javier giró un poco el cuaderno hacia sí. Recorrió una de las líneas con el dedo.

- ¿Esta es la calle a La Playa?
- Sí.

Javier señaló un espacio vacío.

- Entonces la Huaca está aquí.

Rafael miró su dedo.

- Más o menos.
- ¿Por qué no la dibujaste?
- ¿Por qué habría de hacerlo?

Javier lo miró.

- Dibujaste el parque.
- Ayer observamos algo en el parque.
- ¿Y en la Huaca no?

Rafael recuperó el cuaderno.

- Hoy no.

Inés bebió su café.

- Deja en paz a la Huaca Bajo la Arena.

Javier la miró.

- ¿Por qué?
- Porque, si no, antes del mediodía no volveremos a hablar del zumbido.

Rafael asintió.

- Gracias.
- Eso no fue en apoyo a ti.
- Lo acepto de todos modos.

Javier miró un momento más el espacio vacío del mapa. Luego Rafael señaló Los Pinos.

- ¿Dónde lo oíste por primera vez?

Javier lo miró.

- ¿Qué?
- El zumbido.
- En el bus.
- ¿Dónde?
- En el bus.

Rafael esperó.

—¿Dónde estaba el bus?

—En la calle.

Inés tomó su taza.

—Va a ser un día largo.

Javier miró el mapa.

—No lo sé exactamente.

—Más o menos.

—Al sur.

—¿Los Pinos?

—Tal vez.

—¿Antes de la ciudad?

—Tal vez.

—¿En la vía costera?

—Rafael —dijo Inés.

—¿Qué?

—No lo sabe.

—Eso entendí.

—No.

Rafael la miró. Inés señaló el cuaderno con el dedo.

—Preguntaste cinco veces.

Rafael cerró los ojos por un momento. Luego miró a Javier.

—Bien. De otra forma.

Tachó una línea.

—¿Cuándo notaste por primera vez que una duración medida no coincidía con la duración que esperabas?

Javier miró a Inés.

—¿No te contó de qué se trata?

—Sí.

—¿Entonces por qué pregunta así?

—Siempre pregunta así.

Rafael alternó la mirada entre ambos.

—Intento ser preciso.

—Preguntaste dónde noté el tiempo.

—Bien. Entonces de otra forma.

Tachó algo más. Javier miró el cuaderno.

—Eso está peor.

Inés se rio. Rafael no. Luego Rafael también se rio. Brevemente.

—Bien —dijo—. Los dos son de mucha ayuda.

—Gracias —dijo Inés.

Javier volvió a mirar el mapa.

—En el bus.

Rafael tomó el lapicero.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y el zumbido?

—También.

—¿Al mismo tiempo?

Javier lo pensó.

—No.

Rafael escribió.

—¿Qué fue primero?

—El zumbido.

—¿Cuánto tiempo antes?

Javier lo miró. Rafael levantó el lapicero.

—Ya sé. No lo sabes.

—No.

—Bien.

—¿Por qué está bien?

—Porque así no tengo que esperar.

Inés apartó el café.

—¿Qué vamos a hacer exactamente hoy?

Rafael giró el cuaderno. Había cinco puntos marcados.

—Vamos a medir.

—Eso ya lo veo.

—Sonido. Campos electromagnéticos. Tengo un registrador de datos para la temperatura, la presión atmosférica y la humedad.

—¿Por qué la temperatura?

—Porque tengo el aparato.

Inés asintió.

—Eso lo entiendo.

Rafael señaló su bolsa.

—Tú grabas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Diez minutos por punto.

—¿Por qué diez?

Rafael la miró. Inés levantó ambas manos.

—Solo pregunto.

—Porque cinco es demasiado poco y veinte, demasiado.

—Muy científico.

—Es un comienzo.

Javier puso el teléfono sobre la mesa. Al lado, su reloj de pulsera. Rafael miró ambos.

—¿Por qué dos?

—Para compararlos.

—El reloj se sincroniza con el teléfono.

—Desde esta mañana, ya no.

Rafael tomó el reloj.

—¿Por qué?

—Desactivé la sincronización.

—Entonces, en algún momento se desfazarán.

—Esa es la idea.

Rafael lo miró. Luego volvió a dejar el reloj.

—No.

—¿Qué?

—Nada.

Inés alternó la mirada entre ambos.

- Me retracto de todo.
—¿Qué? —preguntó Rafael.
—Ustedes dos no van a entenderse.

El primer punto de medición era el parque. De día era más pequeño. Javier ya lo había pensado por la mañana al pasar por allí. Ahora volvió a pensarlo. La Municipalidad estaba en el lado norte del parque. La fachada había sido pintada de blanco alguna vez. Sobre la entrada colgaba el escudo de San Desvelo entre dos pequeñas banderas peruanas, cuyo rojo parecía más claro de lo habitual bajo el sol.

El Archivo Municipal estaba en la parte más antigua del edificio. Desde afuera no se notaba. Seis luminarias se alzaban entre los senderos. Cuatro a lo largo del circuito exterior. Una junto a la fuente. Una cerca de la entrada sur. Todas estaban apagadas. Era normal. Era de día.

Dos niños jugaban con una pelota de fútbol medio desinflada entre los árboles. Uno llevaba una camiseta descolorida de Universitario. El otro jugaba en sandalias.

En el borde del parque dormía un hombre sobre una banca de concreto. Entre sus pies había una bolsa de plástico de Tottus.

Delante de la Municipalidad, una mujer había instalado una mesa pequeña. Sobre un mantel de plástico había cables de carga, pilas, fundas para teléfonos y tres controles remotos.

Había palomas posadas en la fuente seca.

Demasiadas.

El sol estaba sobre los árboles. Las hojas proyectaban sombras pequeñas y duras sobre los senderos. Donde no había árboles, el suelo era casi blanco. Inés se detuvo en la entrada.

—¿Ayer también era así?

Javier miró hacia el parque.

—No.

—¿Qué era diferente?

—Estaba oscuro.

—Sí.

—Eso era diferente.

Inés lo miró.

—Hoy estás muy conversador.

Rafael puso el registrador de datos sobre el muro bajo.

—No lo muevas.

—No lo he tocado.

—Lo digo de antemano.

—Muy eficiente.

Rafael encendió el medidor gris. Inés sacó la grabadora de su bolsa. Conectó los audífonos. Javier miró su reloj.

—¿Listos? —preguntó Rafael.

Inés levantó el pulgar. Javier puso en marcha el cronómetro. Diez minutos. El parque hacía ruido. Niños. Palomas. Un bus a dos calles de distancia. Desde el Mercado, un hombre gritaba el precio de las mandarinas. La pelota golpeó un árbol.

—Perdón —gritó uno de los niños.

El árbol no respondió. Rafael miró el registrador de datos.

—Veintiséis coma ocho.

Inés se quitó uno de los audífonos.

—¿Qué?

—Temperatura.

—Sí.

—Son las nueve y catorce.

—Eso también.

Rafael anotó el valor. Inés miró hacia el cielo.

—No hay garúa.

Javier siguió su mirada.

—¿Es inusual?

Rafael no respondió de inmediato.

—No es inusual.

—¿Pero? —preguntó Javier.

—Nada.

Inés volvió a ponerse el audífono.

—Tienes un «pero».

—No.

—Se oye.

Rafael cerró el cuaderno.

—Estamos midiendo el zumbido.

Al cabo de tres minutos, Javier fue hasta el sendero diagonal.

—¿Qué haces? —preguntó Rafael.

—Medir.

—¿Qué?

—El sendero.

—¿Por qué?

Javier lo miró.

—Porque ayer no lo tomé.

Rafael miró a Inés. Inés llevaba los audífonos puestos. Levantó un hombro. Javier se colocó al principio del sendero. Puso en marcha el cronómetro. Luego caminó. Ni rápido. Ni despacio. En el otro extremo lo detuvo.

Un minuto y cuarenta y tres.

Regresó.

Un minuto y cuarenta y cuatro.

Otra vez.

Un minuto y cuarenta y dos.

Inés se quitó uno de los audífonos.

—¿Satisfecho?

—Sí.

—No pareces satisfecho.

—Estoy satisfecho.

—Bien.

—Son valores normales.

—Ya sé.

—Eso es bueno.

Inés miró a Rafael. Rafael escribió algo en su cuaderno. No dijo nada. Al cabo de diez minutos terminaron la grabación. Rafael leyó los valores.

—Nada.

—Eso fue rápido —dijo Inés.

—¿Qué?

- La evaluación científica.
- Quiero decir que no hay nada fuera de lo normal.

—Entonces di eso.
Rafael escribió.

PUNTO DE MEDICIÓN 1

Centro / Parque Municipal

09:14–09:24

Nivel de sonido: 47–64 dB
CEM: sin anomalías
Temperatura: 26,8 °C
Humedad del aire: 71 %
Zumbido: no perceptible
Nota de I.: seis luminarias
Nota de R.: irrelevante
Inés tomó el lapicero. Tachó «irrelevante».
Rafael la observó.

- ¿Qué haces?
- Corregir.
- Es mi cuaderno.
- Ahora es nuestro protocolo de medición.

Debajo de la línea tachada escribió:

Nota de I.: seis luminarias
Javier miró la página.

- Eso ya estaba allí.
- Ahora está dos veces.

Rafael le quitó el lapicero.

- Nos vamos.

Dentro del Toyota hacía más calor que afuera. Rafael abrió la puerta del conductor y se quedó quieto.

—No.

Inés estaba detrás de él.

- ¿Qué?
- Nada.
- Hoy dices «nada» muy seguido.

Rafael se sentó. Inés abrió la puerta trasera.

—No voy a ir atrás.

Javier estaba al otro lado del auto.

- Yo puedo sentarme atrás.
- No —dijo Rafael.

Los dos lo miraron. Rafael puso ambas manos sobre el volante.

—Me da igual.

Inés se sentó adelante. Javier, atrás. Rafael encendió el motor. El aire acondicionado expulsó aire caliente. Luego menos caliente. Al cabo de dos minutos estaba fresco.

—Bien —dijo Inés.

Rafael arrancó.

—¿Qué?

—Los problemas se pueden resolver.

Rafael miró de frente.

—Algunos.

Inés sonrió. Delante de una pollería había sillas rojas de plástico en la vereda. El local todavía estaba cerrado. Una camioneta de reparto de Gloria bloqueaba un carril. Dos hombres descargaban cajas y las dejaban directamente detrás del vehículo. Rafael invadió medio carril contrario. Un mototaxi venía hacia ellos. Rafael regresó a su carril. El mototaxi pasó apretado. El conductor levantó la mano.

—Con eso quedó resuelto —dijo Inés.

—¿Qué?

—Levantó la mano.

—Me vio.

—Entonces quedó muy bien resuelto.

Rafael tocó la bocina una vez. El conductor volvió a levantar la mano.

—¿Ves? —dijo Inés.

Rafael no dijo nada. Condujeron en dirección a El Alto. Para entonces, el sol estaba más alto. San Desvelo se veía distinta. No mejor. Solo más nítida. Por lo general, la garúa ocultaba las distancias. Convertía las calles en tramos cortos. Las filas de casas se volvían superficies. Los cerros aparecían y desaparecían.

Hoy todo estaba allí al mismo tiempo. El Cerro Dormido se alzaba al este de la ciudad. Las casas de El Alto trepaban por su ladera. Al sur se veían las estructuras claras sin terminar de Los Pinos. En algunos techos había ladrillos bajo lonas azules de plástico. Más al oeste estaba el Pacífico. No era azul. Pero era visible. Javier miró por la ventana.

—La ciudad es más grande.

Inés se volvió hacia él.

—No.

—Lo parece.

—Es la garúa.

—¿Porque no está?

—Sí.

Javier volvió a mirar hacia afuera.

—Entonces hace que la ciudad sea más pequeña.

—No.

—Lo parece.

Inés volvió a mirar al frente.

—Ahora entiendo a Rafael.

—Gracias —dijo Rafael.

—No era un cumplido.

—Lo acepto.

San Desvelo conocía el calor. Solo que no esta clase de claridad.

En el Cerro Vigía hacía viento. El viento no ayudaba. Era cálido. El Toyota rojo estaba en el camino de grava, debajo de la estación meteorológica. El sol caía sobre el capó. Rafael apoyó un momento la mano y la retiró de inmediato.

—Muy científico —dijo Inés.

—Quería saber si estaba caliente.

—¿Y?

—Sí.

San Desvelo se extendía debajo de ellos. Sin la garúa, la ciudad podía verse hasta la costa. Centro se desplegaba alrededor del Mercado y el parque. Detrás estaban las casas más bajas de La Playa. El Faro se extendía hacia el norte a lo largo de la costa. Sobre varios techos había tanques negros de agua. Entre las casas brillaban el metal corrugado y los ladrillos sin revocar. Detrás estaba el Pacífico. Desde allí arriba parecía tranquilo. Rafael llevó los aparatos hasta un bloque de concreto junto a la cerca. Inés lo siguió. Javier se quedó junto al Toyota. Miró hacia la ciudad.

—¿Vienes? —preguntó Inés.

—Sí.

Javier se acercó. Rafael dejó el registrador de datos.

—El mismo procedimiento.

—Diez minutos —dijo Inés.

—Sí.

—No moverlo.

—Sí.

—Cinco es demasiado poco. Veinte, demasiado.

Rafael la miró.

—¿Terminaste?

—Por ahora.

Empezaron. Durante los primeros dos minutos, Inés oyó viento. Luego, un vehículo en el camino. Después, viento otra vez. Rafael miró el sonómetro. Esperó. La pantalla cambió.

—Ahí.

Inés levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Treinta y ocho.

—¿Treinta y ocho qué?

—Hercios.

Inés se apretó los audífonos contra las orejas. Escuchó. Viento. Un breve chasquido. Luego algo debajo. Grave. No fuerte. Se quitó uno de los audífonos. El zumbido había desaparecido. Volvió a ponérselo.

Ahí.

—Lo tengo.

Rafael escribió. Javier miró su reloj.

—¿Cuándo?

—¿Qué? —preguntó Rafael.

—¿Cuándo empezó?

—No lo sé.

—Estás midiendo.

—Frecuencia.

—¿No tiempo?

Rafael lo miró.

—Tú estás encargado del tiempo.

Javier levantó el reloj.

—No lo oí.

—Entonces es difícil que puedas cronometrarlo.

—Exacto.

Inés se quitó los audífonos.

—Treinta y siete coma ocho.

Rafael miró su aparato.

—Treinta y ocho coma dos.

—¿Cuál es correcto? —preguntó Javier.

—Calibración —dijo Rafael.

—Revisamos los aparatos esta mañana.

—Temperatura.

Inés miró el registrador de datos.

—Veintinueve coma uno.

Rafael le quitó el registrador.

—Ayer, a esta hora, aquí había dieciocho.

Inés se sentó en la estrecha sombra de la pared de la estación.

—Por favor, dime temperaturas solo cuando bajen.

Rafael recorrió los valores guardados.

—Once grados de diferencia.

Javier estaba ahora a su lado.

—Y ayer el zumbido estaba aquí.

Rafael dejó de desplazarse. Inés abrió un ojo.

—No.

Javier la miró.

—¿Qué?

—No hagan eso.

—¿Qué?

—Están haciendo algo.

Rafael volvió a mirar el registrador.

—Estamos comparando datos.

—No. Tienen dos cosas.

—¿Cuáles?

—Zumbido. Calor.

—Mucho calor —dijo Javier.

Inés lo miró.

—Tú tampoco.

Javier guardó silencio. Rafael siguió desplazándose.

—Falta la garúa.

Inés apoyó la cabeza contra la pared.

—Tres cosas. Muy bien.

—No digo que estén relacionadas.

—Todavía.

Rafael miró hacia la ciudad. Sin la garúa, la ligera elevación al norte de El Faro se distinguía con claridad. Encima estaba la antena de Radio Desvelo. Delgada. Roja y blanca.

—Una fuente electromagnética potente podría, en teoría...

—No —dijo Inés.

Rafael la miró.

—Todavía no había terminado la frase.

—Eso lo hace más fácil.

Javier siguió la mirada de Rafael.

—¿La estación de radio?

Rafael guardó silencio.

Inés cerró los ojos.

—Cuatro cosas.

—Nadie dijo que la estación de radio cambie el clima.

—Bien.

—Eso sería absurdo.

—Muy bien.

Rafael volvió a mirar el medidor.

—Solo dije que una fuente electromagnética podría, en teoría, afectar las mediciones.

Inés abrió los ojos.

—¿Qué mediciones?

Rafael guardó silencio.

—¿Temperatura?

—No.

—¿Humedad del aire?

—No.

—¿Sol?

—Claro que no.

—Bien.

Rafael anotó algo.

Inés se levantó. Miró la ciudad. Javier se colocó a su lado. Su mirada recorrió los techos y bajó hacia la costa.

—¿Dónde está la Huaca?

Inés no señaló.

—Allá abajo.

—¿Dónde?

—Bajo la arena.

Javier la miró. Inés siguió mirando hacia la costa.

—Por eso se llama así.

—Ya sé.

—¿Entonces por qué preguntas?

—Porque no señalas dónde.

—Correcto.

Javier esperó.

—¿Qué es la Huaca Bajo la Arena?

Inés miró a Rafael. Rafael escribía.

—Pregúntale a él.

Javier miró a Rafael.

—¿Qué es la Huaca Bajo la Arena?

—Hoy no.

Inés asintió.

—¿Ves?

—¿Por qué no? —preguntó Javier.

Rafael cerró el cuaderno.

—Porque estamos midiendo el zumbido.

—¿La Huaca tiene algo que ver con eso?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

Rafael abrió la boca. Luego volvió a cerrarla. Inés sonrió.

—Ahora lo atrapaste.

Rafael tomó el registrador de datos.

—Terminamos.

PUNTO DE MEDICIÓN 2

Cerro Vigía / Estación meteorológica

10:02-10:12

Nivel de sonido: 39-71 dB

Señal de baja frecuencia: aprox. 38 Hz

Grabadora: 37,8 Hz

Medidor: 38,2 Hz

CEM: ligeras fluctuaciones

Temperatura: 29,1 °C

Humedad del aire: 54 %

Zumbido: perceptible / grabación confirmada

Nota de J.: inicio desconocido

Nota de I.: falta la garúa

Rafael había puesto un signo de interrogación al final de la última línea. Inés lo tachó.

En El Alto no encontraron sombra. Eso no era del todo cierto. Había sombra. Pero siempre estaba donde no querían medir. Las casas estaban más juntas en la parte baja de la ladera. Muchos de los pisos inferiores estaban revocados y pintados. Celeste. Amarillo. Verde. Encima empezaban los ladrillos.

De casi uno de cada dos techos de concreto sobresalían varillas de construcción. Algunas estaban oxidadas. Algunas, cubiertas con botellas vacías de plástico. Esperaban otro piso. Quizá desde hacía un año. Quizá desde hacía diez.

Una mujer tendía ropa en una azotea. La cuerda pasaba entre dos varillas de construcción. Una toalla rosada apenas se movía con el viento cálido. Debajo de un mototaxi azul y amarillo, un perro descansaba a la sombra. En el parabrisas había una pequeña imagen del Señor de los Milagros.

Dos hombres intentaban pasar una puerta verde de metal por un portón angosto. El concreto de la calle terminaba tres casas más allá. Después empezaba la arena apisonada. Un mototaxi pasó por encima y dejó tras de sí una delgada estela de polvo. Rafael colocó los aparatos junto a un muro bajo. Inés se sentó sobre el muro. Javier estaba bajo un alero de metal corrugado.

—Tienes que estar aquí —dijo Rafael.

—¿Por qué?

—Por el tiempo.

—Puedo medir el tiempo desde aquí.

Rafael miró la distancia. Cuatro metros.

—Bien.

Inés miró a Javier.

—Estás aprendiendo.

—¿Qué?

—A decir que no.

Javier la miró.

—No dije que no.

—Casi.

Rafael inició la medición. La calle estaba tranquila. La mujer colgó una camisa azul. El perro dormía. Los hombres giraron la puerta. No pasaba por el portón. La giraron de vuelta. Seguía sin pasar. Inés los observaba.

—A la izquierda —dijo.

Los hombres no la oyeron.

—A la izquierda.

Rafael miró su aparato.

—No te oyen.

—Ya sé.

Los hombres giraron la puerta hacia la derecha. Inés negó con la cabeza. Entonces llegó el zumbido. Esta vez Rafael lo oyó primero. No con los oídos. En el aparato.

—Treinta y siete coma seis.

Inés se puso los audífonos. Esperó.

—Nada.

—Está ahí.

—No oigo nada.

—En el aparato.

—En la grabación no.

Rafael se acercó. Inés le dio los audífonos. Escuchó. Nada. Solo la calle. Los hombres con la puerta. Un perro. Desde una ventana abierta llegaba cumbia. Baja. Demasiado baja para reconocer la canción.

—Quizá está demasiado bajo —dijo Rafael.

—En el cerro también lo estaba.

—Otros ruidos ambientales.

—Aquí hay menos ruido.

Rafael se quitó los audífonos. Javier salió de la sombra.

—¿Está o no está?

—Sí —dijo Rafael.

—No —dijo Inés.

Javier se detuvo.

—Bien.

Rafael lo miró.

—¿Qué tiene eso de bueno?

—Nada. Solo quería decir algo.

Inés se rio. Rafael le devolvió los audífonos.

—Anotamos ambos resultados.

—¿Cuál es correcto? —preguntó Javier.

—Ambos fueron medidos.

—¿Y cuál es correcto?

Rafael tomó el lapicero.

—Esa es precisamente la pregunta.

Javier asintió. Parecía satisfecho. Rafael lo notó.

—¿Por qué te gusta eso?

—No me gusta.

—Sí.

—No.

Inés se quitó los audífonos.

—Ustedes son agotadores.

Para entonces, los dos hombres habían logrado pasar la puerta por el portón. Inés los siguió con la mirada.

—A la izquierda —dijo.

En el Toyota, el aire acondicionado funcionaba en el nivel tres. En el nivel tres era ruidoso. Inés tenía la grabadora sobre las piernas.

—Cuando midamos, esto tiene que estar apagado.

—Ya sé —dijo Rafael.

—Lo digo de antemano.

Rafael la miró. Inés sonrió. La calle descendía por la ladera.

Delante de una bodega había cajas de Inca Kola y Cristal bajo una sombrilla descolorida. Una mujer estaba sentada en la entrada sobre un banco de plástico y se abanicaba con un ejemplar de La República. Javier se había quitado el reloj de pulsera. La correa metálica se había calentado. El reloj estaba sobre el tablero.

—No es una buena idea —dijo Rafael.

—¿Qué?

—El reloj.

—¿Por qué?

—Sol.

Javier lo tomó.

—¿Eso afecta el tiempo?

Rafael no respondió. Inés se volvió hacia Javier.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Ustedes están haciendo algo otra vez.

—Solo pregunté.

—Sí.

Javier puso el reloj a la sombra. Durante un rato nadie dijo nada. El calor hacía más lentas las conversaciones. Incluso con aire acondicionado. Rafael conducía. Inés tenía la cabeza apoyada en la ventana. Javier miraba las casas.

—Si es una fuente de baja frecuencia —dijo Rafael—, en teoría podría...

—No —dijo Inés.

—Estoy hablando con Javier.

—Entonces les digo que no a los dos.

Javier se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Electromagnética?

Rafael lo miró brevemente.

—No necesariamente.

—Pero es posible.

—En teoría.

Inés abrió los ojos.

—¿Qué están calentando ahora?

Rafael guardó silencio.

—¿La ciudad? —preguntó Inés.

—No dije eso.
—Todavía.
—Dije «en teoría».
—Rafael.
—¿Qué?
—El sol.

Rafael miró a través del parabrisas. El sol estaba sobre la calle.

—Ya sé.
—Bien.

Inés volvió a cerrar los ojos. Javier miró hacia afuera.

—Pero falta la garúa.

Inés volvió a abrir los ojos.

—Javier.
—¿Qué?
—Duerme.
—No estoy cansado.
—Entonces finge.

Javier se recostó. Al cabo de un minuto dijo:

—¿Qué es la Huaca Bajo la Arena?

Inés no abrió los ojos.

—No.
—¿Por qué?
—Porque entonces Rafael se detiene.

Rafael la miró brevemente.

—¿Por qué habría de detenerme?
—¿Ves?

Javier esperó.

—¿Es antigua?
—Sí —dijo Inés.
—¿Qué tan antigua?
—Antigua.
—Eso es impreciso.

Rafael miró por el retrovisor.

—Ahora me entiendes.

Inés levantó una mano.

—Que nadie hable más.

Durante casi tres minutos nadie habló.

En el siguiente punto de medición, el registrador de datos marcaba treinta y uno coma cuatro grados. Estaban en el borde occidental de La Playa, a algunas calles de la costa. El sol se reflejaba en los parabrisas de los mototaxis. Delante de una cevichería, las cortinas de plástico estaban recogidas a los lados. Un letrero pintado a mano prometía CEVICHE – CHICHARRÓN DE PESCADO – JALEA.

El local estaba lleno. Bajo el techo, varios hombres estaban sentados ante platos grandes y bebían chicha morada en vasos de plástico. Al otro lado de la calle había un vendedor de helados a la sombra de un muro. No había vendido nada desde que llegaron. Rafael volvió a colocar dos veces el registrador de datos. El valor no cambió.

—Funciona —dijo Inés.

- No dije nada.
- Lo moviste dos veces.
- El suelo está caliente.
- El aire también.

Rafael escribió. Javier estaba en la estrecha sombra del Toyota. El Pacífico se veía entre dos filas de casas. Sin la garúa parecía más cerca. Rafael inició la medición. El zumbido estaba allí. Débil. En la grabadora. No en el medidor gris. Inés lo escuchó tres veces.

- Treinta y siete y algo.
- ¿Y algo? —preguntó Rafael.
- Sí.
- Eso no es un valor.
- Entonces mide tú mismo.

Rafael tomó la grabadora. Javier se colocó a su lado.

- ¿Dónde fue más fuerte?
- ¿El zumbido?
- Sí.

Rafael volvió unas páginas atrás.

- Cerro Vigía.
- ¿Y dónde hizo más calor?

Rafael miró sus valores.

- Aquí.

Javier asintió. Nadie dijo nada. Inés tomó la botella de agua del techo del Toyota. Bebió.

- Ahí tienen su teoría.

Rafael la miró.

- ¿Cuál?
- Rota.

Javier miró hacia el mar.

- No teníamos ninguna teoría.
- Claro que no.
- Solo estábamos...
- Comprobando relaciones.

Rafael y Javier guardaron silencio. Inés le dio la botella a Javier.

- Ustedes dos son muy peligrosos juntos.

Javier bebió.

- ¿Por qué?
- Porque Rafael tiene una medición para todo y tú, una pregunta para todo.
- ¿Eso es malo?
- Hoy, sí.

Se sentó en el Toyota. Rafael permaneció afuera. Miró sus valores. Cerro Vigía. El Alto. Centro. La Playa. Ninguna relación clara con la temperatura. Ninguna relación clara con la humedad del aire. La frecuencia fluctuaba. Los aparatos se contradecían. Rafael lo sabía. Aun así, volvió a revisar las páginas anteriores.

- Rafael —llamó Inés desde el auto.
- ¿Qué?
- Sol.

Rafael miró hacia el cielo. Luego el cuaderno. Lo cerró.

En el Toyota desmontaron las explicaciones evidentes: calor, líneas eléctricas, señales de radio, la radio, la carrocería. Cada una encajaba con una parte de la observación y fracasaba en el siguiente punto de medición.

Inés no escribió «causa desconocida». Escribió: no reproducible bajo las condiciones examinadas.

De regreso en la estación, colocaron un segundo mapa junto al primero. Rafael unió los puntos de medición con lápiz. La línea tocaba la estación meteorológica, Los Pinos, el parque y la costa sin formar una ruta geográficamente coherente.

Inés giró el mapa. Desde otro ángulo, la línea pasaba cerca de la antigua cantera y de una depresión sin nombre al sureste de la ciudad.

—Sigue siendo solo una línea —dijo.

Rafael dejó el lápiz. —Pero ahora sabemos dónde todavía no hemos medido.

Atravesaron El Faro. Bajo el sol, el barrio parecía más nuevo de lo que era. Las casas estaban más separadas que en Centro. Portones anchos de metal. Ventanas con rejas. Segundos pisos sin revocar. Sobre casi uno de cada dos techos había un tanque negro de agua. Delante de una bodega se apilaban cajas amarillas de Cristal. Un hombre estaba sentado al lado en un banco blanco de plástico y leía Depor. Se había subido la camisa sobre la barriga. Dentro de la bodega sonaba una radio. Cumbia. Luego un anuncio de una empresa de telefonía celular. En la esquina estaba la Virgen detrás de un vidrio. Las flores blancas estaban marchitas. Javier la vio mientras pasaban. Luego el cruce ancho. Volvió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Inés.

—Nada.

Rafael siguió conduciendo. Al norte de El Faro había menos casas. La vía costera pasaba a cierta distancia del mar. Había arena en los bordes. Entre la calle y la playa se alzaban, dispersos, muros bajos y pequeños edificios con techos de metal corrugado.

Un mototaxi venía hacia ellos. Luego, nada durante un buen rato. La ligera elevación se veía ahora con claridad. Encima estaba la antena. Radio Desvelo. Cuanto más se acercaban, más pequeña parecía la estación. Un edificio bajo. Revoque amarillento. Una cerca. Un portón. La antena. Rafael estacionó el Toyota al borde de la calle. Las llantas quedaron a medias sobre arena apisonada. Nadie bajó de inmediato. El aire acondicionado seguía encendido.

—Bien —dijo Inés.

Rafael la miró.

—¿Qué?

—Nada.

Abrió la puerta. El calor entró.

—Ah.

Javier bajó de atrás. Rafael apagó el motor. El aire acondicionado enmudeció. De pronto solo quedó el viento. Tomaron los aparatos. La cerca de la estación de radio era de metal. Estaba oxidada en algunos lugares. El portón estaba cerrado. De él colgaba un letrero descolorido.

PROHIBIDO EL INGRESO

Debajo había habido alguna otra inscripción. Las letras ya no podían leerse. Rafael puso el registrador de datos sobre el capó. Inés encendió la grabadora. Javier colocó su reloj junto al teléfono.

—¿Listos? —preguntó Rafael.

—Sí.

—Sí.

Repitieron la medición dos veces, durante diez minutos cada una. En la primera, el valor se mantuvo estable; en la segunda, apareció el mismo pico en el mismo minuto, aunque no se había encendido ni apagado ningún aparato y no había pasado ningún vehículo por la calle.

—Nada.

—Sí —dijo Inés.

Rafael tomó su cuaderno. Abrió el mapa. La línea de lápiz terminaba en el círculo.

RADIO

Javier se colocó a su lado. Miró el mapa. Luego la estación.

—Tal vez —dijo— volvemos a tener dos cosas.

Rafael lo miró.

—¿Qué?

Javier señaló el mapa.

—El zumbido.

Luego Radio Desvelo.

—Y esto.

Nadie respondió. Inés se sentó sobre el capó. Tomó la botella de agua. Vacía. La dejó a su lado. Rafael volvió a mirar sus valores. Luego no tachó la línea de lápiz. Solo cerró el cuaderno. Detrás de la cerca no se movía nada. La antena se alzaba sobre ellos. Arriba, las luces rojas estaban apagadas. Era de día. El sol ardía sobre San Desvelo.

Para eso ya tenían una explicación.

Capítulo 11: El turno de noche

La antigua cantera estaba entre el camino al Cerro Vigía y una quebrada seca durante casi todo el año. Dos bloques de concreto colocados en diagonal cerraban el acceso; del de la derecha colgaba un letrero doblado:

PELIGRO QUEBRADA

La garúa cubría San Desvelo, mientras los bancos recortados de la cantera aún retenían la última luz del día. Arriba había una luminaria solar cubierta de polvo y una caja de baterías abierta. Más abajo estaban la caseta de pesaje, la balanza oxidada para vehículos y la faja transportadora hundida.

En la tolva todavía se alcanzaba a leer ARENA GRUESA, PIEDRA $\frac{1}{2}$ y PIEDRA $\frac{3}{4}$. El letrero AFIRMADO yacía en el polvo.

De la caseta de pesaje colgaba un altavoz viejo. Su cable terminaba desgarrado en la pared exterior. Al lado seguía pegada una placa de inventario incompleta de la Municipalidad.

Dentro de la caseta había doce casilleros. Cuatro estaban abiertos y a tres ya no les quedaban puertas. En uno había un saco podrido en el que aún se distinguía el nombre de un fabricante de cemento. En otro, una taza de metal esmaltado con el borde descascarado. Todo el piso estaba cubierto de polvo claro. En la sexta puerta había pegada una tira de cinta adhesiva blanca. La tinta se había corrido, pero el nombre todavía podía leerse.

E. VÍLCHEZ

Debajo del nombre había una segunda línea, más delgada. De ella solo quedaban dos letras.

TU

Del casillero colgaba un solo guante de trabajo. El cuero se había endurecido y tenía grasa oscura adherida a los dedos. En el piso había una lata de aluminio con dos cierres doblados. La tapa estaba cerrada.

No había polvo sobre la lata.

En la pared del fondo, detrás de una lámina de plástico agrietada, colgaba una antigua lista de turnos.

TURNO NOCHE

Debajo había nombres, horarios y números de camiones. La mayoría de las anotaciones estaban desteñidas. Algunas habían sido añadidas con bolígrafo azul y una, con rojo.

VÍLCHEZ, ERNESTO

Junto al nombre decía:

22:00-06:00

Debajo había una fecha a la que le faltaba el último dígito.

En la pared opuesta colgaba un calendario. La imagen mostraba una carretera junto a la costa. A la izquierda estaba el Pacífico; a la derecha avanzaba un bus. Sobre la carretera se leía, en grandes letras blancas:

PANAMERICANA NORTE

El calendario se había quedado en agosto. Ya no se distinguía el año. Afuera oscurecía. Las superficies claras de las paredes de roca perdieron primero el color; después desaparecieron los barrenos. Al final, de la faja transportadora solo quedó una línea negra ante la ladera.

Desde San Desvelo subía un ruido amortiguado. Un motor, más tarde otro y después un perro. La garúa se extendía entre la ciudad y la cantera y les quitaba nitidez a los sonidos.

Un vehículo pasó por el camino al Cerro Vigía. Dos haces de luz blanca se deslizaron sobre la pared de roca y, durante unos segundos, hicieron aparecer los bancos anchos, la faja hundida, las tolvas y el poste con la luminaria de trabajo.

Luego los faros desaparecieron tras la siguiente curva. La cantera volvió a quedar a oscuras. Algo hizo clic dentro de la caja de baterías. Fue un sonido pequeño y seco, metal contra metal, apenas más que la conmutación de un relé.

La luminaria de trabajo se encendió.

Al principio apenas alumbraba. Una franja amarillenta cayó sobre el banco superior. Luego la luz se hizo más intensa y alcanzó la hilera de barrenos, el poste y una parte de la faja transportadora. La zona inferior de la cantera permaneció a oscuras.

En el interior de la caja de baterías abierta había pegada una etiqueta de mantenimiento descolorida.

REVISADO

Debajo:

2019

La lámpara parpadeó una vez y después quedó encendida de manera estable. Una piedra pequeña se desprendió de la pared. Cayó sobre el banco, rebotó dos veces en el suelo compacto y quedó inmóvil. Después nada se movió. La luminaria zumbaba suavemente. Del altavoz viejo de la caseta salió estática. Era apenas un sonido seco y metálico que desapareció al cabo de unos segundos.

Entonces empezó la música.

Tres golpes de tambor, un güiro, dos compases de cumbia. La voz de un hombre comenzó una palabra que se perdió en la estática. El altavoz chasqueó y la música se cortó.

Durante unos segundos solo quedó el zumbido de la luminaria.

Luego volvió la cumbia, esta vez más adelante en la canción. Un acordeón, tambores y una voz delgada y distorsionada salieron de la bocina gris. El sonido apenas alcanzaba la superficie delante de la balanza. Junto a la faja solo quedaba el ritmo; en la pared de roca, apenas un lejano sonido metálico.

El cable cortado colgaba inmóvil de la pared exterior.

Dentro de la caseta, la lámina de plástico frente a la lista de turnos se movió. Primero una vez y luego otra. Por la ventana abierta no entraba viento.

La cumbia siguió sonando.

En la antigua pantalla de la balanza para vehículos apareció una cifra verde. La carcasa colgaba en la pared junto a los casilleros y se había vuelto amarillenta con los años. La pantalla llevaba años apagada.

Ahora mostraba:

0

Después:

280

Luego:

8400

La cifra quedó fija. Afuera, las plataformas metálicas estaban vacías. No había ningún vehículo sobre la balanza. La música bajó de volumen. Primero desapareció la voz; después, el acordeón. Al final solo quedó el ritmo.

Tres golpes.

Pausa.

Dos.

Pausa.

Tres.

Entonces el altavoz también enmudeció.

La pantalla seguía mostrando 8400.

Debajo de la faja transportadora, el polvo se desprendió de un puntal y cayó al suelo en una línea delgada. Después se movió el primer rodillo.

Solo unos centímetros.

La banda de caucho se tensó, se levantó del suelo junto al soporte hundido y una piedra que llevaba años sobre ella empezó a deslizarse lentamente hacia abajo. Tras media vuelta, el rodillo se detuvo. La piedra también. La cifra de la balanza se apagó. La luminaria parpadeó. El relé hizo clic dentro de la caja de baterías, pero la lámpara se estabilizó y siguió encendida.

Entonces comenzó el zumbido.

No venía del altavoz. La bocina gris de la caseta permanecía en silencio. Al principio, el sonido solo se percibía en la balanza para vehículos. La esquina hundida de la plataforma metálica derecha vibraba levemente, y los granos de arena del borde se movieron hasta caer en la rendija.

Grave.

Pausa.

Grave.

Pausa.

La vibración recorrió la superficie. La caja de interruptores de la pared zumbaba, aunque ya no había ningún cable conectado a la instalación. La puerta floja de un casillero se movía al mismo ritmo. En la tolva empezó a oscilar una cadena. Colgaba de la palanca que antes abría la compuerta del compartimiento PIEDRA $\frac{3}{4}$. Los eslabones apenas se movían. El último golpeó el metal.

Una vez.

Pausa.

Otra vez.

El zumbido venía del suelo. Entre los montones de piedra se formaron surcos estrechos en los que el polvo suelto se hundía lentamente. La planta de dos hojas verde grisáceas se inclinó hacia un lado. En el banco superior se desprendió una segunda piedra y luego una tercera. Ninguna cayó: rodaron despacio por el suelo, como si el banco tuviera una leve pendiente. Tras varios metros se detuvieron justo debajo de la luminaria.

El zumbido se intensificó sin aumentar de volumen. Estaba más profundo, dentro del metal y las paredes de roca.

Los barrenos comenzaron a reaccionar uno tras otro. Del primero cayó un hilo de polvo; después, del segundo, del tercero y del cuarto. De cada orificio salió una corriente fina de polvo de roca claro que se acumuló al pie de la pared.

La secuencia se repitió.

De izquierda a derecha.

Luego, una pausa.

La luminaria proyectaba las sombras de las piedras sobre la pared. Con cada nuevo tono se alargaban un poco. No mucho, apenas unos centímetros. Con el siguiente zumbido, sus puntas llegaban más abajo.

El poste no se movía. La luz seguía viniendo del mismo lugar.

Cuando cesó el zumbido, el polvo también dejó de caer. Las sombras volvieron a estar donde habían estado antes. Al pie de la pared quedó una línea clara y plana, paralela al banco. El altavoz de la caseta chasqueó. Una voz masculina dijo algo. Solo se entendieron dos sílabas.

«...Desvelo...»

Después volvió a sonar cumbia. Era la misma canción, pero no el mismo fragmento. Esta vez la voz del cantante se oía con más claridad. Cantaba sobre una calle, una despedida y una mujer que no esperaría. En el estribillo, el altavoz distorsionaba las notas altas. La lámina de plástico frente a la lista de turnos volvió a moverse.

En el sexto casillero, uno de los cierres de la lata de aluminio saltó. El segundo siguió cerrado. La tapa se levantó por una esquina. Debajo había un papel doblado, amarillento y oscurecido en los bordes. En la parte superior decía, con bolígrafo azul:

PAN

Debajo:

QUESO

Al lado, una cifra.

1.20

La tapa quedó entreabierta. La cumbia siguió sonando. Afuera, la faja transportadora volvió a ponerse en marcha. Giró el primer rodillo y después el segundo. Al tercero le faltaba un pedazo de metal. La banda de caucho saltó sobre él y golpeó la estructura.

La piedra que estaba sobre la banda volvió a deslizarse. Llegó a la parte hundida, se trabó por un momento y luego empezó a subir. La banda corría hacia abajo. La piedra avanzaba en sentido contrario. Despacio, sin levantar polvo, pasó el primer rodillo y después el segundo. Desapareció en la oscuridad de la tolva superior.

La faja transportadora se detuvo. La cumbia terminó a mitad del estribillo. En el altavoz solo quedó estática y luego, nada. La tapa de la lata de aluminio volvió a caer. El cierre abierto quedó doblado hacia arriba.

El zumbido comenzó de nuevo.

Esta vez venía de la pared de roca.

La hilera de barrenos vibró y de todos cayó polvo fino al mismo tiempo. La línea clara al pie de la pared se ensanchó. Un trozo de roca se desprendió. Era más o menos del tamaño de un ladrillo y cayó sobre el banco con un golpe sordo. Debajo de la fractura reciente no había roca clara. Había concreto. Liso. Gris.

Un borde vertical atravesaba la pared de roca. A su lado se veía un tramo corto de plástico azul.

El zumbido se interrumpió.

El polvo resbaló sobre la superficie gris y se detuvo en una junta estrecha. La luminaria parpadeó. Por un instante, el lugar desapareció en la oscuridad. Cuando regresó la luz, allí volvía a verse roca. Ninguna superficie de concreto. Ningún plástico. Solo la hilera de barrenos. Debajo de la faja se abrió la compuerta del compartimiento AFIRMADO. El letrero seguía en el suelo, la palanca no se movió y la cadena colgaba inclinada. Aun así, cayó material de la tolva.

Primero salió grava clara: piedras pequeñas e irregulares que golpearon el suelo y rebotaron contra el compartimiento de mampostería. Después vino arena. Luego, pedazos grises. Mortero. Un ladrillo roto. Un tramo corto de barra de refuerzo. La barra cayó atravesada sobre el montón. En un extremo tenía concreto adherido. El concreto estaba oscuro y húmedo. Al final salió de la tolva un pedazo de tubería plástica azul. Después no cayó nada más. La compuerta estaba cerrada.

El material quedó debajo, y el concreto húmedo brillaba bajo la luminaria. El zumbido recorrió la tolva de regreso hacia la faja transportadora. Los rodillos metálicos reaccionaron uno tras otro,

primero los de abajo y después los de más arriba. Cada uno vibró una vez. Del tercer rodillo se desprendió una escama de óxido y cayó al suelo.

El zumbido llegó al banco superior. Las sombras de los barrenos volvieron a alargarse. En la pared apareció una línea clara. Primero vertical; luego una segunda, horizontal. Juntas formaban un ángulo recto. Eran demasiado rectas para ser una grieta natural.

Cuando el zumbido se interrumpió, las líneas permanecieron.

La luminaria perdió intensidad. El relé hizo clic dos veces dentro de la caja de baterías. El haz de luz se contrajo. Primero desapareció el banco inferior; luego, la faja transportadora. Al final solo quedó iluminada la pared de roca. Las dos líneas claras aún se veían. Una vertical. La otra horizontal. Parte de una forma rectangular. Entonces la luminaria se apagó. La cantera quedó a oscuras.

Parecía haber una figura de pie en el borde superior de la cantera.

Solo una silueta oscura, inmóvil y vuelta hacia la cantera, contra el gris un poco más claro del cielo. Entonces la luminaria parpadeó una vez más. Cuando la luz tenue recorrió el borde, allí ya no había más que roca y garúa.

La garúa subió desde abajo. Alcanzó primero el acceso, luego los bloques de concreto y el letrero de advertencia doblado. Después avanzó lentamente por el piso de la cantera y se acumuló en las hendiduras de la balanza para vehículos. Las plataformas metálicas se humedecieron. El zumbido continuaba. Sin la luminaria, ya no era posible determinar su dirección. Estaba en el suelo, en la faja transportadora y en las paredes de roca.

Del altavoz volvió a salir música, más baja que antes. La canción no empezó desde el principio, sino en un fragmento donde la voz del cantante apenas se entendía. Solo el ritmo seguía claro.

La garúa entró por la ventana abierta de la caseta y dejó una película fina sobre las puertas de los casilleros. En la cinta con el nombre E. VÍLCHEZ se acumularon gotas pequeñas. La lata de aluminio permaneció seca. Bajo la lámina de plástico agrietada apareció humedad. Empezó en el borde inferior y avanzó lentamente entre las líneas de la lista de turnos. La tinta se corrió. Junto a VÍLCHEZ, ERNESTO se borró primero el horario. Desapareció el primer cero y luego los dos puntos. El nombre siguió legible.

Afuera, la cadena de la tolva se movió. Un eslabón golpeó el metal. La cumbia terminó. En el mismo instante cesó también el zumbido. Durante unos segundos no se oyó nada. Luego llegó el rumor del Pacífico. No directamente, sino amortiguado, muy detrás de la garúa. El mar estaba a varios kilómetros y no podía verse desde allí. El sonido permaneció. Ningún vehículo pasó por el camino al Cerro Vigía. En San Desvelo se apagaron algunas luces mientras otras se encendían. Sobre Los Pinos brillaban luces de obra, pero apenas se distinguían a través de la garúa.

La cantera permaneció a oscuras.

Debajo de la tolva, el material nuevo se humedeció. La grava brillaba en algunos puntos. El polvo sobre el ladrillo se oscureció. En la barra de refuerzo se formó una gota. Se acumuló en el concreto húmedo, creció y finalmente cayó al suelo. El concreto que quedó debajo siguió mojado. Más tarde se levantó viento. Pasó sobre el banco superior y atravesó la estructura de la faja transportadora. El letrero de advertencia dañado junto al acceso empezó a moverse, y su borde inferior golpeó dos veces el bloque de concreto. Dentro de la caseta, la sexta puerta se abrió unos centímetros. El guante de trabajo seguía colgado allí. La lata de aluminio permanecía en el piso. El nombre E. VÍLCHEZ seguía legible.

La puerta quedó abierta. Cerca de las cinco, el cielo sobre la costa empezó a aclararse. Para entonces, la garúa había alcanzado toda la cantera. Los bancos inferiores desaparecían en ella, mientras los superiores ya estaban por encima de la capa de neblina. La faja transportadora parecía salir del gris para volver a perderse en él.

La luminaria siguió apagada. El panel solar estaba gris de polvo y la caja de baterías no volvió a hacer clic. Poco a poco reapareció la pared de roca del tercer banco. Primero surgieron los bordes superiores; después, las hileras de barrenos y, por último, el lugar donde se había desprendido el trozo de roca. Allí solo había piedra. Ninguna superficie de concreto. Las líneas claras habían desaparecido. Debajo de la tolva estaba el montón nuevo de grava clara, mortero gris, un ladrillo, un pedazo de barra de refuerzo y el tramo corto de tubería plástica azul.

En una cara del ladrillo había una capa delgada de yeso blanco. Encima quedaba un resto de pintura: una franja amarilla pálida y, al lado, una línea verde. No había quedado nada más. El concreto adherido a la barra ya se había aclarado, pero todavía no estaba seco.

A las cinco y cuarenta y ocho empezó el primer tráfico pesado en la Panamericana. El ruido de los camiones llegaba amortiguado hasta la cantera. Primero se oyó un motor; luego, neumáticos sobre el asfalto y, más tarde, una bocina. El altavoz de la caseta permaneció en silencio. En la vieja balanza no apareció ninguna cifra, y la faja transportadora volvió a quedar tan inmóvil como antes.

En el borde inferior del panel solar se acumuló una gota. Corrió sobre el vidrio y trazó una línea oscura en el polvo. Dentro de la caseta, la lista de turnos seguía detrás de la lámina agrietada. El encabezado TURNO NOCHE aún podía leerse, al igual que el nombre VÍLCHEZ. El horario que estaba a su lado se había borrado por completo. La sexta puerta seguía abierta. Allí colgaba el único guante de trabajo, mientras la lata de aluminio permanecía en el piso con ambos cierres cerrados. Afuera aclaraba lentamente sin que pudiera verse el sol. La garúa seguía tendida sobre la cantera. Junto al acceso volvía a distinguirse el letrero de advertencia.

PELIGRO

Debajo:

QUEBRADA

La esquina doblada se movió con el viento y golpeó una vez el concreto. Después quedó inmóvil.

Capítulo 12: La última frecuencia

El conductor nocturno salió de Puerto Esperanza con cinco pasajeros y un casete cuya pista izquierda fallaba con los tonos graves. El colectivo olía a diésel, tela caliente y mandarinas.

Después de la última gasolinera, la carretera se convirtió en una franja clara entre la costa oscura y los cerros. Aún no se veían las luces rojas de San Desvelo.

La carretera se volvió negra.

Se extendía durante muchos kilómetros entre el Pacífico, al oeste, y las laderas secas, al este. De día se podía ver lejos: la llanura costera, la tierra clara, las piedras sueltas, algunos muros de concreto aislados y, detrás, los cerros. De noche solo quedaba el asfalto bajo la luz de los faros. La línea central había desaparecido en largos tramos. En algunos lugares, una hilera de tachas reflectantes todavía señalaba por dónde había sido trazada correctamente la carretera alguna vez. El conductor nocturno conocía cada curva. Sabía dónde se había hundido el asfalto en el borde derecho, dónde los camiones dejaban arena sobre la calzada y dónde, después de lluvias fuertes, el agua de una quebrada cruzaba la carretera. También sabía en qué punto debían aparecer las primeras luces rojas del Cerro Dormido. No de inmediato. Pero mucho antes de que apareciera San Desvelo.

Esa noche, la garúa no estaba sobre la carretera. Estaba a ambos lados.

A la derecha empezaba detrás de la franja estrecha de arena y piedras. A la izquierda comenzaba al pie de las laderas. Dos muros grises y bajos, cuyos bordes superiores se distinguían con claridad bajo la luz de las estrellas. Entre ellos, el asfalto permanecía despejado. El cielo por encima estaba limpio. Las estrellas se extendían de un muro de garúa al otro, como si la carretera atravesara un corredor abierto.

El conductor nocturno levantó un poco el pie del acelerador. No porque viera peor. Al contrario. La carretera se veía más clara que de costumbre. Los faros no chocaban con la neblina; ninguna luz regresaba. Delante de él se extendía una larga franja negra, seca y vacía. Solo en los bordes se movía el gris. Despacio. Sin cruzar el asfalto.

De los parlantes salía estática. La radio llevaba encendida desde Puerto Esperanza. Allí había captado una emisora de Chimbote, un noticiero sobre el precio del pescado y una huelga en Lima. Después de salir del pueblo, la voz había desaparecido. El conductor nocturno giró un poco el dial hacia la derecha. Estática. Un poco más. Un tono breve y agudo. Estática otra vez.

Entonces empezó la música.

Al principio, solo batería. Después, una guitarra, un órgano eléctrico de sonido delgado y un bajo que traqueteaba más de lo que sonaba en los parlantes viejos. El conductor nocturno dejó la mano sobre el dial. Conocía la canción. No por el título. Por el comienzo. Tres compases y luego la voz de una mujer. En aquella época, la canción sonaba en todas partes. En los buses. En los bares del Mercado. Desde ventanas abiertas. En casetes que habían sido regrabados tantas veces que, al final de cada canción, ya se oía el comienzo de la siguiente.

El conductor nocturno apartó la mano de la radio. La mujer cantaba sobre un regreso que ya nadie esperaba. Durante el estribillo, recordó otro vehículo. Un colectivo blanco con una puerta marrón y un motor que se recalentaba en cada subida. Entonces todavía no era conductor nocturno. Cobraba los pasajes, subía bolsas al techo y, durante los controles, afirmaba que todos los pasajeros eran parientes. El chofer siempre ponía esa canción demasiado fuerte.

—Esa canción es vieja —dijo alguien detrás de él.

El conductor nocturno miró por el espejo. Los pasajeros seguían siendo formas oscuras.

—Sí.

—¿De cuándo es?

La voz venía quizá del medio. Quizá de atrás. No podía saber si era de un hombre o de una mujer.

—De hace mucho.

—En esa época era nueva.

El conductor nocturno volvió a mirar la carretera.

—Todo fue nuevo alguna vez.

Nadie respondió. La canción continuó. A la izquierda, la garúa se abrió durante unos segundos. Detrás había un terreno iluminado débilmente por una sola lámpara amarilla. Un muro bajo, un techo de metal corrugado y dos barriles azules. Delante del muro había un bote apoyado sobre bloques de madera. La proa apuntaba hacia la carretera, aunque el mar estaba al otro lado. Unas redes colgaban sobre una vara. El conductor nocturno no conocía aquel lugar. Tal vez, durante el día, quedaba oculto detrás de una ondulación del terreno. Tal vez nunca había mirado.

Entonces la garúa volvió a cerrarse. La lámpara amarilla se volvió gris, se hizo más pequeña y desapareció.

La canción terminó. Un hombre se rio en la radio. No con fuerza. Una risa breve y familiar, seguida de dos golpes sobre una mesa.

—Radio Desvelo —dijo la voz—. La voz de la costa.

El conductor nocturno levantó la cabeza.

Alguien se movió en el espejo retrovisor. —¿Qué?

El conductor nocturno no respondió. La voz de la radio continuó. Anunció tres canciones para el turno de noche, saludó a los conductores de la Panamericana y recordó la noche de baile en el Salón Mar Azul. El Salón Mar Azul llevaba muchos años cerrado. El edificio aún estaba en El Faro, detrás de un muro donde ahora se ofrecían repuestos para mototaxis. Las letras azules habían desaparecido bajo varias capas de pintura.

El locutor se llamaba Beto Saldaña. El conductor nocturno nunca lo había conocido en persona. Aun así, conocía sus pausas, la breve inhalación antes de identificar la emisora y la forma en que alargaba un poco más de la cuenta una palabra de cada dos. Beto había transmitido por las noches desde Radio Desvelo cuando la antena al norte de El Faro todavía tenía luces rojas hasta la punta. Más tarde, la emisora se había vuelto más pequeña. Después solo transmitía de día. Al final dejó de transmitir.

El edificio seguía allí. La antena también. Desde hacía años ya no se transmitía desde ese lugar.

El conductor nocturno giró el dial. La voz bajó de volumen y luego desapareció entre la estática. Giró hacia atrás. Beto Saldaña volvió y habló de un concurso para oyentes en el que se podían ganar dos cajas de cerveza y un ventilador.

—Déjalo —dijo alguien.

El conductor nocturno soltó el dial.

—¿Qué?

—La radio.

Miró por el espejo.

—¿Quién dijo eso?

Nadie respondió. El colectivo continuó. El motor funcionaba de manera uniforme. La cruz sobre el espejo apenas se movía.

A la izquierda, la garúa se hizo más tenue. Detrás apareció una choza de pescadores hecha de paneles de madera y calamina, aunque no debía estar de ese lado de la carretera. No había ninguna lámpara encendida delante de la choza. Aun así, el conductor nocturno distinguió una puerta, una silla y varias boyas colgadas de una cuerda bajo el techo. Junto a la pared había una figura clara. Cuando el haz de luz del colectivo se acercó, resultó ser apenas un saco extendido.

La choza pasó junto a ellos. Después, gris otra vez.

Beto Saldaña anunció la siguiente canción. El conductor nocturno supo cuál sería antes de que sonaran las primeras notas. También sabía que después vendría un anuncio de Pinturas Alcázar. No el negocio de Ernesto Vílchez. Otro más antiguo, en la avenida, donde más tarde había abierto una farmacia. El anuncio siempre empezaba con el sonido de una brocha sobre una pared, aunque una brocha no producía aquel sonido.

La canción comenzó. Una cumbia con instrumentos de viento. El conductor nocturno recordó una noche en que había oído esa pieza cinco veces. Dos en la radio, una en un bar, una desde un auto estacionado y la última por la mañana, cuando una mujer frente al Mercado cantaba el mismo estribillo mientras apilaba cajas de madera. En aquel momento había pensado que la canción nunca desaparecería. Después pasaron años sin que volviera a pensar en ella.

La carretera seguía recta. El conductor nocturno miró el reloj del tablero.

1:46.

Puerto Esperanza había quedado unos veinticinco minutos atrás. Las primeras luces del Cerro Dormido debían aparecer pronto. Miró hacia adelante. Solo estrellas. Las laderas de la izquierda eran una masa oscura detrás de la garúa. A la derecha no se oía el Pacífico. Solo le extrañó cuando se detuvo a pensarlo. En algunos tramos, la carretera pasaba lo bastante cerca del agua para que, incluso con el mar en calma, se oyera un rumor grave y uniforme. Ahora solo oía el motor y la música.

—¿Nos pasamos el desvío?

La pregunta vino desde el interior del vehículo. El conductor nocturno miró por el espejo. Un hombro se movió. Más atrás, alguien levantó la cabeza.

—¿Qué desvío?

—El de San Desvelo.

—No hay ningún desvío.

—Entonces ya deberíamos haber llegado.

El conductor nocturno mantuvo la vista en la carretera. —Todavía no.

—¿Cuánto falta?

—No mucho.

Una vez más, no sabía quién había preguntado. La primera voz y esta podían ser la misma. O no. El conductor nocturno no conocía a la mayoría de los pasajeros. Algunos subían con frecuencia en Puerto Esperanza; otros, una sola vez. Con luz quizá habría reconocido algún rostro. En la oscuridad solo eran personas que necesitaban llegar a alguna parte.

Los muros de garúa se hicieron más altos. No mucho. Sus bordes superiores llegaban ahora casi a la altura de las ventanas. El cielo estrellado permanecía abierto. En un punto, el muro de la izquierda era tan liso que parecía de concreto. El conductor nocturno no vio movimiento en él, ni remolinos ni prolongaciones delgadas. Solo gris, avanzando al mismo paso que el colectivo.

Entonces volvió a abrirse una franja estrecha a la derecha. Había tres botes sobre la arena. Uno azul, uno blanco y uno sin pintura. Junto a ellos, un auto viejo con el capó abierto. De un poste colgaba una lámpara. Debajo, dos personas estaban sentadas a una mesa. El conductor nocturno distinguió platos, un termo y los respaldos de las sillas. Ninguna de las dos miró hacia la carretera. La luz era demasiado débil para mostrar sus rostros.

En la radio terminó la cumbia. Le siguió el sonido de una brocha sobre una pared.

El conductor nocturno apretó ambas manos alrededor del volante.

—Pinturas Alcázar —dijo una voz femenina y clara—. Color para su casa, protección para su familia.

Luego dio una dirección en la avenida Grau y un número telefónico de cinco cifras. El conductor nocturno ya no recordaba el número. Solo recordaba que su madre había comprado allí pintura

azul una vez. Debía ser para la cocina y al final había alcanzado para una pared, dos sillas y la mitad de una puerta. Más tarde, la pared había sido pintada de verde. Durante mucho tiempo, en las zonas descascaradas todavía se veía el azul debajo del verde.

—Pero esa emisora está cerrada —dijo alguien.

Esta vez, el conductor nocturno no respondió de inmediato. —Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho.

—Entonces es una grabación.

—Tal vez.

—¿De dónde?

El conductor nocturno miró la radio. La escala verde apenas estaba iluminada. La aguja señalaba el lugar donde antes se encontraba Radio Desvelo. —De antes.

Detrás de él, alguien dijo en voz baja: —Eso no es un lugar.

El conductor nocturno oyó la frase, pero no estaba seguro de si había salido del vehículo o de la radio.

Terminó el anuncio. Beto Saldaña dijo la hora.

—Es la una y cuarenta y tres en San Desvelo.

El conductor nocturno miró el reloj del tablero.

1:46.

Tres minutos. La radio podía ser una grabación antigua. Un casete. Una transmisión que alguien repetía. La diferencia no significaba nada. Aun así, el conductor nocturno buscó el botón pequeño junto al reloj y lo presionó. Las cifras no parpadearon. Lo soltó.

La carretera describió una leve curva hacia la izquierda. Desde allí debía verse el cerro por primera vez. El conductor nocturno reconocía el lugar por un poste delineador dañado al que le faltaba la mitad superior. El poste apareció bajo la luz. Solo quedaban la base blanca y una franja negra. Detrás, normalmente se abría la vista hacia el sureste.

El conductor nocturno miró.

Ninguna luz roja.

Solo estrellas sobre una superficie oscura. El Cerro Dormido estaba allí. Tenía que estar. Pero no se distinguían ni su contorno ni las luces de la estación meteorológica.

—¿No deberíamos ver ya el cerro?

El conductor nocturno esperó un momento antes de responder. —La garúa.

—Sobre nosotros no hay.

—Más adelante.

—Hay estrellas.

—Las veo.

—Entonces, ¿dónde está el cerro?

El conductor nocturno miró por el espejo.

—¿Quién pregunta?

Esta vez hubo una respuesta inmediata.

—Yo.

—¿Quién es yo?

Silencio. Entonces alguien más dijo:

—Siga manejando.

El conductor nocturno condujo.

La carretera pasaba ahora más cerca de la costa. Entre el muro de garúa de la izquierda y el asfalto aparecían a veces franjas oscuras donde el viento había llevado arena sobre la calzada. En

un punto había un largo trozo de cuerda sobre la berma. En otro, una red de pesca cuidadosamente doblada y sujeta con piedras. El conductor nocturno no vio a nadie cerca.

Beto Saldaña puso una canción lenta. No una cumbia. Una balada con saxofón, de las que antes sonaban en bodas y despedidas. El conductor nocturno recordó a una mujer llamada Elena. No su rostro. Su mano sobre la ventana abierta de un bus. Las uñas rojas. Un anillo en el dedo medio. Ella viajaba a menudo hasta Las Palmeras y a veces más allá, cuando quería hablar con él. Más tarde se había ido a Lima. Después a España, según había dicho alguien. El conductor nocturno no sabía si era verdad.

Había escuchado esa canción con ella. Una vez. Tal vez más. En su memoria era un solo viaje largo por la tarde, aunque debió de abarcar días distintos. Elena le había dicho que no recorriera siempre la misma ruta. Él le había preguntado qué otra ruta había. Ella se rio. En aquel momento no entendió si hablaba de la carretera.

El saxofón sonaba delgado y áspero en los parlantes. El conductor nocturno bajó un poco el volumen.

—No —dijo alguien.

Dejó la mano sobre el dial.

—¿Qué no?

—No lo baje.

El conductor nocturno devolvió la música al volumen anterior. En el espejo se movió una chaqueta clara sobre las rodillas de alguien. Una mano acomodó la tela. Nada más.

—¿Conocía la música? —preguntó una voz.

—Sí.

—¿Era buena?

El conductor nocturno lo pensó.

—En ese entonces.

—¿Y ahora?

—Ahora es vieja.

—Esa no era la pregunta.

El conductor nocturno miró el asfalto.

—No.

—¿Qué no?

—Nada.

En la radio, el hombre siguió cantando sobre una mujer que esperaba en una parada de bus. El conductor nocturno ya no recordaba el último verso. Cuando llegó, lo recordó un segundo antes. El reloj marcaba 2:03.

Debían haber llegado a San Desvelo hacía mucho. Incluso conduciendo despacio. Incluso si el conductor nocturno se había equivocado con la hora en Puerto Esperanza. Miró el odómetro. El pequeño rodillo con las cifras estaba torcido detrás del vidrio. Desde la gasolinera habían recorrido treinta y dos kilómetros. Era demasiado. O no. El conductor nocturno no conocía la distancia exacta, solo la duración. Las carreteras se medían en minutos, no en kilómetros.

Delante apareció una luz. Blanca. Baja. El conductor nocturno levantó el pie del acelerador. La luz no se movía. No era un vehículo en sentido contrario. Tampoco una lámpara en un poste. Al acercarse, distinguió un terreno entre los muros de garúa. Un muro de ladrillos sin revocar. Detrás, una casa pequeña. Delante de la casa, un tubo fluorescente colgaba sobre una puerta.

Junto a la puerta había una máquina expendedora de bebidas.

El conductor nocturno nunca había visto una máquina expendedora en esa carretera. Era vieja, roja y estaba abollada en un costado. En la parte delantera se leía, en letras blancas sin desteñir, el nombre de una gaseosa que llevaba años usando otro logotipo. Delante de la máquina había un

hombre sentado en una silla de plástico. Llevaba una camisa clara. Su rostro permanecía en la sombra.

Cuando pasó el colectivo, el hombre levantó una mano.

No para saludar. Más bien como si quisiera que el conductor nocturno redujera la velocidad.

No lo hizo.

—Allí quería subir alguien —dijo una voz.

—Aquí no hay paradero.

—Antes tampoco había.

—¿Qué pasó antes?

Nadie respondió.

El terreno desapareció. La garúa se cerró. El conductor nocturno miró por el espejo. La carretera detrás del colectivo estaba despejada. La luz blanca ya no se veía.

En la radio terminó la balada. Beto Saldaña leyó saludos. Para los trabajadores de la fábrica de harina de pescado. Para un conductor llamado Mauro, camino a Casma. Para una mujer en el hospital de Chimbote. Después dijo el nombre del conductor nocturno.

No el nombre que usaba la mayoría de la gente. Su segundo nombre, que solo habían conocido su madre y dos maestros.

El conductor nocturno quitó una mano del volante y apagó la radio.

La música se cortó. Dentro del colectivo quedaron el motor, los neumáticos sobre el asfalto y una ventana floja que traqueteaba con cada desnivel.

Nadie habló.

El conductor nocturno continuó. Las estrellas estaban sobre él. La garúa, a la izquierda y a la derecha. Esperó que alguien exigiera que volviera a encender la radio. Nadie lo hizo.

Al cabo de un minuto, él mismo buscó el botón.

La radio se encendió. Beto Saldaña seguía hablando. La frase no continuó desde donde se había cortado. Empezó con las últimas palabras del saludo.

—...y para nuestro amigo de la ruta nocturna. Tú sabes quién eres.

—Faltan cuatro horas —dijo Beto.

El conductor nocturno apartó la mano del dial.

No se decía así.

Él lo decía así.

Entonces Beto soltó una risa breve y golpeó dos veces la mesa.

El conductor nocturno no volvió a apagar la radio.

—¿Tenemos que regresar? —preguntó alguien.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque San Desvelo está delante de nosotros.

—¿Está seguro?

El conductor nocturno miró la carretera. —Sí.

Era una respuesta. No una certeza.

Los muros de garúa descendieron lentamente. Al principio, solo unos centímetros. Luego volvieron a verse partes del paisaje detrás de ellos. A la derecha, una superficie plana y oscura donde había varios botes por encima de la línea del agua. A la izquierda, piedras sueltas y los contornos inferiores de las laderas. El cielo seguía despejado.

Beto Saldaña anunció frío costero, garúa densa y buena visibilidad en la Panamericana. Después dijo el día: miércoles.

El reloj del colectivo marcó 2:17 y se detuvo. Cuando un pasajero preguntó, el conductor nocturno respondió con la hora.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Todavía?

En el espejo, nadie movió la boca.

Delante de ellos parpadeó una luz roja.

El conductor nocturno se enderezó. La luz desapareció. Volvió. Más a la derecha apareció una segunda. Las luces de seguridad aérea del Cerro Dormido. Debajo, un poco más al sur, las luces de la estación meteorológica en el Cerro Vigía.

Rojo.

Blanco.

Rojo.

Blanco.

No habían ido apareciendo poco a poco desde la distancia. Un instante antes, el cielo estaba vacío sobre la carretera. Ahora estaban allí, claras y cercanas, como si alguien hubiera retirado una cubierta oscura.

Dentro del vehículo, varias personas se movieron al mismo tiempo. La tela susurró. Alguien levantó una bolsa del suelo.

—Allí —dijo alguien.

El conductor nocturno asintió, aunque nadie podía verlo. —San Desvelo.

Los muros de garúa se deshicieron. No como algo sólido. Simplemente perdieron sus bordes rectos. Unas franjas grises atravesaron la berma y pronto volvieron a estar donde solía estar la garúa: en las hondonadas, sobre terrenos abiertos y entre las primeras casas. La carretera se ensanchó. Apareció un letrero oxidado. Después, un muro con un anuncio electoral del que solo quedaban un ojo y parte de un nombre.

La primera gasolinera estaba cerrada. Sobre los surtidores ardía una sola lámpara. Un perro yacía bajo el techo y levantó la cabeza cuando pasó el colectivo. Después vinieron los talleres de la periferia norte. Portones de calamina. Pilas de neumáticos viejos. Un mototaxi sin rueda delantera sobre dos bloques de concreto.

El conductor nocturno exhaló. Solo entonces notó que había estado encogiéndose los hombros.

En la radio sonaba una tanda publicitaria. Una voz ofrecía terrenos en Las Palmeras. Conexión de agua preparada. Electricidad en proyecto. Pago en cuotas. El conductor nocturno conocía las calles que se anunciaban en aquel entonces. Hoy había allí casas, talleres y una escuela pequeña. Algunos terrenos seguían vacíos.

Giró hacia Las Palmeras. Bajo las primeras luces anaranjadas de la calle, los pasajeros se hicieron visibles. Una mujer mayor junto a la ventana. Un hombre con una bolsa negra. Dos trabajadores jóvenes con chaquetas polvorientas. Una madre con un niño dormido. No había nadie en el último asiento.

El conductor nocturno volvió a mirar por el espejo. Cinco personas. Tal vez habían sido cinco desde el principio.

—¿Quién baja primero? —preguntó.

La mujer mayor levantó la mano. —En la bodega.

No conocía su voz. El hombre de la bolsa negra dijo: —Mercado. Uno de los trabajadores dijo El Alto. La madre guardó silencio.

Ninguna de las voces sonaba exactamente como las voces de la carretera.

El conductor nocturno siguió avanzando. El reloj marcaba 2:17.

Se detuvo frente a la bodega. La mujer mayor bajó arrastrando una bolsa de tela. Le dio las gracias. El conductor nocturno la observó hasta que abrió una puerta en un muro bajo. Luego cerró la puerta del colectivo.

—¿No deberíamos ver ya las luces del cerro? —preguntó alguien detrás de él.

El conductor nocturno miró de inmediato por el espejo.

El hombre de la bolsa negra miraba por la ventana. Los trabajadores estaban sentados uno junto al otro. La madre sostenía al niño. Ninguno movía la boca.

—Ya llegamos —dijo el conductor nocturno.

Nadie respondió.

Siguió hasta Centro. El Mercado estaba cerrado. Había luz frente a la Municipalidad. El parque de al lado estaba oscuro. El hombre de la bolsa negra bajó. Después, los dos trabajadores. La madre permaneció sentada.

—¿Adónde necesita ir? —preguntó el conductor nocturno.

Ella levantó la cabeza. Bajo la luz de la calle, su rostro se veía joven y cansado. —Ya pasé mi destino.

—¿Dónde?

Miró por la ventana. —Antes de la ciudad.

El conductor nocturno puso una mano sobre la palanca de cambios. —Allí no hay nada.

—Lo sé.

El niño dormía sobre su hombro. La mujer se levantó. —Bajaré aquí.

Caminó hacia la puerta. El conductor nocturno la abrió. Antes de bajar, ella miró la radio.

—Mi madre escuchaba esa emisora —dijo.

—Mucha gente la escuchaba.

—Yo no.

Bajó. El conductor nocturno cerró la puerta. La mujer caminó con el niño en dirección al Mercado y desapareció en la siguiente esquina.

El colectivo quedó vacío.

En la radio terminó la publicidad. Beto Saldaña dijo que eran las dos y diecisiete. Entonces comenzó la misma canción del principio. Tres compases. La voz de la mujer. Un regreso que ya nadie esperaba.

El conductor nocturno permaneció detenido frente a la Municipalidad. Apagó el motor. La música siguió sonando.

Sin el diésel, la radio sonaba más delgada. Casi lejana. El conductor nocturno permaneció sentado en el interior cálido y miró a través del parabrisas. En el Cerro Dormido parpadeaban las luces rojas. Al lado, la estación meteorológica. Sobre Centro, la garúa estaba baja entre las casas. El cielo por encima seguía despejado.

Giró lentamente el dial hacia la izquierda. La música se debilitó. Poco antes del tope desapareció. No hubo estática. Solo silencio.

El conductor nocturno giró en sentido contrario.

La frecuencia estaba vacía.

Buscó a la derecha y a la izquierda. Una emisora de Chimbote. Publicidad. Luego una prédica. Después, estática. Radio Desvelo no volvió.

El conductor nocturno apagó la radio. Sobre el espejo, el rosario colgaba inmóvil. Miró el reloj.

2:17.

Entonces cambió la pantalla.

2:18.

El conductor nocturno bajó. Desde el oeste, la garúa se posaba sobre las casas, el metal y el vidrio. En algún lugar sonaba otra cumbia.

Muy al norte, una sola luz roja parpadeó por un instante. No estaba en el cerro, sino más abajo, casi a la altura de la carretera.

Luego desapareció.

Capítulo 13: La licencia de radiodifusión

El conductor nocturno llegó a la Municipalidad a las nueve y dieciocho. Para entonces, Teresa ya había buscado dos partidas de nacimiento, recibido una queja por un desagüe obstruido y explicado tres veces a la fotocopiadora que no existía la bandeja 2. La fotocopiadora seguía mostrando ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2. Teresa había decidido ignorarla hasta las diez.

El conductor nocturno se detuvo frente a su escritorio. Llevaba la misma chaqueta oscura que usaba de noche, aunque afuera el sol daba sobre la fachada de la Municipalidad. En una mano sostenía sus llaves. En la otra, un papelito doblado dos veces. Teresa lo conocía de vista. Por las noches estacionaba el colectivo frente al Archivo y a veces dormía en el asiento trasero hasta que comenzaba el primer recorrido de la mañana. No sabía su nombre.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué necesita?

—Una información.

Teresa miró a las tres personas que esperaban detrás de él. Una mujer con una carpeta, un hombre con una bolsa de plástico llena de recibos y la señora Milagros, que esa mañana no llevaba nada en las manos y, por lo tanto, probablemente sería quien más tiempo se quedaría.

—¿Qué información?

—Radio Desvelo.

Teresa volvió a tomar el bolígrafo que acababa de dejar. El nombre le sonaba. No como el nombre de una emisora. Más bien como algo que había figurado en una factura antigua. O en una placa de inventario. En San Desvelo había muchas cosas cuyos nombres se conocían sin saber si todavía existían.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero saber cuándo cerró la emisora.

Teresa miró la hora. Las nueve y diecinueve.

—¿Por qué?

El conductor nocturno hizo girar entre los dedos el papel doblado.

—Porque la capté anoche.

Alguien se movió detrás de él. Apenas lo suficiente para que Teresa notara que quienes esperaban estaban escuchando.

—¿Qué emisora?

—Radio Desvelo.

—Está cerrada.

—Por eso pregunto.

Teresa dejó el bolígrafo. En la pantalla de la fotocopiadora apareció LISTO. Ella la miró. La máquina zumbó una vez, aunque nadie estaba sacando copias, y después volvió a mostrar ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2.

—¿Cuándo la captó?

—Entre Puerto Esperanza y aquí.

—¿A qué hora?

—Después de medianoche.

—¿Más exactamente?

El conductor nocturno miró sus llaves.

—No exactamente.

Teresa acercó una hoja en blanco. Escribió RADIO DESVELO. Debajo: recepción nocturna. Carretera Puerto Esperanza–San Desvelo. Luego se detuvo.

—¿Qué transmitían?

—Música.

—¿Cuál?

—Cumbia.

Teresa lo miró.

—Eso no ayuda a precisar.

—Antigua.

—¿Cumbia antigua?

—En esa época era nueva.

Teresa esperó. El conductor nocturno desdobló el papel. Allí había una frecuencia. 103.7. Debajo había escrito un nombre: Radio Desvelo. Los números estaban anotados con un bolígrafo azul que había fallado en algunos trazos.

—¿Y solo quiere saber cuándo cerró?

—Sí.

—¿No quiere presentar una queja?

—No.

—¿No hubo interferencias?

—Para mí, no.

Teresa tomó el papel. Observó la frecuencia. Luego, a quienes esperaban.

—Tome asiento.

El conductor nocturno miró las sillas del pasillo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todavía no lo sé.

—Entonces volveré más tarde.

—Cuando lo encuentre, ya será más tarde.

Él lo pensó. Luego se sentó junto a la señora Milagros. Ella se corrió un poco hacia un lado, aunque había habido suficiente espacio entre los dos.

Teresa atendió primero a la mujer de la carpeta. Después, al hombre de los recibos. La señora Milagros quería saber por qué el reloj del parque llevaba tres días mostrando la misma temperatura. Teresa explicó que el reloj pertenecía a la farmacia. Milagros dijo que en la farmacia la habían enviado a la Municipalidad. Teresa preguntó quién exactamente. Milagros no lo sabía. Teresa escribió FARMACIA – RELOJ en un papel y lo dejó junto al papel que decía RADIO DESVELO. Después volvió a ser el turno del conductor nocturno.

—Venga.

Lo condujo por el pasillo, pasando junto a la fotocopidora y el estante 7. Sobre el estante estaba la caja LOS PINOS – TEMPORAL. A su lado, tres mapas de calles antiguos, una impresora sin cable y una caja con llaves que no correspondían a ningún edificio conocido. El conductor nocturno no miró la caja. Siguió a Teresa hasta el pequeño cuarto de los expedientes administrativos.

Teresa y Alberto buscaron las licencias de radiodifusión en el archivo. Los archivadores estaban ordenados por años, operadores y frecuencias; ningún sistema de organización conducía de manera fiable al mismo conjunto de documentos.

Finalmente encontraron un expediente delgado con el nombre RADIO DESVELO. Faltaban varias páginas. En la última que quedaba figuraba una frecuencia que hoy estaba asignada a una emisora de Chimbote.

Teresa puso la carpeta sobre la mesa. El conductor nocturno se acercó. La primera hoja era un permiso provisional de funcionamiento del 14 de marzo de 1987. Operador: Comunicaciones Costeras San Desvelo S.A. Frecuencia: 103.7 MHz. Ubicación: Sector El Faro, Parcela 6. Potencia

de transmisión: 500 vatios. La firma del alcalde de entonces consistía en una gran inicial y varias líneas que se perdían al final.

—1987

dijo Teresa.

—Sí.

—La contraseña del hostel.

El conductor nocturno la miró.

—¿Qué?

—Nada.

Siguió pasando las hojas. Plano de construcción. Cimentación del mástil. Permiso para un generador. Factura por doscientos metros de cable coaxial. Una carta del Ministerio de Transportes y Comunicaciones. Una lista de inspecciones técnicas. En una hoja se veía el logotipo de la emisora: un círculo negro con una línea costera blanca y tres ondas estrechas. Debajo, la frase: RADIO DESVELO – LA VOZ DE LA COSTA.

El conductor nocturno apoyó dos dedos en el borde de la hoja sin llegar a tocarla.

—Eso decían.

—¿Anoche?

—En ese entonces también.

Teresa tomó un lápiz y escribió en su papel: Identificación de la emisora confirmada. Tachó confirmada. En su lugar escribió: Identificación de la emisora según expediente.

Detrás de la documentación técnica había parrillas de programación. Noticias matutinas. Precios del mercado. Bloques musicales. Saludos y avisos pagados. Un programa para pescadores que había comenzado a las cuatro y media. Una hora de boleros los domingos. Un programa nocturno diario de las veintidós a las cuatro. El título había sido estampado con tinta roja en cada hoja: RUTA NOCTURNA.

—¿Conoce esto?

El conductor nocturno leyó el nombre.

—Sí.

—¿Era ese el programa?

—Tal vez.

Teresa giró la hoja hacia él. Debajo del título figuraban los elementos del programa: CUMBIA / MENSAJES / ESTADO DE CARRETERA / DEDICATORIAS / HORA EXACTA. Debajo había un agregado manuscrito: CAMIONES NORTE-SUR.

—¿Mencionaron la carretera?

—Dijeron que estaba despejada.

Teresa lo miró.

—¿Quién?

—El locutor.

—¿Qué locutor?

El conductor nocturno miró las parrillas de programación. Teresa siguió pasando las hojas. Al final del mes estaban las nóminas del personal. Técnicos. Vendedores. Administración. Locutores. Junto a RUTA NOCTURNA figuraban dos nombres. Uno estaba tachado. El otro era: BETO SALDAÑA.

El conductor nocturno no dijo nada. Teresa lo notó de todos modos.

—¿Lo conocía?

—Todo el mundo lo conocía.

—¿Personalmente?

—No.

Teresa esperó. El conductor nocturno siguió mirando el nombre.

—Tenía una voz grave —dijo finalmente—. No especialmente buena. Pero se la reconocía.

—¿Era él?

—¿Anoche?

—Sí.

El conductor nocturno puso las llaves sobre la mesa. El metal tintineó brevemente.

—Eso creo.

—¿Lo cree o lo sabe?

—En ese entonces lo sabía.

Teresa volvió a mirar el nombre. Al lado figuraban un número de empleado y una dirección en El Faro. Ningún número de teléfono. En la página siguiente había un contrato. Inicio: 1988. Por un plazo de seis meses. Después, una prórroga. Otra más. La última terminaba en 1994. Teresa pasó las hojas hacia atrás y luego hacia delante otra vez.

—¿Cuándo escuchó la emisora?

—¿Antes?

—Anoche.

—Después de Puerto Esperanza.

—¿Antes de qué kilómetro?

—No lo sé.

—¿Antes de la vieja cabaña de pescadores?

El conductor nocturno la miró.

—¿Cuál?

—No sé. Usted mencionó cabañas de pescadores.

—No mencioné ninguna.

Teresa se detuvo. Miró su papel. Allí no decía nada sobre cabañas de pescadores. No recordaba que él hubiera hablado de ellas. Tal vez lo había supuesto. La carretera bordeaba la costa. Allí había cabañas. Eso no era información.

—Bien —dijo.

—¿Qué está bien?

—Nada.

Dejó a un lado la documentación del personal y buscó el cese. No podía estar en el archivador de 1984 a 1992. Teresa tomó el segundo archivador. RADIO DESVELO aparecía allí varias veces. Renovación de la licencia de radiodifusión en 1993. Permiso para renovar el mástil en 1995. Queja por ruido nocturno en 1996, aunque las emisoras de radio normalmente no se oían desde afuera. Un informe de inspección de 1998. Una solicitud de repuestos para el generador en 1999. Después faltaban dos años.

Entre 1999 y 2002 solo había una hoja delgada. Decía que los expedientes habían sido trasladados debido a daños por agua. El cuarto donde se encontraba Teresa no mostraba rastros visibles de daños por agua. El antiguo encargado del archivo había afirmado una vez que en el año 2000 se había reventado una tubería. Alberto decía que en ese entonces no había ninguna tubería de agua en esa parte del edificio. Teresa había archivado ambas declaraciones.

En 2002 encontró un requerimiento del ministerio. En 2003, una prórroga provisional. En 2004, una carta con el asunto CESE DE OPERACIONES. Cese de las transmisiones. Teresa sacó la hoja.

—Aquí.

El conductor nocturno se inclinó hacia delante. La carta era del 28 de septiembre de 2004. Decía que Comunicaciones Costeras San Desvelo había cesado sus operaciones por razones económicas. La frecuencia debía quedar libre en un plazo de treinta días, el transmisor debía ser puesto fuera de servicio y la licencia debía ser devuelta.

—2004 —dijo Teresa.

El conductor nocturno siguió leyendo.

—Eso encaja.

—¿Con qué?

—Más o menos.

Teresa tomó la hoja siguiente. Era una constancia de recepción de la Municipalidad. Después, una lista de inventario. Dos consolas de mezcla. Tres micrófonos. Un tocadiscos. Dos reproductores de CD. Una casetera. Generador. Batería de emergencia. Mástil de transmisión. Antena. En observaciones decía: ASUMIDO PARCIALMENTE POR LA MUNICIPALIDAD.

—¿Por qué?

—Tal vez por deudas.

—¿Dónde están las cosas?

Teresa pasó hasta el final de la lista. Ninguna ubicación. Solo un número de inventario.

—Eso debería figurar en el inventario.

—¿Figura?

—Voy a revisar.

El conductor nocturno volvió a tomar sus llaves.

—Entonces fue en 2004.

—Probablemente.

—Con eso me basta.

Teresa miró el expediente. Detrás del documento de cese todavía quedaban unas veinte páginas.

—No.

—¿Qué no?

—A mí no me basta.

Siguió pasando las hojas. Una orden de mantenimiento de 2005. Sustitución de un fusible en la sala del transmisor. Un formulario de 2006 sobre el consumo de diésel en la ubicación de El Faro. Una factura de 2007 por la renovación de un pararrayos. En cada caso, el solicitante era la Municipalidad de San Desvelo.

El conductor nocturno se quedó quieto.

—Tal vez por el mástil.

—El mástil formaba parte de la instalación.

—Todavía está en pie.

—Sí.

Teresa tomó la página siguiente. 2008. Mantenimiento de las luces de la antena. 2009. Reparación de una puerta. 2010. Inspección del generador. 2011. Sustitución de un tramo de cable. Después terminaba el archivador.

—Tal vez siguieron usando el edificio.

—¿Para qué?

—Como depósito.

—Entonces no se repara un generador.

—Tal vez sí.

Teresa lo miró.

—Usted no cree eso.

—No.

Puso las hojas una junto a la otra. Cese en 2004. Mantenimiento hasta 2011. El conductor nocturno ya no miraba los expedientes. Miraba el plano de la pared. Al norte de El Faro, la

Parcela 6 no aparecía. Allí solo había una superficie gris clara entre la carretera costera y el Pacífico.

—¿Cuándo fue allí por última vez?

—¿A la emisora?

—Sí.

—Nunca.

Teresa lo miró.

—La escuchó durante años.

—Por radio.

—¿Y nunca fue hasta allí?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Eso también era cierto.

El rastro del inventario conducía a un edificio llamado Depósito Norte. Una nota declaraba operativa la instalación en 2011; un sello posterior fechaba el mismo estado en 2018. Entre ambos no había ninguna reactivación.

En un plano, una línea iba del depósito a la estación meteorológica y una segunda, hacia la costa. En el borde sur no terminaba, sino que salía del papel.

Regresaron al cuarto de los expedientes. Sobre la mesa, la carpeta estaba abierta en RUTA NOCTURNA. Teresa se sentó. El conductor nocturno permaneció de pie. Afuera pasó un mototaxi. A través de la ventana cerrada, el motor apenas se oía. Durante unos segundos entró música desde la calle. Cumbia. Moderna. Teresa esperó hasta que el vehículo se alejó.

—¿Qué escuchó exactamente?

El conductor nocturno miró la parrilla de programación.

—Una canción.

—¿Cuál?

—Ya no recuerdo el título.

—Pero la conocía.

—En esa época todos la conocían.

—¿Qué más?

Ahora sí se sentó. Puso las llaves delante de él, sobre la mesa.

—Publicidad de Alcázar.

Teresa miró el cajón de la D de Desvelo. Allí estaba la carpeta de la Distribuidora Alcázar.

—¿La empresa de papel tapiz?

—Materiales de construcción. Pinturas. Tal vez papel tapiz.

—Continúe.

—El locutor leyó noticias. Nada importante. Una carretera estaba cerrada. Debía celebrarse una fiesta el domingo. Después, saludos para conductores.

—¿Nombres?

El conductor nocturno guardó silencio un momento.

—Mauro. Camino a Casma.

Teresa anotó el nombre.

—¿Conocía a Mauro?

—No.

—¿Y la hora exacta?

El conductor nocturno levantó la mirada.

—¿Cómo sabe de eso?

Teresa señaló la parrilla de programación. HORA EXACTA.

—¿La anunciaron?

—Sí.

—¿Qué hora?

El conductor nocturno tomó las llaves. Las desplazó un centímetro hacia la izquierda. Luego las devolvió a su lugar.

—Las dos y diecisiete.

En el cuarto no se oía nada salvo el ventilador de la computadora de la oficina contigua. Teresa miró el reloj de la pared. Las diez y cuarenta y seis.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Y su reloj?

—También.

Teresa escribió 2:17. No lo tachó.

Al final de la carpeta encontró un sobre. No estaba pegado. Decía RUTA NOCTURNA – MATERIAL. Dentro había fichas con textos publicitarios, indicaciones y anuncios breves. Teresa sacó el montón. Los bordes de las fichas se habían ablandado. Algunas tenían manchas de café. Una era para Distribuidora Alcázar. Una, para la gasolinera de Puerto Esperanza. Una, para un hostel en Centro. Una recordaba a los conductores que redujeran la velocidad cuando hubiera garúa. Otra contenía la identificación de la emisora.

Teresa no leyó en voz alta. RADIO DESVELO, LA VOZ DE LA COSTA. MÚSICA, NOTICIAS Y COMPAÑÍA PARA TODOS LOS QUE AÚN ESTÁN EN CAMINO.

El conductor nocturno no tomó la ficha. Solo la miró.

—Eso era.

—¿Qué?

—Compañía para todos los que aún están en camino.

Teresa dio vuelta la ficha. En el reverso decía a lápiz: 02:17 – PASO NORTE. Debajo, una segunda línea: VERIFICAR LUCES CERRO.

Le mostró el reverso al conductor nocturno.

—¿Qué significa Paso Norte?

—Tal vez el tramo norte.

—¿Cuál?

—La carretera.

—¿Por qué tenían que verificar las luces del cerro?

El conductor nocturno miró la ficha. Luego, el plano de la pared. Allí, Cerro Dormido solo estaba representado por una curva de nivel marrón. La estación meteorológica de Cerro Vigía tenía un pequeño cuadrado negro.

—Para que los conductores supieran que iban por el camino correcto.

Teresa esperó.

—En la carretera primero se ven las luces rojas —dijo él—. Entonces uno sabe que San Desvelo está cerca.

—¿Y anoche?

El conductor nocturno tomó sus llaves de la mesa.

—Aparecieron tarde.

Teresa devolvió la ficha al sobre. No cerró la carpeta.

—Voy a sacar una copia.

—¿De qué?

—Del documento de cese. De los mantenimientos. De la parrilla de programación.

—¿Para mí?

—No.

El conductor nocturno se puso de pie.

—Entonces fue en 2004.

—Oficialmente.

—¿Y extraoficialmente?

Teresa miró los archivadores. 2005. 2006. 2007. 2011. 2018.

—No hay un campo para eso.

El conductor nocturno asintió como si hubiera recibido una respuesta completa. Se detuvo junto a la puerta.

—¿Va a anotar mi nombre?

—No sé su nombre.

Él se lo dijo. Teresa lo escribió en el papel debajo de 2:17. Después se fue. En el pasillo, la señora Milagros le preguntó algo. Él no respondió. Poco después, Teresa oyó la puerta lateral de la Municipalidad.

Llevó la carpeta a la fotocopidora. La pantalla mostraba ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2. Teresa abrió la tapa delantera. No había papel. Abrió la trasera. No había papel. Sacó la bandeja 1 y volvió a meterla. La pantalla cambió a LISTO.

Teresa puso la carta de cese sobre el cristal y presionó Inicio. La fotocopidora tomó una hoja. La luz recorrió el cristal por debajo. La primera copia salió limpia. La segunda también. Con la parrilla de programación, la máquina se detuvo. En la pantalla apareció: REVISAR ORIGINAL.

Teresa levantó la tapa. La hoja estaba recta sobre el cristal. RUTA NOCTURNA. CUMBIA. MENSAJES. ESTADO DE CARRETERA. DEDICATORIAS. HORA EXACTA. Volvió a bajar la tapa y presionó Inicio.

La fotocopidora zumbó. Por un momento, de su interior salió un tono grave, uniforme y apenas más fuerte que el ventilador. Luego la luz se movió. La copia salió.

Teresa la tomó. Arriba decía RUTA NOCTURNA. Debajo, las líneas estaban tenues, pero eran legibles. En el margen inferior de la página había una línea adicional que no figuraba en el original.

EMISIÓN ACTIVA

Teresa volvió a levantar la tapa. La línea no estaba en el original. Puso la copia junto a la hoja. Comparó los bordes. La tipografía. La distancia.

Volvió a copiar la página.

La segunda copia no contenía la línea adicional.

Teresa miró la primera copia. EMISIÓN ACTIVA. Emisión activa. Las letras no eran más oscuras que el resto del texto. Parecían haber estado siempre allí.

Alberto entró en el cuarto.

—En la farmacia dicen que su reloj funciona.

Teresa señaló las copias.

—¿Ves alguna diferencia?

Alberto tomó ambas hojas. Leyó. Luego las sostuvo a contraluz.

—Aquí hay una línea más.

—No está en el original.

Alberto miró la fotocopidora.

—Error de software.

Teresa lo miró.

—Tú no eres Rafael.

—Bien.

Él le devolvió las hojas.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Teresa sacó del armario una carpeta marrón nueva. En la portada escribió RADIO DESVELO. Debajo: LICENCIA / CESE / INVENTARIO. Metió las copias. Primero la que tenía la línea adicional y la otra detrás. Luego tomó el papel con la frecuencia, el nombre del conductor nocturno y la hora 2:17. También lo metió en la carpeta.

—¿Dónde va la carpeta? —preguntó Alberto.

Teresa miró los estantes. Expedientes comerciales. Telecomunicaciones. Inventario. Estante 7.

—Provisionalmente —dijo.

Llevó la carpeta al espacio detrás de la fotocopidora. En el estante 7 estaba la caja LOS PINOS – TEMPORAL. Teresa puso RADIO DESVELO a su lado. La carpeta era delgada y no se sostenía sola. La encajó entre la caja y la impresora sin cable.

Cuando regresó, la fotocopidora volvía a mostrar ATASCO DE PAPEL BANDEJA 2.

Teresa la ignoró hasta el mediodía.

Capítulo 14: No del todo recto

Lucía regresó un jueves poco antes de las cinco. Bajo el brazo llevaba el papel tapiz amarillo con hojas verdes y flores blancas.

—No pega —dijo Ernesto.

—Sí pega. El patrón no coincide.

Sobre el mostrador, Lucía puso dos tiras una junto a la otra. Media flor terminaba en el borde; en la tira siguiente, una hoja comenzaba unos centímetros más abajo. Girar, desplazar y superponer arreglaba una parte y estropeaba otra.

De las cuatro tiras cortadas, solo encajaba la primera.

—¿Cuántas tiras ya cortó?

preguntó él.

—Cuatro.

—¿Y todas están así?

—Tres. La primera está bien.

—Entonces use la primera.

—¿Para toda una pared?

Ernesto miró la puerta abierta detrás del área de ventas.

—No.

Lucía siguió su mirada.

—Quiere volver al fondo.

—Tal vez el rollo esté mal.

—Lo encontró allí.

—Por eso.

Mientras afuera una camioneta de reparto hacía vibrar la vitrina, bajo la música y el ruido de la calle persistía un tono grave. Ernesto apagó la radio y las luces. El zumbido permaneció.

En el segundo estante, la última lata de pintura estaba alineada al ras con las demás. Lucía recordaba haberla enderezado en su visita anterior.

Ernesto la adelantó el ancho de tres dedos y giró la etiqueta para sacarla de la línea. Después volvió a colocar desplazada bajo el mostrador la última caja de cinta de enmascarar.

El zumbido se volvió más opaco.

—¿Qué está haciendo?

—Bajándolo.

—¿Con la distancia?

—¿Qué distancia?

Ernesto se enderezó.

—La correcta.

Lucía miró las muestras de color. Descolgó Blanco Humo y volvió a colgar la tarjeta junto a Blanco Tiza.

El zumbido perdió parte de su profundidad.

Durante unos segundos, Lucía solo oyó los tubos fluorescentes.

Luego el tono regresó. Más al fondo.

—Eso no es posible —dijo ella.

Ernesto miró la puerta del depósito.

—Sí lo es.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—No todo.

—¿Desde cuándo sabe lo suficiente para dejar inclinadas las latas de pintura?

Ernesto fue hasta la caja de brochas. La única brocha que en la primera visita había estado atravesada sobre las demás estaba bien ordenada. Ernesto la sacó y volvió a ponerla atravesada.

—Desde que las puse rectas.

—¿A quiénes?

—Las latas.

—¿Cuándo?

—Después del funeral de mi padre.

Lucía lo miró.

—Ordenó la tienda.

—Sí.

—Y entonces empezó a zumbir.

—No de inmediato.

—¿Cuánto tiempo después?

Ernesto lo pensó.

—Cuando terminé.

El zumbido volvió con más fuerza desde los cuartos del fondo. Un tintineo suave recorrió el segundo estante. Dos asas metálicas de las latas de pintura se tocaban.

Ernesto miró la puerta abierta.

—Usted giró el rollo rojo.

Lucía siguió su mirada.

—¿Qué rollo rojo?

—El del primer cuarto.

—¿El de las flores?

—Sí.

—Estaba al revés.

—No.

Lucía apoyó ambas manos sobre el mostrador.

—Usted me dijo expresamente que no lo girara.

—Sí.

—Porque, si no, no volvería a encontrarlo.

—También por eso.

—¿Y la otra razón?

Ernesto tomó el llavero del gancho.

—Está al fondo.

Lucía miró hacia el depósito.

El zumbido comenzó de nuevo.

Grave.

Pausa.

Grave.

Esta vez la pausa no estaba en silencio. En ella había un segundo tono muy bajo, casi más presión que sonido.

—No voy a volver hasta el último cuarto —dijo Lucía.

—No tiene que hacerlo.

—Bien.

—Tal vez solo hasta el anterior.

Lucía lo miró.

—Es casi lo mismo.

Ernesto tomó el rollo de papel tapiz del mostrador.

—No.

—¿Cuántos cuartos hay?

—¿Hoy?

Lucía guardó silencio.

Ernesto se dirigió a la puerta.

—Ya habla así aquí adelante.

—¿Cómo?

—Como al fondo.

Él se detuvo.

—Todavía no.

El primer cuarto del depósito estaba más iluminado que la última vez. El tubo fluorescente estaba encendido y el sol del área de ventas entraba por la puerta abierta hasta los primeros estantes. Los papeles tapiz estaban en sus hileras rotuladas. FLORES. GEOMÉTRICO. INFANTIL. RAYAS. El patrón del papel tapiz rojo de flores estaba orientado hacia el interior del cuarto. Lucía lo había girado en su última visita. Ernesto dejó el rollo amarillo en el suelo y se acercó al estante.

—Ayúdeme.

—¿Con qué?

—A girar.

—El rollo no pesa.

—No el rollo. El estante.

Lucía se acercó. El estante de madera estaba casi paralelo a la pared. Ernesto tomó el lado izquierdo y Lucía, el derecho.

—¿Hacia dónde?

—No mucho.

—¿Qué significa no mucho?

—Hasta que deje de estar recto.

—Ya no está del todo recto.

—No del todo recto de otra manera.

Levantaron el estante unos milímetros y lo giraron. Los bordes inferiores de madera rasparon las baldosas. Ernesto escuchó el zumbido.

—Más.

Lucía empujó.

—¿Más?

—Menos.

—¿Empujar menos o zumbir menos?

—Sí.

Lucía lo soltó.

Ernesto se quedó quieto. El tono era más débil. Giró el papel tapiz rojo de flores para que el patrón mirara hacia la pared. Luego sacó del estante un rollo geométrico hasta que su borde superior sobresalía aproximadamente el ancho de una mano.

—¿Por qué ese?

preguntó Lucía.

—Porque el rojo solo no basta.

—¿Qué hace el geométrico?

—Sobresale.

—Eso ya lo veo.

—Bien.

—Eso no fue una explicación.

—No.

El zumbido estaba ahora más al fondo. Del segundo cuarto llegaba una leve vibración de papel. Ernesto volvió a levantar el rollo amarillo.

—Sigamos.

Lucía se quedó donde estaba.

—Dijo que solo hasta el anterior.

—Todavía no estamos en el anterior.

—¿Anterior a qué?

Ernesto miró hacia el segundo cuarto.

—A eso.

Lucía lo siguió.

En el segundo cuarto, los patrones eran más antiguos. Flores marrones. Franjas anaranjadas. El papel tapiz de semicírculos beige ya no estaba en su lugar. Lucía lo reconoció en el suelo, bien enrollado y paralelo al estante.

—La última vez estaba colocado de otra manera —dijo ella.

—Sí.

—¿Usted lo movió?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Alguien a quien le gusta el orden.

Lucía lo miró.

—Se refiere a mí.

—Tal vez.

—No he estado aquí desde entonces.

—Entonces fue otra persona.

—¿Quién entra en sus cuartos del fondo?

—Nadie.

—Entonces no puede referirse a otra persona.

Ernesto dejó el rollo amarillo contra la pared.

—Por eso está mal colocado.

El zumbido se hizo más claro. Un tono grave recorrió los estantes. Lucía lo sintió en las plantas de los pies.

Ernesto tomó el papel tapiz de los semicírculos y lo puso en diagonal a través del paso entre dos estantes.

—Ahora nadie puede pasar.

—Sí puede.

—Solo si pasa por encima.

—Sí.

—¿Por qué eso es mejor?

Ernesto apoyó un muestrario de pie contra el rollo. Se cayó. Volvió a colocarlo, esta vez de modo que se apoyara en dos puntos.

—Porque uno no puede caminar en línea recta.

Lucía escuchó.

El zumbido volvió a perder fuerza.

—Lo que está recto lo encuentra más fácilmente —dijo Ernesto.

Lucía miró el estante.

—¿Qué lo encuentra más fácilmente?

—El zumbido.

—Un sonido no encuentra nada.

Ernesto pasó por encima del rollo.

—Entonces no es un sonido.

Lucía permaneció de su lado.

—¿Qué es?

Ernesto lo pensó.

—Fuerte.

—Eso tampoco es una respuesta.

—Aquí sí.

Lucía pasó por encima del papel tapiz.

En el tercer cuarto, los bordes abiertos del papel temblaban al ritmo del zumbido. La puerta siguiente estaba completamente abierta. Ernesto la movió despacio hasta dejar apenas el ancho de una mano y el tono se debilitó.

En el cuarto cuarto, varios rollos estaban demasiado ordenados unos junto a otros. Juntos los distribuyeron de nuevo: uno en diagonal, otro entre dos estantes, otro de tal manera que había que levantar el pie.

Lucía exigió saber si a la izquierda o a la derecha. Finalmente, Ernesto señaló el lugar frente a ella.

—Allí. Pero más inclinado.

Lucía lo giró.

—Más.

—¿Así?

—Demasiado.

—Entonces menos.

—Ahora está como antes.

Lucía se enderezó.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ernesto escuchó el zumbido.

—Todavía no está más bajo.

Lucía giró un poco el rollo en sentido contrario. El zumbido cayó de repente. No por completo, pero sí claramente. El tubo fluorescente quedó como un tono más agudo.

Ernesto asintió.

—Así.

Lucía miró el papel tapiz.

—Era casi la misma posición.

—No.

—La diferencia habrá sido de dos centímetros.

—Sí.

—¿Y dos centímetros hacen eso?

—Hoy.

Lucía tomó el rollo siguiente. Uno con pequeñas hojas marrones.

—¿Dónde va este?

—No pregunte.

—¿Por qué?

—Porque entonces tenemos que saber de dónde viene.

—¿De dónde viene qué?

—La respuesta.

Lucía sostuvo el rollo con fuerza.

—Sabe que está volviendo a hablar de manera extraña.

Ernesto miró la puerta siguiente.

—Más al fondo.

—Estamos aquí.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué dice más al fondo?

—Porque allí sucede.

—¿Qué?

Ernesto no respondió. Le quitó el rollo y lo puso atravesado sobre el primero. Los dos formaron una cruz baja e irregular.

El zumbido se desplazó. Lucía no podía describirlo de otra manera. Ya no estaba en el suelo, sino más arriba, aproximadamente a la altura de los estantes. Los listones de madera comenzaron a vibrar ligeramente.

Ernesto dejó un muestrario abierto en el suelo. Las páginas mostraban una secuencia de cuadrados verdes. Pasó las hojas hasta llegar a una con líneas irregulares. Luego dejó el libro abierto.

—¿Patrones? —preguntó Lucía.

—También.

—¿Cuáles ayudan?

—Los que no están completos.

—El patrón está completo.

—No si el libro queda abierto.

Lucía lo miró.

—Naturalmente.

—No.

—¿Qué no?

—Lo natural es demasiado ordenado.

Lucía exhaló.

—Bien.

Ernesto levantó la cabeza.

—Eso ayuda.

—¿Qué?

—Bien.

—Solo dije bien.

—Sí.

El zumbido se debilitó por un momento.

Lucía no dijo nada más.

En el quinto cuarto estaba más oscuro. El tubo fluorescente estaba encendido, pero su luz caía casi exclusivamente sobre las dos puertas. Los estantes de en medio eran superficies negras. Había rollos de papel tapiz en el suelo. Algunos paralelos, otros inclinados. Una tira de papel se extendía hasta la puerta siguiente.

Ernesto se detuvo en la entrada.

—Aquí alguna vez hubo silencio —dijo.

Lucía estaba detrás de él.

—¿Cuándo?

—Antes.

—¿Antes de qué?

—De que dejara de haber silencio.

Lucía miró hacia el cuarto.

—¿Ayuda si lo corrijo?

—¿En qué?

—Al hablar.

—Adelante.

—No estamos adelante.

—Por eso.

Entró. Lucía lo siguió. El zumbido se hizo más fuerte. Los estantes oscuros recibían el tono y lo devolvían en otro lugar. Venía de la pared izquierda. Luego del suelo. Luego del cuarto detrás de ellos.

Ernesto levantó un rollo. Debajo había otro cuyo patrón mostraba pequeños faroles anaranjados. Entre los faroles corrían rectángulos oscuros.

Lucía lo reconoció.

—San Desvelo.

—No.

—El papel tapiz se parece a la ciudad.

—La ciudad se parece al papel tapiz.

—La última vez no dijo eso.

—La última vez estaba abajo.

—Sigue estando abajo.

Ernesto lo observó.

—Entonces arriba era diferente.

Lucía se arrodilló. Uno de los faroles impresos estaba ligeramente desplazado. Su círculo de luz no estaba debajo del poste, sino a un lado. Pasó la mano sobre el papel.

El zumbido se hizo más fuerte.

Ernesto apartó la mano de Lucía.

—No.

Lucía se sentó sobre los talones.

—¿Por qué?

—Lo está alineando.

—Solo lo toqué.

—A veces basta con eso.

—¿Qué debo hacer?

Ernesto señaló la tira ancha de papel que llegaba hasta la puerta siguiente.

—Doblarla.

—¿Dónde?

—No por la línea.

—¿Qué línea?

—La recta.

Lucía tomó la tira. El patrón estaba compuesto por pequeñas casas, autobuses y faroles. Levantó el papel.

—Aquí hay una línea por todas partes.

—Entonces no por todas partes.

Lucía dobló la tira aproximadamente por la mitad. Ernesto negó con la cabeza.

—Demasiado parejo.

Ella volvió a abrirla y dobló una esquina en diagonal.

El zumbido se hizo más grave.

—¿Peor? —preguntó.
—Más cerca.
—¿Qué significa más cerca?
—Nos oye.

Lucía soltó el papel.

—Ernesto.
—Sí.
—Vamos a regresar.
—Todavía no.
—Sí.
—Entonces se queda aquí.
—Eso es lo que quiere.
—No.
—Dijo que debía quedarse al fondo.
—No aquí al fondo.

Lucía miró la puerta siguiente.

—¿Qué tan al fondo?

Ernesto escuchó.

—Más al fondo que nosotros.

El tubo fluorescente parpadeó. Por un momento, Lucía vio más estantes en la profundidad del cuarto. Detrás, una puerta. Detrás, luz. Cuando el tubo volvió a alumbrar de manera estable, la puerta estaba más cerca.

O tal vez antes no la había visto bien.

Ernesto levantó el pedazo de papel doblado.

—Así.

Puso encima un rollo de papel tapiz. El papel permaneció doblado en diagonal. El zumbido se debilitó un poco.

—Venga —dijo.

En el sexto cuarto había menos estantes. En cambio, había más rollos en el suelo. Algunos todavía estaban envueltos en plástico. Otros estaban abiertos y extendían tiras de papel sobre las baldosas. Un estante yacía volcado junto a la pared derecha.

Lucía se detuvo.

—Ese no lo vamos a levantar.
—No.
—Bien.
—Sí.
—¿Ahora bien ya no ayuda?

Ernesto escuchó.

—Después.

Se acercaron al estante volcado. No estaba completamente apoyado en el suelo. Tres rollos de papel tapiz sostenían una esquina. La madera estaba sometida a tensión.

Ernesto dejó al lado el rollo amarillo de flores blancas.

—¿Ese va aquí?

preguntó Lucía.

—Uno de ellos.
—¿Qué significa uno de ellos?
—El que no está en la pared.

—Mi papel tapiz está en mi pared.

—Entonces este.

Lucía miró el rollo.

—Quiere dejar aquí el segundo rollo.

—Solo hasta que esté más bajo.

—¿Y después?

—Después será después.

Lucía cerró los ojos brevemente.

—¿Qué tenemos que hacer?

Ernesto señaló el estante.

—Moverlo.

—¿En qué dirección?

—Fuera de la dirección.

—¿Cuál es la dirección?

—Aquella hacia la que apunta.

Lucía miró el estante volcado. Su borde superior apuntaba en diagonal hacia la puerta siguiente.

—¿Hacia la izquierda?

—No a la izquierda. Lejos.

—¿Lejos de la puerta?

—Lejos de donde la puerta es igual.

Lucía no dijo nada.

Ernesto se arrodilló. Apoyó ambas manos en el borde de madera.

—Ayúdeme.

Lucía se arrodilló del otro lado. El zumbido estaba ahora en la madera. Pasaba de sus dedos a sus brazos.

—A la cuenta de tres —dijo.

—¿Qué tres?

—Uno, dos, tres.

—Bien.

—Uno.

Ernesto ya estaba tirando.

—Espere.

—Usted empezó.

—Dije uno.

—Eso es empezar.

Lucía sostuvo el estante.

—Otra vez. Uno. Dos. Tres.

Empujaron. La madera se movió unos centímetros. Uno de los rollos que la sostenían se alejó rodando. El estante se hundió y golpeó las baldosas. El sonido fue breve y seco.

El zumbido se cortó.

Ambos permanecieron de rodillas.

Silencio.

No un silencio total. El tubo fluorescente zumbaba. En algún lugar del cuarto crujía papel. Desde la tienda, muy lejos hacia adelante, llegó amortiguada la bocina de un vehículo.

Lucía exhaló.

—¿Desapareció?

Ernesto levantó la mano.

Esperaron.

El zumbido regresó.

Más al fondo.

Grave.

Pausa.

Grave.

Ernesto asintió.

—Mejor.

Lucía se sentó sobre los talones.

—¿Eso es mejor?

—Sí.

—Todavía está ahí.

—Sí.

—No puede apagarlo.

Ernesto miró la puerta siguiente.

—No.

—Solo puede desplazarlo.

—No siempre.

—¿Qué puede hacer, entonces?

—Procurar que no esté adelante.

Lucía se puso de pie. Tenía polvo pegado a las rodillas.

—¿Y si alguien ordena?

—Entonces viene.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que alguien se detiene.

—¿Su padre lo sabía?

Ernesto acomodó el rollo amarillo de modo que no quedara paralelo al estante.

—Él nunca ordenaba.

—Tal vez lo sabía.

—Tal vez.

—¿No le dijo nada?

—Dijo que el rollo rojo se quedaba al revés.

—Y usted pensó que era desordenado.

—Era desordenado.

—Pero a propósito.

Ernesto lo pensó.

—No siempre.

Lucía miró la puerta siguiente. El cono de luz allí era estrecho. Detrás comenzaba otro cuarto.

—¿Tenemos que seguir?

—No.

—¿Está seguro?

—Por hoy.

Lucía asintió despacio.

—¿Y mañana?

Ernesto volvió a levantar el rollo amarillo.

—Mañana no está aquí.

Lucía lo miró.

—Vuelve a hablar así.

—Lo sé.

—¿Se da cuenta?

—Adelante.

Lucía guardó silencio. Luego regresó hacia la puerta.

En el quinto cuarto, el papel doblado seguía debajo del rollo. Allí apenas se oía el zumbido. Lucía se detuvo frente al papel tapiz de los faroles.

—¿Lo dejamos así?

—Sí.

—¿También el doblez?

—Sobre todo el doblez.

—Ahora el patrón está estropeado.

—Sí.

—Y por eso está más bajo.

Ernesto escuchó.

—Tal vez.

—No lo sabe.

—No por completo.

—Pero actúa como si tuviera un sistema.

—Tengo un sistema.

—¿Cuál es la diferencia?

Ernesto pasó por encima de un rollo.

—Funciona.

En el cuarto cuarto disminuía la sequedad. Lucía frotó el pulgar contra el índice. El zumbido estaba muy lejos detrás de ellos.

Señaló el muestrario abierto.

—¿Eso se queda en el suelo?

—Sí.

—Alguien va a tropezarse.

—Nadie viene aquí.

—Yo estoy aquí.

—Ya no por mucho tiempo.

—Eso suena descortés.

—Adelante lo digo mejor.

Lucía lo miró.

—Bien.

El zumbido se debilitó.

Ernesto se detuvo.

—Otra vez.

—¿Qué?

—Bien.

Lucía esperó.

—Bien.

El tono volvió a perder algo de su profundidad.

Ambos escucharon.

Lucía miró el muestrario abierto.

—Puede ser una coincidencia.

—Sí.

—Bien.

Nada cambió.

Ernesto asintió.

—Ahora no.

En el tercer cuarto, la puerta seguía abierta el ancho de una mano. Ernesto no la movió. La tira de papel verde ya no temblaba.

Lucía se detuvo frente a ella.

—¿Y si cierro esta puerta?

—No.

—¿Qué pasa?

—Se acerca.

—¿Qué tan rápido?

Ernesto miró la puerta.

—Más rápido que nosotros.

Lucía retiró la mano del picaporte.

En el segundo cuarto pasaron por encima del papel tapiz de semicírculos. Lucía se detuvo un momento y miró la barrera irregular.

—Esto es peligroso.

—Sí.

—¿Por qué no lo marca?

—Entonces sería una marca.

—Y eso sería demasiado ordenado.

—Sí.

—Al menos podría poner un letrero.

Ernesto lo pensó.

—¿Qué debería decir?

Lucía lo miró.

—Cuidado.

—¿Cuidado con qué?

Ella abrió la boca. Luego volvió a cerrarla.

—Bien —dijo Ernesto.

Esta vez nada cambió.

En el primer cuarto, la luz del área de ventas volvía a caer claramente sobre las baldosas. El patrón del papel tapiz rojo de flores estaba orientado hacia la pared. El estante estaba ligeramente girado. El rollo geométrico sobresalía el ancho de una mano.

Lucía se detuvo.

—Aquí es más normal.

—Sí.

—Usted también.

—Sí.

—Sabía que allá al fondo hablamos de otra manera.

Ernesto tomó bajo el brazo el rollo amarillo de papel tapiz.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo la primera vez?

—No habría entendido lo que quería decir.

—Ahora tampoco lo entiendo.

—Pero ayudó.

Lucía miró hacia atrás a través de los cuartos. Desde allí solo se veían dos puertas. Detrás había oscuridad.

—¿Por qué me llevó esta vez?

—No habría podido mover el estante yo solo.

Regresaron al área de ventas.

La luz se había debilitado entretanto. El sol estaba más bajo. En la calle, las primeras sombras se alargaban. El mototaxi de la esquina había desaparecido. El hombre de enfrente había pintado la mitad inferior de su pared y se había ido. La pintura todavía brillaba húmeda.

En la tienda apenas se oía el zumbido. Solo cuando Lucía se quedaba quieta y no prestaba atención a los tubos fluorescentes, percibía debajo un resto grave.

Ernesto puso el rollo amarillo sobre el mostrador.

—Su papel tapiz.

Lucía lo miró.

—¿Es el mismo rollo?

—Sí.

—¿Seguro?

Ernesto giró la etiqueta hacia ella.

1974.

DISTRIBUIDORA ALCÁZAR. LIMA.

—El segundo rollo está al fondo.

—Sí.

—¿Y este ahora coincide?

—Tal vez.

Lucía cerró los ojos.

—Adelante.

Ernesto la miró.

—¿Qué?

—Dijo que adelante habla mejor.

—Sí.

—Entonces dígame, por favor, si el papel tapiz ahora coincide.

Ernesto desenrolló un tramo. Puso al lado la tira que ella había traído. Las flores blancas se completaban. Las hojas verdes se unían.

Lucía se inclinó para mirar más de cerca.

—Antes no era así.

—No.

—¿Qué hizo?

—Puse el otro rollo al fondo.

—Eso no cambia este.

—Al parecer, sí.

Lucía tomó la tira y volvió a colocarla junto al rollo. El patrón coincidía.

Lo intentó en un segundo punto.

Allí también.

—No me lo voy a llevar —dijo.

Ernesto comenzó a enrollarlo.

—Bien.

—¿Simplemente está de acuerdo conmigo?

—Usted no lo quiere.

—Lo quiero. Pero no quiero tenerlo en mi pared.

—Eso es más difícil.

Lucía miró la puerta detrás del área de ventas.

—¿Qué pasa si ya lo pegué?

—¿Cuántas tiras?

—Una.

—¿La que coincide?

—Sí.

Ernesto lo pensó.

—Déjela.

—¿Y las demás?

—No.

—Entonces tendré una sola tira detrás de la cama.

—Sí.

—Se ve espantoso.

—Tal vez podría poner la cama delante.

Lucía lo miró.

—La cama ya está delante.

—Bien.

Ella tuvo que reírse. Solo un instante. Luego volvió a oír el zumbido grave. Muy lejos al fondo.

—No se lo va a contar a nadie —dijo.

Ernesto tomó el cordel y lo ató alrededor del rollo.

—No.

—¿Por qué no?

—¿A quién?

—A la Municipalidad.

—¿Qué se supone que harían?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—A la estación meteorológica. A Rafael o Inés.

Ernesto la miró.

—¿Por qué a la estación meteorológica?

Lucía vaciló.

—Porque miden cosas.

—¿Papel tapiz?

—Zumbidos.

Ernesto se detuvo con el cordel en la mano.

—¿Cómo sabe eso?

—La gente habla.

—¿Quién?

—La gente.

—¿Qué gente?

—Adelante.

Ernesto miró la puerta abierta de la tienda. Afuera pasó un autobús. En el parabrisas decía en letras blancas SAN DESVELO – PUERTO ESPERANZA.

—El zumbido no está solo aquí —dijo Lucía.

Ernesto apretó el cordel.

—No.

—Usted lo sabía.

—Lo he oído.

—¿Dónde?

—A veces arriba.

—¿Arriba dónde?

Ernesto miró el techo.

—No aquí.

Lucía esperó. Ernesto puso el rollo debajo del mostrador.

—No me lo va a devolver.

—No.

—¿Y mi dinero?

—Se lo devolveré.

—¿Por todo el rollo?

—Por el papel tapiz.

—¿Y el pegamento?

—Lo usó.

—Solo un poco.

—Entonces un poco.

Lucía sonrió.

—Es un vendedor difícil.

—Sí.

La puerta se abrió. Entró un hombre. Llevaba pantalones de trabajo polvorientos y sostenía una brocha rota.

—¿Tiene una como esta? —preguntó.

Ernesto miró la brocha.

—¿Qué ancho?

El hombre la levantó.

—Así.

Ernesto fue a la caja junto a la caja registradora. La brocha atravesada estaba encima de las demás. El hombre intentó tomarla.

Ernesto puso la mano sobre ella.

—Esa no.

El hombre retiró la mano.

—¿Por qué?

Ernesto sacó una brocha de la fila de abajo. Mismo ancho. Mismo mango.

—Esta.

El hombre comparó las dos.

—Son iguales.

—No.

—¿Qué tienen de diferente?

Ernesto miró brevemente la puerta abierta del depósito.

El zumbido estaba muy al fondo.

—Esa está bien puesta —dijo.

El hombre se encogió de hombros y tomó la otra brocha. Ernesto fue a la caja. Lucía seguía junto al mostrador.

—Vendré mañana por el dinero —dijo.

—Bien.

—¿Y si mañana vuelve a estar más fuerte?

Ernesto miró la lata de pintura inclinada. La caja adelantada el ancho de tres dedos respecto de la pared. Blanco Humo en el gancho equivocado. La brocha atravesada sobre las demás.

—Entonces algo estaba demasiado recto.

Lucía tomó su bolso.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Se fue. La puerta se cerró detrás de ella.

Ernesto cobró la brocha. El hombre pagó con un billete arrugado y salió de la tienda. Afuera, la calle se había vuelto gris. El sol ya no daba sobre la vitrina. Los tubos fluorescentes se reflejaban en el vidrio.

Ernesto se quedó solo.

Escuchó.

Adelante zumbaban las lámparas. Debajo del mostrador, la radio crepitaba aunque estaba apagada. Más al fondo estaba el zumbido. Débil. Grave. No había desaparecido.

Ernesto fue al segundo estante. La lata de pintura estaba un poco demasiado inclinada. La giró hacia atrás el ancho de un dedo.

El zumbido se debilitó.

Fue a las cajas de cinta de enmascarar. La sexta estaba adelantada el ancho de tres dedos respecto de la pared. Ernesto la sacó un poco más. Luego volvió a empujarla.

Sin quedar al ras.

Sin quedar recta.

Correcta.

Desde los cuartos del fondo llegó un único tono grave.

Pausa.

Luego ya no se oyó nada desde el área de ventas.

Ernesto encendió la radio. La cumbia volvió a sonar a mitad del estribillo. La voz de la mujer todavía cantaba sobre el hombre que quería regresar.

Ernesto se sentó detrás del mostrador.

Junto al interruptor, una esquina del papel tapiz se despegaba de la pared. La miró. Luego se levantó y la presionó.

Se quedó pegada.

Ernesto retiró el pulgar.

La esquina permaneció en la pared.

Esperó.

Luego volvió a despegarla un poco.

Capítulo 15: El nuevo mapa

El alcalde llamó a las siete y cincuenta y dos. Teresa supo que era él antes de levantar el auricular porque el teléfono del Archivo Municipal sonaba distinto cuando la llamada venía de su auto. No más fuerte. No por más tiempo. Solo con medio segundo de calle vacía entre los dos primeros timbrazos. No se lo había dicho a nadie. Alberto habría preguntado cómo podía un teléfono distinguir entre una oficina y un auto. Teresa habría respondido que Alberto también sabía distinguir entre el café de la cafetería y el café del salón comunal, aunque ambos se sirvieran en los mismos vasos de plástico. Entonces Alberto habría dicho que eso era distinto. Teresa habría preguntado por qué. Después de eso, la mañana se habría acabado. Levantó el auricular.

—Municipalidad de San Desvelo, buenos días.

De fondo oyó un motor. Luego una luz direccional. Tres chasquidos claros, pausa, tres chasquidos claros. Probablemente una ventana estaba medio abierta, porque detrás de la voz del alcalde se percibía el aire húmedo de una calle por la que acababa de pasar un camión.

—Teresa

dijo el alcalde Cárdenas, como si ella lo hubiera llamado.

—Necesitamos un panorama general.

Teresa acercó una hoja de papel.

—¿Qué clase de panorama? —Uno espacial. —¿Sobre qué?

El alcalde guardó silencio un momento. La direccional dejó de sonar.

—Sobre lo que en los últimos días no se ha quedado donde corresponde.

Teresa sostuvo el bolígrafo sobre el papel.

—Esa no es una categoría.

—Entonces conviértala en una.

El alcalde rara vez gobernaba desde su oficina. Llamaba desde autos, obras o cuartos cuya acústica no explicaba. Para él, responsabilidad significaba que existiera una hoja en la que hubiera firmado otra persona.

—No la haga demasiado limpia —dijo esta vez.

Teresa no preguntó si se refería a la representación o a la ciudad.

—¿Para cuándo?

—Antes del mediodía estaría bien.

—Es demasiado pronto.

—Entonces antes de la tarde.

—Eso no es una hora.

—Entonces a las catorce.

—Eso es antes de la tarde.

—Bien.

La conexión crepitó. El motor sonó más fuerte.

—No explique

dijo Cárdenas.

—Ubique.

Entonces colgó.

Teresa y Alberto extendieron un gran mapa base sobre la mesa. Marcaron los lugares conocidos: Cerro Vigía, Los Pinos, el parque, la costa, la cantera, Depósito Norte y Bajo La Arena.

Alberto quería una leyenda, una escala y símbolos inequívocos. Teresa permitió por el momento varios colores y dos tipos de líneas discontinuas. Los puntos no describían en todas partes el mismo tipo de suceso; una categoría uniforme solo habría fingido que sí.

Fueron al salón comunal. El recinto estaba a la derecha de la entrada principal de la Municipalidad y se usaba para reuniones, campañas de vacunación, declaraciones de impuestos, programas de tutoría, velorios, capacitaciones de auxiliares electorales y, una vez, para un curso de baile durante el cual se quemó el equipo de sonido. Las paredes estaban pintadas de azul claro. En varios lugares la humedad había levantado la pintura en ampollas. Sobre el pequeño escenario colgaba una pancarta del último seminario de protección civil:

PREVENCIÓN ES RESPONSABILIDAD DE TODOS.

Debajo había un atril con el escudo de San Desvelo. A la derecha se apilaban sillas de plástico. A la izquierda había tres mesas largas cuyas patas de metal tenían alturas distintas. Si uno se apoyaba en la esquina equivocada, la mesa se inclinaba, pero solo un poco.

Alberto abrió el armario junto al escenario. Adentro había planos urbanos enrollados, viejos carteles electorales, una caja con micrófonos dañados y dos extensiones eléctricas que nadie quería usar porque una de ellas había olido a plástico caliente la última vez. Teresa sacó el mapa más grande. Estaba plastificado y tenía los bordes ondulados. San Desvelo aparecía en colores pálidos entre el Pacífico y los cerros. Al oeste, el mar era una superficie azul, aunque la mayoría de los días era gris. Al este, las laderas figuraban como un rayado marrón. Centro era amarillo; El Faro, celeste; Las Palmeras, verde; La Playa, beige; El Alto, naranja; y Los Pinos, de un rosa muy limpio que se veía mejor en el mapa que en las calles.

—Este es viejo

dijo Alberto.

—¿Qué tan viejo?

Teresa buscó la fecha. Abajo a la derecha decía 2018.

—Los Pinos aparece a medias.

—En ese entonces también estaba a medias.

—Ahora también.

Alberto sacó cinta adhesiva de un cajón.

—El más nuevo no está plastificado.

—¿Dónde está?

—En la oficina del alcalde.

Teresa lo miró.

—¿Cerrada con llave?

—Por supuesto.

—¿Dejó una llave aquí?

—Su chofer tiene una.

—¿Dónde está el chofer?

Alberto señaló hacia afuera con la mano, como si un chofer pudiera estar en cualquier parte mientras no estuviera allí. Teresa miró el mapa plastificado.

—Entonces usamos el viejo.

Lo pegaron en la pared junto al atril. La cinta no sujetaba la esquina superior izquierda. Alberto la apretó. Volvió a despegarse. Teresa le dio una chincheta.

—No atraveses el mapa.

—Entonces se cae.

—No atraveses el mapa.

Alberto clavó la chincheta justo al lado del borde. El mapa quedó torcido. Teresa lo miró.

—Más derecho.

Alberto levantó la esquina superior izquierda. En ese momento zumbó el tubo fluorescente sobre el escenario. Solo brevemente. Ambos alzaron la mirada.

—La electricidad

dijo Alberto.

—Por supuesto.

Dejó que la esquina bajara un poco otra vez. El zumbido cesó.

Teresa no colocó la primera chincheta roja exactamente sobre la Municipalidad, sino un poco al lado. En el mapa, el edificio era un rectángulo. En realidad, constaba de tres entradas, dos secciones antiguas, un espacio detrás de la fotocopidora y un salón comunal que oficialmente se llamaba salón comunal, aunque se usaba más a menudo como sala de espera. Centro era demasiado limpio en el mapa. Calles rectas, manzanas uniformes, el Mercado como un cuadrado gris, el parque como una mancha verde. Teresa sabía que la canaleta del lado sur del Mercado casi siempre estaba húmeda, que los comerciantes no acomodaban sus cajas según las líneas del plano y que el callejón detrás del mercado tenía voces por la noche, incluso cuando las rejas metálicas estaban cerradas. Puso una chincheta amarilla en el parque.

—Iluminación

dijo Alberto.

—Seis faroles.

—Cuatro en el inventario.

—Seis en el parque.

—Entonces anotamos seis.

—¿Y en el inventario?

—Después.

Teresa escribió PARQUE – ¿6 FAROLES? en una nota pequeña. Luego no tachó el signo de interrogación.

Las Palmeras quedaba al norte. En el mapa era una zona larga y algo dispersa a lo largo de la vía de acceso, con calles que en parte tenían nombres y en parte solo números. Alberto no puso ninguna chincheta allí porque hasta entonces no había ningún reporte formal de Las Palmeras. Teresa lo contempló de todos modos. Pensó en la ruta por la que el conductor nocturno entraba a la ciudad, en los carteles electorales que palidecían en los muros, en las casas de techo plano y las ventanas tras las cuales televisores viejos seguían parpadeando en azul hasta después de medianoche. Las Palmeras tenía más espacio entre las casas que Centro, pero menos terreno libre del que afirmaba el mapa. Los espacios rara vez estaban vacíos. Allí había motos sin placa, pilas de ladrillos viejos, carritos de venta medio cerrados, barriles de agua, talleres pequeños, perros que no pertenecían a nadie y aun así sabían exactamente frente a qué puertas podían dormir.

—Ahí no hay nada

dijo Alberto porque Teresa llevaba demasiado tiempo mirando.

—Exacto

dijo ella.

—A veces esa es una categoría.

Alberto tomó una chincheta verde y la clavó en el borde de Las Palmeras.

—¿Para qué?

—Provisional.

El Faro quedaba más al oeste, en la costa. El mapa mostraba el barrio como una fila ordenada de manzanas entre la carretera costera y el mar. Alberto puso una chincheta azul al norte, sobre Radio Desvelo.

—No en El Faro
dijo Teresa.

—Al norte.

—En el mapa solo hay costa allí.

—Entonces la clavamos en la costa.

Lo hizo. La chincheta se sujetaba mal en el azul plastificado. Teresa pensó en El Faro: casas bajas, fachadas oscurecidas por la sal, rejas metálicas que empezaban a oxidarse por abajo, tanques negros en los techos que en los días despejados veían el mar y la mayoría de los días solo la garúa. En los expedientes antiguos, los linderos de los terrenos estaban trazados como si el mar fuera una parcela vecina que se atuviera al registro.

—En El Faro las líneas nunca coinciden del todo

dijo Alberto mientras volvía a apretar la chincheta. Teresa lo miró.

—¿Qué?

—Los planos viejos. A veces el muro empieza aquí, a veces allá. El muro de la playa se reparó tres veces, pero solo fue aprobado dos veces.

—¿Por qué?

Alberto se encogió de hombros.

—El mar nunca firmó.

Teresa no anotó la frase. Habría tenido que explicarla.

La Playa estaba casi vacía en el mapa. Una franja clara entre la carretera y el Pacífico, un estacionamiento, algunos símbolos de servicios y luego arena. Teresa no tomó ninguna chincheta. Aun así, su mano permaneció sobre la zona. Maritza nunca había presentado un reporte. Óscar tampoco. Efraín, mucho menos. La Playa comenzaba cuando Centro todavía no había terminado del todo y no acababa en el agua, sino en el punto donde el trabajo se volvía demasiado húmedo para llamarlo calle. Por las mañanas había allí carritos con hieleras, baldes de plástico, cajas de pescado, redes, cubetas de agua turbia, medias limas, choclo, camote, cancha, hombres con chaquetas sobre los hombros y mujeres que ya afilaban cuchillos antes de las siete. Nada de eso aparecía en el mapa.

—No hay expediente

dijo Alberto.

—Todavía no.

Teresa puso una chincheta amarilla pequeña en el estacionamiento.

—¿Qué pasó ahí?

—Quizá nada.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque allí nada rara vez es nada.

Alberto la miró.

—El alcalde quería puntos. No refranes.

Teresa escribió LA PLAYA – SIN REPORTE en una nota y la pegó bajo la chincheta.

El Alto era el problema del mapa. No por los casos. Por el papel. El mapa mostraba calles que subían por la ladera, pero no las escaleras, ni los muros, ni los lugares donde el techo de una casa era el patio de la de arriba y un patio era el paso hacia otra casa más. Mostraba terrenos, pero no que a algunos solo se pudiera llegar desde arriba, a otros solo desde abajo y a ciertos terrenos, dependiendo de la lluvia, de ninguna manera. En el papel, El Alto parecía un barrio. En realidad, era una altura. Casas de ladrillo sin revocar, bordes de concreto, calamina, tanques de agua, tuberías delgadas a lo largo de las paredes exteriores, cables que iban de poste en poste y terminaban en una casa aunque hubiera otras tres más arriba. Teresa puso una chincheta naranja

aproximadamente donde vivía Daniela Rojas, aunque el patio de Daniela no aparecía oficialmente en ninguno de los reportes anteriores.

—Eso no es exacto

dijo Alberto.

—Nada en El Alto es exacto en este mapa.

Alberto señaló las calles por encima de la chincheta naranja.

—Falta una calle ahí.

Teresa miró.

—¿Cuál?

Alberto abrió la boca. Se quedó mirando el mapa más tiempo.

—No sé.

—Entonces no falta ninguna.

—No.

Alberto se sentó.

—Probablemente no.

—Entonces lo dejamos así.

—No. Entonces escribimos «aproximadamente».

Teresa escribió EL ALTO – APROX. y clavó la nota un poco torcida. El tubo fluorescente permaneció en silencio.

Los Pinos ocupaba la parte sur del mapa. Rosa, recto, nuevo. En el papel era el barrio más fácil de entender. Manzanas, lotes, calles anchas, futuras áreas verdes que todavía eran de tierra clara, aceras que terminaban después de tres terrenos, construcciones sin terminar que ya tenían número antes de que alguien viviera allí. Los Pinos parecía haber surgido primero en la Municipalidad y haber sido reproducido afuera después. Precisamente de allí provenía la caja más gruesa de formularios. Teresa puso chinchetas rojas en la Mz. H, la escuela, dos obras, la sección del apagón y la calle donde Rafael e Inés habían fotografiado la construcción. Alberto contó.

—Cinco.

—Seis.

—La escuela está dos veces.

—Las clases también.

Alberto guardó silencio. Teresa puso la sexta chincheta. De pronto el mapa pareció más pesado en ese lugar, como si el color rosa tirara de la pared hacia abajo. La cinta de la esquina superior izquierda volvió a despegarse. Alberto la apretó. El tubo fluorescente zumbó.

—No demasiado derecho

dijo una voz detrás de ellos. Teresa se dio vuelta. Rafael estaba en la puerta del salón comunal. A su lado, Inés, con un bolso negro al hombro. Rafael llevaba un montón de impresiones en la mano.

—¿Qué?

preguntó Alberto.

—El mapa.

Rafael se acercó.

—Está torcido.

—Ya lo vemos.

—Dije que no demasiado derecho.

Inés miró las chinchetas.

—¿Por qué?

Rafael señaló el tubo fluorescente.

—Porque estaba derecho cuando zumbó.
Teresa le quitó el montón de impresiones.
—¿Desde cuándo escuchas a las paredes?
—Desde anteayer.
—Bien.
Rafael miró a Inés.
—Ahora ella también lo dice.
—Yo lo dije primero
dijo Teresa.
—No en este contexto.
Inés dejó su bolso sobre una mesa.
—Tenemos puntos de medición.
Alberto miró el bolso.
—¿Del clima?
—Hoy, no solamente.
Rafael dejó las impresiones sobre la mesa: copias de mapas, tablas, horas escritas a mano, dos impresiones de puntos GPS y una página con marcas de tiempo duplicadas de la estación meteorológica. Teresa miró la tabla.
—Esto no sirve para una pared.
Rafael asintió.
—Por eso lo imprimí.
Empezaron a transferir los puntos de medición. Rafael quería colores según el tipo de medición. Inés quería colores según el lugar. Teresa quería colores según la responsabilidad. Alberto quería menos colores. Diez minutos después había sobre la mesa adhesivos rojos, amarillos, azules y verdes, dos tipos de chinchetas, tres bolígrafos y un trozo de cuerda que Alberto había sacado del armario de los carteles electorales.
—¿Para qué es la cuerda?
preguntó Teresa.
—Para conectar.
—No vamos a conectar nada.
—Todavía no.
Rafael tomó la cuerda.
—La radio, la estación meteorológica, la cantera.
La sostuvo sobre el mapa.
—Son puntos de zumbido.
—Y la tienda de papel tapiz
dijo Inés. Teresa la miró.
—¿La tienda de papel tapiz?
—Rafael habló ayer con Lucía.
Rafael levantó las manos.
—No hablé con ella. Me preguntó si medíamos ruidos.
—¿Dónde?
—Frente a la Botica.
—¿Y por qué eso no está en un formulario?
—Porque no llevo formularios conmigo.
Teresa escribió PINTURAS VÍLCHEZ en una nota. Luego miró el mapa. La tienda de papel tapiz estaba en Centro, pero no exactamente donde el mapa señalaba un negocio. Puso la chincheta un poco al lado.

El zumbido comenzó cuando Rafael tensó la cuerda entre Radio Desvelo y Cerro Vigía. No era fuerte. Al principio solo vibró la mesa sobre una de sus desiguales patas metálicas. Luego tintineó un montón de chinchetas en la pequeña bandeja de plástico. Teresa miró el tubo fluorescente. Brillaba sin alterarse. El zumbido no venía de arriba. Estaba en el salón comunal, en la pared detrás del mapa, en las pilas de sillas, en el atril, quizá también en el piso. Rafael todavía sostenía la cuerda.

—¿Oyen eso?

—Sí

dijo Inés. Alberto no dijo nada. Miró el mapa. La cuerda iba desde el borde costero al norte de El Faro, atravesaba Centro y llegaba a Cerro Vigía. Al hacerlo, pasaba justo al lado del lugar donde Teresa había puesto la chincheta de la tienda de papel tapiz.

—Eso no es exacto

dijo Rafael.

—Bien

dijo Teresa. El zumbido se debilitó por un momento.

Rafael la miró.

—Dilo otra vez.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no funciona cuando se hace a propósito.

Inés le quitó la cuerda de la mano y la dejó colgar floja. El zumbido disminuyó. No por completo. Teresa fue al mapa y sacó la chincheta de PINTURAS VÍLCHEZ. Volvió a clavarla medio centímetro más abajo.

—Eso está mal

dijo Alberto.

—Sí.

—La tienda está más arriba.

—Lo sé.

El zumbido se hizo más apagado. Rafael se acercó.

—Estás desplazando el lugar mal a propósito.

—Mal de manera provisional.

—Ese no es un término.

—Hoy sí.

Alberto la miró. Teresa no le hizo caso. Tomó una nota pequeña y escribió: NO EXACTO. Luego lo pensó, lo tachó y escribió: EN REVISIÓN.

A las diez y cuarenta y cuatro llegó Javier. Se detuvo en la entrada como si solo hubiera querido asomarse al salón comunal y por accidente hubiera pasado a formar parte de la reunión. Llevaba su cuaderno en la mano.

—Debía venir a las once

dijo.

—¿Quién dijo eso?

preguntó Teresa.

—Rafael.

Teresa miró a Rafael. Él se encogió de hombros.

—Tiene tiempos de recorrido.

—Por supuesto que tiene tiempos de recorrido.

Javier se acercó y miró el mapa.

—El camino a Puerto Esperanza es demasiado corto.

—¿En el mapa?
preguntó Alberto.

—No.

—Entonces, ¿dónde?
Javier señaló la vía de acceso del norte.

—Ahí.

Teresa tomó un bolígrafo.

—Si anoto eso, no quiero oír ninguna explicación.

—No tengo ninguna.

—Bien.

Puso una chincheta verde al norte de Las Palmeras, donde el mapa mostraba la carretera saliendo de San Desvelo. Javier miró la chincheta.

—Un poco más allá.

Teresa la desplazó.

—Más.

Volvió a desplazarla.

—Tal vez.

—«Tal vez» no sirve.

—Entonces, aproximadamente.

Teresa escribió PUERTO ESPERANZA – APROX. y pegó la nota en el borde del mapa. De pronto, Las Palmeras ya no parecía un barrio periférico, sino la última estructura reconocible antes de un tramo que en el papel transcurría con demasiada calma.

Javier contempló el mapa largo rato. Luego señaló La Playa.

—Ahí falta algo.

Alberto exhaló de manera audible.

—¿Qué?

—La huaca.

Teresa miró la franja clara al sureste de la ciudad.

—Huaca Bajo La Arena queda afuera.

—En el mapa, lo de afuera también es mapa.

Rafael soltó una risa breve. Teresa no. Javier señaló una zona casi vacía entre Los Pinos y el canal seco.

—Por aquí, aproximadamente.

Alberto negó con la cabeza.

—Más al este.

—No, el camino da una curva.

—¿El camino viejo o el nuevo?

Javier lo miró.

—¿Hay dos?

Alberto tomó un bolígrafo, lo apoyó en Los Pinos y no trazó una línea, sino que se limitó a sostenerlo sobre el mapa.

—El nuevo sigue los terrenos. El viejo sigue el suelo.

—Esa es la primera frase buena de hoy

dijo Inés. Alberto la miró.

—Hoy ya he dicho otras frases.

—No como esa.

Teresa puso una chincheta amarilla en la zona vacía. El zumbido se mantuvo en silencio. Demasiado silencio. Escribió HUACA BAJO LA ARENA – AFUERA y, a propósito, no deslizó la nota del todo bajo la chincheta.

Cuando terminaron de colocar todos los puntos, el mapa se parecía menos a un panorama general que a una pared donde alguien había fijado distintos tipos de inquietudes. Centro estaba lleno, pero no marcado por completo. Los Pinos era rojo y ordenado. El Faro tenía una chincheta azul que no quería sujetarse bien en el mar. La Playa tenía una chincheta sin reporte. El Alto colgaba bajo una nota inclinada. La estación meteorológica y la cantera estaban en las laderas, al lado derecho del mapa, pero el mapa no podía mostrar qué tan arriba se encontraban en realidad. En el papel, Cerro Vigía y Cerro Dormido eran superficies. En la ciudad eran dirección, sombra, frescura, luces rojas y, a veces, un ruido que viajaba por el metal. Teresa dio un paso atrás.

—Este no es un mapa para el alcalde.

—Es un mapa

dijo Alberto.

—¿Para el alcalde?

—Depende de lo que quiera ver.

—Quiere puntos, lugares, fecha, responsabilidad.

—Entonces verá demasiado.

Teresa lo miró.

—Eso no lo voy a poner en el informe.

—Pon «provisional».

Lo intentaron de todos modos. Teresa preparó una tabla. Lugar. Reporte. Fecha. Fuente. Responsabilidad. Estado. Escribió LOS PINOS y llenó varias filas. En Estado escribió: PROVISIONAL. En Responsabilidad puso primero MUNICIPALIDAD, luego lo tachó y escribió URBANISMO / PROV. Alberto miró por encima de su hombro.

—Está desordenado.

—Sí.

—¿A propósito?

Teresa no respondió. Escribió

RADIO DESVELO. Fuente: CONDUCTOR NOCTURNO / ARCHIVO / ESTACIÓN METEOROLÓGICA. Responsabilidad: POCO CLARA. Estado: EN REVISIÓN.

Iluminación del parque: MUNICIPALIDAD / ELECTRICIDAD. Estado: PENDIENTE. Cantera: ¿PROPIEDAD? / ¿MUNICIPALIDAD? / ¿PRIVADO?

Puso tres signos de interrogación. El zumbido regresó suavemente. Borró uno. El zumbido continuó. Borró un segundo. El zumbido se hizo más fuerte. Volvió a escribir el segundo signo de interrogación. El sonido disminuyó.

—Puede ser coincidencia

dijo Rafael.

—Sí

dijo Inés.

—Pero no lo es.

Rafael la miró.

—Ni siquiera esperas una medición.

—Lo oigo.

—Eso no es una medición.

—Hoy sí

dijo Teresa sin levantar la vista. Alberto tomó la impresión con los puntos GPS y la puso junto a la tabla.

—Si ordenamos los puntos por fecha, no comienza en Los Pinos.

—¿Dónde entonces?

preguntó Javier. Alberto repasó la lista.

—Depende de cuál fecha sea correcta.

Nadie habló. Desde el pasillo llegaban voces. Una mujer preguntó si el cuarto 3 se encargaba de los recibos del agua. Otra dijo que no. Alguien dijo que Teresa sabría. Teresa escribió debajo de la tabla: FECHA SEGÚN FUENTE / FECHA SEGÚN EXPEDIENTE / FECHA SEGÚN RECUERDO. Luego miró las tres columnas.

—Este es un mal formulario.

Alberto dijo:

—Es un buen mapa.

A las once y treinta y siete sonó el teléfono de Teresa. No el teléfono del salón comunal. El de su oficina. Lo oyeron por la puerta abierta. Teresa no fue de inmediato. Siguió sonando.

—El alcalde

dijo Alberto.

—¿Cómo lo sabes?

—Suenan como si no quisiera esperar.

Teresa fue a la oficina y levantó el auricular.

—Sí.

De fondo volvió a oír el motor. Esta vez también limpiaparabrisas, aunque afuera no había garúa. La mañana estaba clara y seca.

—¿Hasta dónde hemos llegado?

preguntó Cárdenas.

—Es provisional.

—Bien.

Teresa guardó silencio.

—¿Qué tiene de bueno?

—Provisional es mejor que vacío.

—Usted quería un panorama general.

—Un panorama general, Teresa. No la verdad.

Ella miró por la ventana. No había ningún auto negro en la calle.

—¿Dónde está usted?

—En camino.

—¿Hacia dónde?

—A la reunión.

—¿Es aquí?

—Todavía no.

Teresa cerró los ojos.

—Alcalde, ¿quiénes participan en esta reunión?

—Eso depende del mapa.

—¿De nuestro mapa?

—¿De cuál más?

Hubo un crepitar de fondo. Otro vehículo pasó muy cerca.

—No demasiado limpio

dijo él.

—De lo contrario, alguien creerá que sabemos.

La conexión se cortó.

Teresa volvió al salón comunal. Todos miraban el mapa. No porque hiciera algo. Precisamente porque no hacía nada. Las chinchetas estaban quietas. Las notas colgaban. La cuerda yacía sobre la mesa. El tubo fluorescente brillaba. El recinto estaba tranquilo, pero de una manera que a Teresa no le gustaba.

—Dice que no demasiado limpio
dijo. Rafael cruzó los brazos.

—¿Quién?

—El alcalde.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es el alcalde.

—Eso no explica nada.

—Sí

dijo Alberto.

—En esta ciudad explica por lo menos el treinta por ciento.

Javier estaba más cerca del mapa que antes.

—La chincheta de la huaca está mal.

Teresa lo miró.

—¿Qué tan mal?

—No geográficamente.

—¿Qué significa eso?

—No sé.

—Entonces se queda.

—Bien.

La chincheta amarilla de Huaca Bajo La Arena no estaba donde tendría que estar en un mapa actual, pero tampoco se encontraba en ningún otro lugar reconocible. Estaba en una zona vacía que se había vuelto un poco más clara por el plastificado.

Lucía llegó poco antes de las doce. Teresa la vio primero por la puerta abierta del salón comunal: se detuvo en el pasillo, miró hacia la oficina y luego de nuevo al salón. Llevaba un recibo pequeño en la mano.

—Busco a Teresa Valdivia.

Teresa levantó la mano.

—Aquí.

Lucía entró. Su mirada fue de inmediato al mapa. Luego a las chinchetas. Después a la mesa con las impresiones.

—¿Es un mal momento?

—Sí

dijo Alberto. Teresa dijo:

—¿Qué necesita?

Lucía levantó el recibo.

—Un reembolso. En realidad.

—Yo no me encargo de eso.

—Lo sé. Pero pasé por la Municipalidad de regreso a casa.

Volvió a mirar el mapa.

—Y Ernesto dijo que, si alguien pregunta por qué las muestras de colores están mal colgadas, debo decir que no están mal colgadas.

Rafael miró a Inés. Teresa no tomó el recibo.

—¿Alguien preguntó?

—Todavía no.

—Entonces, ¿por qué lo dice?

Lucía lo pensó.

—Para que nadie pregunte después de colgarlas bien.

La tienda de papel tapiz recibió una nota propia. Teresa escribió PINTURAS VÍLCHEZ – ¿ORDEN? Luego tachó ORDEN y escribió DISPOSICIÓN. Lucía miró la palabra.

—Eso está mejor.

—¿Por qué?

—Porque allí el orden no es el objetivo.

El salón comunal quedó en silencio por un momento. Alberto tomó una chincheta verde y la clavó junto a la marca existente de la tienda de papel tapiz. Dos chinchetas para el mismo lugar. Teresa quiso sacar una, pero se detuvo. El zumbido no apareció. Dejó ambas.

—¿Qué pasa con la tienda?

preguntó Javier. Lucía miró el mapa.

—Cuando todo está bien puesto, se vuelve más fuerte.

—¿Qué se vuelve más fuerte?

—Eso que los demás llaman zumbido.

Rafael abrió la boca. Inés dijo:

—Ahora no.

Rafael cerró la boca. Teresa escribió en Estado: NO CERRAR. Luego leyó la frase.

—No puedo escribir eso.

Alberto miró el mapa.

—Sí puedes.

—¿En un informe?

—No. En el mapa.

Teresa tomó una nota nueva y escribió: NO CERRAR. No la colgó debajo de la tienda de papel tapiz, sino en el borde inferior del mapa.

Cuando Alberto escribió NO CERRAR en la esquina, el zumbido del recinto se debilitó. Sin embargo, en la foto de su teléfono el mapa estaba derecho, aunque sobre la mesa se veía claramente torcido.

Teresa reemplazó el encabezado por ESTADO DE TRABAJO. Una cuerda entre dos chinchetas quedó lo bastante floja para que su recorrido cambiara con cada movimiento.

Visto desde arriba, el mapa no parecía una explicación. Mostraba una ciudad donde el agua, las ondas de radio, el tiempo, el suelo de construcción y la memoria divergían en distintos lugares. Las líneas conectaban esos lugares sin afirmar que estuvieran relacionados.

Teresa tomó una última nota y escribió: NINGUNA VERSIÓN DEFINITIVA. Luego miró la frase y la reemplazó por: VERSIÓN DE TRABAJO. No pegó la nota derecha debajo de EN REVISIÓN, sino un poco desplazada hacia la izquierda. Alberto no dijo nada. Rafael no dijo nada. Inés escuchaba. Javier miraba la carretera del norte. Lucía todavía sostenía el recibo en la mano.

Sonó el teléfono de la oficina. Teresa no fue de inmediato. Sonó dos veces. Al tercer timbrado levantó el auricular.

—Sí.

Esta vez apenas se entendía al alcalde. La recepción era mala. De fondo, Teresa volvió a oír el motor, pero también algo más. Música. Muy baja. Cumbia antigua y distorsionada, como si saliera de una radio que ya no estuviera bien sintonizada.

—¿Está listo el mapa?

preguntó Cárdenas. Teresa miró por la puerta abierta de la oficina hacia la pared del salón comunal.

—No.

Una pausa.

—Bien.

—Está en revisión.

—Mejor aún.

—¿Quiere verlo?

De fondo comenzó a sonar una luz direccional. Tres chasquidos. Pausa. Tres chasquidos.

—Ya lo vi.

Teresa miró hacia la ventana. El auto negro pasó lentamente frente a la Municipalidad. Esta vez, la ventana lateral delantera estaba medio abierta. Teresa vio al chofer. No había nadie en el asiento trasero. Por teléfono, el alcalde dijo:

—No demasiado ordenado, Teresa.

Entonces se cortó la conexión.

Teresa permaneció junto a la ventana hasta que el auto desapareció en la esquina del Mercado. Todavía tenía el auricular junto al oído. De la línea solo venía estática. Colgó y regresó al salón comunal. El mapa estaba torcido. Las chinchetas no estaban colocadas con exactitud. Algunas notas se superponían. La cuerda yacía sin usar, formando un lazo sobre el atril. Debajo del mapa decía EN REVISIÓN. Debajo: NO REORDENAR SIN CONSULTA. Teresa tomó el bolígrafo y añadió una palabra.

NO REORDENAR SIN CONSULTA PREVIA.

Alberto lo leyó.

—Mejor.

—No

dijo Teresa.

—Solo más completo.

El tubo fluorescente sobre el escenario zumbó una vez. Brevemente. Luego permaneció en silencio.

Capítulo 16: El patio

Daniela no había ido a mirar durante tres noches.

La primera noche había oído barrer junto al muro. Allí donde el patio descendía hacia la ladera y las piedras ya no estaban firmemente apiladas. Había comenzado cerca de la una. Primero despacio. Luego con pasadas cortas y regulares. Paja sobre tierra. Paja sobre concreto. Entre ellas, una pausa, como si alguien levantara la escoba para sujetarla de otra manera.

Daniela había permanecido en la cama mirando el techo. Sobre ella, una grieta angosta en el yeso, del invierno anterior, atravesaba la habitación. De día apenas se distinguía. De noche, cuando la luz de la calle entraba por las cortinas, parecía una frontera en un mapa malo. Daniela había dejado las manos sobre la manta. No se había levantado.

La segunda noche, el barrido había comenzado más tarde. No había sido junto al muro, sino más cerca del tanque de agua. El tanque estaba sobre una estructura baja de metal en la esquina trasera del patio. Negro, redondo, con una tapa que nunca cerraba bien. Cuando el viento venía del cerro, la tapa traqueteaba. Cuando la garúa estaba baja, se acumulaban gotas en el borde y se deslizaban por la pared en un punto. Debajo se había formado en el concreto una franja oscura que permanecía incluso los días secos.

Daniela había contado.

Cuatro pasadas.

Pausa.

Tres pasadas.

Pausa.

Luego cuatro otra vez.

No sabía por qué contaba. Tal vez porque los números eran algo que permanecía en la cama cuando uno mismo permanecía en la cama. Al cabo de un rato había dejado de hacerlo. El barrido continuó. En algún momento se quedó dormida. Por la mañana encontró una zona limpia al pie del tanque de agua. Apenas más grande que el ancho de una mano. El polvo había desaparecido de allí, aunque el tanque había perdido agua durante la noche.

La tercera noche no ocurrió nada.

Eso fue peor.

Daniela permaneció despierta hasta poco antes del amanecer, esperando el primer raspado. Afuera, un perro ladró dos veces. Más abajo, en El Alto, un mototaxi subió la ladera, dio la vuelta y volvió a bajar. En Los Pinos, una de las luces de una obra estaba encendida, aunque los domingos no se trabajaba. El patio permaneció en silencio. Cuando Daniela abrió la puerta por la mañana, el polvo estaba exactamente donde había estado la noche anterior.

Debería haberse sentido aliviada.

En cambio, tomó la escoba.

El patio detrás de la casa de su madre era más pequeño que el de Aurelio. Al frente, hacia la calle, solo había una angosta superficie de concreto, dos escalones y una reja oxidada en la parte inferior. El patio propiamente dicho estaba atrás, entre la cocina, el lavadero y el muro bajo del terreno vecino. Sobre el muro había fragmentos de vidrio. Algunos eran verdes; otros, transparentes; uno, marrón como una botella vieja de cerveza. Faltaban fragmentos en tres lugares. Su madre había puesto allí pedazos pequeños de alambre para que los gatos no pasaran. Los gatos pasaban de todos modos.

El suelo era de concreto áspero. En los bordes aún se veían las marcas de las tablas con las que alguien había hecho el encofrado años atrás. En el centro, el concreto era un poco más alto para

que el agua corriera en dos direcciones. Casi nunca lo hacía. Se quedaba bajo el lavadero y acumulaba polvo, jabón y fibras pequeñas de los trapos que su madre lavaba allí.

Junto al lavadero había un balde azul de plástico. El asa estaba reparada con alambre por un lado. Adentro había pinzas para ropa, un trozo de manguera y un cepillo de dientes viejo que Daniela usaba para las juntas cuando el patio la irritaba especialmente. En la pared colgaba una escoba de fibras de palma. Las fibras de abajo estaban desgastadas de manera desigual. Si se la apoyaba derecha, se inclinaba hacia la izquierda.

Daniela la puso derecha.

Se inclinó.

La puso en la esquina, donde quedó encajada entre el muro y el lavadero.

—Estás haciendo ruido —dijo su madre desde la cocina.

—Estoy barriendo.

—Ya lo oigo.

—Entonces no preguntes.

Su madre apareció en la puerta. Llevaba un delantal cuyo estampado alguna vez debió de ser de flores. Ahora eran manchas claras sobre una tela oscura. Sostenía un cuchillo y media cebolla.

—¿Don Aurelio te dio algo?

—Ruda.

Daniela barrió el patio más a fondo de lo necesario: debajo del lavadero, alrededor del desagüe, entre el balde y el banquito. Su madre comentaba cada movimiento desde la puerta de la cocina sin reconocer que el barrido nocturno no lo hacía Daniela.

Cuando todo quedó en su lugar, el patio pareció tranquilizadamente normal por un instante.

El suelo no estaba limpio. Nunca lo estaba. Pero las esquinas estaban más despejadas, el desagüe visible y la escoba firmemente encajada en la esquina. El banquito de plástico estaba bajo el lavadero. El balde, al lado. Las pinzas para ropa estaban en un recipiente pequeño. Daniela contempló todo y sintió por primera vez en tres días un cansancio que no provenía solo de esperar.

—Así —dijo.

Su madre miró desde la cocina.

—Por fin.

A Daniela le habría gustado contradecirla. Solo que no sabía qué parte.

Esa noche, el barrido comenzó más temprano.

Daniela había apagado la luz antes de que su madre se acostara. No entraba luz de luna por la ventana. Solo el naranja opaco de un farol dos casas más allá, que casi siempre parpadeaba cuando alguien encendía una plancha en la calle. El farol no parpadeaba. La calle estaba en silencio. Daniela yacía de lado y oyó toser a su madre en la habitación del frente. Una vez. Luego otra. Después solo el refrigerador, que arrancó en la cocina y se detuvo de inmediato.

El barrido comenzó detrás de la puerta.

No junto al muro.

No cerca del tanque de agua.

Detrás de la puerta.

Daniela abrió los ojos. No se movió. La escoba avanzaba lentamente sobre el concreto. Oía las fibras una por una, como si las arrastraran sobre piel seca. Una pasada corta. Pausa. Dos pasadas cortas. Pausa. Luego una más larga que terminó justo en el umbral.

Daniela contuvo la respiración.

Debajo de la puerta había una franja delgada y clara. No era luz. El patio estaba oscuro. Aun así, Daniela veía la franja. Polvo que estaba junto al borde de la puerta y había sido empujado hacia

adentro por la rendija angosta. No había estado allí por la noche. Daniela lo sabía porque, antes de acostarse, había pasado el pie precisamente por ese lugar.

El barrido se reanudó.

Esta vez, algo raspó el borde inferior de la puerta. No con fuerza. No como uñas. Más bien como una escoba que intentara sacar polvo de una grieta.

Daniela pensó en Aurelio.

Si oye barrer, quédese acostada.

Permaneció acostada.

El raspado continuó. Una vez. Dos veces. Luego cesó. Afuera siguió el silencio. Daniela esperó a que el refrigerador volviera a arrancar. No lo hizo. Esperó la tos de su madre. Tampoco llegó. En cambio, oyó a lo lejos, más abajo, un camión en la Avenida. El motor se esforzó en la subida, se hizo más fuerte, mantuvo el mismo volumen por un momento y desapareció en dirección a Los Pinos.

Solo entonces se durmió Daniela.

Por la mañana, el patio estaba limpio.

No ordenado.

Limpio.

El concreto bajo el lavadero estaba claro, como si alguien lo hubiera fregado con agua. No había polvo en las esquinas. El desagüe estaba libre. La franja oscura bajo el tanque de agua apenas se veía como una sombra pálida. La escoba ya no estaba en la esquina. Se apoyaba contra el muro, justo donde siempre había estado antes. Derecha. Como si no se inclinara hacia la izquierda.

Daniela se detuvo en la puerta de la cocina.

Su madre se acercó por detrás.

—¿Ves?

Daniela miró el patio.

—¿Qué?

—Cuando se barre bien, también se mantiene limpio.

Daniela no respondió. Salió y se paró junto al tanque de agua. Allí había estado ayer el trozo de pintura. Por supuesto que ya no estaba. Ella misma lo había tirado. Pero a su lado siempre había habido un clavo pequeño y oxidado metido en el concreto, tan profundo en una junta que era imposible sacarlo. Daniela se había desgarrado la suela dos veces con él. El clavo había desaparecido.

Se arrodilló.

La junta estaba lisa.

No reparada. No rellenada. Solo lisa.

—¿Qué buscas?

—Nada.

—Entonces no te quedes así.

Daniela se puso de pie. Junto al desagüe también faltaba el trozo de alambre que mantenía levantada la tapa. Aun así, la tapa no estaba cerrada. Se alzaba el ancho de un dedo, como si el alambre todavía estuviera debajo.

Daniela la empujó con el pie.

La tapa traqueteó.

Su madre pasó junto a ella y puso un recipiente en el lavadero.

—Ahora por lo menos está ordenado.

Daniela miró el borde vacío bajo el muro. Ayer había habido allí polvo, hojas, una pinza vieja y un hilo. Ahora no había nada. El patio parecía más grande. No mucho. Solo como si alguien hubiera empujado un poco los bordes hacia afuera.

Más tarde, durante la mañana, Daniela salió de la casa. Quería caminar hasta que la imagen del patio limpio se hiciera más silenciosa en su cabeza. En vez de ir hacia Centro, tomó el camino de arriba porque por allí pasaba menos gente.

Después de los últimos postes pasó frente a la casa de Aurelio. No había pensado visitarlo. Pero él estaba sentado afuera, bajo la lona, ordenando un manojo de romero. Delante tenía unas tijeras pequeñas y la taza con el borde desportillado. La segunda silla estaba vacía.

Aurelio todavía no la había visto. Daniela podría haber seguido caminando.

Se detuvo en el borde de su patio.

—Solo quería ver si estaba bien.

Aurelio volvió la cabeza. Luego miró de nuevo el manojo.

—Lo bastante bien.

—Esa no es una respuesta.

—Hoy sí.

Daniela no se sentó. Aurelio tampoco señaló la silla.

—El patio quedó limpio.

—No suena peligroso.

—Demasiado limpio.

Daniela le contó lo del barrido. La primera noche junto al muro, la segunda cerca del tanque, la tercera sin ruido. Luego lo de ordenar. No dijo de inmediato que había tenido miedo. Dijo que el patio había estado limpio. Demasiado limpio. Dijo que faltaba el clavo que no podía faltar. Dijo que el desagüe seguía abierto aunque el alambre hubiera desaparecido. Aurelio escuchó sin asentir.

Cuando terminó, preguntó:

—¿Qué cambió usted?

Daniela lo miró.

—Acabo de decirle lo que cambió.

—No. Antes.

—Ordené.

Aurelio asintió una vez.

—Entonces tiene menos que hacer.

Daniela cruzó los brazos.

—No es gracioso.

—No.

—Ordené para que no tuviera nada que barrer.

—Sí.

—Y entonces se acercó.

—Sí.

—¿Por qué siempre dice que sí cuando eso no ayuda?

Aurelio tomó unas tijeras pequeñas de la mesa y cortó una hoja seca de un manojo de romero. Cayó al suelo. No la recogió.

—Limpio está bien —dijo—; vacío, no.

Daniela esperó.

Aurelio señaló el patio frente a su casa.

—Cuando todo desaparece, el camino se ve mejor.

—¿Qué camino?

—El que no debe verse.

Daniela recorrió el patio con la mirada. Tierra apisonada. Dos piedras junto al muro. Una hoja. La silla de madera. Una taza con té frío. El lugar vacío al lado.

- ¿Y qué debo hacer?
—Deje algo tirado.
—¿Qué?
—Algo que no pertenezca a su lugar.
—¿Eso es todo?
—No.

Daniela esperó.

Aurelio cortó una segunda hoja. Esta cayó sobre la mesa.

- Déjelo tirado sin ordenarlo.
—Suenan como un truco.
—Entonces no lo haga como un truco.

Daniela soltó una risa breve. Sonó más dura de lo que quería.

- ¿Cómo se hace intencionalmente algo sin intención?

Aurelio la miró.

- Mal.

Durante un momento, ninguno dijo nada. Abajo, San Desvelo yacía en la mañana gris. Centro solo se distinguía como una superficie clara. El parque a su lado seguía oscuro, aunque era de día. Al sur estaban las construcciones sin terminar de Los Pinos. Sobre algunas sobresalían varillas de los techos. Más atrás se extendían las zonas claras que conducían a la huaca, pero desde allí arriba solo se veían arena y caminos que se perdían antes de llegar a alguna parte.

Daniela volvió a mirar a Aurelio.

- ¿Y si entra de todos modos?
—Entonces sabrá más que hoy.
—Eso tampoco es un consuelo.
—Vendo hierbas. No consuelo.

Aceptó la frase. Aurelio se levantó, entró en la casa y volvió con una bolsita de tela. Se la dio a Daniela.

- Para su madre.

Daniela la abrió. Ruda.

- Todavía tiene.
—Entonces tendrá más.
—¿Y para mí?

Aurelio se agachó, recogió la hoja que acababa de dejar en el suelo, la contempló y la puso en otro lugar. No sobre la mesa. No de regreso en el manojo. En el suelo, pero más cerca del muro.

- No tan ordenado.

Daniela miró la hoja.

- ¿Eso me va a ayudar?
—No. Ayuda al patio.

Por la noche, Daniela dejó cosas tiradas.

Primero, demasiadas.

Puso el balde inclinado bajo el tanque de agua. Dejó la escoba atravesada frente al muro. Sacó de la cocina la botella vacía y la puso junto al desagüe. Colocó una hoja seca en el umbral. Entonces notó que había dispuesto todo dejando demasiado espacio entre cada cosa. Como en una exhibición. Maldijo en voz baja, volvió a recoger la hoja y la arrojó hacia el lavadero. Cayó medio debajo del banquito de plástico.

Mejor.

Retiró un poco la escoba, de modo que las fibras tocaran el muro y el mango quedara sobre el suelo. No volvió a girar el balde. Dejó la botella donde estaba. Luego tomó un trapo viejo y lo colgó sobre el muro, pero no en el centro. Una esquina tocaba el suelo.

Su madre apareció en la puerta.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Nada.

—Eso no parece nada.

—Entonces no lo mires.

Su madre lo miró de todos modos.

—La escoba está mal puesta.

—Sí.

—Recógela.

—No.

—Daniela.

Daniela se volvió hacia ella.

—Hoy no.

Su madre quiso decir algo. Luego miró el patio, la escoba, el balde, la botella, el trapo. Su rostro casi no cambió. Solo se hicieron más profundas las arrugas entre sus cejas.

—¿Don Aurelio?

—Sí.

Su madre resopló.

—Entonces que venga mañana a barrer.

Regresó a la cocina. Daniela se quedó un momento más en el patio. La garúa subía desde el oeste. En El Alto era más tenue que abajo, junto al Mercado, pero aun así se posaba sobre el concreto, el borde del tanque de agua y las fibras de la escoba. El patio se oscureció antes de que llegara la noche.

Daniela entró y dejó abierta la puerta del patio hasta que su madre se quejó.

Durante la noche, el barrido comenzó otra vez.

Esta vez venía del borde del muro.

Daniela yacía boca arriba. No había apagado la luz, sino que había cubierto con un paño la lámpara pequeña junto a la cama. La habitación no estaba iluminada. Solo menos oscura. Ya no veía ninguna franja a través de la puerta cerrada. Pero oyó de inmediato dónde comenzó el barrido.

Junto al muro.

Una pasada.

Pausa.

Otra más.

Luego se detuvo.

Daniela imaginó que la escoba de afuera estaba frente a la que yacía atravesada. Dos escobas en el patio. Una visible. La otra, solo como ruido. Sabía que no tenía sentido. Aun así, lo pensó.

El barrido se reanudó. No avanzaba en línea recta. El sonido se desplazó un poco hacia la izquierda y luego volvió. Paja sobre concreto. Después, un ruido sordo, como si el mango de la escoba hubiera golpeado el balde.

Daniela exhaló.

El barrido se detuvo.

Ella también se quedó quieta.

Después continuó, pero más despacio. Avanzó junto al muro, llegó al trapo y permaneció allí más tiempo, como si algo se hubiera enganchado. Entonces Daniela oyó un arrastre suave. Tela sobre concreto. El trapo se movía.

Quería levantarse.

Permaneció acostada.

El ruido no se acercó a la puerta. Regresó al tanque de agua. Allí barrió con pasadas cortas. Una vez. Dos veces. Luego, nada. Daniela esperó. No contó. Temía que contar ordenara aquello.

Poco antes de las tres se quedó dormida.

Despertó porque algo barría dentro de la casa.

No en el patio.

Dentro de la casa.

Duró solo un momento.

Paja sobre baldosas.

Una pasada corta y seca bajo la mesa de la cocina.

Daniela estaba sentada en la cama antes de darse cuenta de que se había movido. El paño se había caído de la lámpara. La habitación estaba más clara. Afuera había silencio. De la habitación del frente venía la respiración tranquila de su madre.

Daniela se levantó.

El suelo estaba frío bajo sus pies. Fue hasta la puerta, puso la mano en la manija y esperó. Nada. Abrió.

La cocina estaba oscura. Sobre la mesa había dos tazas de la noche anterior. Una boca abajo, la otra boca arriba. La silla de su madre estaba metida bajo la mesa. La de Daniela estaba inclinada. Así la había dejado. Encendió la luz.

El tubo fluorescente sobre el fregadero parpadeó dos veces y quedó encendido.

Bajo la mesa había una línea limpia en el polvo.

No era ancha. No medía más que su antebrazo. Recta, de una pata de la mesa a la otra. A ambos lados estaba el fino polvo gris que siempre había en la cocina porque las ventanas no cerraban bien y la calle frente a la casa nunca dejaba del todo de ser polvo. Solo la línea estaba despejada.

Daniela se puso en cuclillas.

No la tocó.

Del patio no llegaba ningún ruido.

Volvió a ponerse de pie y fue hasta la puerta trasera. Por la pequeña rendija bajo la puerta veía oscuridad. Ninguna luz. Ninguna sombra. No abrió. En vez de eso, tomó la taza que estaba boca arriba, la puso justo sobre la línea limpia y regresó a su habitación.

Por la mañana, la taza estaba vacía.

Eso no era inusual. Había estado vacía por la noche. Aun así, Daniela sabía que estaba vacía de otra manera. Se encontraba bajo la mesa, ya no sobre la línea, sino a un lado. El asa apuntaba hacia la puerta.

Afuera, en el patio, la escoba seguía atravesada.

El balde seguía inclinado.

La botella estaba de lado, y las dos piedritas de adentro se habían deslizado hacia el cuello. El trapo ya no colgaba sobre el muro. Estaba medio debajo del tanque de agua, húmedo en una esquina. El patio no estaba limpio. Junto al muro había polvo y dos hojas. Frente a la puerta había una pequeña zona barrida, pero no llegaba hasta el umbral. La tapa del desagüe había bajado otra vez. El alambre estaba a un lado.

Daniela se paró en la puerta.

Su madre se acercó por detrás, bostezó y miró por encima de su hombro.

—Ahora se ve como antes.

Daniela miró bajo la mesa de la cocina.
La línea se había alargado.
Solo unos centímetros.
No conducía a la puerta.
Todavía no.

Capítulo 17: Depósito Norte

La llave de Depósito Norte estaba dentro de un sobre que, según la etiqueta, debía estar vacío. Teresa la encontró entre dos listas de inventario. Los dientes estaban marcados con un cordón azul.

El edificio se encontraba al norte de Centro, detrás de un terreno de servicios fuera de uso. En planos antiguos pertenecía, según el caso, al suministro de agua, las comunicaciones de radio costeras o la observación meteorológica.

Alberto se encogió de hombros. —Un robo ordenado.

Teresa buscó entre los mapas antiguos. No en el gran mapa de la pared, sino en el cajón plano bajo la mesa, donde había planos demasiado voluminosos para las carpetas y demasiado arrugados para los marcos. Allí, el papel no olía a papel, sino a polvo, sal y las manos de personas que lo habían doblado años atrás con mala luz. Sacó un mapa de 1998, luego uno de 2004 y después otro sin fecha, en el que San Desvelo todavía no tenía sectores, sino solo nombres que alguien había escrito a lápiz en los bordes.

En el mapa de 1998, El Faro aparecía más grande que en el mapa actual. Las Palmeras era apenas una hilera de parcelas proyectadas. Los Pinos no existía. Donde hoy las primeras calles de la urbanización nueva cortaban el suelo seco, había líneas para una ampliación que nunca se construyó. Entre la antigua carretera costera, la ladera baja de Cerro Dormido y un camino que después conduciría hacia la cantera, había un rectángulo pequeño.

Apenas era más grande que una uña.

Al lado decía: D. NORTE.

Teresa puso la llave sobre el mapa. La etiqueta de plástico cubrió el punto casi por completo.

Alberto se inclinó. —Ya no aparece en los mapas nuevos.

—Ya lo veo.

—Tal vez lo demolieron.

—Entonces tendría que haber un registro de demolición.

—Tal vez lo olvidaron.

Teresa lo miró.

—Sí —dijo Alberto—. Ya sé.

No llamó a Inés porque necesitara un medidor. La llamó porque no quería ir sola con Alberto a un edificio que oficialmente no existía y cuya llave había estado en una caja para eventos. Inés contestó al tercer timbrado. De fondo, Teresa oyó un ruido metálico y luego a Rafael, que preguntaba si alguien había visto el nivel pequeño.

—Encontramos una llave —dijo Teresa.

—¿De qué?

—De un Depósito Norte.

Inés guardó silencio un momento. —¿Dónde queda?

—Esa es la pregunta.

—¿Va Rafael?

—No.

—Bien. Entonces tardaremos menos.

Media hora después, Inés estaba frente a la Municipalidad. Llevaba un bolso de tela del que sobresalían un medidor, un cuaderno y un cable doblado. Alberto había tomado la vieja camioneta que la Municipalidad usaba para las inspecciones, aunque en los documentos todavía figuraba como «unidad de apoyo logístico». La puerta derecha tenía que abrirse desde adentro. Del lado del conductor faltaba la perilla de la ventilación. En su lugar, alguien había dejado un destornillador pequeño en el cenicero.

Atravesaron Centro y pasaron frente al Mercado Municipal, cuyas puertas metálicas todavía estaban medio cerradas. Delante de un puesto, un hombre apilaba cajas vacías de bebidas. Había agua junto a la acera, aunque la calle estaba seca. Teresa no miró. Sostenía sobre las rodillas el mapa de 1998 y lo dobló en un lugar que no estaba destinado para eso. Alberto conducía despacio porque, al pasar por cada bache, la camioneta hacía un ruido como si alguien dejara en la parte trasera una herramienta que no estaba allí.

Después de Las Palmeras, la carretera se volvió más angosta. Las casas estaban más separadas. Los muros de ladrillo sin revocar terminaban en varillas destinadas a un segundo piso que tal vez aún llegaría. Había tanques negros de agua sobre techos planos. Algunos estaban cubiertos con lonas azules de plástico; otros, no. En una esquina colgaba un letrero de la Municipalidad: NO ARROJAR DESMONTE. Justo debajo había escombros. Nadie había intentado ocultar la contradicción.

La garúa estaba baja. Le quitaba a Cerro Dormido su línea superior, pero no su masa. A la izquierda, el terreno ascendía oscuro y seco. A la derecha, mucho más allá de las casas y los muros bajos, el Pacífico no se veía; solo podía suponerse por la claridad detrás del aire gris. La vía que en el mapa de 1998 todavía figuraba como camino de servicio ahora solo existía como una franja de polvo compactado, viejas huellas de neumáticos y restos de concreto que alguien había colocado en dos puntos a modo de bordillos.

—¿Se supone que es aquí? —preguntó Inés.

—Según el mapa, sí —dijo Teresa.

Alberto pasó entre dos muros bajos. Al final del camino había un portón de calamina. No era grande. Detrás se encontraba una construcción baja de bloques de concreto, medio metida en la ladera, como si alguien la hubiera dejado allí en algún momento y se hubiera olvidado de terminarla. Sobre el techo había piedras para que las planchas de calamina no traquetearan. En la pared exterior izquierda corría un conducto gris de PVC que terminaba a los tres metros. Debajo había una etiqueta de inventario descolorida.

MUNICIPALIDAD DE SAN DESVELO.

PATRIMONIO.

El número se había añadido a mano. SD-MUN-07.

Teresa levantó la llave. —No lo demolieron.

—Una noticia menos buena —dijo Alberto.

El portón no tenía un candado reciente. Era viejo, pesado y estaba corroído por la sal en un lado, aunque desde allí no se veía el mar. Teresa introdujo la llave. Encajó de inmediato. Con demasiada facilidad. Había esperado tener que sacudirla, que el óxido ofreciera resistencia, que Alberto hiciera algún comentario. En cambio, la llave giró suavemente, como si la hubieran aceitado esa misma mañana.

El portón se abrió con un breve chillido metálico.

Adentro no olía a edificio abandonado. Olía a polvo seco, cartón, concreto frío y algo eléctrico que no estaba caliente. El recinto era más grande de lo que hacía suponer el edificio desde afuera, aunque no tanto como para poder demostrarlo. Había un almacén delantero con estantes metálicos, una puerta angosta hacia un cuarto lateral y varios tableros eléctricos en la pared del fondo. Sobre los tableros corrían cables viejos en haces ordenados. Cada haz estaba marcado con pequeñas tiras de plástico. Algunas etiquetas eran legibles.

FARO.

VIGÍA.

CANTERA.

RADIO.

Una quinta tira estaba vacía.

Inés se detuvo justo detrás de la puerta. No dijo nada. Sacó el medidor del bolso, lo encendió, esperó, volvió a apagarlo y golpeó dos veces la carcasa con la uña.

—¿Está averiado? —preguntó Alberto.

—No.

—¿Entonces?

—Marcó algo demasiado rápido.

Teresa se acercó a los tableros. Las etiquetas estaban hechas con un esmero que no concordaba con el descuido general. Alguien había tendido los cables en ángulos rectos, no había cubierto las etiquetas antiguas, sino colocado las nuevas a un lado, e incluso había dejado pequeños soportes vacíos donde faltaban cables. En un tablero había una tira de papel amarillenta bajo cinta adhesiva transparente.

SISTEMA AUXILIAR DE ENLACE COSTERO.

FUERA DE SERVICIO.

Debajo figuraba una fecha: 12.08.2006.

Alberto encontró en un estante una carpeta de lomo verde. La etiqueta decía MANTENIMIENTO. La abrió sobre una mesa de metal vacía. Las páginas estaban secas. Sin ondulaciones, manchas ni moho. Las grapas no se habían oxidado. Para tratarse de un edificio que nadie debía haber usado durante años, los documentos estaban demasiado ordenados.

—Último mantenimiento en 2011 —dijo Alberto.

Teresa se volvió. —El sistema estaba fuera de servicio desde 2006.

—Quizá eran trabajos pendientes.

—¿Durante cinco años?

—Trabajos pendientes lentos.

Inés puso el medidor en el suelo, exactamente entre la puerta y el tablero. Un zumbido débil llenaba el recinto. No era fuerte. Podía pasarse por alto al mover papeles o pisar el concreto. Pero cuando todos permanecían en silencio, estaba allí como un objeto. Grave. Luego una pausa. Luego grave otra vez.

No era como en la estación meteorológica. Allí, el zumbido había estado en los aparatos, las antenas y las conexiones antiguas. Aquí venía de las paredes, pero no de una en particular. Estaba distribuido de manera uniforme, como si el recinto hubiera aprendido a no vincularlo ya con ningún lugar.

—¿Electricidad? —preguntó Teresa.

Alberto fue hasta el tablero de fusibles. —Está cortada.

—¿Estás seguro?

Él señaló el interruptor principal. La palanca estaba abajo. Al lado colgaba una nota: NO ACTIVAR SIN AUTORIZACIÓN. La firma de debajo era ilegible. La tinta se había dividido en dos líneas delgadas.

Inés se arrodilló y miró la pantalla. —Es más débil cuando hablamos.

Alberto dijo de inmediato: —Entonces hablemos.

—No así.

—¿Cómo entonces?

Inés observó el recinto. —Con normalidad.

Nadie dijo nada.

El zumbido se hizo más claro.

Teresa tomó la carpeta. En las primeras páginas había listas de inventario: dos amplificadores, una caja de relés, un equipo de emergencia, cuatro rollos de cable, un mástil de medición, tres

emisores de señal y un archivador para mapas. El estado de varias entradas había sido modificado. Allí decía RETIRADO y, al lado, ACTIVO. En un punto, RETIRADO estaba tachado; ACTIVO, también; y en el margen decía EN OBSERVACIÓN.

—No conozco esto —dijo Teresa.

—¿Qué cosa? —preguntó Alberto.

—Esta categoría.

—Quizá sea técnica.

Inés no levantó la vista. —Los técnicos no escriben así cuando quieren decir algo.

En el cuarto lateral colgaba el mapa.

Estaba pegado sobre una tabla delgada de madera y sujeto con cuatro ganchos. Dos ganchos estaban derechos. Dos, no. Tal vez por eso el mapa colgaba un poco inclinado. Tal vez alguien lo había dejado así a propósito. Teresa resistió el primer impulso de enderezarlo.

El mapa no mostraba San Desvelo como ciudad, sino como red. Unas líneas iban desde Radio Desvelo hasta un punto en El Faro, continuaban hacia una marca en Cerro Vigía, luego bajaban hasta la Cantera y regresaban a Depósito Norte. Otras líneas eran más delgadas, discontinuas, añadidas a lápiz. Una conducía hacia Centro. Una terminaba al sur, donde hoy comenzaba Los Pinos, pero que entonces solo aparecía como una superficie arenosa. Otra línea continuaba más hacia el sureste.

Iba más allá del borde del mapa.

En el margen decía: B.L.A.

Alberto se inclinó. —¿Bajo La Arena?

Teresa no respondió de inmediato. La huaca no figuraba en ese mapa. No era inusual; el mapa era técnico, no arqueológico. Pero la abreviatura estaba allí como si fuera evidente que una línea técnica conducía a un sitio arqueológico.

Inés se acercó. El medidor que llevaba en la mano hizo un chasquido breve, aunque no tenía altavoz. Lo volteó, miró la parte posterior y luego volvió a mirar el mapa.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa.

—Nada.

—Inés.

—La pantalla se apagó.

—¿La batería?

—No.

Levantó el aparato. La pantalla estaba negra. Cuando retrocedió un paso, volvió a parpadear.

Alberto sacó el teléfono y fotografió el mapa. La primera foto salió borrosa. La segunda mostraba el mapa con claridad, pero faltaba la línea hacia B.L.A. Miró la pared. La línea estaba allí.

—Otra vez —dijo Teresa.

Alberto tomó una tercera foto. Esta vez se veía la línea, pero la abreviatura del borde estaba cortada, aunque había fotografiado el mapa completo.

—Tu teléfono es viejo —dijo Inés.

—Tiene dos años.

—En San Desvelo eso es viejo.

Teresa no sonrió. Se acercó al mapa sin tocarlo. Las líneas no eran todas iguales. Las impresas eran delgadas, negras y limpias. Las trazadas a lápiz estaban encima. La línea hacia B.L.A. no era ninguna de las dos. Era más clara que el papel, como si durante mucho tiempo hubiera habido allí un hilo que protegiera la superficie del polvo. Pero no había agujeros de chinchetas, restos de pegamento ni huella alguna de un hilo retirado. La línea era una ausencia.

Teresa pensó en el mapa del Archivo, en las chinchetas, en los campos abiertos. En la voz de Cárdenas por teléfono: No explique. Ubique. Podría haber ubicado aquella línea. Podría haberla

añadido a su mapa, con fecha, fuente y una nota de incertidumbre.

No lo hizo.

—Nos llevamos la carpeta —dijo Alberto.

—No —dijo Teresa.

Él se volvió hacia ella. —¿Por qué no?

—Porque pertenece aquí.

—Es una carpeta municipal.

—Entonces pertenece aquí con mayor razón.

Alberto miró la mesa, la carpeta y el mapa. —Podemos copiarla.

—Hoy no.

—Eso no es una justificación.

—Hoy sí.

Reconoció la frase. No dijo nada más.

Algo había cambiado en el recinto delantero. No lo suficiente para que se notara de inmediato. Solo cuando Teresa regresó se dio cuenta de que los estantes parecían menos vacíos. No más llenos. Solo menos inequívocamente vacíos. En un compartimento había un trozo de cable gris que no había visto al entrar. En otro había una cajita metálica con la tapa abierta. Adentro había fusibles, dos tornillos y una etiqueta que decía CANAL. La letra era la misma que la de las tiras de los cables.

Inés estaba frente a la tira vacía del tablero. —Esta estaba vacía antes.

Teresa se colocó a su lado.

Ahora no decía nada en la tira. Pero la superficie era más clara en un punto, como si hubieran borrado una palabra. No se podía leer. Precisamente por eso, Teresa la miró más tiempo del que debía.

—Tal vez sea polvo —dijo Alberto.

—Tal vez —dijo Inés.

El zumbido se debilitó.

Alberto la miró. —¿Eso ayuda?

—¿Qué?

—Decir «tal vez».

Inés cerró el bolso. —A veces.

Salieron. La garúa había descendido. No flotaba como niebla en el terreno, sino como una capa húmeda sobre los muros, la calamina y las piedras del techo. En la etiqueta de inventario brillaba el número SD-MUN-07. Teresa cerró el portón e introdujo la llave en el candado.

Esta vez giró con dificultad.

Tuvo que sacarla, volver a introducirla y girarla despacio. El candado se cerró con un chasquido sordo. Alberto extendió la mano.

—La llevo yo.

Teresa no le dio la llave. —Por ahora se queda conmigo.

—«Por ahora» no es una responsabilidad.

—Sí lo es.

Fueron hacia la camioneta. Detrás del edificio, un sendero angosto continuaba por la ladera. No aparecía en el mapa de 1998. Tampoco en el mapa actual. Aun así, estaba allí; no era reciente, pero se usaba. En el suelo había piedras pequeñas y claras dispuestas en una línea, como si el agua las hubiera ordenado. No había llovido allí en semanas.

Inés se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Alberto.

Ella señaló el sendero. —¿Adónde conduce?

Alberto miró el teléfono. No tenía señal. Lo guardó como si aquello fuera una respuesta. —Tal vez a la antigua Cantera.

Teresa miró hacia el sureste. Detrás de las lomas bajas estaba Los Pinos; detrás, el Canal Seco; aún más lejos, Bajo La Arena. Desde allí no se veía nada de eso. Solo se veían garúa, polvo, concreto y un sendero que continuaba donde ninguna línea terminaba.

—Anotaremos el Depósito —dijo Alberto cuando estuvieron de nuevo en el vehículo.

Teresa guardó la llave en el bolsillo lateral de su carpeta. —Sí.

—¿Como qué?

Miró el portón a través del parabrisas. La construcción era pequeña. Más pequeña que por dentro. Tal vez se debía a la garúa. Tal vez a la perspectiva. Tal vez a que Alberto ya había encendido el motor y la camioneta vibraba ligeramente.

—Como existente —dijo Teresa.

Alberto no lo anotó. Eso estaba bien.

Hablaron poco durante el regreso. La carretera era la misma, pero les pareció más corta. En Las Palmeras, un mototaxi sin pasajero avanzaba despacio junto a la calle. El conductor se detuvo frente a un terreno vacío, tocó la bocina una vez y esperó. Nadie salió. Al cabo de unos segundos, continuó.

No había ningún auto del alcalde frente a la Municipalidad. La oficina seguía cerrada con llave. El aire acondicionado ya no funcionaba. Teresa lo notó antes de abrir la puerta. En el Archivo hacía más calor que por la mañana. El mapa de 1998 estaba sobre su escritorio. Estaba segura de haberlo dejado en el cajón. Tal vez Alberto lo había llevado y vuelto a colocar. Tal vez lo había hecho ella misma.

Desdobló el mapa.

El rectángulo pequeño seguía allí.

D. NORTE.

Al lado había un segundo punto trazado a lápiz. Muy fino. Casi solo una presión sobre el papel.

D. SUR.

Teresa se quedó inmóvil. No llamó a Alberto. No llamó a Inés. Volvió a doblar el mapa, pero no por los pliegues antiguos. Luego escribió en un formulario en blanco:

DEPÓSITO NORTE - EXISTENTE.

Debajo no puso ninguna fecha.

Mantuvo el bolígrafo un momento más sobre el campo de responsabilidad. Luego escribió:

EN REVISIÓN.

El zumbido en el recinto apenas era audible.

O quizá la fotocopidora solo estaba esperando.

Capítulo 18: Bajo La Arena

El viaje a Bajo La Arena comenzó con dos indicaciones distintas para llegar y un plano en el que faltaba el último desvío. Teresa, Alberto, Inés y Rafael avanzaron hacia el sureste, pasando Los Pinos, hasta que las casas se convirtieron en construcciones y las construcciones, en arena abierta.

Al principio, el Canal Seco no era más que una depresión poco profunda. Más allá, la huaca apenas se distinguía del terreno; el viento, la basura y las huellas recientes de vehículos cubrían contornos más antiguos.

Frente a ellos había un letrero.

SITIO ARQUEOLÓGICO HUACA BAJO LA ARENA MINISTERIO DE CULTURA NO REMOVER MATERIAL

Debajo había una calcomanía más pequeña con un número de teléfono desteñido por el sol. Junto al letrero, un trozo de cinta plástica colgaba de un clavo. Había sido blanco y rojo. Ahora tenía el color de la carne vieja.

Nadie dijo nada.

No era por reverencia. Al principio, el lugar parecía casi pobre. Un terreno cercado en el límite de una ciudad en crecimiento. Unos cuantos postes. Cuerdas flojas. Tres lonas sujetas con piedras. Un pequeño contenedor de calamina cuya puerta estaba asegurada con una cadena. Dos carretillas con las llantas desinfladas. Una pila de sacos de arena, uno de ellos reventado. Una silla de plástico sin respaldo. Una nota escrita a mano dentro de una funda transparente, colgada de un poste y empañada por dentro.

REGISTRO DE VISITAS TEMPORALES

La lista de abajo estaba vacía.

El viento venía del terreno seco y no del mar, levantaba polvo y lo depositaba sobre los zapatos y en los pliegues de la ropa. La garúa mantenía seco el polvo y solo le daba peso. Javier lo notó enseguida en los labios: era más mineral que salado, como allá abajo, junto a El Faro. Como si el aire hubiera arrastrado yeso fino.

—Es más pequeña de lo que imaginaba —dijo.

Alberto sacó el plano de la funda. —Una huaca también puede ser pequeña.

—Ya sé.

—Mucha gente lo sabe.

Inés pasó junto al letrero y se dirigió a las cuerdas. Se detuvo frente al primer cuadrante de excavación sin entrar en él. Estaba marcado con estacas de madera clavadas en las esquinas. Entre ellas corría una cuerda blanca. El área tendría unos tres metros de largo por dos de ancho. En el centro había un borde de adobes al descubierto. Los adobes eran distintos de los actuales: más planos, de forma más blanda, con bordes irregulares y una superficie alisada por la arena. Algunos formaban una hilera. Otros desaparecían bajo una fina capa de arena cuya llamativa uniformidad indicaba que no la había depositado el viento.

—Aquí estuvieron trabajando —dijo Inés.

Alberto se colocó a su lado. —Claro. Por eso están las cuerdas.

—No. Hoy.

Él miró el suelo. —¿Cómo lo sabe?

Inés señaló la superficie de arena junto a la línea del muro. Allí había marcas. No eran huellas de pisadas. Más bien depresiones rectangulares, como si alguien hubiera apoyado una caja pequeña o un aparato y luego lo hubiera levantado. Los bordes estaban nítidos. Con la garúa, esos bordes solo se conservaban por poco tiempo.

- Tal vez vino gente del Ministerio —dijo Alberto.
- No figura en la lista.
- Tal vez no usaron la lista.
- Sería posible.

Su manera de decirlo no tranquilizó a nadie.

Javier caminó despacio por el borde de la zona acordonada. En los sitios arqueológicos siempre sentía que hacía demasiado ruido, incluso cuando guardaba silencio. Este lugar atenuaba esa sensación. No exigía silencio; su presencia parecía serle indiferente.

Detrás de la primera elevación baja había más cuerdas. Algunas marcaban espacios cuadrados; otras, secciones irregulares. Uno de los espacios estaba cubierto con una lona verde. Sobre ella había un poco de agua: una capa fina y gris, inmóvil aunque el viento empujara polvo por encima del borde. Javier se detuvo frente a ella.

- No ha llovido —dijo.
- La garúa basta —dijo Alberto.
- No para tanta agua.

Alberto tardó un momento. Tuvo que rodear una cuerda tendida a la altura de las rodillas. De un poste colgaba un letrero plastificado.

NO INGRESAR ÁREA EN EVALUACIÓN

La esquina inferior estaba reparada con cinta adhesiva. La cinta era nueva.

Inés apoyó el medidor sobre una piedra plana fuera del cuadrante y esperó. La pantalla mostró cifras que Javier no alcanzaba a leer. Sonó un tono fino y se apagó. Inés cambió la posición, giró el aparato unos centímetros y volvió a mirar la pantalla.

- Nada —dijo Alberto.
- Todavía no he dicho nada.
- Lo dijo su cara.
- Mi cara solo dice que no me gusta medir cerca de conductos sin identificar.
- Aquí no pasa ningún conducto.

Inés lo miró.

Alberto volvió a desplegar el plano.

Desde el Depósito Norte, la línea gris llegaba hasta el borde de la elevación. Pero allí solo parecía terminar. Se volvía tan clara que no se sabía si la línea acababa de verdad o si la impresión se había perdido. Junto a B.L.A. aparecía una pequeña cruz. No una cruz como la de una iglesia. Más bien un punto topográfico: cuatro trazos cortos que por poco no se tocaban.

- El punto debería estar allí —dijo Alberto, señalando una zona detrás del contenedor.

Los tres fueron hasta allá. El contenedor descansaba sobre cuatro bloques de concreto. Debajo se había acumulado polvo, pero de manera irregular. Por el centro corría una franja estrecha y despejada, como si algo saliera o entrara por allí con frecuencia. No podía ser un animal: la huella era demasiado recta. Tampoco un líquido: estaba demasiado seca.

Detrás del contenedor había una zona sin marcar. Dos viejas varillas de hierro sobresalían del suelo, unidas por un trozo de alambre. Más atrás corría un borde bajo de adobes, apenas visible. No formaba un muro, sino más bien el recuerdo de un muro. En un punto habían retirado la arena. Allí se veía una pequeña esquina que se hundía en el suelo.

Javier se inclinó.

En la esquina había algo azul.

Guardó silencio. Se puso en cuclillas sin tocar la barrera. El fragmento azul era pequeño, quizá del tamaño de una uña. Estaba medio hundido en la arena, medio apretado contra el borde de adobe. En la superficie se veía un resto blanco, una línea fina y curva. Aún no bastaba para reconocer un diseño, pero despertaba la expectativa de uno.

—¿Qué pasa? —preguntó Inés.

Javier lo señaló.

Alberto se acercó. —No lo toque.

—No estoy tocando nada.

—Bien.

Inés observó el fragmento. Al principio no dijo nada. Luego miró hacia el oeste, donde Los Pinos se alzaba en la garúa como una hilera baja de bordes sin terminar. Detrás, mucho más lejos, estaba la ciudad. El Faro y el Pacífico permanecían ocultos desde allí. Faltaba el olor de la playa. Aun así, aquel pequeño azul yacía allí como si alguien hubiera tomado un pedazo de una casa de la costa y lo hubiera olvidado en el adobe seco.

—Es moderno —dijo Alberto.

—Tal vez —dijo Inés.

—Los azulejos son modernos.

—Los adobes son más antiguos que los azulejos —dijo Javier.

—Eso ya lo sé.

—Entonces está al revés.

Alberto se enderezó. —Muchas cosas terminan al revés bajo tierra. Basura, usos posteriores, saqueos, rellenos, niños, animales. Sería precipitado convertir de inmediato cada pieza fuera de lugar en San Desvelo.

Nadie lo contradijo.

El silencio de los demás no dio más fuerza a sus palabras.

Un poco más allá encontraron el nicho.

Apenas era una hendidura en un borde bajo de adobe que emergía de la arena y volvía a desaparecer veinte centímetros después. Alguien había dejado al descubierto el borde y lo había trabajado con un cepillo pequeño. Las marcas del cepillo aún eran visibles. En la hendidura había algo oscuro adherido. No era cera reciente. Más bien un residuo que había acumulado polvo varias veces. Junto a él había una diminuta tira amarilla de revoque, tan fina que la primera ráfaga de viento la habría deshecho. Una piedra la sujetaba.

Javier no pensó tanto en Efraín como en su relato sobre el Mercado: muros durante la marea baja, un nicho, algo azul, cera vieja. En aquel momento apenas había podido creer la historia. San Desvelo no enseñaba a creer rápido ni a dudar rápido. Uno esperaba más tiempo con las cosas que escapaban a ambas posibilidades.

—Alguien estuvo aquí antes que nosotros —dijo Inés.

—Claro que alguien estuvo aquí antes que nosotros —dijo Alberto.

—No de manera arqueológica.

—¿Entonces de qué manera?

Inés guardó silencio. Puso el medidor en el suelo, esta vez más cerca del nicho. La pantalla permaneció inmóvil. Esperó. El viento movía la cuerda de un poste, mientras la de al lado seguía quieta. Un trozo de plástico crujió sobre un saco de arena. A lo lejos, un mototaxi atravesó Los Pinos. Su ruido no llegaba a la huaca; solo se veía el movimiento: una luz que desapareció brevemente entre dos construcciones.

El medidor emitió un tono.

Una vez.

Grave.

Después, nada.

Inés no levantó la cabeza hasta unos segundos más tarde. Siguió inclinada sobre la pantalla, como si esperara que el aparato se disculpara.

El tono volvió.

Grave.

Pausa.

Grave.

Alberto miró el nicho. —Suenas distinto que en el Depósito.

—No —dijo Inés.

—¿Eso es mejor?

—No.

Javier sacó el plano de la funda. Lo apoyó sobre el lado plano de un saco de arena para que el viento no se lo llevara. La línea gris terminaba en B.L.A. El punto topográfico estaba detrás del contenedor. El nicho no aparecía en el plano.

—Tal vez el plano está equivocado —dijo.

—Los planos suelen estar equivocados —dijo Alberto.

—No. No me refiero a equivocado. Quiero decir que termina en el lugar equivocado.

El tono no volvió.

—Muéstrame —dijo ella.

Javier puso un dedo sobre la línea. Luego miró el terreno. El borde de adobe con el nicho describía una curva suave en lugar de seguir recto hacia el oeste, desaparecía bajo la arena, reaparecía en otro cuadrante y continuaba en dirección a la lona verde. Su recorrido no llevaba al contenedor ni al letrero, sino a una zona sin marcar donde el suelo era algo más oscuro.

—Allí —dijo Javier.

Alberto siguió su mirada. —Allí no hay nada.

—Exacto.

Se acercaron a la zona más oscura. No era un hoyo. Ni una abertura. Solo un espacio plano entre dos cuadrantes de excavación por el que no pasaba ninguna cuerda. El suelo era más firme allí. Javier apoyó un pie; el polvo no cedió bajo la suela. Lo retiró enseguida.

—No pise ahí —dijo Alberto.

—Ya sé.

—Acaba de pisarlo.

—Solo el borde.

—No hay borde si la zona no está marcada.

—Ese es precisamente el problema —dijo Inés.

Alberto quiso responder, pero guardó silencio.

La forma del suelo más oscuro seguía siendo imprecisa. Era aproximadamente rectangular, aunque uno de sus lados corría en diagonal. En la esquina sur había un montón de piedras pequeñas, tan uniformes que parecía improbable que estuvieran dispuestas de manera natural. Entre ellas sobresalía un trozo de metal: una estaca moderna, de las que se usaban para las lonas. Faltaba la cuerda.

Inés se puso en cuclillas y sostuvo el medidor sobre el suelo.

Ningún tono.

Lo desplazó cinco centímetros hacia la izquierda.

Grave.

Lo devolvió a su sitio.

Nada.

Otra vez hacia la izquierda.

Grave.

—Hay una línea —dijo.

Alberto miró el suelo. —Yo no veo ninguna.

—El aparato sí.

—El aparato no ve.

—Entonces la oye.

Javier siguió la línea como pudo, sin entrar en la zona marcada. Prescindió del plano y se orientó por las partes más oscuras, la posición de las piedras y las pequeñas diferencias en la arena. Al cabo de unos metros llegó al borde de un cuadrante de excavación cubierto con una lona gris. Sobre la lona no había agua. En cambio, el polvo formaba una franja fina y recta. Cruzaba el plástico como si alguien hubiera trazado una línea con el dedo, manteniéndolo apenas suspendido sobre la superficie.

—Sigue por aquí —dijo Javier.

—¿Hacia dónde? —preguntó Alberto.

Javier miró al oeste.

Su mirada pasó entre Los Pinos y el terreno plano, por un lugar donde el suelo descendía ligeramente. Más allá había un poste solitario. No era una lámpara. Solo un poste del que colgaba arriba un resto de cable. Más lejos, la garúa era más densa. Convertía la ciudad en una franja baja y clara. El Faro seguía oculto. Aun así, Javier tuvo la sensación de que la línea quería ir hacia allá.

—Se aleja de la huaca —dijo.

—Estamos en la huaca —dijo Alberto.

—Quiero decir: sale de ella, se aleja.

Inés se acercó. El tono del aparato había vuelto a desaparecer.

—Más bien se aleja de ella —dijo.

Alberto respiró hondo. —Estamos en un sitio arqueológico protegido que aparece en un plano municipal como punto final de una antigua línea técnica. Si aquí hay líneas bajo tierra, podrían pertenecer a cualquier cosa. Un camino antiguo, un drenaje, la cuadrícula de excavación, un uso posterior, un cable, un sendero de ganado.

—¿Ganado? —preguntó Javier.

—Estoy enumerando posibilidades.

—Aquí no hay animales.

En ese momento ladró un perro a lo lejos.

Alberto levantó un dedo. —La posibilidad sigue en pie.

Lo único tranquilizador era el empeño de Alberto por tener razón.

Regresaron al letrero. La luz se había debilitado. La garúa venía ahora del oeste, se extendía a baja altura, atravesaba las partes bajas y se quedaba prendida en las cuerdas. En algunos puntos, las cuerdas se oscurecieron. En otros siguieron claras. Durante unos minutos, la cuadrícula de excavación pareció dibujada en el suelo por líneas de humedad.

Inés fotografió las cuerdas, las lonas, los postes y las partes más oscuras del suelo. Dejó fuera el nicho y el fragmento azul. Alberto fotografió el letrero, luego el registro de visitas y después la cadena del contenedor. Javier lo observó.

—¿Por qué la cadena? —preguntó.

—Porque es nueva.

—¿Y?

—Un contenedor viejo con una cadena nueva es una declaración.

—¿Qué declara?

—Que ahora alguien considera el viejo contenedor más importante que antes.

Alberto tiró suavemente de la cadena. Estaba cerrada. El candado casi no tenía óxido. En el arco figuraba una marca que Javier conocía porque la misma se veía en algunos puestos del mercado. Era viejo, pero estaba bien cuidado. En el propio contenedor había una etiqueta de inventario del Ministerio de Cultura. Debajo, otra etiqueta más pequeña, medio arrancada.

PROYECTO DE REGISTRO PREVENTIVO ZONA SUR - COSTA CENTRAL

Del año solo se alcanzaban a leer los dos primeros dígitos: 19 o 20. El resto estaba cubierto de arena y residuos de pegamento.

—Registro preventivo —dijo Inés.

—Registro preventivo —dijo Alberto.

—¿Preventivo contra qué? —preguntó Javier.

Alberto volvió a leer la etiqueta, como si pudiera contener una respuesta. —Construcciones. Saqueos. Erosión. Todo aquello de lo que se protegen los sitios arqueológicos.

—¿También de los mapas?

Alberto lo miró. —Eso fue poético.

—Perdón.

—No vuelva a hacerlo.

Inés sonrió un instante. Después, la sonrisa desapareció.

Siguieron rodeando el contenedor. En la parte de atrás habían apartado la tierra. Allí había viejos sacos de arena cuya tela se deshacía. Entre ellos, un marco de madera roto, probablemente de un tamiz. Le habían arrancado un pedazo a la malla metálica. En una esquina había dos baldes encajados uno dentro del otro. En el de arriba había polvo; debajo relucía algo húmedo.

Inés dejó el balde donde estaba y solo miró dentro.

—¿Agua? —preguntó Javier.

—Tal vez condensación.

—¿Tanta?

—Tal vez no.

Mientras tanto, Alberto había examinado el candado del contenedor. —Quisiera saber quién tiene la llave.

—El Ministerio —dijo Inés.

—El Ministerio tiene muchas llaves sin saber dónde están.

—Entonces se parece a nosotros.

Volvió a mirar el plano del Depósito. —El contenedor no figura en el plano.

—El plano es antiguo.

—El contenedor también.

—Entonces quizá no sea lo bastante antiguo.

Alberto dobló el plano, volvió a desplegarlo y luego lo dejó doblado solo por la mitad. —Odio las frases que son ciertas sin resultar útiles.

Javier se encontraba en el borde del área protegida y miraba la depresión poco profunda al sur de la huaca. Por allí pasaba una zanja seca, apenas más profunda que un sardinel. Venía del este, giraba alrededor de la elevación y desaparecía en dirección a Los Pinos. Podría haberse confundido con una huella si sus bordes no hubieran estado tan llamativamente limpios. Parecían deberse más al uso frecuente que a un trabajo reciente.

—¿Ese es el Canal Seco? —preguntó.

Alberto se acercó. —No. El Canal Seco queda más al sur.

—¿Seguro?

—En el mapa, sí.

Los dos permanecieron inmóviles un momento.

—Eso quiere decir que no —dijo Javier.

—Quiere decir que en el mapa, sí.

No había basura en la zanja. Javier solo lo notó porque alrededor había pequeñas cosas por todas partes: trozos de plástico, una cajetilla de cigarrillos, fragmentos de vidrio, un pedazo torcido de alambre de construcción, el envoltorio de una bebida energizante, una lámina celeste de un saco de cemento. En la zanja no había nada de eso. Solo piedras pequeñas y alargadas, ordenadas con el lado estrecho apuntando en la misma dirección.

Caminó unos pasos junto a ella, fuera de la barrera. La zanja pasaba por debajo de un alambre

flojo. En un punto, el suelo era más oscuro. Javier se arrodilló y se limitó a sostener la mano sobre la arena.

Fría.

No mojada.

Pero más fría que el resto.

Inés se acercó con el aparato.

—Ya sé —dijo Javier.

—¿Qué?

—Que no debo tocar nada.

—Bien.

Ella sostuvo el aparato sobre la zanja. Permaneció en silencio. Después llegó el tono grave: una sola vez y de manera irregular, como si el aparato hubiera reconocido algo y lo hubiera olvidado de inmediato.

—Allí —dijo Javier.

—Sí.

—¿Qué hay allí?

—Un motivo para volver más adelante.

Alberto lo oyó. —Más adelante, con autorización.

—Por supuesto —dijo Inés.

—No era una broma.

—Mi respuesta iba en serio.

Regresaron al primer cuadrante de excavación. La lona verde había cambiado. El agua se encontraba ahora en el borde, aunque la lona, hasta donde Javier alcanzaba a ver, estaba horizontal. Un rastro estrecho cruzaba el plástico hasta el borde y goteaba allí sobre la arena. Muy despacio: una gota, una larga pausa y después otra.

Debajo del borde, la arena había formado una pequeña mancha oscura.

—La garúa sí basta —dijo Alberto.

—Eso ya lo dijo hace un rato —dijo Inés.

—Me aferro a las explicaciones mientras sigan vivas.

—Es una buena cualidad.

—Gracias.

—No siempre.

Alberto lo aceptó.

Entonces oyeron algo.

Era distinto del zumbido del Depósito: más grave, irregular, ajeno a cualquier vibración metálica y a la presión detrás de los dientes. Apenas se podía determinar de dónde venía. Se extendía de lado por el suelo, como si alguien, desde muy lejos, arrastrara una piedra sobre una superficie de adobe. Un tirón breve. Pausa. Otro tirón.

Javier miró a Inés.

El aparato estaba apagado, o encendido pero sin marcar nada. Inés lo sostenía en la mano sin mirarlo.

—Eso no fue el aparato —dijo Alberto.

—No —dijo Inés.

El sonido volvió.

Esta vez fue más corto.

Entonces la arena se movió.

Solo una pequeña cantidad. En el borde del adobe al descubierto, donde estaba el fragmento azul, una capa fina se deslizó hacia abajo. Cubrió la línea blanca y dejó visible apenas un punto azul.

Nadie se acercó.

Quizá fue el momento más sensato del día.

Alberto guardó el plano en la funda. Sus movimientos eran ordenados. Demasiado ordenados, pensó Javier, y se guardó la idea. Inés apagó el medidor e interrumpió la medición. Javier miró el nicho. El residuo oscuro de cera seguía allí. La tira amarilla de revoque había desaparecido.

—Nos vamos —dijo Alberto.

—Sí —dijo Inés.

Caminaron despacio, como si nadie les hubiera prohibido expresamente correr. Alberto se detuvo junto al letrero, sacó el celular y tomó otra foto. Miró la pantalla, pasó el pulgar por encima de una mancha y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Javier.

Alberto no dijo nada.

Amplió la imagen. Luego miró el letrero. Después volvió a mirar la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Inés.

Alberto giró el celular hacia ellos.

En la foto, debajo de NO REMOVER MATERIAL, había otra línea. Era pálida, casi como una sombra bajo el texto del letrero.

SECTOR EL FARO

Javier miró el letrero.

El letrero no había cambiado.

Solo tenía las cuatro líneas. Sitio arqueológico. Huaca Bajo La Arena. Ministerio de Cultura. No remover material.

Alberto tomó una segunda foto.

La miró.

En la segunda foto no aparecía la línea adicional.

—Conservamos la primera foto —dijo Inés.

—Por principio, nunca borro pruebas —dijo Alberto.

—Bien.

—Aunque todavía es muy pronto para llamarla prueba.

—¿Cómo la llama?

Guardó el celular. —Una foto que solo debería figurar en el informe junto con otro material.

Subieron a la camioneta. Alberto encendió el motor y tardó un momento en dar la vuelta. Los faros iluminaron el letrero, los postes y la cuerda floja. Detrás, la huaca se extendía baja en medio del gris. Una elevación pequeña en vez de un templo, unos cuantos bordes en la arena, cuerdas que prometían más de lo que explicaban y, debajo, algo que eludía el descubrimiento o quería ser encontrado de otra manera.

Javier miró por la luneta trasera cuando arrancaron. Las lonas se hicieron más pequeñas. El letrero fue lo primero en desaparecer. Luego los postes. La elevación siguió visible más tiempo porque el cielo era más claro detrás de ella. Al final, también ella se volvió parte del suelo.

Durante mucho tiempo nadie dijo nada en el camino de regreso.

Los Pinos apareció primero como una hilera de luces: lámparas de obra, bombillas aisladas, un ambiente abierto con luz LED blanca, una garita vacía. La camioneta pasó junto a una pila de tuberías al borde del camino. Eran tubos de plástico azul, como los de la cantera. Algunos eran nuevos. En uno había arena que debía de haber entrado antes de que sellaran ambos extremos con plástico.

Javier solo alcanzó a verlo de pasada.

Guardó silencio.

Donde volvía a comenzar el asfalto, una línea fina de arena cruzaba la carretera. Apenas tenía dos

dedos de ancho. Venía de la derecha, atravesaba en línea recta la berma y el asfalto, y terminaba a la izquierda, sobre la grava. Alberto pasó por encima sin reducir la velocidad.

En el espejo retrovisor, Javier vio que la línea seguía siendo continua incluso después de que la rueda pasara sobre ella.

Seguía intacta.

—¿Vieron eso? —preguntó.

—¿Qué cosa? —preguntó Alberto.

—Nada.

Inés no se dio vuelta. —Entonces dejémoslo así.

La camioneta llegó a Los Pinos. Entre las construcciones, la garúa era más densa que antes. En una casa a medio terminar, una escalera acababa bajo una pared sin ventanas. Sobre un tanque de agua, una piedra sujetaba la tapa. De una planta baja oscura salía música de radio. La calle estaba recién trazada, demasiado recta para el terreno. Javier se dio cuenta de que buscaba el zumbido en vano.

Eso no era un consuelo.

Al llegar a la Municipalidad, Alberto siguió de largo. Dejó a Inés y a Javier en el Mercado porque Teresa debía de estar en casa desde hacía rato. Por supuesto, en el Archivo todavía había luz. En la ventana del piso de arriba se veía una franja clara, estrecha e inmóvil. Alberto miró hacia arriba y guardó silencio.

—Llevaré el plano mañana —dijo Inés.

—No —dijo Alberto.

—¿No?

—Yo lo devolveré hoy mismo.

—Pero Teresa está durmiendo en su casa.

—Nadie dijo eso.

Javier bajó. El polvo de la huaca se le pegaba a los zapatos. Lo dejó en las suelas; por alguna razón, sacudírselo le pareció descortés.

Alberto siguió hacia la Municipalidad. Inés se quedó junto a Javier, observando cómo se alejaba la camioneta.

—Sabe que va a despertar a Teresa —dijo Javier.

—Sí.

—¿Eso es bueno?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo dejas?

Inés cerró el cierre de su bolso. Dentro estaba el medidor. Se encontraba apagado. Aun así, por un instante Javier tuvo la sensación de que estaba caliente.

—Porque es mejor que algunas cosas permanezcan despiertas en el Archivo —dijo ella.

Caminaron juntos un trecho. En el borde del Mercado, las cortinas metálicas estaban abajo. Sobre un puesto había una lona de plástico azul mal sujeta. La garúa había oscurecido la superficie. Debajo, todo permanecía inmóvil. Aun así, en un punto se formaba un pequeño bulto, como si allí hubiera algo más alto que al anochecer.

Javier se detuvo.

—Hoy no —dijo Inés.

Él la miró.

—¿Qué?

—Nada.

—Entonces ven.

A la mañana siguiente, antes de que el sol fuera visible detrás de la garúa, Teresa encontró arena

sobre su escritorio.

Muy poca.

Una línea fina, apenas más larga que su mano. Iba desde el borde inferior de un formulario hasta la esquina del plano que Alberto había devuelto durante la noche. El plano estaba dentro de la funda. La funda estaba cerrada. La línea de arena descansaba encima, como si alguien la hubiera trazado con una regla y, en el último instante, hubiera decidido prescindir de ella.

Teresa se quedó en el umbral, mirándola.

Alberto, que se había quedado dormido en la silla junto al archivador, levantó la cabeza.

—Solo quería dejarlo aquí —dijo.

Teresa se acercó al escritorio. No tocó la arena.

En el plano, la línea gris seguía casi sin color. Iba desde el Depósito Norte hacia el sureste, pasaba Los Pinos y llegaba hasta B.L.A.

Teresa la observó largo rato.

Luego tomó un lápiz y apoyó la punta junto al punto.

Escribió:

Presencia provisional.

Alberto se frotó los ojos. —Esa no es una categoría.

Teresa dejó el lápiz.

—Todavía no —dijo.

Capítulo 19: El salón comunal

El aviso de la reunión necesitó cuatro versiones. «Sesión informativa» prometía demasiado, «audiencia» sonaba a procedimiento y «irregularidades» atraía a personas que solo querían hablar de su recibo de agua.

Al final quedó así: REVISIÓN CONJUNTA DE LOS REPORTES. Teresa mandó imprimir debajo la fecha, la hora y el salón comunal.

Estaban en el área de entrada, que olía a archivadores húmedos, producto de limpieza y la parte trasera caliente de una vieja fotocopidora. Por la puerta abierta al patio entraba la garúa, más como una humedad fina que como niebla, y se depositaba sobre el vidrio, el metal y el cabello. En el piso, las pisadas de los visitantes de la mañana ya se habían convertido otra vez en manchas oscuras. Alguien había pegado en la pared un papel con un número de teléfono de Defensa Civil, pero la humedad había ablandado el segundo dígito y parecía un ocho o un tres.

—¿Viene el alcalde? —preguntó Alberto.

Teresa tomó el sello de la mesa de recepción y lo hizo girar en la mano sin usarlo. —Dijo que estaba en camino.

Alberto asintió. Era respuesta suficiente.

Alberto dispuso las sillas en filas hasta que Teresa le pidió que dejara dos torcidas. El escenario quedó vacío, salvo por una mesa, un micrófono y varias cajas con copias.

El salón estaba desordenado, pero se podía usar. A esas alturas ya conocían la diferencia.

Sobre la mesa había un bolígrafo, una almohadilla para sellos, una pila de formularios en blanco y el Libro de Actas. Teresa abrió una página nueva. El papel era grueso y olía a armario por los bordes. Arriba escribió la fecha y, debajo, el título de la sesión. Luego se detuvo.

Descartó «casos especiales».

También omitió «incidentes».

Escribió: Reportes.

A las siete menos cuarto llegaron Inés y Rafael. Rafael llevaba una carpeta y una extensión eléctrica enrollada. Inés llevaba el medidor en un bolso negro sobre el hombro. Tenía los zapatos polvorientos; en las suelas había material claro del camino a la huaca, aunque las había golpeado contra el borde de la acera antes de entrar.

—¿Mido? —preguntó.

Teresa miró las sillas. —Todavía no.

—Eso no es una respuesta.

—Sí. Es una respuesta temporal.

Rafael dejó la carpeta sobre la mesa y miró las ventanas. —Las luces del parque siguen apagadas.

—Las repararon —dijo Alberto.

—Ya sé.

Nadie preguntó más.

Poco después llegó Javier. Se quedó un momento en la entrada, como si tuviera que comprobar que realmente pertenecía a esa clase de reunión. No llevaba uniforme, solo su chaqueta, cuyas mangas brillaban en los bordes. En la lista de asistencia escribió su nombre en la primera línea libre, miró la columna «Sector» y trazó una raya.

—¿Usted no vive aquí? —preguntó Alberto.

—¿Hoy?

Alberto miró a Teresa. Teresa volvió a acercarle el bolígrafo. —Con la raya basta.

Poco después de las siete, los demás llegaron con el ritmo con que la gente de San Desvelo acudía a una reunión cuyo inicio oficial era a las siete: en grupos pequeños, con disculpas, con niños, con chaquetas sobre el brazo, con preguntas de paso. Un hombre de Los Pinos trajo un plano de

construcción enrollado. Dos mujeres de Las Palmeras se sentaron en la segunda fila y dejaron una silla libre para un bolso. Maritza llegó con su delantal blanco, aunque hacía rato que había terminado de trabajar en el carrito, y olía a limón, sal y agua fría. Efraín llegó sin gorra, lo que lo hacía parecer mayor. Al principio, Daniela se sentó al fondo, contra la pared, como si solo hubiera venido a escuchar si alguien decía lo mismo.

Lucía llegó poco después. Se detuvo en la entrada, observó las filas de sillas y se sentó en una de las que había junto a la pared lateral. Teresa lo notó, pero no dijo nada.

Ernesto no estaba.

Teresa lo había previsto. Aun así, miró una vez hacia la puerta cuando el zumbido de la regleta eléctrica se interrumpió brevemente.

En el lugar reservado de la mesa delantera había un letrero con el nombre del alcalde. Alberto lo había impreso y doblado. ALCALDE VÍCTOR CÁRDENAS. La silla de atrás siguió vacía.

A las 19:08, Teresa dio inicio a la sesión.

Sus primeras palabras se perdieron en el micrófono. Este las captó, las distorsionó, emitió un breve chasquido y enmudeció. Alberto giró un control. Por menos de un segundo salió del parlante algo parecido a música. Un fragmento tenue de ritmo, en algún lugar entre los cables. Después desapareció.

—Sin micrófono —dijo Teresa.

—Ya va a funcionar —dijo Alberto.

—Sin micrófono.

Él devolvió el control a su posición. Uno de los ventiladores del techo giró un cuarto de vuelta, aunque nadie lo había encendido. Luego volvió a quedarse quieto.

Teresa permaneció de pie detrás de la mesa. —Esta no es una reunión de reclamos —dijo—. Tampoco una determinación pública de causas. Hoy recopilamos reportes relacionados con servicios municipales, caminos, alumbrado, agua, terrenos o espacios públicos. Hoy no tomaremos ninguna decisión definitiva.

Al pronunciar la palabra definitiva, mantuvo la vista en su lista. Aun así, Alberto levantó la mirada.

—Comenzaremos por sectores —dijo, y se dio cuenta de inmediato de que la frase era demasiado ordenada.

El zumbido regresó.

El sonido seguía siendo bajo y podía confundirse fácilmente con la lámpara. Inés lo oyó. Rafael lo oyó. Javier giró un poco la cabeza hacia la ventana, como si viniera de afuera. Teresa miró las primeras líneas de la lista.

—Los Pinos —dijo.

El hombre del plano de construcción se puso de pie. Se llamaba Manuel Arce y era el jefe de obra de una pequeña empresa responsable de dos manzanas en el Sector 6, aunque ninguna contaba aún con todos los servicios. Extendió el plano sobre la mesa delantera y habló de concreto, no de apariciones.

—Ayer, el encofrado de la zanja estaba bien —dijo—. Esta mañana seguía bien, solo que estaba en otro lugar. Quizá cuatro centímetros. Pero cuatro centímetros bastan para que el agua, si alguna vez llega, corra hacia el lado equivocado.

—¿Quién lo movió? —preguntó Alberto.

—Nadie.

Algunos rieron en voz baja, porque en ese tipo de frases «nadie» siempre tenía muchos significados.

Manuel mantuvo un tono objetivo. —La huella en el polvo no mostraba que lo hubieran arrastrado. Simplemente estaba puesto ahí. Como si todo el encofrado hubiera estado en un lugar

y después lo hubieran vaciado en otro sin que nadie lo levantara.

Teresa escribió: Zanja / Los Pinos / cuatro centímetros.

El parlante chasqueó.

—¿Tiene fotos? —preguntó Rafael.

Manuel sacó el celular. En la primera foto se veía una obra, varillas, ladrillos sueltos y un encofrado de madera. En la segunda, lo mismo. Para Teresa, ambas imágenes eran iguales. Manuel señaló una marca con el dedo.

—Aquí. La marca de tiza sigue ahí. El encofrado, no.

Alberto se inclinó. —Tal vez la marca esté mal.

—Sí —dijo Manuel—. Pero ayer estaba bien.

Fue la primera frase de la noche ante la que nadie se rio.

Después de él habló una mujer de Los Pinos que en realidad solo quería saber si el número de su casa ya era oficial. Había recibido un papel de la empresa eléctrica en el que figuraba Mz. D, Lote 14, pero en la pared de su casa habían pintado Lote 13 y el vecino tenía el mismo número. Teresa conocía el expediente. Al principio dejó libre la página para no tener que ver aquel número otra vez. Luego escribió de todos modos: Número de casa / duplicado / revisar.

El zumbido se hizo más grave durante un suspiro.

—El Faro —dijo Teresa.

Efraín dudó antes de ponerse de pie. Tenía las manos entre las rodillas y miraba el suelo. Junto a su zapato derecho había un poco de arena: un borde claro, como si algo se le hubiera quedado en las suelas al cruzar el umbral. Cuando se levantó, la arena permaneció allí.

—Durante la marea baja aparecen muros —dijo.

Lo dijo como si informara de una entrega.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Alberto.

—Debajo del camino antiguo. Al oeste de Radio Desvelo. Solo se muestran a veces.

—¿Están señalizados?

Efraín lo miró. —¿En el agua?

—Pregunto para el acta.

—No.

Teresa escribió: El Faro / restos de muros durante la marea baja / no señalizar.

Tachó la última palabra enseguida. Demasiado tarde. El parlante emitió un sonido breve, como una voz que se hubiera quedado atascada a medio camino.

Una mujer mayor de la segunda fila levantó la mano por iniciativa propia. Se llamaba Rosa Benites y había venido de Las Palmeras, pero dijo que su madre era de El Faro.

—No del de ahora —dijo.

Alberto tomó el bolígrafo. —¿Qué quiere decir con «el de ahora»?

Rosa Benites se encogió de hombros. —Antes también le decían El Faro a lo de abajo.

—¿Abajo?

—Abajo.

Hizo con la mano un movimiento que no indicaba una dirección, sino una pendiente.

—¿En la playa? —preguntó Teresa.

—No. Debajo de la playa.

Rafael miró a Inés. Inés mantuvo la mirada en su bolso. El medidor estaba dentro y ella tenía la mano apoyada sobre el cierre.

—Eso es un recuerdo —dijo Alberto con cautela.

Rosa Benites asintió. —Sí.

—No un reporte.

—También.

Teresa no escribió nada. Luego escribió: Recuerdo / El Faro / abajo.

Esta vez nada chasqueó.

—El Alto —dijo Teresa.

Daniela siguió sentada.

Un hombre con gorra reportó primero una lámpara averiada en la escalera entre dos calles, que no debía ser una escalera porque oficialmente estaba registrada como vía de conexión. Después, una mujer dijo que el tanque de agua de su techo hacía ruidos por la noche, aunque la llave estuviera cerrada. Teresa anotó ambas cosas. Entonces Lucía levantó la mano desde la pared lateral.

—Yo no soy de El Alto —dijo.

—Entonces más tarde —dijo Alberto.

—Pero tiene que ver con la pregunta.

Teresa le hizo una seña para que continuara.

Lucía permaneció sentada. —Si un lugar se mantiene más tranquilo mientras algo está puesto de manera incorrecta, ¿eso se considera una falla de construcción?

Algunos se volvieron hacia ella. Nadie preguntó a qué lugar se refería.

—¿De construcción? —dijo Alberto.

—O comercial. O de seguridad.

—Habría que revisarlo.

—Sí —dijo Lucía—. Pero si uno lo revisa, ¿tiene que ponerlo bien?

Alberto dejó el bolígrafo.

Teresa escribió: La revisión modifica el estado. Luego observó la frase como si la hubiera escrito otra persona. Tachó estado y escribió: situación.

El zumbido se hizo más tenue.

Daniela se puso de pie.

No llevaba bolso, papel ni foto. Tenía las manos a los costados. Su mirada descansaba en las sillas que había entre ella y la mesa, como si estas tuvieran que confirmar que la distancia era suficiente.

—Mi patio queda limpio —dijo.

Un niño se rio. Su madre le puso una mano sobre la cabeza sin mirarlo.

Daniela apenas esperó a que terminara la risa. —Con limpio quiero decir vacío. Si ordeno demasiado, comienza antes. Si dejo algo tirado, se mantiene más lejos. A veces eso falla.

Teresa dudó antes de escribir.

—¿Quién barre? —preguntó Rafael.

—Nadie.

—¿Usted oye una escoba?

—Sí.

—¿Y por la mañana el patio está limpio?

—No el patio. El camino.

—¿Qué camino?

Daniela lo miró directamente por primera vez. —El que quiero evitar.

Inés abrió un centímetro el cierre de su bolso y luego lo soltó.

Teresa escribió: Patio / el camino surge con la limpieza.

Quiso tachar «limpieza», pero dejó la palabra.

El salón guardó silencio. Fue un silencio breve, apenas lo bastante largo para que todos tomaran conciencia de que lo compartían. En ese silencio, tres sillas de la primera fila se alinearon muy despacio.

El proceso escapaba a cualquier mirada fugaz. Quien las mirara solo advertiría que, después, sus patas delanteras estaban sobre la misma junta de las baldosas.

Javier lo vio. Teresa también.

Alberto no lo notó. Observaba el nombre de Daniela en la lista y buscaba un campo en el que pudiera colocar el patio.

—La Playa —dijo Teresa demasiado rápido.

Maritza se puso de pie, se limpió las manos en el delantal y dijo: —Por las mañanas, mi carrito está mal puesto.

—¿Mal cómo? —preguntó Alberto, visiblemente aliviado de que se tratara de un objeto movable.

—Cinco, quizá seis centímetros. A veces solo dos. Pero las ruedas se salen de sus huellas.

—¿Alguien podría haberlo empujado?

—Sí.

—¿Vio a alguien?

—No.

—Entonces podría haber sido alguien.

—Sí.

Lo dijo sin contradecirlo, pero tampoco dándole la razón.

—¿Por qué lo reporta? —preguntó Teresa.

Maritza miró hacia la puerta, como si su carrito estuviera afuera. —Porque siempre queda de tal manera que por la mañana tengo que empezar distinto.

—¿Distinto?

—No empeora, solo es distinto. La sombra es distinta. La caja está en otro lugar. La primera porción va hacia otro lado.

Se dio cuenta de que había dicho demasiado y volvió a sentarse.

Teresa escribió: Carrito / huellas / inicio desplazado.

El bolígrafo dejó un punto, aunque ella no quería ponerlo. La tinta se acumuló sobre el papel, redonda y oscura. Cuando levantó la punta, el punto permaneció brillante un momento y luego se volvió mate.

Del parlante volvió a salir música.

Esta vez era más clara. Un acorde breve, un ritmo, una cumbia que parecía salir de una radio pequeña y no de un sistema de sonido. Algunas personas del salón sonrieron automáticamente, porque esa música formaba parte de la vida cotidiana de San Desvelo. Luego se detuvo. En dos rostros, la sonrisa duró demasiado.

—Centro —dijo Teresa.

Un hombre del comité del parque se puso de pie y se quejó de las lámparas. Las habían reparado. Él había visto la factura. Habían cambiado el fusible, reemplazado dos luminarias e instalado un cable en el lado norte. Aun así, el parque seguía oscuro por las noches.

—Tal vez sea el temporizador —dijo Alberto.

—El temporizador está dentro de la caja.

—Entonces revisaremos la caja.

—La caja tiene luz —dijo el hombre.

Nadie entendió de inmediato qué quería decir. Entonces explicó: —Cuando uno la abre, hay luz adentro. Pero afuera, no.

Teresa escribió: Parque / caja con luz / afuera oscuro.

El parque detrás de las ventanas se oscureció.

Muy poco, pero lo suficiente para que el reflejo del salón en los vidrios se hiciera más nítido. Las personas se vieron sentadas, vieron las sillas, la bandera, la foto del alcalde. Detrás del reflejo apenas se distinguía el parque. Un niño saludó a su propia imagen. La imagen le devolvió el saludo al mismo tiempo. Teresa bajó la vista enseguida hacia el papel.

—Haremos una pausa breve —dijo.
—Estamos a la mitad —dijo Alberto.
—Precisamente.

Durante la pausa, la gente se fue levantando poco a poco. Algunos permanecieron sentados porque querían enterarse de todo. Otros fueron hacia la puerta, hicieron llamadas, buscaron agua o le plantearon a Alberto asuntos que querían conversar con discreción. Maritza habló con Daniela. Teresa vio que Daniela se fijaba en las marcas de sal del delantal de la otra mujer, como si fueran una especie de prueba de que el trabajo mantenía un lugar sujeto al mundo. Efraín estaba junto a la ventana, observando el reflejo de sus propios hombros. Inés se acercó al parlante y sostuvo el medidor junto a él sin encenderlo.

Teresa salió al pasillo.

Afuera, frente a la Municipalidad, el auto negro del alcalde estaba estacionado junto a la Plaza, medio bajo una farola y medio bajo las ramas bajas de un árbol. Los vidrios estaban oscuros. Sobre el parabrisas, la garúa formaba puntos diminutos. El motor estaba apagado.

Su teléfono vibró.

Contestó.

—Teresa —dijo Cárdenas.

Su voz sonaba más clara que la mayoría de las llamadas en la Municipalidad. No había estática, tránsito ni eco. Precisamente por eso sonaba mal.

—Señor alcalde.

—¿Están todos?

Ella miró a través de la puerta abierta del salón hacia la gente. —Faltan algunos.

—Bien.

Teresa esperó.

—Déjelos hablar —dijo él—. Pero no por turnos.

Teresa miró el auto. —¿Está afuera?

—Ya estoy aquí.

—¿Dónde?

La conexión permaneció abierta un instante. En el auricular había un vacío que difícilmente podía llamarse silencio.

Entonces Cárdenas dijo: —No escriba nada definitivo.

La llamada se cortó.

Teresa permaneció en el pasillo. El auto seguía allí. Los vidrios solo reflejaban la farola y el árbol. Una gota de garúa recorrió el parabrisas. No siguió un camino recto. Se detuvo un momento en una mota de polvo, la esquivó, siguió en diagonal y desapareció por el borde inferior.

Cuando Teresa regresó al salón, Alberto había enderezado las dos primeras filas de sillas.

—Estoy en contra —dijo ella.

Él se enderezó. —¿En contra de qué?

—De eso.

Él miró las sillas. —Estaban desordenadas.

—Entonces que sigan desordenadas.

—Esta es una sesión pública.

—Hoy no tanto.

Él quiso responder, pero del parlante salió un tono grave, que no era música ni electricidad. Comenzó en la pared y terminó en la mesa. Algunas personas se volvieron. El tono cesó en cuanto Alberto volvió a desplazar un poco la silla.

Alberto mantuvo la mano sobre el respaldo. Luego la retiró.

Después de la pausa, Teresa permaneció junto a la mesa, con el bolígrafo en la mano y el Libro de

Actas cerrado.

—Dejaremos de seguir los sectores —dijo.

Alberto abrió la boca.

—Hoy no —dijo ella.

Nadie la contradijo. Tal vez se debía a que nadie sabía con certeza si aquello hacía que la reunión fuera mejor o peor.

Las intervenciones llegaron ahora sin orden, pero con calma. Llegaron como llegaban las cosas a una ciudad cuando uno renunciaba a imponerles una secuencia: a través de la vecindad, la memoria, el oficio, el fastidio y el cansancio.

Un hombre de Centro habló de una llave que entraba en una puerta tapiada desde hacía años. Una mujer de Las Palmeras dijo que desde hacía tres noches su perro se negaba a orinar en una esquina determinada, aunque antes todos los perros se detenían allí. Un niño de Los Pinos contó que por las mañanas aparecían huellas pequeñas en una excavación, pero todas iban en la misma dirección. Rafael preguntó si eran rastros de animales. El niño dijo: —¿Con sandalias? Nadie se rio.

Un hombre mayor, a quien Teresa veía por primera vez, contó que en el Mercado le habían dado un recibo en el que figuraba su pedido antes de que lo hiciera. Maritza lo miró y preguntó: —¿En qué puesto? Él respondió: —En ninguno. Maritza asintió como si esa fuera una categoría.

Lucía no habló de la tienda de papel tapiz. Solo dijo que, en su opinión, algunas cosas tenían que permanecer torcidas, aunque de ningún modo todas. —Algunos errores son solo errores —dijo.

Teresa lo anotó.

Algunos errores son solo errores.

El zumbido permaneció bajo.

Inés no habló hasta mucho más tarde y lo hizo desde su asiento. —Las mediciones no concuerdan —dijo.

—¿Cuáles? —preguntó alguien.

—Todas, cuando se las superpone.

No era una respuesta útil. Aun así, continuó.

—En Radio Desvelo, en la estación meteorológica, en la cantera, en el Depósito, en la huaca. Se pueden trazar líneas. Pero las líneas solo concuerdan mientras uno no las traza con demasiada precisión.

Rafael miró su carpeta. Dentro había tablas: valores, horas, lugares, picos, notas. Teresa sabía que las mantendría guardadas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Manuel, el de Los Pinos.

Inés miró el mapa de la pared. Allí colgaba la antigua vista general plastificada de los sectores para las reuniones vecinales, mientras el mapa nuevo con los alfileres de Teresa estaba en el Archivo. Los sectores del 1 al 6 aparecían marcados con colores. El este estaba impreso demasiado claro, como si la impresora hubiera querido ahorrar tóner en esa parte.

—Que no sé si el mapa ayuda —dijo Inés.

—Eso no es muy científico —dijo alguien.

—No.

Lo dijo sin vergüenza.

Un sonido nuevo entró en el salón, esta vez desde afuera, quizá desde el parque, quizá desde una motocicleta en la Plaza. Un zumbido grave y constante. Duró demasiado para ser un motor que pasaba y demasiado poco para ser una máquina que de verdad estuviera funcionando. Mientras se mantuvo, las gotas de las ventanas descendieron más rectas.

Teresa lo vio. La garúa se había reunido en líneas finas, únicamente sobre el vidrio central. Las líneas eran casi paralelas.

—Abran la ventana —dijo.

Alberto la miró. —Va a entrar corriente.

—Sí.

Javier se puso de pie y abrió la ventana izquierda. La garúa entró más como una película húmeda que como viento y se depositó sobre el marco, la primera fila de sillas y el borde de la mesa. Con ella entró el olor del parque: tierra húmeda, polvo, hojas, metal frío. El sonido se debilitó.

Las gotas del vidrio central perdieron su línea. Una corrió hacia un lado.

—Gracias —dijo Teresa.

Javier permaneció junto a la ventana.

La reunión continuó. Se volvió menos ordenada y, por eso, más relajada. Las interrupciones fueron pacíficas. Se ayudaban unos a otros a recordar. Efraín dejó en pie la afirmación de Rosa Benites de que antes El Faro había estado más abajo. Daniela aceptó la frase de Maritza de que a veces había que dejar un carrito en el lugar donde quisiera estar por la mañana. Alberto quiso proponer una categoría tres veces y solo lo hizo una.

La tercera vez, Teresa omitió su categoría.

—¿Por qué no? —preguntó él en voz baja.

—Porque es demasiado buena.

La ofensa se le pasó rápido. Después contempló la silla que tenía delante, un poco fuera de la fila, y la dejó torcida.

Cuando se hicieron las nueve y media, aún quedaban personas por hablar. Eso era bueno. Teresa lo sintió antes de poder expresarlo. Un final completo habría vuelto a ordenar el salón en filas. Un final abierto dejaba las voces donde estaban: en las sillas, las paredes, las ventanas, los bolsos, las notas y las mentes de quienes se habían guardado algunas cosas.

Levantó la mano.

—Cerraremos por hoy.

—Pero no hay resultados —dijo Manuel.

—No.

—Entonces, ¿para qué fue?

Teresa miró el Libro de Actas. —Para reunir los reportes.

Manuel pareció meditarlo. Luego asintió, pero apenas.

La gente se fue más despacio de lo que había llegado. Algunos llevaron las sillas hasta la pared; otros las dejaron donde estaban. Maritza tomó una de las sillas azules y la puso dos filas más atrás porque allí quedaba «menos en medio». Daniela ayudó a levantarse a una mujer mayor. La arena de Efraín quedó en el piso. Lucía se demoró un momento más y miró hacia el escenario, como si detrás de él se abriera un espacio dentro de un diseño.

—Ernesto no vino —dijo Teresa.

Lucía asintió. —No habría dicho nada.

—¿Y usted?

—Yo tampoco dije todo.

—Bien —dijo Teresa.

Lucía la miró con atención. Después se fue.

Terminada la reunión, recogieron formularios, vasos y bolígrafos. Alberto enderezó una silla y, tras dudar un instante, volvió a sacarla de la fila.

Inés permaneció de pie en el salón vacío, escuchando. El zumbido continuaba y ahora tenía más espacio entre los objetos.

Javier cerró la ventana. Cuando echó el pestillo, se oyó brevemente un motor afuera. Teresa miró hacia la puerta.

—El alcalde —dijo Alberto.

Esperaron a que el ruido se extinguiera antes de salir. Luego Teresa tomó la lista de asistencia y

el Libro de Actas. En el pasillo hacía más frío. La puerta de vidrio se empañó por dentro. Afuera, la Plaza descansaba bajo la luz gris de las farolas. El lugar donde había estado el auto negro estaba vacío.

Sobre el asfalto quedaba un rectángulo seco.

El rectángulo solo estaba más seco que sus alrededores.

—Entonces sí estuvo aquí —dijo Alberto.

Teresa observó el lugar. —Tal vez.

—¿Lo anoto?

—No.

Regresó al salón y se sentó a la mesa delantera. Alberto permaneció de pie junto a ella. Inés y Rafael hablaban en voz baja junto a la ventana. Javier esperaba en la puerta, como si todavía pudiera surgir otro viaje.

Teresa abrió el Libro de Actas. La página que había comenzado estaba llena hasta la mitad: nombres, notas, palabras sueltas. Los Pinos. El Faro. Patio. Parque. Carrito. Abajo. Cuatro centímetros. Algunos errores son solo errores.

Apoyó el bolígrafo sobre la página.

Resultado de la sesión:

Dejó las palabras sin escribir y se limitó a verlas en el lugar donde podrían haber estado.

Luego escribió:

Se requiere continuación.

Alberto leyó por encima de su hombro. —Eso no es un resultado.

Teresa sopló ligeramente sobre la tinta, aunque hacía rato que estaba seca.

—Sí lo es.

—No puedo archivarlo como resultado.

—Entonces archívelo como otra cosa.

—¿Como qué?

Teresa contempló el título, el margen y los campos que faltaban y que, aun así, Alberto siempre encontraba.

—Como una sesión.

Él asintió despacio. —Es muy poco.

—Hoy basta con poco.

Del parlante salió un último chasquido: tenue, seco y ajeno a cualquier música. Sonó como si alguien, al otro extremo de una línea, hubiera comprobado si esta seguía abierta. Inés levantó la mirada. Rafael también. Teresa dejó el bolígrafo atravesado sobre la página.

No hubo más que ese único chasquido.

Cerraron el salón. Alberto apagó la luz. Esta vez todos los tubos se extinguieron al mismo tiempo. Durante un momento, el salón siguió visible detrás de la puerta de vidrio: el escenario, la foto del alcalde, la bandera, la silla torcida frente al escenario.

Después solo se veía el reflejo del pasillo.

Teresa retiró la llave.

Al llegar a la salida se detuvo frente al aviso. La esquina superior se había vuelto a despegar. La tira de cinta de embalaje colgaba en diagonal. El papel se ondulaba con la humedad, pero resistía. Alberto levantó la mano.

—Déjelo —dijo Teresa.

Él bajó la mano.

Afuera, la garúa se había vuelto más densa. Se depositaba sobre los bordes de la Plaza, los bancos, los troncos de los árboles y las escaleras de la Municipalidad. El parque estaba oscuro. Detrás de

una de las ventanas sin luz del salón comunal, la silla torcida permanecía invisible.

Teresa cerró la puerta con llave. La llave giró sin resistencia.

Al retirarla, oyó un ruido breve y seco dentro del salón.

No era el micrófono ni el parlante.

La pata de una silla sobre las baldosas.

Alberto la miró.

Esperaron.

No ocurrió nada más.

—¿Mañana? —preguntó él.

Teresa guardó la llave en el bolsillo. —Mañana no.

Cruzaron la Plaza. Detrás de ellos, el aviso colgaba de la puerta, medio despegado y medio sujeto.

REUNIÓN INFORMATIVA todavía podía leerse. La línea inferior se había humedecido. Salón Comunal se había convertido en Salón Comu al porque una gota había borrado la n.

A la mañana siguiente, Alberto querría reemplazarlo.

Teresa lo sabía.

También sabía que se encargaría de que volviera a quedar un poco torcido.

Capítulo 20: El tanque de agua

A la mañana siguiente de la reunión, el salón comunal olía a garúa, polvo reblandecido y papel mojado. En el aviso, alguien había escrito junto a la promesa de la Municipalidad: ¿Y el agua? Teresa se detuvo delante antes de abrir la puerta.

Leyó la frase dos veces. La primera quiso saber quién podía haberla escrito. La segunda ya no estaba claro si había estado allí desde la noche anterior.

Alberto cruzó la Plaza detrás de ella. Llevaba dos carpetas de plástico bajo el brazo y la caja vacía en la que habían estado los sellos la noche anterior. En el cuello de su camisa había un fino borde oscuro donde se había secado la humedad de la noche.

—Eso es nuevo —dijo Teresa.

Alberto dejó la caja sobre el saliente de concreto junto a la puerta y miró el vidrio.

—¿El agua?

—La frase.

—El agua también.

Sacó una de las carpetas. Entre los documentos había papeles sujetos con clips. Algunos habían sido arrancados de talonarios de formularios de la Municipalidad; otros, de cuadernos escolares; uno era el reverso de un recibo del Mercado. Encima de la pila había una lista manuscrita con ocho direcciones.

—Estaban en el buzón esta mañana —dijo—. Dos antes de las siete. Uno tocó la puerta, pero no esperó.

Teresa abrió.

Adentro, el pasillo estaba más iluminado que el exterior. Alguien había encendido el tubo fluorescente sobre la caja de interruptores, aunque normalmente no se encendía hasta después de las ocho. El salón comunal quedaba a la derecha y su puerta doble estaba entreabierta. Una de las sillas había quedado torcida en la última fila. Alberto la miró y pasó de largo.

—Déjala —dijo Teresa.

—No he dicho nada.

—La miraste.

Él se encogió de hombros y la siguió al Archivo.

Los reclamos trataban de sucesos distintos. Fue lo primero que Teresa advirtió. Por lo general, a la mañana siguiente de una reunión la gente escribía sobre los temas tratados: alumbrado, ruido, linderos, veredas dañadas, perros que ladraban demasiado temprano. Estos papeles trataban de agua.

En El Alto, un tanque de techo se había llenado aunque la entrada estuviera cerrada. En Los Pinos salía agua de un grifo en una casa donde todavía no habían instalado las conexiones. En Las Palmeras, un tanque seguía vacío aunque el plano de las zonas de presión indicaba que esa semana habría suministro. Una mujer de La Playa escribió que por la mañana había encontrado arena mojada en el fondo de su balde, aunque la noche anterior lo había vaciado.

El reclamo más objetivo era de Daniela.

Al principio, Teresa no reconoció la letra. Reconoció el patio.

Tanque del techo lleno esta noche. Entrada cerrada. Válvula cruzada. El agua huele a concreto. Favor revisar. No es una emergencia.

Debajo no había firma, solo: D. Rojas, El Alto.

—No es una emergencia —dijo Alberto.

—Eso es cortés.

—O peor.

Teresa mantuvo el papel separado de los demás y lo deslizó bajo el borde de su cuaderno,

dejando visible la mitad.

A las ocho y seis llegó Manuel Chacón.

Manuel se detuvo en la puerta sin tocar, como si no supiera si el Archivo recibiría visitas aquella mañana. Trabajaba para la Municipalidad, pero fuera del edificio. Lo llamaban cuando una tubería estaba en el lado equivocado de una calle, una bomba nueva según el contrato dejaba de funcionar o un tanque de El Alto seguía vacío mientras en Las Palmeras el agua se desbordaba. En los expedientes, su cargo figuraba como Técnico de Mantenimiento de Redes Menores. En la ciudad decían: el de las válvulas.

Era bajo, de hombros anchos, y llevaba una chaqueta marrón cuyas mangas eran más oscuras que la espalda. De su cinturón colgaba un manojo de llaves con dos llaves para válvulas, un destornillador corto y un trozo de cuerda azul. Olía a metal, concreto húmedo y la grasa que mantenía móviles las roscas de los cierres antiguos.

—¿Ustedes tienen los papeles? —preguntó.

Teresa señaló la mesa.

Manuel entró, tomó la lista y prescindió del orden. Su mirada saltaba de una dirección a otra. Ante algunas trazó una pequeña raya en el aire con el pulgar.

—Este no es un solo problema —dijo.

—Eso no me tranquiliza —dijo Alberto.

—Tampoco debería.

Manuel dejó la lista. —Esto es zona de presión dos. Esto, en realidad, es la tres, pero a veces depende de la dos. Esto es Los Pinos, que oficialmente todavía no es ninguna zona. Esto es El Alto, conexión antigua. Y esto —tocó el papel de Daniela— es un tanque que aún debería contener algo.

Alberto miró a Teresa.

—¿Qué quiere decir con «debería»?

Manuel se encogió de hombros. —Si un tanque de El Alto queda completamente vacío, succiona aire. Si succiona aire, la tubería golpea. Si golpea, me llaman.

—¿Y si se llena aunque la entrada esté cerrada?

—Entonces vamos para allá.

Su tono seguía siendo objetivo. Hablaba como alguien que conocía el orden de las cosas: primero leer, luego llevar las herramientas, después ir hasta el lugar y comprobar si mentía el indicador o la tubería.

Inés llegó diez minutos más tarde. Llevaba el bolso con el medidor pequeño, pero lo mantuvo sobre el hombro. Después de lo ocurrido en el salón comunal, había dormido menos de lo planeado. Bajo sus ojos había una sombra que no combinaba bien con la claridad de la mañana.

—¿Agua? —preguntó.

—Agua —dijo Teresa.

—Por fin algo normal —dijo Alberto.

Nadie respondió.

Fueron en la furgoneta blanca de Manuel. En el costado aún llevaba el antiguo escudo de la Municipalidad, pero el sol había desteñido los colores. La palabra SERVICIOS apenas se leía. Debajo de la luneta trasera había una calcomanía de Defensa Civil y, más abajo, una pequeña grieta en el vidrio que iba desde la izquierda inferior hasta la derecha superior y, con cada bache, parecía por un instante una tubería dibujada.

Manuel conducía despacio por el estado de la calle. Esquivaba tanto los baches como las partes más oscuras del asfalto donde quizá antes había brotado agua. En Centro había sardineles y zanjas pintadas. Más arriba, en dirección a El Alto, las zanjas se volvían menos profundas, las escaleras más largas y las casas estaban construidas más juntas sobre la pendiente. En los techos

había tanques negros, algunos nuevos y brillantes, otros con bordes blancos de cal bajo las tapas. Sobre los ladrillos sin revocar, las varillas de construcción se elevaban hacia la garúa como si las casas esperaran otro piso que llegaría más adelante o nunca.

Daniela esperaba en el patio.

La puerta de la casa estaba entornada. El patio parecía desordenado a propósito. Un balde estaba medio metido bajo el tanque, una escoba yacía atravesada frente al muro trasero y un paño colgaba sobre un saliente bajo. Todo parecía colocado de manera deliberada y, a la vez, incompleta.

Manuel lo vio y asintió apenas.

—Bien —dijo.

Daniela lo oyó y dejó abierta la pregunta de qué tenía de bueno.

El tanque descansaba sobre una estructura sencilla de pilares de concreto y ángulos de hierro oxidados. Era negro y redondo, con una tapa sujeta por una piedra en uno de sus lados. Bajo la válvula de entrada colgaba una vieja tira de tela que debía recoger las gotas e impedir que abrieran un surco en el suelo. Debajo, el piso estaba más oscuro que en el resto del patio.

—¿La válvula estaba cerrada? —preguntó Manuel.

Daniela la señaló. —Cruzada.

Manuel subió a un banco bajo. Apoyó dos dedos en la válvula y luego golpeó la tubería con la uña. Produjo un sonido seco, breve y duro.

—Vacío suena distinto —dijo.

—Ayer estaba casi vacío.

—Casi vacío es mejor que completamente vacío.

Daniela miró brevemente a Teresa. Teresa omitió la frase. Dentro de la carpeta, pensó, enseguida sonaría mal.

Manuel levantó un poco la tapa. El olor era distinto del agua estancada. Recordaba al concreto, el polvo frío y el interior de una construcción antes de que colocaran las ventanas. Inés levantó la cabeza.

—Eso no viene de aquí —dijo.

—El agua suele tomar el olor de la tubería —dijo Manuel.

—No así.

Él guardó silencio. Luego sacó una linterna pequeña, alumbró el interior y volvió a cerrar la tapa. Sobre la piedra que la sujetaba había un borde gris y fino. Manuel lo limpió con el pulgar, frotó los dedos y los olió.

—Arena.

—Del patio —dijo Alberto.

Manuel señaló el balde, la escoba y el muro. —La arena del patio es clara. Esta es más oscura.

Daniela movió el balde un poco más debajo del tanque. Fue un movimiento pequeño, casi como una disculpa. En ese instante hubo un goteo en la tubería, aunque nadie había tocado la válvula. Una gota permaneció un momento en la parte inferior, se deslizó de lado por una pendiente apenas visible y cayó al suelo.

Nadie dijo nada.

Inés sacó el medidor del bolso y lo sostuvo contra el pilar de concreto. La aguja apenas se movió. Luego lo acercó a la tubería.

Grave.

Pausa.

Grave.

Débil, pero lo bastante para que levantara la mirada.

—¿Como en el Depósito? —preguntó Alberto.

—No.

—¿Como en la huaca?

Inés bajó la mano. —No es suficiente para afirmarlo.

Manuel bajó del banco. —Vamos a la caja.

—¿Qué caja? —preguntó Teresa.

—La que aparece en el plano. Después iremos a la que no aparece.

Lo dijo sin énfasis.

La primera caja de válvulas estaba en una esquina entre El Alto y Las Palmeras. Era una tapa cuadrada de concreto, medio cubierta de polvo, con la inscripción AGUA SD, que alguien había repasado con pintura azul años atrás. Al lado había un muro del que colgaban los restos de un viejo cartel electoral. El candidato sonreía con media mejilla. Debajo de su rostro, un trozo seco de tubería sobresalía del muro a modo de desagüe.

Manuel colocó la llave de válvula, giró un poco, se detuvo y escuchó de pie, como si oyera la calle. Pasó un mototaxi. Dos niños con mochilas escolares caminaban por el otro lado. Una mujer colocó una caja plástica con pan frente a una tienda. Todo era lo bastante normal para resultar molesto.

—Aquí hay presión —dijo Manuel.

Alberto miró dentro de la caja abierta. —El indicador marca cero.

—El indicador no es la tubería.

Inés se arrodilló. El fondo de la caja estaba seco. En una esquina, una línea fina de arena oscura cruzaba la tubería como un dique pequeño.

—¿Cuándo limpiaron la caja por última vez? —preguntó.

Manuel miró a Teresa.

Teresa miró a Alberto.

Alberto hojeó la carpeta en vano.

—¿Oficialmente? —preguntó Manuel.

—Sí.

—Hace dos años.

—¿Y en realidad?

—La semana pasada.

—¿Por qué no figura ahí?

Manuel retiró la llave. —Porque solo saqué la arena. No fue una reparación.

—Eso es mantenimiento.

—No si uno no cambia nada.

Teresa escribió: Arena en la caja, no registrada como reparación. Luego tachó las últimas cuatro palabras y escribió: sin cambios.

El zumbido que Inés había oído en la tubería era más débil allí. Al parecer venía de debajo de la calle, más arriba, donde las tuberías rodeaban un muro antiguo. Manuel les mostró el lugar. El muro ya no pertenecía a ninguna casa. Era bajo, de concreto y piedras, y terminaba en medio de la vereda. No había una puerta a ninguno de los lados.

—¿Por qué la tubería rodea el muro? —preguntó Alberto.

—Porque el muro estaba primero.

—¿A quién pertenece?

—A nadie.

—Entonces podrían haberlo retirado.

Manuel lo miró como si Alberto hubiera propuesto desinflar una llanta para comprobar si así rodaba mejor.

—Se podía.

—Aun así, lo dejaron en su sitio.

—No.

Continuaron hacia Los Pinos.

Allí, la ciudad todavía estaba convirtiéndose en sí misma. Algunas calles ya tenían nombre, pero los letreros estaban apilados junto a un contenedor de obra. En ciertas esquinas, los sardineles eran demasiado altos. Entre las casas había tuberías de plástico azul, tramos de PVC gris, rollos de alambre y sacos de cemento endurecidos en los bordes. En varios techos planos ya había tanques negros, aunque todavía faltaban las escaleras para subir. Una casa tenía la fachada revocada, pero las ventanas estaban cerradas con madera contrachapada. Otra tenía ventanas y no tenía piso.

Manuel estacionó junto a una casa sin terminar con el número L-14B pintado con aerosol. El número estaba escrito en rojo sobre el concreto; debajo había otro más antiguo, trazado con tiza, que alguien solo había cubierto a medias.

—¿Esta casa hizo el reporte? —preguntó Teresa.

—No —dijo Manuel—. Esta no reporta. Esta hace.

Se dirigió a la caja del medidor de agua. Era nueva y el plástico gris aún se veía fresco. La tapa cerrada no tenía precinto. Manuel la abrió con la uña.

Dentro había un medidor.

—Debería estar vacío —dijo Alberto.

—Está vacío.

—Está contando.

Los pequeños números rojos de la ventanilla se movían despacio. Primero temblaron; luego, el último dígito avanzó una unidad.

Inés se acercó. —¿Hay una tubería conectada aquí?

Manuel señaló el suelo. Frente a la caja habían abierto la arena y vuelto a apisonarla. Se veía una tubería azul, pero terminaba abierta dos metros más allá, en una zanja. En el extremo habían metido un trapo.

—La tubería termina antes de la red —dijo Manuel.

—Entonces el medidor debería estar quieto.

—Puede estarlo. Solo que no por el agua.

—¿Por qué entonces?

Manuel sacó el destornillador del cinturón y golpeó la caja. El medidor se detuvo. Golpeó por segunda vez, esta vez el extremo abierto de la tubería. Del trapo salió una gota oscura. Cayó en la zanja y desapareció de inmediato en el polvo.

Teresa miró la hilera de casas. Entre dos construcciones, un sendero estrecho se dirigía hacia el sur, donde terminaban las calles y el terreno se volvía más plano. Más allá de los últimos muros había una franja oscura en el suelo. No era una zanja propiamente dicha, sino una depresión larga cuyo polvo era más blando que el resto del terreno.

—¿Ese es el Canal Seco? —preguntó.

Manuel respondió de espaldas a ellos. —Una parte.

—En el plano queda más al sur.

—¿En qué plano?

Alberto sacó el plano de la carpeta, lo desplegó y lo extendió sobre el capó. La garúa depositó de inmediato una película fina sobre el papel. Las líneas de Los Pinos eran limpias y formaban ángulos rectos: celestes para el agua, rojas para la electricidad, grises para las calles. El Canal Seco aparecía como una línea punteada, a una distancia segura de las primeras etapas de construcción.

Manuel señaló el trazado punteado. Luego señaló la depresión frente a ellos.

—Ese es el plano que aprobaron.

—¿Y el otro?
—¿Qué otro?
—El verdadero.

Manuel dejó el plano sobre el capó. —El verdadero está en el suelo.

Alberto exhaló. —Eso no cabe en ningún informe.

—Entonces escríbalo de otra manera.

Inés se había alejado unos pasos. Estaba en el borde de la depresión. Allí el suelo era más seco que junto a las casas, pero las piedras formaban pequeños arcos repetidos, como si alguna vez una corriente poco profunda las hubiera ordenado. Entre dos piedras había un trozo de plástico húmedo en la parte inferior. Se puso en cuclillas y sostuvo el medidor apenas por encima del suelo.

Nada.

Lo bajó más.

La aguja permaneció quieta.

Entonces oyó agua.

Tenue y lejana, más parecida a un tirón breve dentro de una tubería distante que a un río. Miró a Manuel. Él seguía junto a Teresa y Alberto, pero había girado un poco la cabeza, como si también la hubiera oído.

—Aquí no hay ninguna tubería —dijo Inés.

—Ya no —dijo Manuel.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es.

Fueron a la pequeña caseta de bombeo en el borde de Los Pinos. Estaba al final de una vía de polvo apisonado. Dos bloques de concreto servían como escalones frente a la puerta. Sobre el marco metálico había un letrero que originalmente debía de haber sido blanco. En letras azules de plantilla decía: CASETA DE VÁLVULAS – SECTOR SUR. Debajo, alguien había añadido más tarde con marcador negro: NO CERRAR TODO.

Teresa se detuvo frente al letrero.

—¿Quién escribió eso?

Manuel abrió la puerta. —Alguien que quería dejarle menos trabajo al que viniera después de mí. Dentro, el frío resultaba hueco en vez de agradable. Las paredes eran de concreto sin revestir y tenían eflorescencias blancas en algunos puntos. Por ellas corrían tuberías azules, grises y una pintada de verde. Algunas estaban marcadas con números; otras, con cinta adhesiva y flechas dibujadas a mano. En una esquina había un balde viejo con una grieta. De la pared colgaba un plano dentro de una funda de plástico empañada por dentro.

Alberto se acercó al plano.

—¿Por qué la funda está húmeda por dentro?

En la caseta de bombeo, la aguja del viejo indicador de presión estaba apenas por debajo de cero. Manuel marcó con tiza la posición de la rueda de la válvula y la dejó un poco abierta.

Teresa escribió: posición provisional de funcionamiento.

El zumbido venía de un conducto gris y delgado que desaparecía detrás de una tabla de madera, mientras la tubería más grande permanecía inmóvil.

Detrás de la tabla, que solo estaba apoyada, había un canal de tuberías medio abierto. Dentro se extendía una superficie lisa de arena oscura con un surco que entraba horizontalmente en la pared.

Manuel dijo que antes el trazado seguía hacia el sur, antes de que llamaran Canal Seco a la depresión. Dependiendo de quién hablara, había sido desagüe, entrada, quebrada o simplemente la zanja.

Cuando el zumbido se interrumpió, Manuel volvió a colocar la tabla y dejó una abertura de dos dedos.

—¿Tomamos una foto? —preguntó Alberto.

—Entonces alguien preguntará por qué está abierto.

De regreso a la furgoneta, Teresa se detuvo frente a la caja del medidor de agua de L-14B. El último número rojo se había vuelto a mover. Solo una unidad.

No dijo nada.

Alberto también lo vio. Apretó el plano bajo el brazo para protegerlo de la humedad.

—Tenemos que registrarlo —dijo.

—Sí —dijo Teresa.

—¿Cómo?

Ella miró por encima de Los Pinos hacia el sur. La depresión estaba donde el plano conocía otra línea. Más allá, el terreno comenzaba a aplanarse y luego volvía a volverse irregular antes de elevarse en dirección a la huaca. No se veía Bajo La Arena. Solo la dirección.

—Como trazado, no como defecto —dijo.

—¿Entonces como qué?

—Como trazado.

—Un trazado necesita principio y fin.

Manuel, que ya estaba junto a la furgoneta, se volvió.

—Un trazado puede quedar abierto.

Regresaron por Las Palmeras. A mitad de camino, Manuel se detuvo otra vez sin explicar nada. Bajó, se acercó a un borde bajo de concreto junto a la calle y levantó una tapa pequeña. Debajo no había ninguna tubería, solo un pozo vacío con polvo en el fondo. En la pared interior había una huella dactilar mojada.

—¿De hoy? —preguntó Inés.

Manuel negó con la cabeza. —De nadie.

Dejó caer la tapa. El sonido fue demasiado grave para el tamaño del pozo.

Por la tarde, en el Archivo Municipal, Teresa puso tres hojas sobre la mesa.

En la primera escribió: Reportes sobre el suministro de agua.

En la segunda: Zonas de presión / provisional.

En la tercera no escribió nada.

Alberto estaba junto al estante buscando el antiguo archivador de Redes Menores. Encontró tres. Uno estaba ordenado por años; otro, por sectores; el tercero, por nombres de técnicos. Dos de ellos ya trabajaban en otro lugar; del tercero no había en su expediente personal ningún indicio de que hubiera trabajado antes para la Municipalidad. En el archivador por sectores faltaba el apartado Sur. En el archivador por años había una copia de un plano de 1987 en el que una tubería terminaba en el borde de Los Pinos, mucho antes de que Los Pinos existiera como Sector 6.

Teresa colocó el plano junto al de ese día.

La tubería antigua no llegaba a la huaca ni a la zona anterior. Simplemente salía por el borde del plano.

—Está incompleto —dijo Alberto.

—Sí.

—¿Buscamos el plano de conexión?

Teresa contempló largo rato la línea. Después miró el papel de Daniela, que seguía debajo del borde de su cuaderno.

—Hoy no.

Inés estaba sentada junto a la ventana. Había apoyado la cabeza contra el marco y escuchaba el

edificio. Abajo, en el salón comunal, alguien movió una silla. Solo una. Luego todo quedó en silencio.

—En la caseta de bombeo era más débil cuando dejamos la tabla abierta —dijo.

Alberto frunció el ceño. —Entonces tenemos que anotarlo.

—No —dijo Teresa.

—¿Por qué?

—Porque si no, alguien lo repetirá.

Fue la primera respuesta del día que nadie corrigió.

Poco antes de terminar la jornada, Manuel volvió al Archivo. Se había quitado la chaqueta y llevaba una camiseta gris con una vieja mancha de agua en forma de isla sobre el pecho. Dejó una bolsita sobre la mesa de Teresa. Dentro había arena.

—¿Del tanque? —preguntó ella.

—De la tubería de L-14B.

—¿Húmeda?

—Estaba húmeda.

—¿Y ahora?

—Ahora no.

Teresa dejó la bolsita donde estaba. A través del plástico, la arena parecía más oscura que el polvo de Los Pinos. Algunos granos se adherían al interior como si todavía hubiera humedad, pero al sacudirla cayeron secos al fondo.

—¿La etiqueto?

Manuel miró las tres hojas de la mesa. —Si la etiqueta, tendrá que decir de dónde viene.

—Lo sabemos.

—No. Sabemos de dónde la sacamos.

Teresa dejó el bolígrafo.

Afuera, la luz estaba entre el día y la tarde. La garúa avanzaba desde el oeste por las calles y se depositaba sobre los vidrios de la Municipalidad. Las gotas se acumulaban en pequeños rasguños del cristal.

Alberto había vuelto a desplegar el plano antiguo. La tubería que salía por el borde estaba dibujada con una línea azul y fina. Al final no había flecha, cruz ni inscripción.

—Es difícil demostrar que la tubería continúa —dijo.

—Sí —dijo Teresa.

—Y también que termina.

Manuel recogió el manojito de llaves de la mesa. Las llaves de válvula chocaron entre sí y produjeron un breve sonido metálico que permaneció en el Archivo más tiempo del necesario.

—Entonces no escriba que termina —dijo.

Teresa miró la tercera hoja en blanco.

Al cabo de un rato, la acercó y escribió en la esquina superior:

EN REVISIÓN

Luego colocó el plano encima, ligeramente torcido.

Capítulo 21: El informe

Teresa comenzó el informe por obligación, mucho antes de estar preparada.

Lo comenzó porque la impresora de la antesala despertó por sí sola.

Eran poco más de las seis de la tarde y, en el Archivo Municipal, el día ya había adquirido ese segundo cansancio que se depositaba sobre los muebles en vez de sobre las personas. Los escritorios estaban torcidos. El tubo fluorescente del pasillo parpadeaba con un ritmo demasiado lento para reportarlo como una falla y demasiado regular para pasarlo por alto. Sobre la mesa de Teresa había tres carpetas abiertas, dos cerradas y una tan a medias debajo de otra que parecía un descuido.

Teresa estaba sentada a la mesa de patas metálicas que desde hacía años resultaba demasiado pequeña para las pilas de expedientes. Junto a ella había tres carpetas, dos cuadernos y un archivador delgado con una etiqueta desteñida de la Municipalidad. En letras de molde, la etiqueta decía: INFORMES VARIOS. Debajo, alguien había añadido más tarde con bolígrafo: NO USAR.

Aun así, Alberto había sacado el archivador.

—Estaba en el estante de los trámites cerrados —había dicho.

—Entonces no pertenece aquí.

—Precisamente.

Ahora estaba junto a la ventana, tratando de despegar una vieja tira adhesiva del marco con la uña del pulgar. La tira se resistía; en lugar de soltarse, se estiraba y adquiría un color lechoso.

En la antesala, la impresora hizo clic.

Teresa levantó la cabeza.

La impresora era vieja. Estaba sobre su propia mesa porque nadie recordaba si las vibraciones del aparato dañaban los demás muebles. Antes de cada impresión tomaba una hoja, la rechazaba, resoplaba, mostraba ERROR y volvía a empezar. La conexión con la computadora de Teresa dependía de que Alberto empujara correctamente contra la pared el enchufe que había debajo de la mesa.

El router estaba apagado.

La impresora tomó una hoja.

Alberto soltó la tira adhesiva.

—¿Enviaste algo?

—No.

—Tal vez desde abajo.

—Abajo no hay nadie.

La impresora trabajó despacio, como si tuviera que recordar la forma de las letras. Primero salió una línea, luego una pausa y después varios movimientos breves. Finalmente, la hoja quedó en la bandeja, todavía caliente, con una sola frase impresa.

INFORME PRELIMINAR SOLICITADO.

Debajo no había nombre, fecha ni número de expediente.

Al principio, Teresa dejó el papel donde estaba. Se quitó los lentes, limpió los cristales con el borde inferior de la blusa y volvió a ponérselos. La hoja seguía allí.

Lo justo para que se notara, porque la carpeta era azul.

—¿El alcalde? —preguntó Alberto.

Teresa tomó la hoja. Olía a tóner caliente.

—El alcalde llama —dijo.

El teléfono sonó.

Era el viejo teléfono fijo de la mesa auxiliar; su celular permaneció en silencio. El fijo casi solo lo usaba ya la central o personas que tenían el número de antiguos directorios. Por lo general, no sonaba.

Teresa contestó.

—Archivo Municipal —dijo.

En la línea había una estática seca y tenue, como una hoja arrastrada sobre concreto.

Entonces Cárdenas dijo: —Teresa.

Su voz sonaba cercana, como si hablara desde una habitación del mismo edificio.

—Señor alcalde.

—Necesitamos el informe.

—¿Cuál?

—El que usted no quiere escribir.

Alberto la miró.

Teresa se sentó despacio.

—Todavía no hay resultados definitivos.

—Eso es bueno.

Ella esperó.

—Mañana temprano no lo envíe a Lima —dijo Cárdenas.

Teresa sujetó el auricular con más fuerza. —Usted dijo que lo necesitamos.

—Por supuesto.

—¿Pero no lo enviamos?

—Todavía no.

—¿Adónde, entonces?

Cárdenas exhaló. El motor sonaba distante, como detrás de un muro o debajo de una calle. Luego dijo: —Archívenlo donde uno lo encuentre al buscar otra cosa.

—Eso no es una instrucción.

—Sí lo es.

—¿Quién debe encontrarlo?

—Usted.

La línea chasqueó. En el chasquido había una sola nota de cumbia, muy breve, como si alguien hubiera encendido una radio al fondo y la hubiera vuelto a cubrir de inmediato.

—¿Señor alcalde?

—¿Y Teresa?

—Sí.

—No escriba causa.

Entonces la conexión se cortó.

El auricular quedó torcido sobre la base. Teresa lo enderezó.

—¿Qué dijo?

—Que necesitamos el informe.

—Bien.

—Y que no debemos enviarlo.

—¿También bien?

Teresa miró la hoja impresa.

—Provisionalmente.

Como título eligieron INFORME SOBRE IRREGULARIDADES REPORTADAS – VERSIÓN DE TRABAJO. Al llegar a VERSIÓN DE TRABAJO, el ventilador se encendió aunque nadie había tocado el interruptor.

Teresa dejó el título.

Inés llegó a las seis y media.

Llevaba la carpeta con sus mediciones, pero parecía haberla abierto y cerrado tres veces durante el trayecto. Tenía el cabello húmedo por la garúa. En el zapato izquierdo había polvo claro, probablemente de Los Pinos o del camino a la caseta de bombeo.

—¿Estás escribiendo? —preguntó.

—Por desgracia.

—No escribas causa.

Teresa la miró.

—Él dijo lo mismo.

—¿Quién?

—Cárdenas.

Inés dejó su carpeta sobre la mesa, separada un palmo de las demás.

—Entonces, por una vez, no dijo nada equivocado.

Alberto acercó una silla. La dejó torcida, se dio cuenta y no la movió.

Inés abrió la carpeta. Dentro había impresiones de las mediciones del Depósito Norte, el patio, el tanque de agua y Bajo La Arena. Ninguna curva se parecía a las demás. Teresa había esperado que la falta de similitud resultara tranquilizadora. En cambio, parecía una negativa.

Separaron observación, medición e interpretación. Los anexos contenían mapas, fotos, declaraciones y actas; ninguno se describía como prueba de una causa común.

Alberto quería un apartado llamado «Conclusión». Teresa lo llamó «Próximos pasos».

Teresa quiso responder, pero la impresora de la antesala volvió a tomar una hoja.

Esta vez, Alberto se levantó de un salto. Salió antes de que Teresa pudiera detenerlo. Ella oyó sus pasos sobre las baldosas y después el clic duro de la tapa de la impresora. Aun así, el aparato siguió trabajando.

—No está conectada —gritó Alberto.

La hoja salió.

Alberto la llevó adentro sujetándola solo por una esquina. En el papel había una tabla. Cuatro columnas, seis filas. Encabezados en negrita:

LUGAR / TIPO / ESTADO / RESPONSABLE

En la primera fila decía:

PARQUE CENTRAL / ALUMBRADO / PENDIENTE / MUNICIPALIDAD

En la segunda:

RADIO DESVELO / INFRAESTRUCTURA / INACTIVO / MUNICIPALIDAD

En la tercera:

HUACA BAJO LA ARENA / PATRIMONIO / PROTEGIDO / MINISTERIO DE CULTURA

En la cuarta:

DEPÓSITO NORTE / SERVICIOS / ACTIVO / SIN DEFINIR

En la quinta:

CANAL SECO / DRENAJE / SIN AGUA / SIN DEFINIR

La sexta fila estaba vacía.

Teresa la leyó dos veces. Luego miró la computadora. Aquella tabla era de otra persona.

—Eso es precisamente lo que no estamos haciendo —dijo Inés.

—Está ordenado —dijo Alberto.

—Ese es el problema.

Teresa tomó la hoja, la puso sobre la mesa y pasó el dedo por la cuarta fila. DEPÓSITO NORTE / SERVICIOS / ACTIVO / SIN DEFINIR.

—Activo —dijo.

—Eso figuraba en los formularios antiguos —dijo Alberto.

—No en mi informe.

La impresora volvió a hacer clic.

Teresa se levantó, fue a la antesala y la desenchufó.

La impresora enmudeció. Durante un segundo solo se oyó el tránsito lejano de Centro, la bocina de un mototaxi, un perro, un resto de voces del Mercado. Entonces salió del aparato un ruido tenue, como si una hoja se desplazara dentro.

Teresa permaneció quieta.

No salió ningún papel.

Cuando regresó al Archivo, había una línea nueva en su pantalla.

6. Sector no registrado.

El cursor parpadeaba detrás.

—¿Escribiste eso? —preguntó Alberto.

—No.

Inés alejó un poco su carpeta.

—No lo borres de inmediato.

—¿Por qué?

—Porque quiere saber si lo borras.

—¿Él?

Inés miró el mapa de la pared. —El informe.

Teresa quiso decir que un informe no podía querer nada. Pero aquello habría sido una afirmación, y esa noche las afirmaciones no eran confiables.

Volvió a sentarse. La línea seguía allí. Sector no registrado. Ningún lugar ni nombre, solo una categoría que se hacía pasar por un vacío.

6. Otros reportes sin asignación permanecerán sin procesar hasta que sea posible revisarlos.

La pantalla permaneció en calma.

—Demasiado largo —dijo Alberto.

—Bien.

Siguieron trabajando.

El informe adquirió una estructura desordenada. Teresa lo escribió como una habitación en la que algo debía quedar tirado. Comenzó con los puntos confirmados, puso debajo las observaciones descartadas e incluyó la huaca como «referencia topográfica» en vez de como lugar. Clasificó el tanque de agua bajo «suministro», no bajo agua. El parque apareció como nota al margen sobre el uso público y no en el apartado de alumbrado. Radio Desvelo siguió siendo un objeto sin funcionamiento actual; omitió la palabra definitiva «fuera de servicio».

Con cada formulación tenía que decidir si decía lo que era o lo que podía registrarse.

La diferencia era esencial.

Alberto leía las frases que Teresa dejaba en la pantalla. Rara vez las comentaba. Inés estaba sentada en la silla de visitas y se abstenía de sacar conclusiones.

A las siete y doce tocaron la puerta.

Nadie abrió de inmediato.

Volvieron a tocar. Dos golpes breves. Pausa. Un tercero.

Alberto salió. Teresa oyó voces. Luego entró Manuel Chacón. Ya no llevaba chaqueta, solo una camisa con las mangas remangadas. En los antebrazos tenía manchas oscuras de grasa para tuberías.

—La tubería de Los Pinos está golpeando —dijo.

—¿Ahora?

—Desde que usted está escribiendo.

Teresa se miró las manos.

—Esa no es una buena explicación técnica.

—Tampoco vine por la explicación.

Manuel puso una nota pequeña sobre la mesa. Una esquina estaba húmeda. En el papel había un croquis a lápiz: una caja de válvulas, una línea, una flecha hacia el sureste. En el margen decía: no decir termina.

Había dejado abierto el final de la línea.

—Eso ya me lo dijo.

—Sí.

—Entonces escríbalo así.

—¿Cómo?

Manuel leyó despacio lo que había en la pantalla.

—Esta tubería no está sin destino. Solo que no sabemos cuál es.

Teresa estuvo a punto de copiarlo, pero se detuvo.

—Es demasiado bonito.

—Hágalo más feo.

Teresa escribió:

Para algunos tramos de tubería no existe una asignación definitiva de destino.

Manuel miró la frase.

—¿Lo bastante feo?

—Casi.

La pared detrás de los estantes crujió. En el mapa de papel seguían clavadas las agujas de El Faro, el parque, la tienda de papel tapiz, la estación meteorológica, la cantera, Depósito Norte, Bajo La Arena, el tanque de agua y Los Pinos. No había una línea entre Los Pinos y Bajo La Arena. Pero sobre el papel se veía una sombra fina.

Alberto se acercó.

—¿Eso ya estaba ahí?

—No —dijo Inés.

Teresa se levantó. La sombra parecía la de un hilo tendido por encima del mapa. Corría hacia el sur, pasaba junto a la huaca y desaparecía antes del borde. No era posible determinar dónde terminaba.

—Canal Seco.

—Queda más al sur.

—¿En qué mapa?

Alberto guardó silencio.

El teléfono volvió a sonar.

Teresa vaciló. Todos miraron el aparato. Al segundo timbrado, contestó.

No había ninguna voz. Solo una estática seca que ahora podía distinguirse de una mala conexión.

Colgó.

—¿Cárdenas?

—No.

—¿Quién, entonces?

—El anexo.

Inés y Manuel no sonrieron.

Teresa siguió escribiendo.

El informe crecía. Los tubos fluorescentes parpadeaban. La taza estaba seca. Bajo la luz amarillenta, los rostros parecían cansados.

El informe crecía.

Al final tenía cinco secciones.

I. Objeto de la revisión preliminar.

II. Reportes de la población y del salón comunal.

III. Infraestructura e indicaciones técnicas.

IV. Áreas de protección y responsabilidad.

V. Asignaciones pendientes.

Le pareció demasiado ordenado. Añadió una sexta:

VI. Notas individuales pendientes de revisión final.

El zumbido se hizo audible.

Venía de los papeles, de las carpetas, de los formularios y de los espacios entre ellos. Era bajo, pero tenía peso.

Profundo.

Pausa.

Profundo.

Teresa apoyó las manos sobre la mesa. La arena de la carpeta azul tembló.

—¿Qué cambiaste? —preguntó Alberto.

—Añadí una sección.

—¿Cuál?

—Notas individuales.

—Bórrala.

Teresa la dejó. La marcó, cambió el número romano y la trasladó entre la segunda y la tercera sección.

III. Notas individuales sin orden.

El zumbido siguió allí, pero se ensanchó. Perdió el compás, como si ahora rodeara la frase.

Manuel asintió.

—Así.

—No tiene una estructura limpia.

—Lo sé.

—Quiero decir que de verdad no la tiene.

—Bien.

Antes de que Teresa guardara el archivo, Alberto volvió con otra carpeta. La había encontrado debajo de la mesa de reuniones. En el lomo decía AÑO I. No había ningún año. Era como si alguien hubiera dejado abierto el comienzo de una cronología.

Teresa vaciló antes de tocarla. El cartón estaba húmedo, aunque la habitación estaba seca. Dentro había un solo formulario.

—No otro expediente.

—No estaba ahí cuando cerramos la sala.

Abrieron la carpeta. No contenía informes, sino formularios en blanco. Todos llevaban el mismo encabezado de la Municipalidad, pero el espaciado entre las líneas variaba, como si hubieran estirado la copia una y otra vez. Los campos decían: BREVE DESCRIPCIÓN DEL HECHO. MEDIDA ADOPTADA. RESULTADO.

En todos, el último campo estaba vacío.

Teresa sacó un formulario de la funda. El papel era viejo y demasiado claro. Las líneas azules ocupaban casi las mismas posiciones que las secciones de su informe.

—No lo usamos.

—Sería más fácil.

—Precisamente por eso.

Puso la carpeta medio debajo de la última de la pila, fuera del orden del archivo.

Guardó el informe con un nombre casi equivocado:

INF_PREL_SD_REV_21_b.docx

Evitó la palabra final. Inés dijo que incluso la b era peligrosa, porque suponía la existencia de una a descartada.

Al imprimir, la máquina omitió la página diecisiete. No mostró ningún error. La numeración saltó de la dieciséis a la dieciocho.

Alberto imprimió esa página por separado. Salió en blanco. En el segundo intento solo apareció el número de página.

Teresa quitó la numeración. El párrafo que antes había ocupado la página diecisiete apareció entre los anexos.

Pusieron el sello. En el borde derecho quedó pálido. Alberto no volvió a presionarlo.

Regresaron al Archivo. En la portada del informe solo decía INFORME PRELIMINAR. No figuraban número de expediente, destinatario ni fecha, salvo la que el programa había insertado automáticamente.

Teresa tomó el legajo y buscó una carpeta.

—¿Dónde lo archivamos?

—Lejos de los asuntos cerrados.

—¿Con los abiertos?

—Tampoco encaja ahí.

—Entonces, ¿dónde?

Teresa recordó lo que había dicho Cárdenas: donde uno lo encuentra mientras busca otra cosa.

Al fondo de un estante había un hueco estrecho entre CENSO DE FAROLES 1998-2003 y PROGRAMAS DE LIMPIEZA Y ORNATO, SECTOR CENTRO. No era una categoría.

Empujó el informe hacia el hueco.

Al principio se atascó. Después, de una manera absurda, la impresora tomó el papel en diagonal. Teresa tiró de él. Quedó arrugado, pero legible. En el segundo intento, Alberto sujetó el enchufe, Manuel sostuvo la mesa de la impresora, Inés no hizo nada y Teresa mantuvo una presión leve sobre las hojas.

Esta vez el informe entró.

Mal, pero lo suficiente.

—Falta la página diecisiete —dijo Alberto.

—Sí.

—¿Cuál era?

Teresa miró la carpeta azul.

—La asignación de destino de los tramos de tubería.

Manuel soltó una risa baja, sin alegría, como quien confirma un dato.

—Bien.

Inés cerró la carpeta. —¿Y el archivo?

Teresa abrió la carpeta de la computadora. Allí estaban el documento y un segundo archivo.

INF_PREL_SD_REV_21_final.docx

Lo había creado otra persona.

Alberto se puso a su lado.

—No lo abras.

—Ya sé.

—Consérvalo y cámbiale el nombre.

INF_PREL_SD_REV_21_no_abrir.docx

La computadora aceptó el cambio con demasiada facilidad. Después, el archivo desapareció.

No estaba en la papelera ni en ninguna otra carpeta.

Simplemente había desaparecido.

Alberto exhaló.

—¿Mejor?

—No. Pero menos terminado.

Salieron juntos cuando ya era de noche. Desde algún lugar llegaba música. Podía haber sido de Radio Desvelo. También podía haber sido de una casa con una ventana abierta. La garúa se había vuelto más densa.

El estacionamiento del alcalde estaba vacío.

En el suelo había una mancha rectangular y seca.

Teresa se detuvo.

Era más grande que un auto y más pequeña que una habitación. La garúa había oscurecido el borde. El centro seguía seco, como si algo acabara de irse de allí.

—¿Estuvo aquí? —preguntó Alberto.

—Tal vez.

—¿Cuándo?

Teresa miró su reloj. Marcaba las 2:17.

Lo sacudió. Los segundos avanzaban. Los minutos no.

—Hoy no.

Inés la miró.

—¿Qué?

—Nada.

Teresa siguió caminando. Antes de doblar la esquina, miró hacia atrás. La ventana del Archivo estaba oscura. Solo se veía el rectángulo pálido donde colgaba el mapa.

El mapa estaba detrás del vidrio.

Desde afuera no se veían ni la línea ni el informe. Ambos estaban allí.

El informe estaba exactamente donde uno lo encuentra mientras busca otra cosa.

A la mañana siguiente, Teresa lo dejó cerrado.

La garúa se posó sobre los vidrios.

Capítulo 22: La ciudad sigue torcida

A la mañana siguiente, Teresa dejó cerrado el informe.

Llegó a la Municipalidad más temprano de lo habitual porque había dormido mal y porque, en San Desvelo, las malas noches rara vez mejoraban por quedarse en la cama. Afuera, la garúa flotaba baja sobre Centro. Se posaba sobre las cosas en vez de permanecer en el aire: sobre las rejas metálicas de las ventanas, sobre los capós de los mototaxis, sobre los cables tendidos entre las casas, sobre el bordillo amarillo frente al parque. El asfalto estaba oscuro sin estar mojado. Los perros de la plaza yacían debajo de las bancas, como si esperaran una lluvia que nunca llegaba.

En el Archivo olía a papel, metal y al leve calor que despedían las computadoras viejas cuando habían quedado apenas apagadas durante la noche. Teresa se detuvo en la puerta. La mesa estaba tal como la había dejado. La carpeta con las quejas sobre el agua estaba a la izquierda. Al lado, las impresiones de Inés. Al lado, el plano viejo con la tubería sin destino. En el estante debajo del mapa, el informe seguía en el hueco entre dos carpetas. Se veía el borde blanco.

Exactamente igual que ayer.

Ni más ni menos.

Teresa acercó la silla y se sentó. Dejó el bolso en el suelo en vez de ponerlo sobre la mesa auxiliar. Luego tomó una hoja en blanco y escribió en la esquina superior: NO ABRIR HOY.

Contempló la frase durante un rato.

Después tachó HOY y escribió debajo: PROVISIONALMENTE.

Alberto llegó diez minutos más tarde con dos vasos de cartón con café y una lista incompleta. Dejó un vaso junto a Teresa y el otro frente a sí, miró la nota y asintió.

—Bien —dijo.

—¿Qué dice tu lista?

—Nada que tenga que cerrarse hoy.

—Eso no es una lista.

—Sí lo es.

Puso la hoja sobre la mesa. Contenía seis puntos: salón comunal, Mercado, El Alto, tubería de agua, El Faro, estación meteorológica. A todos les faltaba la hora. Junto a salón comunal, Alberto había dibujado un asterisco pequeño y luego lo había raspado a medias con la uña.

—¿Por qué la estación meteorológica?

—Llamó Inés.

—¿Qué quería?

—Que nos quedáramos abajo.

Teresa bebió un sorbo de café. Estaba demasiado dulce, pero menos que de costumbre. Al parecer, Alberto se había acordado de sacar antes la cuchara.

—Entonces iremos más tarde.

—Provisionalmente —dijo Alberto.

El salón comunal siguió siendo utilizable mientras algunas sillas permanecieran torcidas. Antes de cada actividad, Alberto marcaba dos posiciones en el suelo con lápiz. Después volvía a borrar las marcas.

Luego fueron a El Alto.

La calle subía en tramos desiguales. Algunas casas tenían las fachadas revocadas; otras mostraban ladrillos, varillas de hierro y tuberías que sobresalían del concreto, como si alguien hubiera interrumpido los edificios antes de que decidieran qué querían ser. En los techos había tanques negros de agua. Algunos eran redondos, otros cuadrados; unos tenían tapas sujetas con

piedras. La garúa se acumulaba en sus bordes, apenas goteaba y permanecía como una franja oscura.

Daniela estaba en el patio con la escoba en la mano, como si acabara de pensar en usarla y hubiera decidido no hacerlo.

El patio parecía habitado en vez de limpio. Un balde estaba medio metido debajo del tanque de agua. Junto al desagüe había una botella de plástico que no estorbaba. La escoba se apoyaba contra la pared, con las cerdas ligeramente inclinadas hacia afuera. Frente a la puerta había una línea fina de polvo.

—Hoy la escoba no se movió —dijo Daniela.

—Se nota —dijo Alberto, y se arrepintió de inmediato.

Daniela se limitó a mirarlo.

Aurelio estaba sentado en un banco bajo, a la sombra del muro. Llevaba el sombrero calado, aunque no había sol. A su lado había un vaso de agua medio lleno.

—¿Anoche? —preguntó Teresa.

Daniela señaló el suelo con la escoba. —Hasta ahí.

En el polvo se distinguía un rastro limpio que corría junto al muro, se interrumpía brevemente a la altura del balde y formaba un arco delante de la escoba. Terminaba frente a la puerta.

—¿Y adentro?

Daniela guardó silencio un momento. Luego llevó a Teresa a la cocina. Debajo de la mesa, la línea limpia seguía allí, pero había dejado de avanzar. A su lado había ahora un botón pequeño, oscuro, de plástico. Teresa no lo reconoció.

—No pertenece a ninguna de mis cosas —dijo Daniela—. Igual lo voy a dejar ahí.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Por qué?

Daniela se encogió de hombros. —Estorba.

Aurelio se había quedado en la puerta. Dijo: —A veces, estorbar es una forma de cortesía.

Alberto habría querido anotar la frase. Teresa vio cómo su mano iba hacia el bolsillo de la camisa y volvía a bajar.

—Gracias —dijo Daniela.

—¿Por qué?

—Por no preguntarme si estoy segura.

Teresa asintió. Ella también dudaba. Todos dudaban. Pero en San Desvelo, seguridad era una palabra que prometía demasiado.

En la caseta de bombeo, la válvula seguía en la posición intermedia marcada. Manuel renovaba la raya de tiza cada vez que la humedad la borraba y omitía la fecha.

La abertura detrás de la tabla de madera seguía teniendo dos dedos de ancho. La arena de adentro estaba unas veces seca y otras húmeda, aunque la tubería no transportaba agua.

Siguieron hasta La Playa y de allí a El Faro, porque Alberto dijo que, si ya estaban renunciando a documentar, al menos podían mirar. A Teresa la frase le pareció peligrosa, pero aceptó.

En la playa, Efraín estaba junto a las embarcaciones. El mar se había retirado más de lo habitual, aunque no tanto como aquella noche. Entre las piedras de la antigua defensa costera quedaban pequeños charcos, planos y grises. La garúa volvía impreciso el horizonte. El límite entre el cielo y el Pacífico se desdibujaba.

—¿Va a bajar? —preguntó Alberto.

Efraín negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque revisar todos los días no cambia nada.

A su lado había un balde con dos trozos de cuerda vieja. A una de las cuerdas se le había pegado arena. Efraín la sacó, dejó la arena adherida y la puso sobre el borde de una embarcación.

—Ayer no se veía nada allá abajo —dijo.

—¿Y hoy?

—Hoy tampoco.

—¿Entonces desapareció?

Efraín miró el agua. —No. Hoy permanece invisible.

Teresa pensó en Mara Pizango, a quien todavía no conocía, y en una frase que aún nadie había pronunciado en San Desvelo: Seco no significa vacío. Allí tendría que haber sonado de otro modo. La humedad vuelve invisible. O: Bajo el agua sigue ahí.

En el límite de la marea baja había una pequeña hilera de conchas. Corría en diagonal hacia tierra firme en vez de seguir paralela al agua, como si la marea hubiera marcado una dirección que le era ajena. Alberto la vio. Teresa vio que él la veía. Ninguno dijo nada.

Efraín recogió una piedra, la giró una vez en la mano y volvió a dejarla unos centímetros más allá. Solo lo suficiente.

—¿Mejor? —preguntó Alberto.

Efraín lo miró como si la pregunta fuera demasiado grande para la piedra.

—Distinto.

De regreso, se detuvieron en la tienda de Ernesto.

Lucía estaba allí. Se encontraba en la primera habitación, frente al estante de los muestrarios de colores, con un rollo de papel tapiz bajo el brazo. Ernesto estaba sentado detrás del mostrador, cortando un trozo de cartón con un cuchillo. La hoja no tenía filo. Él siguió cortando de todos modos.

La tienda olía a papel, polvo, engrudo y a la dulzura seca de la pintura vieja. Adelante, todo estaba casi ordenado; más bien, habitado. Una lata de Blanco Humo estaba separada de los demás tonos de blanco. Un catálogo yacía en diagonal. Un pincel sobresalía de un frasco que tenía en el fondo un cerco de pintura vieja. Atrás, donde comenzaban las demás habitaciones, la luz era más oscura.

—Se tomaron su tiempo —dijo Ernesto.

—Dos días.

—Para la parte de atrás, eso es mucho.

Lucía giró el rollo entre los brazos. —Justo iba a guardarlo.

—Ahí no —dijo Ernesto.

—Pertenece ahí.

—Precisamente.

Lucía lo dejó en el suelo, lo apoyó contra un estante y lo soltó. El rollo se deslizó un poco, quedó inclinado y se detuvo. De las habitaciones del fondo no llegó ningún sonido.

Teresa esperó.

—¿Hoy está tranquilo? —preguntó.

Ernesto levantó un hombro. —Lo suficiente.

—¿Y si alguien ordena?

—Entonces venderemos menos.

—¿Por qué?

—Porque lo echaré antes.

Lucía mantuvo el gesto serio. Miró hacia el pasillo del fondo. —Es distinto de antes.

—¿Qué significa eso?

—Antes, el fondo era más grande. Ahora tiene el mismo tamaño, pero toma más tiempo.

Alberto frunció el ceño. —Es lo mismo.

—No —dijeron Ernesto y Lucía al mismo tiempo.

Teresa se paró en la puerta de la segunda habitación. Vio los estantes, los rollos, las cajas, el diseño verde que conocía y un tramo de pared que seguía pareciendo el equivocado. En el suelo había una tira de papel rojo. Estaba puesta allí a propósito, como un límite que nadie había trazado oficialmente.

—¿Debo mencionar el informe? —preguntó.

Ernesto la miró.

—¿Qué informe?

—Bien —dijo Teresa.

Cuando se marchaban, Lucía dijo en voz baja: —Si alguna vez dibuja la tienda de papel tapiz en el mapa, dibuje solo la primera habitación.

—¿Y la parte de atrás?

—Depende de la hora.

Teresa asintió. —Provisionalmente.

Al final de la tarde subieron solo hasta la curva inferior del camino a la estación meteorológica del Cerro Vigía, donde la vía empeoraba y la garúa cruzaba la ladera en franjas. Inés venía hacia ellos con la mochila colgada de un hombro y el cabello pegado a la frente por el viento y la humedad.

—Les había pedido que se quedaran abajo —dijo.

—Eso hicimos —dijo Alberto—. Hasta aquí todavía cuenta como abajo.

Inés miró camino arriba. En lo alto, las luces rojas de advertencia parpadeaban sobre las marcas bajas para las aeronaves en vez de hacerlo sobre las antenas. Su ritmo era irregular. Una se encendía tarde; otra falló una vez. Después, la secuencia volvió a ser casi correcta.

—¿Rafael?

—Arriba. Está copiando números que no necesito.

—¿Por qué lo dejas?

—Porque se tranquiliza cuando copia algo.

Inés abrió el cuaderno. Una página estaba en blanco, salvo por la fecha y el lugar. Debajo decía: SIN MEDICIÓN.

—Eso es una medición —dijo Alberto.

—No. Es un marcador de posición.

—¿Para qué?

—Como reserva, mientras todo siga sin manifestarse.

Teresa miró la página vacía. El viento la movía ligeramente. Por un instante pareció que había algo escrito con tinta muy pálida. Después, volvió a ser solo papel.

—¿El zumbido?

—Menos —dijo Inés—. Sigue ahí.

—¿Eso es bueno?

—Es menos.

Lo dejaron así. Abajo, en dirección a la ciudad, comenzaban a verse las primeras luces. Centro estaba sumido en el gris. El Alto ascendía oscuro. Los Pinos era una hilera de lámparas de obra y tanques de agua aislados. Más allá se extendía el terreno hacia Canal Seco y Bajo La Arena, pero desde allí solo era una superficie más oscura en el desierto.

—Casi podría creerse que funciona —dijo Alberto.

Inés cerró el cuaderno. —Entonces no se aferre demasiado a esa creencia.

Al anochecer, Teresa y Alberto regresaron a la Municipalidad. El salón comunal estaba vacío. La clase de secundaria había terminado. Las sillas estaban torcidas en vez de formar filas. Alguien había dejado un trozo de tiza en el suelo. En la pizarra había una operación inconclusa.

En el Archivo, el informe seguía en el hueco.

Teresa mantuvo la distancia.

En vez de acercarse, bajó el mapa de la pared, lo extendió sobre la mesa grande y contempló las agujas. Algunas se habían hundido más en el papel con el paso de los días. Otras estaban flojas. Una aguja roja junto a El Faro se inclinaba hacia el oeste. Una azul junto a Los Pinos estaba clavada al lado de la línea. La marca de Depósito Norte estaba torcida porque Alberto la había puesto con la mano izquierda. La huaca solo estaba dibujada a lápiz y la línea que llevaba hasta allí terminaba de manera irregular.

Alberto estaba a su lado.

—Podríamos volver a colocarlas.

—Sí.

—¿Las dejamos así?

Teresa negó con la cabeza.

Sacó de la cajita una aguja nueva, amarilla. Durante un momento, no estuvo claro dónde ponerla. Luego la clavó en el borde del plano, allí donde terminaban las calles y la impresión sobre el papel se volvía más clara.

—¿Qué es eso?

—Un vacío.

—Entonces, ¿por qué una aguja?

—Para que el vacío tenga un lugar.

Alberto contempló el mapa. —Eso casi no se puede explicar.

—No.

—Bien.

Volvieron a colgar el mapa. Quedó un poco torcido. Teresa miró la esquina superior derecha. Alberto también la miró. Ninguno la tocó.

Afuera, la garúa se posaba contra las ventanas, ni como una pared ni como un corredor. Solo como una piel fina y gris sobre el vidrio y el concreto. Desde el Mercado llegó un grito tardío; desde El Alto, el ladrido de un perro; desde algún lugar, el ritmo de un motor. Por un momento, Teresa creyó oír el zumbido debajo de todo.

Luego se dio cuenta de que era el refrigerador de la antesala.

Tal vez.

Apagó la luz del Archivo. Después, la habitación quedó a oscuras.

Casi. Debajo de la puerta que daba a los estantes había una franja estrecha de luz porque en el pasillo seguía encendida una lámpara. La franja terminaba delante del informe.

—¿Mañana? —preguntó Alberto.

—¿Mañana qué?

—¿Lo abrimos?

Teresa cerró la puerta con llave. La llave se atascó una vez y luego giró.

—Tal vez.

Bajaron las escaleras. En la plaza, el aire era más fresco. La ciudad olía a polvo, concreto húmedo y noche. En la esquina esperaba un mototaxi sin conductor. Del espejo retrovisor colgaba un rosario pequeño. No se movía.

Desde el Terminal llegó un bocinazo breve.

Alberto se detuvo.

—¿Todavía sale algún bus hoy?

Teresa ignoró el reloj.

—Siempre sale alguno.

Siguieron caminando. Detrás de ellos, la Municipalidad se alzaba ligeramente torcida en la oscuridad, inquieta y llena de asuntos que quedaban abiertos. En el mapa del segundo piso, la aguja amarilla estaba clavada en el borde del papel.

Aquella noche, la ciudad estaba dispuesta de modo que era posible atravesarla a pie. En el salón comunal quedaban dos sillas torcidas; en la caseta de bombeo, la raya de tiza junto a la válvula; en el patio de Daniela, el botón debajo de la mesa.

En el mapa, la aguja amarilla estaba clavada en el borde del papel.

Más al este había una línea seca en la arena que todavía nadie consideraba una carretera.

Capítulo 23: Las 2:17... Otra vez.

El reloj marcaba las 2:17.

El conductor nocturno dio unos golpecitos suaves en el vidrio, solo para asegurarse de que la pantalla estuviera libre de polvo. Los dígitos no cambiaron. Dos puntos. Un uno. Un siete. La lucecita roja del tablero brillaba menos que antes porque la cubierta se había vuelto lechosa por dentro y porque nadie en San Desvelo reemplazaba un tablero mientras todavía mostrara algo.

Estaba en el extremo norte de la carretera, allí donde quedaban atrás las últimas casas bajas de Puerto Esperanza y la costa volvía a oscurecerse hacia el sur. En el retrovisor, Puerto Esperanza ya era apenas una franja luminosa: el mostrador con las galletas, el taller de neumáticos para camiones, una gasolinera donde una de las lámparas parpadeaba siempre y dos perros que dormían debajo de un remolque estacionado. El hombre del mostrador había dicho que la carretera estaba libre. Lo decía siempre. Esta vez, el conductor nocturno guardó silencio, porque en esa región una carretera libre rara vez significaba una calzada despejada.

Dentro del colectivo persistía el calor viejo del motor. Las ventanas estaban abiertas apenas una rendija. Por ellas entraba aire con olor a sal, polvo y metal frío. Encima del retrovisor colgaba el rosario. La cruz de madera descansaba contra el vidrio, como si estuviera cansada de balancearse. A su lado seguía pegada la imagen descolorida del Señor de los Milagros. El color violeta se había desvanecido aún más. En una esquina, la garúa había aflojado el adhesivo, pero la imagen seguía allí. El conductor nocturno había levantado la mano varias veces y siempre había vuelto a bajarla. Se sostenía mejor mientras permaneciera torcida.

En la cara interior del parabrisas, unas letras blancas pintadas a mano decían SAN DESVELO. Debajo, los nombres de las paradas estaban borrosos. Las Palmeras era casi ilegible. Centro tenía un raspón en la O. El Alto era más claro que los demás porque, años atrás, alguien le había pasado un trapo y después se había detenido. Junto al letrero colgaba un retazo pequeño de tela roja cuyo origen el conductor nocturno había olvidado. Era demasiado pequeño para ser una bandera y demasiado viejo para ser un adorno. Se movía con cada bache, pero nunca al mismo tiempo que el rosario.

Los pasajeros guardaban silencio. Adelante iba una mujer con una bolsa de compras sobre las rodillas. Dos asientos detrás, un hombre se apoyaba contra la ventana, aunque hacía suficiente frío para que aquello hubiera debido despertarlo. Más atrás había unas rodillas debajo de una manta, un brazo sobre una bolsa, un sombrero sobre un regazo. En el interior oscuro, los rostros permanecían fragmentados. El conductor nocturno había dejado de contarlos. Antes lo hacía. Desde hacía algún tiempo, bastaba con que el número apenas variara durante el trayecto.

Puso primera. El bus arrancó con pesadez y una leve resistencia metálica debajo del piso. Los primeros metros todavía pertenecían a Puerto Esperanza. Muros de concreto, un letrero de aceite para motores, un cable tendido sobre la carretera, una casa solitaria con la puerta pintada de azul. Después, la carretera volvió a ser lo que casi siempre era entre un lugar y otro: asfalto que atravesaba el desierto costero sin esforzarse demasiado por agradarle.

A la derecha, muy abajo, estaba el Pacífico. Se distinguía más como una superficie oscura que como un mar; por momentos se aclaraba cuando la garúa se abría. El oleaje permanecía distante. Solo de vez en cuando subía un retumbo sordo, como si alguien moviera piedras grandes debajo de una manta. A la izquierda se extendía el desierto. De todo menos vacío. Nunca vacío. El terreno ascendía poco a poco, marrón y gris, con piedras, lomos bajos de arena, postes eléctricos y postes viejos cuyos cables habían desaparecido. Detrás se alzaban los cerros, más pesados que el cielo.

La carretera bajaba y subía con movimientos pequeños e indecisos. En los bordes había postes blancos con extremos negros. Algunos estaban rectos, otros inclinados; uno faltaba por completo.

El conductor nocturno se guiaba tanto por los ausentes como por los presentes. Sabía dónde la carretera se disfrazaba de desnivel durante el día. Sabía dónde el carril derecho estaba más liso en julio que en enero. Sabía qué curva nunca debía recortar, aunque pareciera despejada.

La cumbia de los parlantes viejos sonaba en voz baja. No era Radio Desvelo. Era una memoria USB vieja que un primo le había dado años atrás y en la que las canciones seguían un orden que ya nadie podía cambiar. A veces, una pista retrocedía. A veces, faltaba el primer segundo. Esa noche sonaba todo. Casi todo. Cada tercer estribillo, el bajo desaparecía durante un pulso y, en ese pequeño vacío, se oía otro tono. Profundo. Breve. Más recuerdo que sonido.

El conductor nocturno no cambió el volumen.

Al cabo de un rato, la mujer de adelante levantó la cabeza. Miró de frente a través del parabrisas. —¿No deberíamos ver ya las luces?

Su voz sonaba despierta, sin miedo.

—Enseguida —dijo el conductor nocturno.

—¿En el cerro?

—Sí.

—¿Junto a la estación meteorológica?

Él la miró por el espejo. En la oscuridad, su rostro era apenas una forma clara encima de la bolsa. —Primero el cerro. Después, la estación.

Ella asintió, como si hubiera conocido ese orden y solo quisiera comprobar que todavía seguía vigente.

Antes de llegar a San Desvelo, el conductor nocturno comprobaba la secuencia conocida: primero los puntos rojos del Cerro Dormido, luego la estación meteorológica y después las casas de Las Palmeras. Esa vez, todo apareció exactamente donde debía.

Apenas lo tranquilizó.

—¿Hoy volverás a parar antes? —preguntó alguien desde el fondo.

No reconoció la voz.

—¿Antes de Las Palmeras?

—Sí.

—Si alguien quiere bajar.

—¿Alguien quiere?

Miró por el espejo. El interior estaba oscuro. Una cruz, un retazo de tela, un sombrero, una bolsa. Ninguna mano levantada.

—Hoy no —dijo.

Fue suficiente. Nadie protestó.

Aun así, llegaron al lugar donde aquel hombre se había bajado. El conductor nocturno lo reconoció por el poste ausente y por una piedra que estaba demasiado metida en la berma. Por costumbre, levantó un poco el pie del acelerador. La puerta siguió cerrada. Afuera solo estaban el desierto y, a la derecha, muy abajo, el mar. El hombre, la chaqueta y los pasos en la arena habían desaparecido. El bus siguió de largo.

La cruz de madera golpeó una vez contra el vidrio.

No dos.

Mantuvo la mirada en la carretera.

La carretera descendía ahora poco a poco hacia San Desvelo. El Cerro Dormido quedó a la izquierda, al fondo, más hacia el interior que cerca del mar, oscuro y pesado. Las luces rojas parpadearon encima hasta que la garúa se las tragó durante unos segundos. Cuando reaparecieron, estaban en el mismo lugar. El conductor nocturno se dio cuenta de que estaba exhalando.

Solo después vio la estación meteorológica. Dos puntos rojos pequeños en el Cerro Vigía, más al sur, más bajos que las luces del Dormido. Escasos y tenues. Apenas los suficientes para saber que allá arriba alguien daba mantenimiento a los aparatos, escribía informes, guardaba mediciones y quizá dejaba una ventana entreabierta aunque entrara la humedad. El conductor nocturno conocía de vista a Inés. La había visto una vez en el Terminal, con una carpeta bajo el brazo y la expresión de quien había oído algo que los demás tomaban por un simple motor.

—Ahora está bien —dijo la mujer de adelante.

Él se tomó su tiempo antes de responder.

—Sí —dijo al fin—. Hoy sí.

Las primeras casas de Las Palmeras aparecieron como luces aisladas; allí nunca había una hilera. Una lámpara encendida detrás de unas rejas, una bombilla sobre una tienda pequeña, un televisor en una habitación con la cortina medio corrida. En un muro seguía pegado un viejo cartel electoral. El rostro se había desvanecido aún más. Del eslogan solo quedaba FUTURO, y eso únicamente porque alguien había despegado a medias, con un cuchillo, otro cartel que habían pegado encima. Debajo volvía a asomar la palabra antigua, sucia y obstinada.

El bus traqueteó sobre el primer tramo en mal estado. La mujer apretó la bolsa. Desde la parte trasera del colectivo llegó el leve sonido de unas monedas dentro de una lata. El conductor nocturno redujo la velocidad, por cortesía hacia una ciudad a la que no le gustaba que entraran con prisa.

Las Palmeras estaba despierta. Ningún barrio de San Desvelo dormía por completo. Un hombre fumaba en la entrada de una casa. Siguió el bus con la mirada, como si comprobara que el número de ventanas fuera el correcto. Dos mototaxis estaban estacionados junto a la vía, con lonas sobre los asientos. En una de ellas se había acumulado la garúa y corría hacia un pliegue oscuro. Un perro levantó la cabeza, guardó silencio y volvió a apoyarla sobre las patas.

En el desvío hacia El Faro, el conductor nocturno miró brevemente a la derecha. La carretera se perdía en la oscuridad hacia la costa. Allá abajo estaban el antiguo faro, Radio Desvelo y los muros de la marea baja que, al llegar la mañana, todos querían describir de manera incompleta. No llegaba ninguna luz desde allí. Solo la garúa parecía más densa en ese lado, como si tuviera que cubrir algo que era difícil mantener bajo la arena y que, al mismo tiempo, apenas podía quedar expuesto.

Un pasajero del fondo golpeó la barra.

Una sola vez.

—Centro —dijo.

—¿Terminal?

—Un poco antes.

El conductor nocturno asintió. Era una respuesta normal en San Desvelo. Nadie se bajaba exactamente donde indicaban los letreros. Uno se bajaba donde llegaba.

El bus atravesó Centro. El Mercado Municipal estaba oscuro, pero despierto por dentro. Debajo de las persianas metálicas permanecía encerrado un olor a madera húmeda, pescado, limón y agua de limpieza. Un carrito estaba detenido unos palmos al costado de las viejas marcas de sus ruedas. El conductor nocturno vio una pequeña esfera clara en el suelo junto a la rueda. Tal vez era un limón. Tal vez solo una piedra que brillaba en la garúa. Siguió adelante sin mirar con más atención.

El parque quedó a la izquierda. Las lámparas estaban apagadas e intactas. Era una diferencia que podía verse de noche si uno llevaba suficiente tiempo recorriendo San Desvelo. Las lámparas rotas tenían un borde muerto. Las apagadas esperaban. Los árboles se alzaban oscuros, con las copas pesadas por la humedad que quedaba prendida en las hojas. Una banca era más clara que

las demás. Al borde del parque estaba el salón comunal de la Municipalidad. Una de sus ventanas estaba oscura, pero sobre el vidrio había una franja clara, como si reflejara otra habitación.

El auto negro no estaba frente a la Municipalidad.

El conductor nocturno lo notó porque esperaba verlo.

Entonces lo descubrió: más abajo, al otro lado de la calle, medio oculto por la sombra de un árbol, en un lugar donde estacionarse evitaba llamar la atención. Las ventanas estaban oscuras. El interior parecía vacío, al menos hasta donde la calle permitía verlo.

Sobre el asiento del acompañante había un sobre blanco.

El conductor nocturno solo lo vio por un instante. Después, el bus ya había pasado.

Detrás de la Municipalidad, la calle subía hacia El Alto. Desde abajo, los tanques negros de agua de los techos se fundían en bordes redondos y oscuros contra un cielo que aún no tenía color. Uno estaba ligeramente inclinado. Otro tenía la tapa asegurada con dos piedras. El conductor nocturno pensó en el breve ruido de las bombas que oía a veces cuando atravesaba la ciudad cerca del amanecer, aunque a esa hora no llegara el agua. Nunca sonaban como agua. Más bien, como algo que recordaba cómo había sonado el agua alguna vez.

Más al sur estaban los bordes inconclusos de Los Pinos. Allí todavía no existía la noche en el sentido estricto, porque en algunas obras ardían pequeñas luces de seguridad mientras otras permanecían totalmente oscuras. En la oscuridad se alzaban muros a medio construir, con varillas de hierro que sobresalían por arriba. Unas lonas de plástico se movían sin viento. Sobre un techo, encima de habitaciones sin ventanas, ya había un tanque de agua solitario. El conductor nocturno solo lo vio un momento entre dos casas. También vio la carretera que seguía hacia afuera, en dirección a las tierras secas. Estaba oscura y no pertenecía a ningún itinerario.

Un niño que hasta entonces le había pasado inadvertido apareció de pronto detrás del asiento de la mujer de la bolsa. Se sujetaba del respaldo y miraba hacia afuera. Tal vez había estado allí durante todo el trayecto. Tal vez había estado dormido.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

El conductor nocturno no sabía si se refería a Los Pinos, a los tanques de agua, a la oscuridad más allá o a algo que solo podía verse desde la baja estatura de un niño.

—Todavía no hay mucho —dijo.

El niño asintió. —¿Pero después?

—Probablemente.

Volvió a sentarse sin hacer ruido. En el espejo, el conductor nocturno solo vio la parte superior de su cabeza; después, también esta desapareció.

En el Terminal bajaron tres personas. La mujer de la bolsa preguntó por el día siguiente; el hombre de la ventana dijo que las luces habían estado en su sitio.

—No siempre es una buena señal —añadió, y se marchó.

El conductor nocturno esperó hasta que el lugar quedó vacío y apagó la cumbia.

La apagó.

El silencio estaba incompleto. El motor seguía encendido. Desde algún lugar debajo del tablero llegaba una pequeña vibración, ajena al diésel. El conductor nocturno apoyó la mano en el volante. La vibración permaneció en su sitio. Esperaba.

Miró el reloj.

2:17.

—Por supuesto —dijo.

El reloj siguió marcando las 2:17. Antes, el conductor nocturno habría golpeado el vidrio. Esta vez dejó que primero el motor y luego la vibración debajo del tablero se apagaran por sí solos.

En la rueda trasera derecha había adherida una línea fina de arena húmeda. Olía a concreto y a tubería fría.

Al sureste de Los Pinos apareció por un momento un rastro claro sobre el suelo, como si alguien hubiera pasado un dedo mojado por el polvo. Después desapareció.

Detrás del plástico rayado del Terminal, el horario crujió. Junto al viaje nocturno seguía figurando la hora útilmente equivocada: 02:15.

El conductor nocturno sacó la llave del bolsillo para cerrar el bus. Entonces se detuvo. En la última fila había algo sobre el asiento, más parecido a un boleto que a equipaje o una prenda: un trozo de papel doblado, más pequeño que la palma de su mano.

Volvió a subir. El piso cedió bajo su peso como siempre, con un pequeño sonido metálico que conocía mejor que algunas voces. Caminó hacia el fondo. El papel estaba sobre el asiento izquierdo, junto a la ventana. Hasta donde sabía, aquel asiento había permanecido vacío durante el trayecto.

Lo recogió.

Era un boleto de papel delgado y de mala calidad. La impresión era casi inexistente, como si la cinta del mostrador hubiera fallado. Arriba decía SAN DESVELO. Debajo, torcido y apenas legible:

CANAL SECO.

Faltaban el precio y la fecha. Solo había una perforación en el borde, aunque la pinza del conductor nocturno no se había utilizado.

Le dio vuelta al boleto. En el reverso había arena pegada. Un único rastro húmedo corría en diagonal sobre el papel y terminaba poco antes del borde.

Podría haberlo borrado.

No lo hizo.

Adelante, la cruz de madera golpeó el vidrio, aunque nada se movía dentro del bus. Una vez. Luego quedó colgando, inmóvil.

El conductor nocturno no volvió a doblar el boleto. Lo puso sobre el tablero, junto al vaso vacío de cartón y la imagen del Señor de los Milagros. Quedó torcido. Una esquina se levantaba porque debajo había una grieta en el plástico.

Afuera no había más luz. Todavía no. Pero la noche perdía peso. En algún lugar, hacia el Mercado, levantaron una puerta metálica. Un perro ladró una vez. Desde El Alto llegó el breve ruido de una bomba y después calló. El parque y la Municipalidad seguían oscuros. El auto negro había desaparecido, a menos que el árbol lo ocultara.

El conductor nocturno volvió a sentarse. Dejó la puerta abierta. La garúa entró en el bus y se posó sobre el primer escalón. Apenas lo suficiente para oscurecerlo.

El reloj cambió.

2:18.

Lo observó hasta estar seguro de los dígitos. Luego se recostó.

El conductor nocturno deslizó el boleto debajo del marco de la imagen sagrada, lo bastante para que se sostuviera y permaneciera visible.

Después cerró la puerta del bus sin dejar que encajara por completo.

Más allá de Los Pinos, Canal Seco permanecía invisible en la oscuridad. No llevaba agua. Eso no significaba ni de lejos que estuviera vacío.